
HQÑ™
El latido que nos hizo eternos
MITA MARCO

El latido que nos hizo eternos

MITA MARCO

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El latido que nos hizo eternos, n.º 282 - noviembre 2020

I.S.B.N.: 978-84-1375-008-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Un portazo rompió el silencio de la vivienda.

Desde hacía casi un año, el mismo tiempo que llevaba habitada, los golpes y gritos eran constantes en aquel lugar.

La mayoría de los vecinos del edificio ya conocía el temperamento de Amanda, pero ninguno se atrevía a llamarle la atención, ni a presentar una queja en las juntas trimestrales. Y no era porque la joven fuese una persona fuerte, que dejase fuera de combate con un derechazo a su oponente. Sino porque se rumoreaba que estaba emparentada con personas que podían hacerte desaparecer con tan solo mover un dedo.

Si no hubiera sido así, estaban seguros de que hubiesen podido sacarla de aquel exclusivo edificio, uno de los más caros de Madrid, en menos que cantaba un gallo.

No obstante, nadie quería meterse en medio cuando estallaba la guerra entre ella y el hombre con el que vivía. Simplemente callaban y suplicaban que el berrinche acabase pronto.

Ese día no iba a ser menos. Cuando los gritos se hicieron insoportables, se escuchó el sonido de las ventanas cerrándose, mientras intentaban que sus casas quedasen lo más insonorizadas posible.

—Amanda, tranquilízate —suplicó Samuel, que ya estaba acostumbrado a los numeritos de su novia.

—¡No me voy a tranquilizar! ¡Siempre estás con lo mismo! —dio un empujón a una de las sillas del salón y esta cayó al suelo provocando otro sonido atronador—. ¡Tú lo que quieres es que me pase la vida aquí, que no me divierta!

—Eso no es verdad y lo sabes —replicó con paciencia—. Haces siempre lo que te da la gana, yo no me opongo a nada.

—¡Claro! Porque me paso la vida peleándome contigo para que no te entrometas en mis cosas.

—Cielo. —Colocó una mano sobre su hombro para que se calmase —. Puedes hacer lo que quieras, pero creo que este mes ya has gastado bastante. Estamos casi en números rojos.

—Habla por ti, Samuel, tú estarás en números rojos, yo no —lo

atacó, mientras apartaba su mano y lo fulminaba con sus rasgados ojos marrones—. Con una sola llamada tengo el dinero que me dé la gana.

—No podemos estar aprovechándonos de la fortuna de tu hermano toda la vida. Tenemos que aprender a valernos por nosotros mismos —argumentó, intentando que entrase en razón.

Amanda resopló, mientras hacia una mueca de desprecio con los labios. Negó con la cabeza, consiguiendo que su cabello castaño se balancease hacia los lados y que algunos mechones tocasen sus mejillas.

—Mira, no tengo por qué estar discutiendo esto contigo. La próxima semana me voy a ir de viaje con Inma, te guste o no —le anunció. Dio la vuelta y caminó hasta su dormitorio.

Este era bastante amplio, luminoso, gracias a un ventanal que daba a un espacioso balcón, desde el que tenían unas vistas privilegiadas al bonito jardín comunitario.

La habitación, decorada con modernidad, estaba presidida por una enorme cama estilo japonés y un par de mesillas de noche. Tenía aseo propio, porque Amanda así lo exigió, y un enorme vestidor en el que almacenaba toda su ropa, que no era poca.

Samuel la siguió y se adentró también en la habitación, se colocó detrás de ella y cruzó los brazos.

—Y ¿cómo se supone que va a pagarse Inma el viaje? —se carcajeó con sorna—. No tiene dónde caerse muerta.

—Se lo voy a pagar yo —respondió con orgullo.

—¿Tú? Dirás que se lo va a pagar tu hermano, porque no has trabajado en tu vida para poder tener dinero propio.

Aquellas palabras le hicieron apretar los labios. Se dirigió hacia su mesilla de noche y le dio un manotazo a la lámpara que había sobre ella, para, después, volver a encarar a su novio.

—¡Eres un desgraciado! ¡Te encanta rebajarme! Te sientes superior cuando me dices eso, ¿verdad?

—Mi intención no es esa —se defendió—. Solo quiero que abras los ojos, que te des cuenta de que en la vida no podemos hacer siempre lo que nos gustaría. Tenemos unas obligaciones todos los meses, un piso que mantener, unas facturas que pagar.

—¡Y yo pago mi parte religiosamente! —chilló Amanda.

—No, cariño, la paga tu hermano. —Samuel suspiró y se pasó una mano por su cabello—. Nena, tienes que madurar. Tienes que empezar a trabajar o estudiar para poder tener un futuro.

—¡No! No me hace falta nada de eso, porque mi futuro va a ser igual que mi presente: cómodo y relajado. Es más, va a ser incluso mejor que ahora, ¿sabes por qué?

—Pues, no.

—Porque ya no voy a tener que aguantarte ni un minuto más —

boceó fuera de sus casillas—. ¡Hemos terminado!

Los ojos de él casi se le salieron de sus órbitas. Dio un pequeño paso hacia Amanda.

—¿Qué… qué dices?

—¡Que se acabó! ¡Que no te aguanto! —Entró al vestidor y sacó su ropa sin cuidado—. Ya puedes tener la vida ordenada que quieres. ¡Ahora puedes ser responsable, puedes madurar y puedes irte a la mierda tú solito!

La cara de Samuel estaba desencajada. No había esperado ese final.

—Pero, nena, no… no lo estarás diciendo en serio, ¿verdad?

—¿Quieres que te lo vuelva a repetir? Porque yo creo que no me he reído en ningún momento —dijo con desprecio.

—Amanda… —No podía ni parpadear por el shock—. Tú sabes que nos queremos con locura, no nos hagas esto por una tontería.

—No. Yo no te quiero. Dejé de sentir eso por ti el día que comenzaste a interrumpir mi vida con tus *consejitos* de abuela. —Se mesó el cabello y terminó de sacar la ropa de los cajones—. No quiero estar atada a ninguna carga, y tú lo eres para mí. Quiero disfrutar de la vida, que ya bastante jodida es de por sí.

Samuel tragó saliva, sin saber qué decir. Finalmente reaccionó.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres? ¿Que contrate a una orquesta para dejarlo contigo? —rio con desprecio.

—¡No, quiero que recapacites, porque me dejas a mí toda la mierda!

—¿De qué estás hablando?

—Te vas y me dejas con la carga de la hipoteca de un piso que elegiste tú, ¿recuerdas? Casi te da un ataque cuando te sugerí comprar otro más barato. Tenía que ser este. Y ¿ahora te largas y te desentiendes de todo?

—Sí —respondió con frescura—. Y si tienes algún problema al respecto, puedes hablar con mi hermano.

Dio media vuelta y cogió una maleta del fondo de su vestidor.

—¡Tu hermano, tu hermano! ¿Cuándo vas a dejar de ser una niña mimada?

—Lo que sea o deje de ser, cariñito, ya no es asunto tuyo. —Cerró la maleta y la arrastró hacia el exterior de la habitación.

Cruzó la vivienda, seguida por Samuel, que todavía no podía creer que todo aquello estuviese pasando de verdad.

Al verla abrir la puerta, la agarró por la muñeca.

—Amanda, espera —suplicó—. No te vayas, te quiero.

Ella lo miró de arriba abajo y resopló.

—¿Sí? Pues, yo no quiero volver a verte en lo que me queda de existencia. Adiós, Samuel. Espero que seas súper feliz con tu vida aburrida, tu madurez y tu hipoteca.

Y, tras decir aquello, salió de la casa y cerró la puerta, dando el último portazo en aquel edificio.

El rostro de Bruno mostraba preocupación.

No podía dejar de observar a su compañero, con el ceño fruncido.

Desde hacía casi dos años, no era el mismo. Ya no recordaba cómo era salir con él a tomarse unas cañas, bromear por cualquier tontería o, simplemente, ver un partido de fútbol como lo hacían antes.

En la actualidad, Oliver solo se relacionaba con él por cuestiones de trabajo. Y, cuando lo hacía, no reconocía a la persona que fue en el pasado. Desde aquel desafortunado accidente, se había vuelto taciturno, osco, frío y distante. Echaba de menos al Oliver de siempre. Echaba de menos al cabrón que se llevaba a las tías de calle con tan solo una sonrisa. Pero, sobre todo, echaba de menos verlo feliz y relajado.

Se conocían desde la adolescencia, y jamás pensó que algún día se convertiría en aquel ser, casi sin alma, que tenía delante.

—¿Estás seguro de querer hacerlo?

—Sí. —Ni siquiera miró a Bruno, que permanecía sentado en el salón de su casa.

Su amigo suspiró y se pasó una mano por su cabello, corto y moreno.

—No tienes por qué ir. Hay más agentes que pueden ocupar tu puesto.

—No quiero que nadie ocupe mi puesto —respondió con cansancio, dando el último trago a su cerveza y recostándose en el sillón, sin prestar atención a su amigo, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Oliver, por favor, no te juegues la vida de esa forma.

—Alguien se la tendrá que jugar, ¿no? —Se levantó de golpe y fue hacia la cocina a por algo más de beber.

Un par de años atrás, el piso de Oliver era un coqueto estudio, pulcro y muy ordenado, que hacía las delicias de las chicas a las que llevaba para divertirse. Sin embargo, ahora estaba descuidado, y tan desmejorado como su dueño. Los botes de cerveza se apilaban sobre la mesa auxiliar del salón, había ropa amontonada sobre uno de los sofás y en la cocina los platos sucios formaban una montaña en el fregadero.

Bruno fue tras él y se quedó apoyado en el marco de la puerta, observando a Oliver.

Cómo había cambiado. Y no solo en temperamento, sino que su apariencia física también se había resentido durante todo ese tiempo.

Casi no quedaba nada del atractivo hombre de ojos avellana. Tenía aspecto cansado, con ojeras. La barba, mal recortada, lo hacía parecer

mucho mayor de lo que era. Y su cuerpo atlético y fuerte había dejado paso a una pronunciada delgadez, que lo hacía tener aspecto enfermizo.

—¿Por qué no le dices a Garrido que dejas el caso? —insistió.

Oliver miró a su amigo a los ojos, cansado de tanta charla, y alzó la cabeza, orgulloso.

—¿Y tú por qué no dejas de darme el coñazo? —Abrió el armario donde guardaba los vasos de cristal y sacó uno, en el que se sirvió un poco de whisky. Se llevó el contenido a la boca de un solo trago e hizo una mueca de aprensión al notar cómo el líquido le quemaba la garganta—. Últimamente todos queréis meteros en mi vida, y yo no he pedido consejo a nadie. Tengo treinta y cinco años, soy bastante mayorcito como para poder tomar mis propias decisiones.

—Si tu madre se mete, es porque te ve perdido.

Al escuchar cómo nombraba a su madre, Oliver alzó la mirada de golpe.

—¿Has hablado con ella?

—Me llamó hace unos días.

—¿Por qué coño habláis de mí a mis espaldas?

—Porque estamos preocupados, tío. —Fue hasta su lado y le puso una mano en el hombro, para intentar que se relajase un poco—. Oye, mira…

Oliver se apartó de inmediato y le lanzó una mirada de advertencia a Bruno.

—¡Ya basta! Ni tú, ni mi madre, ni nadie de este jodido mundo, va a poder convencerme de que abandone la misión. ¡No sé por qué cojones habéis decidido inmiscuiros en mis asuntos, pero que os quede claro que voy a hacer lo que me dé la gana!

—Solo queremos que vuelva el antiguo Oliver, nada más.

—No sé de qué estás hablando.

—Pues, yo sí —insistió Bruno—. Desde que pasó aquello… siento que te hemos perdido.

Al escuchar las palabras de su amigo con respecto a aquel incidente ocurrido dos años atrás, Oliver apretó los puños y cuadró los hombros.

—¡No vuelvas a nombrar ese tema! —gritó fuera de sí—. ¡En tu vida me nombres ese tema! ¡No sabes de lo que hablas! ¡Todo fue mi culpa!

—¡Fue un accidente!

—¡No, no, no! —chilló. Cogió de nuevo la botella de whisky y bebió directamente de ella. Miró a Bruno a los ojos, y con un tono de voz cansado, se dirigió a él—: Voy a ir, cumpliré con mi objetivo y detendré a ese narco. Y me da igual qué penséis sobre ello.

—Al menos asegúrame que vas a llevar cuidado.

Oliver resopló.

—¿Por qué? Si me pillan, pues uno menos. No creo que el mundo



note mucho mi ausencia.

Capítulo 2

El avión de Amanda hizo escala en Tenerife, y desde allí tuvo que volver a coger un vuelo que la llevase a su destino.

La aeronave aterrizó en el aeropuerto de Alajeró, un municipio de la isla de La Gomera. Tras un breve descanso, en el que estiró las piernas, cogió un taxi que la llevó hasta el pueblo donde vivía su hermano.

Amanda observó por la ventanilla del vehículo y recorrió con la mirada el municipio de Vallehermoso, en el que Alberto había comprado una casa cinco años atrás.

Sin embargo, no tardó mucho en apartar la mirada. No le pareció un lugar interesante. Simplemente eran un par de casas juntas, en donde no había centros comerciales, ni los restaurantes de moda a los que solía ir.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo el taxista, orgulloso del atractivo de su isla.

Lo miró de reojo, sin ni siquiera girar la cabeza, y se encogió de hombros.

—He estado en sitios mejores —indicó con desgana.

El hombre, molesto, volvió a concentrarse en la carretera.

Amanda, al ver que dejaban atrás el pueblo, frunció el ceño.

—¿No habíamos llegado ya?

—No. La dirección que me ha dado está algo más alejada del pueblo.

—¿En las afueras?

—Está en plena naturaleza.

Ella chasqueó la lengua y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Genial —resopló—. En medio de ninguna parte. Alberto, te has lucido.

Ya podía imaginar las horas muertas que le esperaban en aquel lugar. Iba a ser horrible tener que estar allí, rodeada por árboles y piedras, cuando lo que de verdad quería era bullicio. Le encantaban las aglomeraciones, el ruido de la ciudad, las avenidas llenas de comercios en los que gastar el dinero. Sin embargo, Alberto se negó a mandarle más dinero cuando lo llamó para informarle de su pelea con

Samuel, y le ordenó viajar a La Gomera para que pudiesen hablar personalmente.

No quería quedarse allí. ¿Qué iba a poder hacer en ese lugar? ¿Aprenderse el nombre de los bichos autóctonos? ¿Practicar el silbo gomero?

Frustrada, sacó su teléfono móvil y ojeó los mensajes que todavía no había leído. La mayoría eran de Samuel. Le pedía que volviese con él. En algunos incluso suplicaba.

Lo guardó en su bolso. Ni loca iba a regresar con él. Samuel había sido una persona importante en su vida, habían pasado muy buenos momentos juntos, pero desde hacía tiempo pasó de ser una compañía agradable a una molestia. Ella necesitaba libertad. No quería cadenas que la atasen a nada ni a nadie, y él desde siempre se había empeñado en echar raíces y llevar una vida tranquila. No. Eso no era para ella. No quería caer en la rutina de tener un trabajo aburrido, un marido que le diese el coñazo, ni una casa llena de fotos de sus últimas vacaciones en Torrevieja.

Le costó mucho decidirse cuando le propuso irse a vivir juntos. Y cuando lo hizo, fue a regañadientes. Él le aseguró que podría seguir como hasta entonces, que nada cambiaría. Pero no fue así. Desde el primer día que se instalaron, la mentalidad de Samuel mutó. No dejaba de hablar de madurez, de sus continuos gastos en tiendas de ropa, de sus innumerables viajes con sus amigas…

Y sí, sabía que la mayoría de las personas cambiaban al llegar a cierta edad, al independizarse. No obstante, ella se negaba. Ese no era el acuerdo al que había llegado con su, hasta entonces, novio.

Le gustaba el glamour, la vida ociosa, las charlas y risas con sus conocidos. Claro estaba que a todo el mundo le gustaba eso, pero la diferencia era que ella se lo podía permitir. Su hermano le daba dinero cada vez que se lo pedía.

Metida en sus pensamientos, apenas se dio cuenta cuando el coche paró. Reaccionó al escuchar al taxista toser. Le pagó con rapidez y se incorporó del vehículo, arrastrando las maletas tras de sí.

Al levantar la vista, no pudo menos que abrir la boca.

La casa de su hermano en realidad no era una pintoresca casita en medio del bosque. Ante ella se encontraba un enorme caserío blanco de dos plantas, rodeado por una parcela gigantesca repleta de plataneras. Tan grande que le era imposible ver el final.

Hablaba muy poco con Alberto. Así que, cuando le dijo que se iba a dedicar al cultivo de plátanos, y abandonar su principal fuente de ingresos, pensó que había perdido la cabeza.

Al acercarse a la valla, que delimitaba la propiedad, vio que en el muro había unas letras de cerámica.

Las leyó.

—«El árbol». —Puso los ojos en blanco—. Qué nombre más estúpido para una casa.

No tuvo ni que tocar al timbre. Las puertas se abrieron solas.

Al levantar la cabeza, observó las dos cámaras de vigilancia que salvaguardaban el terreno.

Caminó casi doscientos metros por un camino empedrado y bordeado por palmeras desde el que se veía la plantación y a los jornaleros afanándose en su trabajo, hasta que llegó a un gran porche en el que había un cómodo balancín de hierro y mimbre, con mullidos cojines de color blanco.

Se encaminó hacia el portón de madera, por el cual se accedía al interior de la vivienda y, al llegar, este se abrió.

Ante ella apareció una mujer mayor. Era bajita, de complexión delgada, con un moño muy apretado en la nuca y con el semblante serio. La miró de arriba abajo, casi con hostilidad, y se hizo a un lado para que pudiese pasar.

—El señor Alberto la está esperando en su despacho —dijo con sequedad.

Dio la vuelta y comenzó a caminar hacia otro habitáculo.

—No sé dónde está el despacho —respondió Amanda, con las cejas alzadas y extrañada por aquel recibimiento tan frío. ¿Quién era esa mujer y por qué no había ido su hermano a recibirla?

—Segunda planta, tercera puerta a la izquierda —indicó con cansancio. Continuó su camino hasta que desapareció del recibidor.

Amanda miró a su alrededor, antes de emprender el camino hasta el despacho de su hermano, y se fijó en aquel lugar.

Era un espacio enorme, bonito, aunque sobrio, decorado con modernidad, pero sin estropear la belleza de aquel caserón colonial. Era una mezcla extraña, pero agradable. Los muebles de madera oscura otorgaban calidez a aquel amplio recibidor que, junto a las cortinas blancas y a algunas pequeñas palmeras, colocadas estratégicamente, daban la sensación de haber viajado hasta el trópico.

Dejó las maletas allí mismo y subió las escaleras, logrando que el sonido de sus tacones resonase por toda la casa.

La planta superior era igual de impresionante que la inferior. El color de la madera primaba por encima de todo, y apenas había muebles ni adornos en ella.

Encontró el despacho sin problemas. Abrió la puerta, sin tocar antes, y entró en aquella habitación con decisión. La opulencia de aquella estancia la impresionó tanto o más que el resto de la casa. El escritorio era de caoba, antiguo, de patas torneadas y bellos grabados, que admiró nada más poner sus ojos en él. Las paredes, forradas de madera oscura, estaban repletas de estanterías rebosantes de libros,

los cuales parecían tan viejos como la misma edificación.

Su hermano se encontraba hablando por teléfono.

Al verla, la saludó con un movimiento de cabeza y le indicó que se sentase en una silla situada frente a él.

Casi no había cambiado nada en los años que había pasado sin verlo. Simplemente, su cabello moreno estaba salpicado por algunas canas, que lo hacían todavía más interesante.

Era un hombre guapo. Las personas que lo conocían siempre comentaban que tenía el porte de su padre. Sus ojos marrones y rasgados, su altura y su forma de fruncir el ceño.

Amanda no podía contradecir aquello, pues casi no se acordaba de su padre. Había muerto cuando ella tenía cuatro años, dejándola a cargo de su único hermano, del que la separaba una diferencia de edad de casi veinte años.

Cuando este colgó el aparato, se quedó mirándola unos segundos y le sonrió.

—¿Qué tal el viaje?

—Largo —se quejó ella—. Podrías haberte ido a vivir a China, ya de paso.

Alberto rio por la contestación de su hermana.

—Qué exagerada eres, son menos de tres horas desde la península.

—¿Y te parece poco?

Se frotó la mandíbula y la miró con interés.

—¿Qué ha pasado para que hayas decidido romper con él de esa forma?

—Lo que pasa es que Samuel me asfixiaba —se quejó, poniéndole morritos a su hermano—. No me dejaba ser yo, quería que me pudriese dentro de nuestra casa.

—¿Seguro? —preguntó sin llegar a creérselo, pues la conocía a la perfección—. Samuel siempre me ha parecido un buen hombre, y lo conozco desde hace más tiempo que tú.

—Ay, Alberto —lloriqueó como la mejor actriz—. No te puedes imaginar el infierno de vida que tenía. Era horrible.

Su hermano se echó hacia atrás en su silla y apoyó la espalda en el respaldo.

—Ya —asintió, mirándola fijamente—. ¿Y no será que eres una inmadura?

Amanda lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿qué…?

—Hablé con él ayer. De hecho, fue Samuel el que llamó.

Ella irguió la espalda y alzó el mentón.

—¿Qué te dijo?

—Pues me confirmó lo que yo ya sabía. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Amanda, tienes que madurar.

—¿Cómo? —No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Sabes? La culpa es mía por haberte consentido tantas cosas. Tendría que haber sido más duro y recto contigo —dijo, más para sí que para ella—. Debería haberte cortado el grifo, no haberte dado dinero cada vez que llamabas.

—¡No! Tú hiciste lo que hubiese hecho cualquier buen hermano —lo aduló, para intentar que olvidase todo aquello.

—Sin embargo, de los errores se aprende.

Amanda alzó las cejas y lo miró con fijeza.

—¿Qué… qué quieres decir con eso?

—Que se acabó. Ya no voy a salvarte el culo cada vez que lo necesites. —La boca de ella se abrió por el asombro—. No voy a consentir que sigas por ese camino. Por tu bien. Tienes treinta y un años, ya va siendo hora de que tomes las riendas de tu vida.

—¡No jodas!

Alberto frunció el ceño por el vocabulario de su hermana.

—Se acabó el darte dinero y el sacarte de los líos en los que te metes. Se te ha acabado la vida ociosa —dijo con decisión—. Tienes que aprender a valerte por ti misma, buscar un trabajo, estudiar, salir tú sola adelante.

—¡Pero tú tienes dinero de sobra para los dos!

—El dinero se acaba, Amanda —resopló—. ¿Has pensado en eso? ¿Qué vas a hacer cuando yo no esté para ayudarte?

—Pues… —No supo qué contestar.

—Y no me digas que buscarías a algún ricachón con el que casarte, porque te desheredo ahora mismo —le advirtió—. Venga, contéstame, ¿qué harás cuando yo no esté? ¿Cómo te las vas a ingeniar ahora que no voy a darte más dinero?

Ella se levantó de la silla hecha una furia. Miró a su hermano con los labios apretados y dio un golpe en la mesa.

—¡No hace falta que montes todo este numerito! Ya me apañaré yo sola como buenamente pueda, aunque tenga que pedir limosna de puerta en puerta. ¡No quiero ser ninguna molestia para ti!

Alberto suspiró y se la quedó mirando con indiferencia.

—Yo no he dicho que no vaya a ayudarte.

—¡No! Solo me acabas de llamar niña mimada, me acabas de decir que soy una cría para ti —respondió dolida.

—Es que lo eres, para mí, siempre serás la niña pequeña a la que crie. —Rodeó la mesa para llegar a su lado y la cogió por los hombros, con cariño, intentando apaciguarla—. Quiero que te quedes aquí en *El árbol*. Esta casa es tanto mía como tuya.

—¡Pues deja de decir todas esas cosas sobre mí!

—Vale, lo siento —se disculpó, arrepentido. Le dio un beso en la mejilla y le sonrió. Amanda era su debilidad, siempre lo había sido

desde que nació—. Me alegro de que estés aquí, de verdad.

—¿Seguro? —preguntó ella poniendo morritos.

—Sí. —La rodeó con los brazos y empezó a guiarla fuera del despacho, por el pasillo—. Mira, instálate y relájate unas semanas. Después hablaremos sobre tu futuro, ¿de acuerdo?

—Está bien. Pero no quiero que el tema del trabajo vuelva a hacernos discutir —dijo, poniendo carita de lástima.

—Cuando pase un tiempo ya decidiremos lo que hacer —indicó él zanjando el tema.

La hizo pasar a una enorme habitación blanca, con un espléndido ventanal por el que se veían todas las tierras de la plantación. En el centro de aquella estancia, había una hermosa cama con dosel. Era antigua, pero estaba en perfecto estado. Fue hasta ella y acarició la sábana bordada que la cubría, frunciendo el ceño por su inesperada aspereza. A su lado, una mesilla de noche bastante alta, delicada y majestuosa, en la que descansaba una cajita de música algo cuarteada, pero que seguía conservando su belleza. Frente a la cama, un gran armario ropero, tan antiguo como el resto de la habitación, con un espejo en una de las puertas que le devolvía su reflejo algo empañado y con un ligero abombamiento.

—Según me dijeron cuando compré la casa, esta era la habitación de la hija del terrateniente que la construyó. Una habitación digna de una princesa.

Amanda la recorrió con la mirada. Tenía que reconocer que era preciosa. Siempre había tenido predilección por las antigüedades.

—Me encanta.

—Pues es toda tuya. —Le sonrió—. Voy a mandar que te suban las maletas. —Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, pero de repente paró y volvió la vista hacia su hermana—. ¡Eh! Me alegro de que estés aquí, de verdad.

Al cerrar la puerta, dejándola sola en aquella habitación, Amanda rio contenta. Después de todo, las cosas no habían salido tan mal como pintaban en un principio. Viviría con su hermano en aquella propiedad, tendría tiempo libre para hacer lo que le viniera en gana y no tendría que aguantar más que le hablasen sobre futuro ni trabajo. Alberto había dicho que en un tiempo aclararían su situación, pero ella estaba segura de que, con sus mañas y sus artes para la interpretación, podría seguir dándose la buena vida como hasta entonces.

Capítulo 3

Oliver se encontraba sentado en una pequeña terraza, en un bar de San Sebastián de La Gomera. Tomaba un café, mientras esperaba a su contacto, y contemplaba sin mucho interés la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción.

A pesar de que siempre le gustó viajar y ver mundo, aquello no le provocaba ninguna emoción. Todas sus ilusiones y sentimientos estaban muertos.

En el pasado, jamás hubiese dejado pasar la ocasión de recorrer aquel pueblo, adentrarse en sus calles y contemplar sus monumentos, pero ya no era el mismo hombre de antes. Lo único que tenía en mente era hacer su trabajo, y hacerlo lo mejor posible. Esa era la forma de poder olvidar, de borrar los recuerdos que lo atormentaban.

Al girar la cabeza, vio acercarse a la camarera del bar, una joven muy bonita, morena y delgada, con una sonrisa contagiosa.

La chica llegó hasta su mesa y dejó la cuenta en ella.

—Espero que le haya gustado nuestro café —comentó con simpatía.

—Estaba bien —dijo él mientras sacaba la cartera de su bolsillo.

—¿Es usted turista? Nunca lo he visto por aquí —se interesó la joven.

Oliver la miró con fijeza, sin percatarse de que tenía el ceño fruncido. No le gustaba que le hicieran preguntas. Y aunque aquella era una mujer preciosa y muy amable, no estaba por la labor de seguir con la conversación.

—Aquí tiene el dinero —farfulló.

Ella se lo quedó mirando, contrariada. Cogió las monedas y le sonrió. Pero antes de marcharse volvió a hablarle.

—Me… me preguntaba que si… sigue por aquí en una hora… quizás le apetezca otro café después de que termine mi turno.

Oliver la contempló. Sin embargo, lo hizo como si allí no hubiese nadie, como si aquella joven fuese invisible.

—No tengo tiempo para tonterías, señorita.

La chica asintió con rapidez, algo molesta por aquel rechazo.

—Que tenga un buen día. —Y tras esa leve despedida, caminó con orgullo, moviendo las caderas de forma exagerada, hacia el interior

del establecimiento.
Él resopló y centró su mirada de nuevo en la parroquia.
¡Cómo había cambiado su vida!
Años atrás, no habría dejado pasar la ocasión de conocer a una chica guapa. Incluso hubiese sido él quien le hubiera pedido su número de teléfono. No obstante, ya no buscaba nada de nadie, no necesitaba acercamientos, ni cariño por parte de las féminas. Lo único que quería era que lo dejasen en paz.
—¿Oliver Berenguer?
Al alzar por segunda vez la cabeza, se encontró con un hombre joven. Castaño, fornido, aunque demasiado bajito para poder soportar tanto músculo él solo. Lo miraba con seriedad, casi con exasperación.
—Soy yo.
—Genial. —Sin más preguntas, le hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera y empezó a hablarle sin asegurarse de que lo hacía—. Soy tu contacto en La Gomera, el inspector Marín. Tengo el coche aparcado en aquella esquina.
—¿Coche? Pensaba que mi trabajo iba a ser aquí.
El hombre negó con la cabeza.
—Ya me avisaron de que los agentes de tu departamento eran unos inútiles. Espero que tú no seas como ellos. Todavía no entiendo el por qué han tenido que daros el caso a vosotros y no a la policía de aquí.
Oliver se lo quedó mirando fijamente. Aquel agente era un payaso.
—Lleva cuidado con tus palabras —le advirtió—. Puedes decir lo que quieras de mis superiores, pero conmigo… respeto.
El inspector Marín dejó de andar y giró para poder mirarlo a los ojos. Tras unos segundos de aguantarse la mirada, su boca se curvó.
—Perfecto, un chulito de la península.
Oliver se acercó un poco más a él, en actitud altiva.
—Escúchame bien, imbécil isleño, deja de mear para marcar tu territorio y dime dónde voy a tener que hacer mi trabajo, que es por lo que estoy aquí.
El agente rio por su contestación y asintió.
Sin decir ni una palabra más, lo guio hasta su vehículo, un Tata ranchera de color blanco. Era viejo, estaba bastante sucio y al sentarse en él comprobó que también era incómodo, los muelles del asiento se clavaban por todas partes.
Cuando arrancó, el inspector Marín comenzó a hablar.
—Supongo que los inútiles de tu departamento te habrán puesto al corriente sobre nuestro objetivo.
Oliver asintió y se aclaró la voz:
—Alberto Robles, cincuenta y cinco años, natural de Madrid. Desde que tiene uso de razón se ha dedicado a negocios turbios y nada claros. En la actualidad se le investiga por tráfico de cocaína.

Marín apartó la vista de la carretera y observó a Oliver unos segundos.

—No solo por ser un simple camello. Si se demuestra toda la información que se tiene sobre él, nos encontraremos con el mayor traficante de drogas que ha habido en España. Ese hijo de perra se ha forrado con el negocio, y cuenta en su haber, supuestamente, con tres muertes por ajuste de cuentas.

Oliver asintió, pues ya conocía toda esa información.

—Deja de contarme historias y dime hacia dónde vamos —lo apremió sin paciencia—. Mis superiores recibieron información vuestra para que yo llegase a San Sebastián de La Gomera.

Marín rio.

—¿Pensabas que íbamos a daros su dirección? Entonces eres más memo de lo que imaginaba.

—Cuidado con tus palabras —le advirtió.

—Ya, ya… —rio. Cuadró los hombros y se aclaró la voz—. Creo que no hubiese sido muy inteligente daros la dirección correcta. Y no es porque seáis estúpidos, sino porque ese tío tiene espías por todos lados. ¿Qué pasaría si alguno de ellos se entera de que vas hacia donde vive Robles? Serías hombre muerto al segundo de pisar su propiedad, guapito de capital. ¿Qué me dices a esto?

Oliver asintió.

—Que tiene lógica.

—¡Joder! En algo estamos de acuerdo —rio.

—¿Y a dónde vamos?

—Alberto Robles compró una vieja plantación llamada *El árbol* en las afueras del municipio de Vallehermoso, la reformó y tiene un negocio rentable con el cultivo de plátanos. Negocio que, por supuesto, es una tapadera para lo que de verdad le interesa: la droga. —Se removió en el asiento y continuó—: Tenemos a un agente dentro de la plantación, trabajando como jornalero. Consiguió que Robles te contratase a ti también.

—Espera. —Oliver lo miró extrañado—. ¿Contratado?

—Claro, ¿qué esperabas? ¿Que te metiéramos a vivir en su casa, con él? —se carcajeó—. No sé si en la capital sabéis algo del cultivo de plátanos, pero vas a tener que ensuciarte las manos, guapín. Trabajarás como cualquier jornalero, vivirás allí, pero en la casa destinada a los trabajadores, e intentarás descubrir cuándo y dónde va a producirse el envío de la cocaína. De hoy en adelante, dejarás de llamarte Oliver Berenguer y pasarás a ser Oliver Pérez, nacido en Guadalajara y viviendo en La Gomera desde hace ocho años.

—Entendido. —Cogió el falso carnet y se lo guardó en el bolsillo—. No sabía que todavía, en la actualidad, existiesen las casas para los jornaleros. Pensaba que era algo que había desaparecido.

—Las hay, pero prácticamente no se usan. Todo el mundo tiene casa propia y prefiere desplazarse cada día a su trabajo. —Despegó unos segundos la vista de la carretera para mirarlo—. *El árbol* cuenta con una casa para los trabajadores enorme. Tiene casi sesenta habitaciones.

—¿Están todas ocupadas?

—No, según nos dijo nuestro hombre, que también se queda allí, viven en ella seis trabajadores. Todos inmigrantes sin casa.

Oliver asintió. No le hacía gracia tener que quedarse en ese lugar, con gente a la que no conocía, pero era su trabajo y lo haría.

Pasaron el resto del camino en silencio. Ninguno de los dos hombres quiso sacar un tema de conversación.

Marín detuvo el vehículo cinco kilómetros antes de llegar a Vallehermoso. Aparcó en una pequeña explanada de un camino rural. Allí les esperaba otro coche. Salieron del vehículo y se encontraron, a medio camino, con el ocupante.

Era un hombre de mediana edad, orondo y prácticamente calvo. Tenía una expresión amable, incluso les sonrió cuando estuvo a su lado.

Oliver se despidió, con un leve levantamiento de cejas, de Marín y montó con el otro.

Mauro, que así se llamaba, apenas le habló durante el trayecto, y eso fue algo que agradeció. Estaba cansado del viaje, lo que de verdad le apetecía era dormir.

Cuando llegaron a *El árbol* ya era de noche, así que Oliver apenas pudo ver nada de aquel lugar.

Caminaron por un sendero empedrado, por la parte de atrás de la casa, y entraron en una enorme edificación de piedra. Dentro se notaba frescor, y era de agradecer pues había hecho un día de lo más caluroso.

En aquel lugar no se escuchaba ni el más mínimo ruido.

Mauro le mostró, de forma escueta, la vieja cocina, la sala donde se reunían a comer y el baño.

Lo acompañó, escaleras arriba, por un pasillo kilométrico, lleno de puertas a su derecha, y le mostró su habitación.

Oliver la miró sin mucho interés, pues no había nada que valiese la pena admirar. En aquel lugar solo había una cama, una mesilla de noche con una pata rota, un armario viejo y una pequeña ventana por la que apenas se podía ver nada.

—Mañana vendré a las seis a por ti. —Mauro bostezó por el sueño —. Hoy es tarde para hablar del caso, pero cuando venga te pondré al día sobre lo que tienes que hacer aquí. No salgas de la habitación hasta entonces, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó sin ganas.

Al quedarse a solas, se sentó sobre el lecho. Era incómodo, duro y lleno de bultos. Genial.

No sacó la ropa de su mochila. Estaba tan cansado que decidió dejarlo para el siguiente día.

A pesar de todo, del viaje desde la península, del comportamiento de Marín y de aquella cama tan incómoda, tenía ganas de ver lo que le deparaba aquella misión. Sabía que era peligrosa, sabía que si lo descubrían sería hombre muerto, pero había algo que lo hacía seguir hacia delante. Quizás, en su círculo de amigos y familiares, lo llamasen loco, pero no tenía nada que perder, pues ya lo perdió todo. *El árbol* era una forma de escapar de su vida, una manera de no tener que recordar todos los días al hombre que una vez fue. Una forma de olvidar que una vez fue feliz.

Capítulo 4

Amanda odiaba a la gente chismosa. No podía evitarlo, era algo que le sobrepasaba. Cada vez que se encontraba con alguien así, la miraba con desprecio y daba media vuelta.

No obstante, ¿qué podía hacer cuando tenía que convivir con ese tipo de personas?

Llevaba dos días en *El árbol* y, desde el minuto uno, tuvo que hacer frente a miradas envenenadas y cuchicheos a su espalda.

Había hablado con su hermano sobre el tema, pero Alberto se reía y le quitaba importancia.

—Es una mujer mayor, se divierte de esa forma —le decía—. No se lo tomes en cuenta.

—¿Que no lo tome en cuenta? —resopló ella—. Cada vez que me cruzo con ella por el pasillo noto como si me traspasase con la mirada.

—Mira, Amanda, Dolores lleva muchos años conmigo. Incluso desde antes de venir a La Gomera. Puede parecer seria y estirada, pero hace muy bien su trabajo y jamás he tenido una queja sobre ella.

Recordó el gesto severo de la mujer y apretó los labios. La tal Dolores fue desagradable incluso cuando la recibió el día de su llegada.

—Me hace sentir mal, Alberto. No puedo caminar tranquila por la casa.

—¡No seas exagerada! —rio él.

—¡No lo soy! —exclamó enfadada—. ¡Esa mujer es el demonio! Esta mañana la he escuchado murmurar sobre mí. Decía que soy una mantenida, que lo he sido toda mi vida, y que pobre del hombre que acabe conmigo. ¡A eso no hay derecho!

Alberto comenzó a carcajearse.

—Vamos, no le hagas caso. Tiene mucho tiempo libre y lo ocupa en lo que sea.

—Y ahora ha decidido ocuparlo en despellejarme, ¿no?

Su hermano negó con la cabeza y suspiró.

—Mira, tú haz oídos sordos a lo que dice, ya se cansará.

—Claro, pero mientras tanto tengo que estar soportando todo esto.

—Ya verás qué pronto se olvida de ti. Eres la novedad. Cuando

pasen unos días, ni se acordará de que vives aquí. —Caminaron por el salón de la casa y salieron al porche, donde corría una ligera brisa—. Le tengo mucho cariño a esa señora, es buena y me quiere como a un hijo. Estoy seguro de que a ti también lo hará.

—No sé yo qué decirte —contestó poniendo los ojos en blanco.

Alberto se miró el reloj de muñeca y chasqueó la lengua.

—Tengo que irme, Amanda. Me esperan en veinte minutos para una reunión.

Ella asintió, acostumbrada a las obligaciones de su hermano.

—¿Cómo va el negocio?

—Muy bien —asintió—. Los plátanos están dando más beneficios de lo que me imaginaba.

—¿Es mejor que tu trabajo anterior?

—Bueno… hay que ir poco a poco. Una finca tiene mucho trabajo —añadió sin querer entrar demasiado en el tema.

—Nunca me dijiste en qué trabajabas antes de mudarte a La Gomera.

—En nada importante, por eso lo dejé —dijo zanjando el tema con rapidez. Le dio un beso en la frente, a modo de despedida, y se marchó a su despacho.

Al quedarse sola, miró a su alrededor y pensó en qué hacer. Necesitaba que le diese un poco el aire. Llevaba dos días encerrada en *El árbol* y sentía que le faltaba incluso la respiración. No estaba acostumbrada a esa vida apartada de la civilización. Necesitaba movimiento, gente, ir de compras, gastar dinero…

Decidida, cogió las llaves del coche de su hermano y montó en él. Aunque fuese por un par de horas, tenía que salir de la plantación y perder de vista a aquella gente que la miraba como si fuese un parásito.

Oliver escuchaba al capataz con atención.

Aquel hombre era un experto en el cultivo de plataneras. A sus sesenta y dos años, había trabajado en las mejores fincas de las islas, consiguiendo una producción nada desdeñable de plátanos en cada cosecha.

Cuando, esa madrugada, Mauro había ido a por él a su habitación, esperaba que la jornada de trabajo fuese dura, por ser la primera y estar desentrenado en esa labor, pero jamás se hubiese imaginado que aquel oficio lo dejaría hecho polvo.

Antonio, que así se llamaba el capataz, se había apiadado de él y lo había sacado de su puesto inicial en el desmane de las plantas.

—Recuerdo mi primer día de trabajo, fue en una finca de Gran Canaria. Tenía solo doce años —dijo el hombre, mientras le daba unas

palmaditas en la espalda, cosa que no agradó a Oliver—. Cuando acabé la jornada y llegué a mi casa, vomité todo lo que había comido ese día. Es un trabajo muy pesado, pero gratificante. Al menos lo es para mí, siempre me ha encantado lo que hago.

Oliver asintió, pero no dijo ni una palabra, simplemente continuó caminando al lado del hombre por una de las más de veinte hectáreas de la plantación.

Antonio, al no recibir respuesta, suspiró. Miró a su alrededor y saludó a uno de los jornaleros, que continuaba con el desmane y cortaba los racimos para conseguir que los próximos adquiriesen el tamaño requerido.

—¿Has conducido alguna vez un camión? —preguntó, fijando su atención de nuevo en Oliver.

—Nunca.

—Mmm… vale. —Se encogió de hombros.

Continuaron caminando en silencio. Era un silencio incómodo, pero a Oliver le traía sin cuidado. No estaba allí para hacer amigos, sino para conseguir información sobre Alberto Robles.

Sí, tendría que trabajar como el que más, pues no quería que aquel hombre lo despidiese por inútil, pero de ahí a estrechar lazos con ellos…

El camión se encontraba en uno de los extremos de la finca, aparcado en medio del camino asfaltado que llevaba a las cocheras de la casa. Allí, varios hombres cargaban enormes racimos de plátanos verdes, que más tarde transportarían a la fábrica donde los limpiarían y dividirían para su exportación.

Al verlos llegar, los jornaleros saludaron a Antonio con un movimiento de cabeza, sin dejar de trabajar ni un momento.

—¿Habéis parado ya para descansar? —preguntó. Al recibir una negativa por parte de los trabajadores, asintió—. Tomaos treinta minutos.

Los tres jornaleros dejaron los racimos que llevaban en las manos y se marcharon hablando entre ellos.

—Oliver, encárgate tú de su trabajo mientras descansan —le mandó. Él asintió y, sin mediar palabra, se dirigió hacia la montaña de plátanos para comenzar con la tarea—. Quédate aquí, ahora mismo vuelvo.

Al quedarse a solas, se limpió el sudor de su frente. Estaba siendo un día muy caluroso, y trabajar al sol era un infierno. A pesar de todo, continuó cargando los racimos sin parar. Pesaban muchísimo. Si sus cálculos no fallaban, cada racimo rondaría los cuarenta kilos. Sin embargo, no paró ni un segundo de trabajar. El dolor de espalda, el dolor de brazos, el agotamiento y el intenso calor, lo ayudaban a no pensar, a dejar la mente en blanco. Aquello, aunque pareciese de

locos, le daba paz. Su cerebro, concentrado en el trabajo, dejaba los recuerdos de lado, y era una sensación agradable. No había culpabilidad, tristeza, ni rabia.

No obstante, su tranquilidad duró poco.

El sonido del claxon de un coche le hizo levantar la cabeza.

Era un Mercedes de color negro, y el conductor parecía como poseído por el diablo. No dejaba de pitar, rompiendo el silencio que envolvía la plantación.

Oliver dejó el racimo sobre el remolque y miró con atención el automóvil, mientras se secaba el sudor de su frente. No entendía el porqué de aquel escándalo.

La puerta del conductor se abrió, y por ella apareció una mujer con la cara desencajada por el enfado.

Cerró la puerta de un golpe y comenzó a caminar hacia él, mientras su espeso cabello castaño, ondeaba por el viento.

Andaba con el cuerpo rígido, pero con un exagerado movimiento de caderas. Oliver observó su vestimenta. Llevaba un ligero vestido blanco, hasta los muslos, y unos tacones con los que muy pocas mujeres eran capaces de mantenerse en pie. Pero ella lo hacía con soltura.

—¿Qué hace ese camión en medio del camino? —chilló la mujer cuando llegó a su lado.

Él la fulminó con la mirada. ¿Quién era ella y por qué gritaba de esa forma? Había leído todo el informe policial sobre Alberto Robles y sabía que no estaba casado, ni tenía ninguna relación amorosa.

Oliver la miró más detenidamente. Era guapa. Aunque no poseía esa belleza por la que los hombres babeaban.

La chica apretó los labios, al ver que no contestaba.

—¿Estás sordo o eres tonto? —preguntó faltándole al respeto—. ¿Qué cojones hace ese camión en medio del camino?

—Estamos cargando los plátanos —contestó sin ganas.

Ella miró el remolque a medio llenar y resopló.

—¡Quítalo!

—No.

—¿Qué? —vociferó sin poder creer lo que escuchaba—. Mira, jornalero, si yo te digo que lo quites, lo quitas y punto.

—No. Lo haré cuando el capataz me dé la orden —respondió armándose de paciencia. Le molestaba sobremanera la gente estúpida, y esa mujer se llevaba la palma.

Amanda apretó los puños y lo miró a los ojos. Aquel tío se estaba buscando una buena.

—¡Más vale que lo hagas! —le advirtió—. ¿Tú sabes con quién estás hablando? ¡Te estás buscando el despido, muerto de hambre!

Oliver ladeó la cabeza y frunció el ceño. Ya se estaba cansando de

aquella idiota.

—No sé quién eres, ni me importa —ladró—. Y moveré el camión cuando el capataz me lo diga.

Ella dio una patada en el suelo, consiguiendo que unas cuantas piedrecitas del camino saliesen despedidas.

—¡Esto es el colmo! Se te va a caer el pelo, estúpido. —Sacó del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil y comenzó a marcar.

Sin embargo, en ese momento llegó Antonio, seguido por otro hombre.

—¿Qué pasa aquí?

Amanda levantó la cabeza y guardó el móvil.

—Pues, pasa que este… —miró a Oliver con desprecio— hombre no quiere mover el camión para que pueda salir de la plantación.

Antonio asintió y le habló al otro que había llegado con él.

—Apártalo, la señorita Robles tiene que irse.

Oliver la miró con los ojos abiertos al escuchar el apellido.

No podía ser. Si no era su mujer… ¿Quién era ella?

—Gracias —dijo Amanda, sonriendo al haberse salido con la suya. Miró al jornalero por encima del hombro y rio con picardía—. A ver si aprendes quién manda aquí. —Dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el coche. Pero a medio camino frenó y volvió a mirarlo—. ¡Y haz el favor de afeitarte!

Arrancó el coche y salió de *El árbol* acelerando en exceso.

Oliver miró a Antonio, con el ceño fruncido, y se dirigió a él.

—¿Quién es?

—Es la hermana del señor Robles. La señorita Amanda.

Volvió la mirada hacia el camino, por donde había desaparecido el vehículo, y se acarició el mentón.

En los informes ponía que su hermana vivía en Madrid. ¿Qué estaba haciendo allí?

No le dio demasiada importancia. Quien le interesaba de verdad era Alberto. Que ella estuviese en la plantación no le suponía ningún inconveniente para conseguir lo que había ido a hacer. Cogería a aquel narco y cumpliría con su trabajo.

Lo único que pedía era no volver a encontrarse con aquella arpía, porque la próxima vez no frenaría su lengua. Odiaba a las personas que pasaban por encima de los demás, a los que se creían superiores por su dinero. Y esa mujer era el demonio en tacones.

Capítulo 5

Amanda dio media vuelta, quedando tumbada boca arriba en la hamaca que había junto a la piscina, situada en la parte de atrás de la casa. Era una de las zonas más tranquilas de la plantación, en la que no se sentía vigilada por nadie. Aquel lugar no era tan amplio como el resto de la propiedad, pero le gustaba la intimidad que otorgaban los árboles que rodeaban el cercado, y el sonido de la depuradora, que hacía correr el agua.

La piscina en sí tampoco era tan grande ya que, cuando la construyeron, Alberto lo creyó conveniente, pues apenas tenía tiempo de relajarse en ella. Aun así, tenía dos duchas, un jacuzzi en uno de los extremos y, al fondo, una gran barbacoa, que por su aspecto parecía no haber sido usada nunca.

Amanda se dio la vuelta, quedando acostada boca abajo. Llevaba allí casi una hora y sentía cómo el sol le abrasaba la piel.

Un mes en La Gomera y ya se le notaba una barbaridad el moreno de su cuerpo, pues pasaba la mayor parte del día allí, recostada al sol o metida en el agua. Sin embargo, se aburría. Apenas había salido de *El árbol*, y cuando lo hacía era por unas horas.

Paseaba por Vallehermoso, recorría sus comercios y compraba ropa, la cual no había llegado a estrenar porque no tenía amigos con los que salir.

En la plantación tampoco había nada con lo que entretenerse, a no ser que estuviese en la piscina.

Se pasaba la mayor parte del tiempo sola. Y eso no le gustaba. Siempre había estado acompañada con amigos, con gente que la hacía reír. Pero allí… Su hermano trabajaba la mayor parte del día y, si decidía pasear por la casa, se encontraba con las miradas y cuchicheos de la señora que trabajaba en ella.

Así que pasaba las horas dando vueltas desde la piscina a su dormitorio.

En aquel lugar sí que se encontraba bien. Esa habitación, antigua y romántica, le daba paz. No sabía qué tenía de especial aquella estancia, pero le gustaba estar en ella. Se sentía segura.

No obstante, seguía aburriéndose. A veces, maldecía a su hermano

por haber decidido mudarse a aquel lugar. Si se hubiese quedado en Madrid, viviendo en la casa de sus padres, todo hubiera sido diferente. Pero no, Alberto prefería aquel sitio inhóspito y alejado del resto del mundo.

El sonido de su teléfono móvil le hizo dar un salto. Al mirar la pantalla, vio el nombre de una de las personas que más quería en la vida.

—¡Inma! —gritó nada más descolgar.

—Hola, nena —respondió ella al otro lado de la línea telefónica—. ¿Cómo va todo por La Gomera?

Amanda se incorporó de la hamaca y, cogiendo la toalla, caminó hacia su habitación.

—Uf, esto es muy aburrido, no sé si aguantaré mucho tiempo aquí. —Suspiró—. Aunque, claro, no sé dónde voy a ir si no. Alberto ha decidido comportarse como un *hermano responsable* y me ha cortado el grifo.

—¿Qué dices?

—Pues eso, que nada de derrochar, nada de más dinero para viajes y, lo peor de todo, me ha dicho que tengo que empezar a trabajar en algo.

Un silencio se hizo al otro lado del teléfono.

—Estarás mal, ¿verdad? —La voz de Inma tembló y se escuchó su llanto—. Me imagino…

Amanda se quedó en silencio. ¿Su amiga lloraba por aquello?

—Estoy bien, no te preocupes por mí.

—Ya, ya…

—No estás así por esto, ¿qué pasa?

—Nada —dijo de inmediato, casi atragantándose con el llanto.

—Inma, no se llora por nada. ¿Qué ha pasado?

Otro silencio.

—Estoy embarazada.

El corazón de Amanda saltó en su pecho.

—¿Qué? —chilló—. ¡Pero eso es genial! ¡Enhorabuena!

—Sí, gracias —dijo mientras seguía sin dejar de llorar.

—Jorge estará muy contento, dale la enhorabuena de mi parte.

Al nombrar a su pareja, Inma lloró más fuerte, dejando a Amanda sin palabras.

—Jorge ya no está, Amanda. Me ha abandonado.

—¿Qué estás diciendo?

—Pues eso —señaló—. Cuando nos enteramos de la noticia, me dijo que no estaba preparado para ser padre y se largó.

Amanda se llevó las manos a la boca y negó con la cabeza.

—Joder —musitó.

—¡Ay! ¿Qué voy a hacer yo ahora? —sollozó destrozada—. No

tengo adónde ir, no tengo dinero, ni trabajo, no tengo una puta casa para meterme, mi casero me ha dado hasta final de mes para largarme.

—¿Y tus padres?

—Ellos no quieren saber nada de mí. Dicen que soy una inmadura y que me las apañe sola.

—¿De cuánto tiempo estás?

—De casi tres meses.

—¿No has pensado en abortar?

—Sí, lo pensé —admitió—. Pero no soy capaz. Es mi bebé, no tiene la culpa de esto.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Pues, la única opción que tengo es ir a los Servicios Sociales y explicarles mi situación.

Amanda se quedó callada durante unos segundos. No podía permitir que su amiga pasase por aquella experiencia.

—No, no vas a ir a ese lugar —dijo con decisión—. Te vienes conmigo, a Vallehermoso.

—Amanda, cariño, no tengo dinero ni para el viaje. Estoy llamando con los últimos minutos de mi tarifa telefónica —gimió.

—No te preocupes, mi hermano lo pagará. Te quedarás aquí, con nosotros.

—Estás loca —expresó—. Alberto no va a querer, ya bastante dinero gasta contigo.

—Tú por eso no te preocupes. Eres mi mejor amiga, y no te voy a dejar tirada.

Alberto caminaba por la plantación de *El árbol* acompañado por su capataz.

Todos los días lo hacía. Le gustaba ver cómo su tierra prosperaba y daba frutos. Al principio, cuando decidió meterse en el negocio de los plátanos, no estaba del todo convencido. Sus asesores y abogados le aconsejaron no hacerlo. El plátano, decían, era muy poco rentable, con muchos gastos y mano de obra. Y era verdad. Invirtió bastante dinero para acondicionar la finca y en comprar maquinaria. Sin embargo, en esos momentos, se daba cuenta de que merecía la pena.

Con la ayuda de Antonio, todo iba sobre ruedas.

El hombre sabía lo que hacía y la producción era excelente.

—Esta mañana he mandado echar pesticidas en aquel sector —le informó el viejo capataz—. Vi que las plataneras tenían cochinilla.

—¿Es muy grave? —dijo él, sabiendo que, si no cogían a tiempo la plaga, podía ser fatal para la planta.

—En unos días estarán limpias.

Alberto asintió y continuó caminando con tranquilidad.

—Perfecto, no me gustaría que… —Dejó de hablar al escuchar unos gritos.

Provenían de la casa de los trabajadores. Miró a Antonio con el ceño fruncido y corrieron hacia allá, para ver qué ocurría. Al llegar, encontraron a una mujer en el suelo, llorando, mientras que uno de sus jornaleros la golpeaba con un cinturón.

Con una furia ciega, separó a aquel desaprensivo de ella.

—¿Qué coño pasa aquí? —inquirió con autoridad mientras que la mujer seguía tirada en el suelo, sin dejar de llorar.

—¡Esta puta va a pagar lo que ha hecho! —rugió el jornalero, intentando zafarse de su agarre—. ¡Me ha quemado los pantalones! ¡Es una inútil! ¡No sabe hacer nada bien, ni siquiera planchar!

Al escuchar el escándalo, varios hombres se acercaron a ver lo que ocurría.

—¡Lleváoslo de aquí! —ordenó—. No quiero volver a verlo en mis tierras. Está despedido.

Los operarios hicieron lo que se les mando y el maltratador desapareció entre insultos.

Alberto se acercó a la mujer y la ayudó a incorporarse. Apenas lo miró a la cara, sus ojos estaban fijos en el suelo, llenos de lágrimas.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Me llamo Fayna —contestó ella entre sollozos—. Soy la esposa del hombre que me estaba golpeando.

—¿Y qué haces en mi plantación? —volvió a preguntar.

—Vivo aquí, en la casa de los jornaleros.

Alberto miró a Antonio con el ceño fruncido. Esa casa era para sus trabajadores, no viviendas familiares.

—No sabía nada —se excusó el viejo capataz.

—Nadie sabía nada —asintió ella—. Mi marido me advirtió de que debía quedarme en la habitación, que no estaba permitido que estuviese allí.

—¿Y entonces por qué estabas aquí?

—Porque no tengo a dónde ir —señaló, mirándolo por primera vez a los ojos.

Alberto la contempló con atención. Era alta y delgada. Tenía el cabello negro, lacio y largo, despeinado por la pelea. De su cara apenas se podía distinguir nada, pues además de la tierra que había pegada en ella, la tenía llena de moratones. Sus ojos, medio cerrados por la hinchazón, eran marrones, pero lo que de verdad le conmovió fue la tristeza que había en ellos. Se notaba que habían pisado su espíritu, que la habían modelado a base de palos.

—¿Pasabas todo el día encerrada?

—No, bueno… limpiaba un poco dentro de la casa, cuando los

trabajadores no estaban. Ustedes, los hombres, son muy sucios.

Alberto sonrió.

—¿Sí?

—Sobre todo en la cocina —asintió Fayna.

—¿Por qué aguantabas que te pegasen? Por tu aspecto se nota que no es la primera vez.

Ella alzó la cabeza y volvió a mirarlo a los ojos.

—Ya le he dicho que no tengo a dónde ir.

Alberto se pasó una mano por su cabello, sin dejar de mirarla. No podía culparla por eso. Si él hubiese pasado hambre y penurias, seguro que hubiera hecho algo semejante.

—¿Quieres trabajar para mí? —le ofreció.

Fayna se llevó una mano al pecho, por la emoción y asintió de inmediato.

—Sí, gracias. —Las lágrimas volvieron a bañar sus ojos.

—A partir de mañana, limpiarás mi casa, junto con la mujer que lo hace en estos momentos, y ayudarás a la cocinera.

Ella cayó al suelo, llorando agradecida.

—No sé cómo podré pagarle, es usted bueno, señor Robles, un buen hombre.

Alberto la ayudó a incorporarse de nuevo.

—No hay nada que agradecer. Es un trabajo, se te pagará si lo haces bien.

Fayna asintió con decisión, sin poder creer que aquello estuviese ocurriendo. Dio media vuelta y se dirigió hacia la casa de los trabajadores. No obstante, Alberto la detuvo.

—¿Adónde vas?

—A la habitación, me quedaré allí hasta mañana.

—No, sigue habiendo reglas. Esta casa es solo para los jornaleros, nadie más puede vivir aquí.

Ella agachó la cabeza y asintió.

—Entiendo. Pues, voy a coger mis cosas y me iré.

—Antonio te acompañará a mi casa.

—¿Qué? —La mujer abrió los ojos tanto como la hinchazón le permitió—. ¿A su casa?

—Te quedarás en una habitación destinada para el servicio, al igual que mis otras dos internas.

Capítulo 6

Amanda estaba aburrida. Ya no recordaba las veces que había mirado su cuenta en las distintas redes sociales, contado las anillas de las cortinas o probado los modelitos nuevos que tenía en el armario.

No quería pensar en que todavía quedaban varias horas hasta que anocheciese. Le gustaba la noche, era el mejor momento del día. Veía a su hermano, cenaba con él y hablaba con alguien.

No recordaba haberse sentido tan sola jamás. Incluso había ratos en los que se llegaba a plantear hacer algo con su vida, solo por el simple hecho de estar ocupada.

Cansada de estar encerrada, abandonó su habitación y bajó por las escaleras. Al llegar al salón, vio una cara nueva en él. Era una mujer morena. Limpiaba la vitrina donde se encontraba la cristalería que Alberto heredó de su madre. La mujer volvió la vista y a Amanda se le encogió el estómago. Tenía la cara amoratada. Se quedaron observándose unos segundos y cada una volvió a lo suyo.

Al seguir caminando, atravesó el vestíbulo y salió al porche. Allí estaba Dolores, la señora que la recibió el primer día, limpiando los ventanales. Al escuchar sus pasos, fijó sus arrugados ojos en ella.

—Deje de mirarme, señora, se le van a salir los ojos —soltó con orgullo.

Pasó por su lado con actitud altiva y continuó andando por un sendero que llevaba hacia la piscina. Al llegar allí resopló. No le apetecía pasar el resto de la tarde tumbada en la hamaca, ni bañándose.

Se colocó la mano sobre los ojos, a modo de visera, para poder ver sin que le molestase el sol y, a lo lejos, en la parte oeste de las tierras de la plantación, vio un pinar.

Nunca había prestado atención a aquella zona, de hecho, jamás le había interesado la naturaleza. Quizá fue el aburrimiento o el necesitar estirar las piernas, pero se descubrió andando hacia allí, por un sendero cubierto por matorrales silvestres. Se notaba que hacía mucho tiempo que nadie cruzaba por él. Tenía que ir bordeando las plantas y apartar alguna de ellas para poder pasar.

Llegó al pinar muerta de calor, pero la sombra que proporcionaba le

encantó. Incluso corría cierta brisa.

Aquel lugar era más grande de lo que se veía a lo lejos. De hecho, parecía un pequeño bosque, el bosque privado de *El árbol*.

Se adentró en él, maravillada por el trino de los pájaros y la paz que se respiraba. Tenía que reconocer que era un lugar bello. Los pinos eran viejos, altos y robustos. Acarició uno y lo rodeó. Parecía el más grande de todos, su grosor era impresionante.

Algo la hizo mirar hacia arriba y lo que descubrió la dejó con la boca abierta. En aquel pino había una casita, de madera y algo descuidada. Tenía una ventana a punto de caer y la puerta medio abierta.

Sonrió. Le encantaba. En su infancia siempre soñó con tener una, pero en Madrid era imposible, al vivir en el centro de la ciudad.

Buscó la forma de poder subir, pero descubrió la escalera enredada en una rama.

—No está muy alta —se dijo para sí misma.

Si trepaba por el tronco unos dos metros, podría llegar a ella y soltarla.

Cayó al suelo varias veces, pues no conseguía apoyar bien los pies en el tronco. Las manos se le magullaron casi por completo, pero al final lo logró.

De un tirón soltó la escalera y subió por ella. Al pisar la madera del suelo de la casita, esta crujió. Debía llevar cuidado. No sabía si algún tablón estaba podrido. Lo último que quería era caerse desde allí y romperse el cuello.

Empujó un poco la puerta y esta se abrió emitiendo un chirrido. Dentro había poca luz, y la que había era culpa de la ventana rota. Casi a tientas y caminando muy despacio, abrió todas las ventanas. Al mirar alrededor no pudo menos que sonreír y taparse la boca. Era una casita preciosa. Algo vieja y maltratada por el tiempo, no obstante, aquello no hacía más que darle un encanto especial.

Si sus cálculos no fallaban, contaría con unos veinte metros cuadrados repartidos en una sola estancia. Un salón muy bonito, con muebles de madera, mecedora y un diván. En una esquina, había una improvisada cama hecha con sábanas y cojines, y, a su lado, un precioso escritorio tallado.

Las cortinas, al igual que las ventanas, estaban rotas por el paso del tiempo, pero se distinguía un estampado floral en ellas, a juego con el tapete de la mecedora.

Era todo muy femenino. Decorado con gusto, sin demasiados adornos. Amanda estaba segura de que esa casa también había pertenecido a la hija del antiguo terrateniente. Sonrió al pensar en que ellas habían sido las dos únicas personas en pisar aquella casa. Separadas por el tiempo, pero en el mismo lugar.

Relajada y sin dejar de sonreír, se acercó al escritorio. Acarició su fina madera y apreció el tallado tan elaborado que había en ella. Le hacía falta un lijado y una mano de pintura, pues su color blanco original había desaparecido casi por completo.

Con curiosidad, abrió el primero de los cajones. En él había dos lapiceros antiguos y una pluma estilográfica perfectamente metida en su caja. Y grabada en ella dos letras, la i y la m. El nombre de su dueña, supuso.

Al abrir el segundo cajón encontró un libro. Lo sacó y limpió un poco la portada, pues estaba llena de polvo. Era un diario. Tragó saliva y abrió la primera página. En ella, había escrito, con letras perfectas y muy elaboradas, el nombre de su dueña: *Propiedad de Inés Machado.*

Inés. Así se llamaba el ama de aquella casita, y la de la habitación en la que actualmente dormía. La hija del antiguo terrateniente de *El árbol.*

Pasó a la siguiente página y lo primero que vio fue una fecha: doce de octubre de mil novecientos tres.

—Joder —farfulló asombrada.

Sin embargo, antes de que pudiese leer nada más, el sonido de unos matojos al ser pisados la distrajo. Metió el diario en el cajón y se asomó por la ventana rota. Allí, muy cerca del pequeño bosque, había un hombre escondiéndose entre los matorrales.

Entrecerró los ojos para intentar enfocar mejor. ¿Quién era?

En una de las veces, él giró la cabeza y Amanda consiguió reconocerle.

—¡El imbécil de la barba! —exclamó—. ¿Qué está haciendo aquí?

Apretó los labios, enfadada. ¿Acaso quería espiarla?

Sin pensárselo dos veces, salió de la casita y bajó por las escaleras, que colgaban a un lado del pino. Si ese tiparraco pensaba que se iba a salir con la suya, la llevaba clara.

Capítulo 7

Oliver observaba a Alberto Robles a través de un matorral.

Se había escabullido de su trabajo al verlo pasear con un hombre que jamás había visto por allí. Iba trajeado y tenía pinta de ser otro pez gordo del mundo del narcotráfico.

Les separaba mucha distancia, así que no podía escuchar nada de lo que hablaban, pero acababan de darse la mano, como sellando un trato.

Tenía que acercarse más a ellos, era la única forma de poder cazarlos haciendo negocios. Dio un paso hacia delante, intentando que no le descubriesen. Con cada sonido que hacían los matojos al ser pisados, contenía el aliento.

—¡Eh, jornalero!

Al escuchar aquella voz femenina, se sobresaltó. Su corazón comenzó a latir a un ritmo frenético. En cuestión de milésimas de segundos pudo levantar la vista para ver si Alberto Robles lo había visto, pero él y su socio habían cambiado de dirección y le daban la espalda, ajenos a lo que ocurría a su alrededor.

Sin embargo, su tranquilidad duró poco, pues reconoció la voz que casi lo delata. Con la mandíbula apretada, dio la vuelta y se encontró con la hermana de Robles. Esa estúpida mujer, había estado a punto de descubrirlo. ¡Maldita loca!

Al mirarla a la cara, comprobó que su semblante seguía siendo el mismo que el del día que la vio por primera vez. Cara de vinagre.

—¿Qué estás haciendo aquí, en mi bosque? —inquirió ella con los brazos en jarras.

—Dando una vuelta —gruñó Oliver, sin ganas de hablar.

Amanda soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Dando una vuelta? ¿Escondido en un matorral?

—Se me había caído algo al suelo, ¿vale? —dijo con aversión.

—¡A mí no me engañas, obrerucho! —respondió señalándolo con el dedo—. ¡Me estabas espiando!

Una carcajada escapó de la boca de Oliver al escuchar aquello.

—¿Yo, a ti? —Negó con la cabeza—. Creo que sueñas.

—Me estabas mirando escondido entre esos matojos. —Se apartó el

pelo de la cara y lo observó con altivez—. Mira, no tienes que fingir, ya sé la verdad. Pero no va a poder ser, ¿sabes? Yo no salgo con jornaleros, lo siento.

Oliver puso los ojos en blanco y suspiró por lo tonta que era esa mujer.

—¿En serio? ¿De verdad piensas que me gustas? ¡Despierta, guapita, porque lo único que quiero de ti es perderte de vista! —escupió con hostilidad.

Amanda lo fulminó con la mirada. Nadie, jamás en la vida, le había dicho algo así. ¡Ella gustaba a todos los hombres!

—¿Qué dices? Pero si se te nota —insistió—. Desde que me viste no has parado de pensar en mí, y te han podido las ganas de verme.

—Yo creo que tanto sol te afecta al cerebro. —Se acercó a su lado y cuando los separaban escasos centímetros, le susurró—: Antes prefiero cortejar a un muflón.

Amanda gritó por la rabia.

—¡Pues mejor! ¡Porque jamás en la vida hubiese salido contigo, jornalero, muerto de hambre!

—¿No conoces más insultos? —preguntó con odio.

—¡Sí! —No sabía qué decir y eso la enfadaba todavía más—. Y… y… ¡Aféitate! ¡A ver si te crees que eres un leñador!

Oliver se carcajeó al escucharla. Ya no recordaba cuánto tiempo hacía desde la última vez que rio de verdad.

Amanda miró hacia todos lados, intentado encontrar más argumentos para poder cargar contra él. Había herido su orgullo.

—¡Vete de aquí! ¡Esta parte de la finca es privada! ¡Los jornaleros no pueden estar en este lugar!

Oliver sonrió con malicia y le hizo una pequeña reverencia antes de darse la vuelta y empezar a caminar hasta su lugar de trabajo.

—¡Estúpido, obrerucho, jornalero! —continuó gritando mientras él se iba.

Cuando lo perdió de vista, cogió una piedra y la lanzó todo lo lejos que pudo. Estaba muy enfadada. Jamás en su vida la habían humillado así. ¡Ella gustaba a todo el mundo! Con el orgullo herido, y muy cabreada, tomó camino hacia la casa. El diario tendría que esperar. En esos momentos solo tenía ganas de despellejar a cierto jornalero barbudo.

A pesar de lo cabreada que llegó a la casa, cuando vio a Alberto esperándola para cenar el enfado se esfumó. Le apetecía hablar un rato con él. Al menos, esa sí que sería una conversación agradable; hablaría con alguien inteligente, y no con un don nadie que se creía *el no va más*.

¿Que no le gustaba? ¡Bah, eso no había quién se lo creyese!

Rememoró su cara. Pues él tampoco era gran cosa. Había visto millones de chicos mejores que ese. Alto, delgado y con una barba mal cuidada.

Bueno, debía de admitir que tenía unos ojos muy bonitos… y unas facciones bastante agradables… ¡Y una nariz perfecta! ¡Mierda, ese tío era muy guapo! ¡Era el puñetero dios de los leñadores! ¡Lo tenía que admitir aunque no quisiera! Eso sí, su personalidad era inaguantable. No había conocido a nadie más estúpido que él en la vida. No obstante, no sabía lo que tenía ese jornalero que… ¡le gustaba, maldita sea!

El sonido de unas pisadas le hizo olvidar aquel altercado. Al girar la cabeza volvió a encontrarse con la mujer del rostro amoratado. Llevaba un trapo en la mano y se disponía a limpiar la mesilla auxiliar del salón.

—Fayna —dijo Alberto, que cenaba frente a Amanda, llamando su atención—. Deja eso para mañana, puedes ir a descansar.

Ella asintió con mucha rapidez, como si le diese vergüenza hacerlo, y se retiró por el pasillo que llevaba a las habitaciones de los internos.

Amanda se quedó observándola hasta que la perdió de vista. Alzó la mirada hacia su hermano y mesó su cabello castaño.

—¿Quién es?

Alberto dejó el tenedor sobre el plato.

—La mujer de un jornalero. Bueno, un antiguo jornalero —rectificó.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—Ese desgraciado le pegaba. La encontramos tirada en el suelo mientras la golpeaba.

Ella asintió sin decir ni una palabra y continuó con su cena. Jamás había conocido a nadie que hubiese sido víctima de un maltrato. Amanda había tenido una vida fácil, cómoda y segura. No sabía de qué forma actuar ante esas situaciones. Aun así, sentía pena por ella. Ninguna persona merecía ser golpeada, y todavía menos por la persona que decía amarla. Se llevó el tenedor a la boca y masticó con lentitud.

—Alberto. —Ambos alzaron la vista ante la llamada de Dolores—. Hay una mujer en la puerta que dice que es amiga de su hermana.

—Déjala pasar.

Amanda se levantó de su asiento y fue al encuentro de Inma, que entró en el salón con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Ay, Amanda —gimoteó mientras se abrazaban—. ¿Por qué me pasa esto a mí?

—No te preocupes, ahora vais a estar bien, el bebé y tú —la consoló acariciando su barriguita, la cual ya empezaba a asomar con sus tres meses de gestación.

Inma miró a Alberto con una sonrisa tímida.

—Gracias por aceptarme en tu casa, no sé cómo voy a poder pagártelo. —Se enjugó las lágrimas—. Si no fuese por ti, estaría viviendo en la calle.

Él se levantó y fue junto a ellas. Conocía a la amiga de su hermana desde que era una cría. Sabía que, al igual que Amanda, le gustaba la vida fácil y relajada, que jamás se había preocupado por estudiar o buscar un trabajo. No obstante, no podía dejarla abandonada a su suerte.

—No te preocupes ahora por eso. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Ya encontraremos algo en lo que puedas trabajar cuando tengas al bebé.

Inma asintió. Quizá, en el pasado, la palabra trabajo hubiese sido como nombrar algún tipo de veneno. Sin embargo, saber que dentro de ella había una personita, le hizo abrir los ojos. Ese bebé no se merecía una madre irresponsable, e Inma iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para poder sacarlo adelante y tuviese una vida feliz.

—Amanda —dijo Alberto—, enséñale su habitación.

Ella asintió y cogió la mano de su amiga. Subieron las escaleras y abrió una puerta, muy cerca de su propia habitación. No era tan bonita como la suya, ni con esa extraña magia que lograba darte paz, pero era un dormitorio amplio, limpio y cómodo, ya que tenía aseo propio.

Hablaron largo y tendido varias horas, poniéndose al día sobre sus vidas, hasta que Inma se quedó dormida mientras le acariciaba el cabello.

Antes de marcharse, le dio un beso en la mejilla y la arropó un poco con una sábana, ya que de noche refrescaba y no quería que cogiese frío. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a su propia habitación, pero al agarrar el pomo se arrepintió. Había algo que la llamaba.

Sin que nadie la viese, dejó la casa y tomó rumbo al pinar. No llevaba chaqueta y el airecillo era frío. Pero no le importó. Continuó andando por el sendero que llevaba hasta la casita del árbol.

Cuando estuvo arriba, lo primero que hizo fue abrir el cajón del escritorio donde se encontraba el diario. Se acomodó en la mecedora, quitando un poco el polvo que la cubría y observó por segunda vez aquel pequeño libro. Era de color verde pálido, pero los años lo habían vuelto blanquecino.

Lo abrió. El nombre de su dueña volvió a aparecer en la primera página: Inés.

Al pasar a la siguiente, se sintió nerviosa. Era la primera persona en muchos años que leía aquello. De hecho, estaba segura de que solo su dueña lo había hecho. Con un inexplicable nudo en el estómago, sus

ojos se posaron en las primeras letras de aquel diario.

12 de octubre de 1903

Querido diario:

Esta mañana padre nos ordenó hacer el equipaje.

Todavía no soy capaz de dejar de llorar al pensar que, en unos días, abandonaré mi amada Ciudad Real para tomar rumbo a un lugar que ni siquiera sé situar en el mapa.

Ni las súplicas de madre, ni las mías, han logrado hacerlo cambiar de parecer. Siento tal tristeza y amargura en mi corazón, que apenas puedo respirar. ¿Acaso no entiende que mi vida está aquí?

En La Gomera perderé toda la vida social de la que gozo hoy en día. No volveré a saber de mis amistades, no podré asistir a los almuerzos en casa de doña Josefa, ni tampoco podré disfrutar de las veladas de la temporada.

Rosa, por el contrario, está ilusionada con la idea de cambiar de ciudad. No ceja en su griterío, canturrea por todos lados que va a vivir en una enorme y lujosa mansión. Pero, claro, mi hermana es solo una niña de diez años, no entiende lo horrible que va a ser para nosotras.

Padre repite, una y otra vez, que es su oportunidad de poder cumplir con la promesa que le hizo al abuelo en su lecho de muerte. Sin embargo, a mi parecer, lo único que lo mueve es su afán por el dinero. Está convencido de que la plantación de plátanos es un negocio de lo más rentable. Y yo no lo dudo, pero su ilusión de vivir siendo un gran terrateniente, va a ser nuestra muerte.

Hace unos días, cuando regresó de su último viaje, en el que se aseguró de que la casa estaba terminada, nos dijo que la había bautizado como El árbol. *Cuando madre le preguntó el porqué de ese nombre, contestó que se le ocurrió cuando vio el hermoso laurel que crecía junto a la entrada de la propiedad. A mí me pareció un sinsentido, como nuestra marcha a ese lugar.*

Quizá, lo mejor de todo esto, es que cuando llegue conoceré a mi prometido. Madre dice que es un joven muy apuesto, gallardo y educado, que posee una gran plantación al otro lado de la isla. Su nombre es Pedro Ribera, y tengo la esperanza de que me devuelva a mi amada Cuidad Real, cuando se celebre el enlace, y sepa que aquel lugar no es de mi agrado.

Amanda se sobresaltó al escuchar un ruido procedente del exterior. Cerró el diario y lo guardó donde lo había encontrado.

No le gustaba reconocerlo, pero se había asustado. ¿Quién sabía si se podía haber colado algún loco en la plantación? Aquel bosque estaba lejos de la casa, si gritaba nadie la escucharía. El diario tendría

que esperar.

Recordó lo que había leído en él. Entendía a Inés al no querer abandonar su ciudad. Ella también echaba de menos Madrid.

Mirando hacia todos lados, bajó de la casita y recorrió el camino hasta la casa, corriendo todo lo rápido que sus piernas le permitieron.

Capítulo 8

Alberto observaba a Fayna mientras esta pasaba la escoba por el porche. Hacía más de quince días que la mujer trabajaba en su casa y no había cruzado con ella más de dos palabras seguidas.

Se la veía triste, taciturna. Comprendía que no estuviese pasando por su mejor momento, pues los golpes de la cara y los malos tratos por parte de su marido habían debido de causarle mucho dolor.

Dejó el teléfono a un lado, cuando terminó de hablar con un socio sobre un cargamento que debía salir en unas horas, y caminó hasta donde se encontraba ella.

Fayna, al verlo acercarse, abrió mucho los ojos y continuó barriendo con nerviosismo. No sabía por qué, pero el dueño de aquella plantación la ponía nerviosa.

—Buenos días —la saludó con simpatía.

—Hola —murmuró sin quitar la mirada del suelo.

—Parece que hoy va a hacer calor.

—Sí —asintió muy deprisa y sin dejar de mover la cabeza, consiguiendo que un par de mechones de su cabello escapasen de su coleta.

Alberto la observó con más atención. Era guapa, aunque los moratones cubrían casi la totalidad de su rostro se podía adivinar que poseía una gran belleza.

—No tienes por qué sentirte incómoda conmigo —comentó con amabilidad—. Aquí nadie va a hacerte daño.

Fayna alzó la cabeza y lo miró por primera vez a los ojos.

—Gracias, señor, le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

—No me las des —le quitó importancia—. Trabajas muy bien y me alegro de tenerte entre mis empleados.

Ella asintió y sonrió de forma tímida. Sin saber qué más decir, continuó barriendo. Alberto se mesó el cabello y se humedeció los labios.

—¿Te duelen mucho los golpes?

—Un poco. Pero desaparecerán en unos días, no se preocupe.

—No tienes que llamarme de usted —rio él—. Me haces sentir viejo.

—Es lo correcto —replicó Fayna, sin mirarlo—. Es como se dirigen a

usted los demás empleados. ¿Por qué iba a ser yo diferente?

Él se quedó callado, sin saber qué decir. Tenía razón. Todos los trabajadores se referían a él en ese término. Entonces, ¿por qué no le gustaba que ella lo hiciera? Algo molesto, asintió. Se pasó una mano por la frente y dio un paso hacia atrás.

—Bueno, pues te dejo que continúes, que pases un buen día.

—Gracias, señor —dijo Fayna sin volver a mirarlo.

Alberto caminó hacia el salón de la casa. No entendía por qué se sentía irritado. Ella no había dicho nada que fuese ilógico o descabellado. Sin querer pensar más en ello, volvió a coger su teléfono y marcó el número de otro contacto con el que tenía que tratar un tema de vital importancia para sus negocios.

Amanda se despertó temprano. Era muy raro que sus ojos se abriesen antes de las doce del mediodía, pero esa mañana no podía seguir en la cama.

Como sabía que Inma continuaba dormida, bajó a la planta baja y desayunó sola. Alberto acababa de salir para verse con un contacto, y en la casa solo estaba ella y los empleados.

Esquivó las miradas venenosas de Dolores, dispuesta a ignorar a la mujer, y dio buena cuenta de su café.

Al acabar, pensó en ir a la piscina, como era costumbre desde que vivía allí, pero no lo hizo. En su lugar salió a pasear por la plantación.

Por el calor que hacía a esas horas de la mañana, sabía que iba a ser un día fuerte. Aun así, siguió caminando entre las plataneras.

Cada pocos metros se cruzaba con algún jornalero, que educadamente la saludaba al verla. Cuando se cansó, dio la vuelta dispuesta a regresar al caserío. Sin embargo, al hacerlo, vio a un hombre sin camiseta, que cortaba racimos de plátanos con mucha rapidez y maestría.

Al fijarse mejor, reconoció al hombre de la barba.

Lo observó con detenimiento.

Tenía buen cuerpo. Algo delgado para su gusto, pero aun así le agradaba. Su piel brillaba bañada por el sudor.

Sonrió mientras sus ojos lo recorrían de arriba abajo. Era atractivo, y había algo que la llamaba. Se pasó un dedo por los labios y su sonrisa se hizo todavía más grande. Recordó los anteriores encuentros con él y su mal carácter. ¿Sería verdad que ella no le gustaba? No podía sacarse de la cabeza sus palabras. Jamás, ningún hombre le había dicho algo semejante. Estaba segura de que, si se lo proponía, podía tenerlo comiendo de su mano en menos que cantaba un gallo. ¡Y lo iba a demostrar!

Con decisión, se acercó a su lado. Amanda carraspeó para llamar su

atención y él apartó la mirada de la platanera.
—Buenos días, jornalero —lo saludó con gracia.
Oliver la observó como si nada, y volvió a lo que estaba haciendo, sin hacerle el mínimo caso.
Algo molesta por su falta de cortesía, cruzó los brazos sobre el pecho.
—¿No te enseñaron de pequeño a saludar? Es de mala educación no hacerlo, ¿sabes?
—Yo solo tengo educación con quien se la merece —respondió con sequedad.
—¡Vaya! —Amanda frunció el ceño. Abrió la boca para contestar algo mordaz, pero recordó su propósito. Expulsó el aire de sus pulmones y la sonrisa regresó a sus labios—. No soy tan mala persona como para que ni siquiera me saludes.
—Eso es lo que crees tú —soltó, sin mirarla.
Ella hizo una mueca con los labios y asintió.
—Todavía no sé cómo te llamas, porque tienes nombre, aparte de toda esa barba, ¿no?
Oliver paró de trabajar y la miró con ojos fríos.
—Tengo. Pero a ti no te importa. Puedes seguir llamándome jornalero, obrerucho o estúpido. Se te da muy bien hacerlo, si mal no recuerdo.
Amanda alzó la cabeza y curvó los labios.
—Prefiero saber tu nombre.
—Y yo prefiero que te vayas y me dejes hacer mi trabajo.
Ella abrió la boca para contestar la primera barbaridad que se le ocurriese. No obstante, en vez de hacerlo, se humedeció los labios y asintió.
—Oye, ya sé que no hemos empezado con muy buen pie, pero me gustaría que al menos tuviésemos un trato más cordial. Después de todo, eres un trabajador de la plantación de mi hermano.
Oliver maldijo en silencio y colocó los brazos en jarra. ¿Es que acaso esa mujer no entendía el castellano? No quería tener nada que ver con ella, ni con nadie. Solo quería hacer su trabajo, meter entre rejas a Alberto Robles y volver a su vida de mierda. Punto.
—Escucha atentamente, porque no voy a volver a repetirlo. —La miró a los ojos con fijeza—. No me gustas, no quiero tener ninguna clase de trato contigo y lo único que quiero es que desaparezcas de mi vista. ¿Te queda claro, o tengo que hacerte un croquis con las instrucciones?
Aquello dejó a Amanda helada. Apretó los puños hasta que sus nudillos tomaron una tonalidad blanquecina. ¿Quién cojones pensaba que era ese tío para tratarla así? ¡Ella era Amanda Robles! Era una persona importante, con poder. Su hermano era respetado y temido

por muchísima gente. No iba a permitir que la rebajasen de ese modo.

—¿Sabes lo que te digo, obrerucho barriobajero? ¡Que te puedes pudrir! —Lo señaló con el dedo índice, con actitud altiva—. Lo último que quiero es mezclarme con gentuza como tú.

—¿No me digas? ¿Qué haces ahí, entonces?

—¡Quería ser amable con la servidumbre! —soltó de forma peyorativa—. Aunque, está visto que no tenéis la suficiente clase como para continuar con una conversación decente.

—¿Y por qué no te largas ya?

—¡Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer! —exclamó fuera de sus casillas—. ¡Limítate a trabajar, que para eso se te paga!

—Eso estaba haciendo hasta que llegaste a dar el coñazo —bufó cansado de aquella estúpida situación y de la insoportable hermana de Robles.

Amanda abrió los ojos por lo que acababa de decir aquel desgraciado. Apretó los labios y lo miró en silencio, como si quisiese deshacerlo. Dio media vuelta y caminó hacia el pinar. Por nada del mundo iba a quedarse con ese imbécil. Prefería encerrarse en la casita del árbol y pasar el día alejada de gente tan impresentable como él. ¡Y eso es lo que haría! Se sentaría en la mecedora, cogería el diario y olvidaría que alguna vez se cruzó con ese jornalero.

25 de octubre de 1903

Querido diario:

La pasada noche conocí a mi futuro esposo. Tal y como prometió madre, Pedro Rivera es un hombre apuesto y de buena familia. Apenas crucé un par de palabras con él, sin embargo, fueron suficientes como para darme cuenta de que ese caballero no es el que hubiese elegido para compartir mi vida. Si bien es cierto que tiene porte de galán y muy buena apostura, su comportamiento déspota con los sirvientes y su abultado ego no me permitirá verlo como alguien a quien pudiese amar.

No obstante, padre está encantado por la unión. Dice que pronto se celebrarán las nupcias y que mi soltería terminará. Deberé ejercer como dueña y señora de su casa y ocuparme de todas esas cosas para las que nos instruyen a las mujeres.

Rosa y madre están felices. Piensan que es el hombre ideal, que cualquier mujer desearía estar en mi lugar, pero yo no lo creo. Cuando eso ocurra, mi vida será vacía, encerrada en aquella otra plantación donde no conozco a nadie. Me sentiré sola y mi familia no estará para animarme. Sé que es mi deber hacerlo, y también que ninguna buena señorita osaría a

oponerse a semejante unión, así que, continuaré guardando silencio y reservando todo mi amor para el momento en que Dios me bendiga con un hijo.

Desde que llegué a La Gomera, he estado afligida y melancólica. Si bien es verdad que es una bella plantación, la soledad de la que está rodeada me hace desear regresar a mi preciada Ciudad Real.

Padre, que es una persona de lo más perspicaz, se ha percatado de mi estado de ánimo e intenta que me mantenga ocupada. Es un hombre bondadoso y, aunque jamás podré perdonarle del todo nuestro cambio de vida, sé que ama a su familia y haría lo que fuese por ella. Tanto es así, que mandó construir una pequeña casa en uno de los pinos de la propiedad, para Rosa y para mí. Sin embargo, a mi pequeña hermana apenas le interesa, así que la he convertido en mi refugio. En el lugar al que acudo cuando la tristeza me golpea y recuerdo mi maravilloso pasado. Quizás, jamás consiga volver a sonreír como lo hacía antes, pero, allí, en aquella casa en las alturas, fantaseo con un mundo mejor, con una existencia plena en la que nadie, excepto yo misma, decide lo que tengo que hacer con mi vida.

Oliver estuvo gran parte del día pensando en el encontronazo con la hermana de Robles. Si bien era verdad que esa mujer lo sacaba de sus casillas, y lo hacía desear partirle el cuello… por otro lado, notaba cómo su sangre hervía cada vez que discutían, y eso lo hacía sentirse un poco más vivo. Era tan extraño notar que el embotamiento de su cabeza desaparecía cuando ella estaba presente… Ese reto constante, esas ganas de intentar ser más inteligente que ella y fundir sus comentarios mordaces a base de ingenio.

Llevaba más de dos años viviendo en una burbuja, en su mundo interior. Cometió un error imperdonable en el pasado y no se merecía ser feliz. No obstante, esa mujer conseguía que todo su cuerpo le prestase atención.

Era una niña mimada. La persona más pomposa y repelente del mundo, que trataba a los trabajadores como a inferiores. Pero, aun así, no podía evitar que la sonrisa curvase sus labios al recordar sus pullas. Amanda Robles no era una mujer bonita, al menos no era la belleza clásica que las modas ponían de modelo. Era llamativa. Sí, esa era la palabra. Su cabello castaño, sus ojos grandes, rasgados y marrones, sus labios demasiado finos, su piel nívea y su cuerpo delgado y sin demasiadas curvas. No había en ella nada que llamase la atención, ni que fuese demasiado atrayente, sin embargo, esa lengua viperina y su forma de actuar, era para él como un trozo de hierro imantado. Le gustaban las personas difíciles, pues él mismo se consideraba una. Eran todo un misterio y, por eso mismo, siempre intentaba no

acercarse demasiado a ellas.

Con Amanda, aquello no iba a ser un problema, pues después de su última pelea no iba a querer estar a menos de cien metros de él.

El capataz fue hasta su lado cuando la noche estaba a punto de caer. Había sido un día largo y duro, y su cuerpo necesitaba un descanso.

El viejo Antonio le puso una de sus manos callosas en el hombro, y le sonrió.

—Buen trabajo, chico, hoy te has ganado el sueldo. Se nota que quieres aprender y que te esfuerzas por hacer las cosas bien —lo felicitó—. Si sigues así, pronto te explicaré todo lo relacionado con el cultivo de la planta.

Oliver alzó una ceja y se limpió el sudor de la frente.

—¿Tanto misterio hay en la siembra de los plátanos? Plantas el bulbo y lo dejas crecer, ¿no?

Antonio rio.

—Es mucho más complicado que eso. Hay que asegurar que el drenaje de la tierra sea el óptimo, eliminar la vegetación periódicamente, conseguir un buen apuntalamiento para contrarrestar el peso de la planta, cubrir los plátanos con bolsas para proteger de las plagas, y todo lo relacionado con el desmane, el abono y la fumigación.

—¿Todo eso para conseguir unos putos plátanos?

—Sí, además, tendrás que aprender a reconocer las diferentes especies que cultivamos.

—¿Aquí cultiváis más de una?

—En *El árbol* se cultivan dos variedades: la Gran Enana y la Brier.

—¿Tenéis muchos compradores? —preguntó interesándose por los negocios de Alberto Robles.

—Tenemos los suficientes como para poder salir adelante.

—O sea, que el negocio no va tan bien como parece —comentó como si nada, pero pensando en la otra fuente de ingresos de su patrón. Estaba claro. Robles utilizaba la venta de plátanos como tapadera.

—El plátano nunca ha sido un negocio demasiado lucrativo. Hemos tenido buenos años, pero por lo general, si no hay pérdidas, podemos estar satisfechos.

Cuando Antonio se despidió de él hasta el día siguiente, Oliver se enclaustró en su habitación. Comió algo que se preparó en la cocina comunitaria, habló con sus superiores sobre el nulo avance de la investigación.

Estuvo pensando en lo que hacer para lograr acercarse al narco. Era prácticamente imposible cruzarse con él, apenas pasaba tiempo en la plantación, y cuando lo hacía siempre iba acompañado por Antonio u otro hombre al que no conocía de nada, y al que debía investigar

también, pues, podía ser que la clave estuviese ahí.

No había forma de enterarse de asuntos jugosos, porque los trabajadores nunca hablaban directamente con el patrón. Cualquier duda que pudiesen tener se la comentaban a Antonio y el viejo se la trasmitía al magnate.

¿Qué podía hacer para lograr avanzar? ¿Qué se le estaba escapando? El otro agente infiltrado estaba en su misma situación. Hablaba poco con Mauro para no levantar sospechas, sin embargo, se lo confesó una noche cuando coincidieron en la cocina de la casa de empleados. Robles parecía estar blindado.

Sin embargo, ¿y si…?

Cuando aquella idea se le pasó por la cabeza, dio un salto en la cama. Se incorporó de ella y se dio un par de golpes en la frente. ¡Claro! ¡Tenía la solución delante de sus narices! ¡Su hermana!

Amanda Robles.

A ella no era tan difícil verla por la plantación. Llevaba en *El árbol* un mes y se había topado con esa mujer odiosa muchas veces.

Sí, no se soportaban. Su mutua repulsa había sido inminente desde que se conocieron. No obstante, esa mañana ella parecía querer que las cosas cambiasen entre ellos. Se mostró más amable, hasta que Oliver consiguió sacarla de sus casillas.

¡Eso era! ¡La utilizaría! Conseguiría hacer de tripas corazón y lograría ser su *amigo* para poder conseguir información sobre su hermano. ¡Era un buen plan! Esa mujer podría ser todo lo altiva que quisiese, pero si era como las demás féminas que conocía, en cuanto tuviesen algo de confianza, le daría la información sin ni siquiera darse cuenta.

Lo único que debía conseguir era que esa boba lo perdonase. Ambos se habían dicho cosas bastante fuertes.

Trataría de ser amable con ella, le bailaría el agua y le haría cumplidos, aunque por dentro tuviese ganas de vomitar solo de pensarlo.

Capítulo 9

Después de visitar la conocida playa de Alojera, Amanda e Inma pasearon por el casco urbano de Vallehermoso. Allí, el gran número de viviendas antiguas, pintadas de alegres colores y cubiertas de teja árabe, hacían las delicias de visitantes y autóctonos. A su alrededor, pequeñas tiendas cuya visita era recomendada si querías comprar productos tradicionales de la isla, como la miel de palma, el queso artesano o la mistela.

Caminaron observando la vida en aquel pueblo, sorprendiéndose de la cantidad de opciones de alojamiento para los turistas, que parecían acudir a ese lugar en bandadas. Tomaron asiento en un banco situado justo en la plaza del ayuntamiento y comieron un par de tostadas con almogrote, que la cocinera les preparó en *El árbol*.

—Nunca había probado esto —comentó Inma con la boca llena—. ¿Qué es? Parece paté, pero pica un poco.

—Según mi hermano, el almogrote es una especie de mojo elaborado a base de queso añejo, aceite y pimienta.

—Está bueno —dijo llevándose lo que le quedaba de pan a la boca.

Amanda rio y le dio su tostada, a la que apenas le había dado un bocado.

—Toma, come, te hace más falta que a mí.

Inma le sonrió y cogió lo que le daba. Le dio un nuevo bocado y cerró los ojos, disfrutando del sabor. Amanda la miró sin poder dejar de sonreír.

—¿Te has dado cuenta de que nuestras vidas han dado un giro tremendo?

—Y tanto. Hace no demasiado tiempo pensábamos en irnos de viaje, vivir y ver mundo… y ahora… míranos. Yo embarazada y sin un lugar donde caerme muerta. Y tú de vuelta con tu hermano.

—Y encima voy a tener que decidir si estudio o trabajo —resopló Amanda—. Alberto está convencido de que tengo que hacer algo con mi vida.

Inma suspiró y se encogió de hombros.

—Tú no sé, pero yo sí que voy a tener que empezar a buscar algo. No tengo dinero, y si sigo así no voy a poder ni mantener a este bebé.

—Dejó el trozo de pan a su lado y tragó saliva. Resopló e intentó que las lágrimas no regresasen a sus ojos—. Nunca pensé que me vería así, embarazada y sola. Ni mis padres han querido saber de mí.

—No estás sola, me tienes a mí, y a Alberto. Jamás vamos a dejar que te ocurra nada.

—Pero no puedo estar toda la vida aprovechándome de vosotros. Tengo que conseguir trabajo, y encontrar una casa para cuidar a este bebé cuando nazca.

—¿Aquí? —le preguntó Amanda—. ¿Vas a buscar una casa en Vallehermoso?

—Sí, de todas formas, en la península no me espera nadie. En la isla, al menos, os tengo a vosotros.

—Yo no creo que tarde demasiado en irme de La Gomera —admitió Amanda—. No estoy acostumbrada a esta vida tan tranquila. Me paso el día sin saber qué hacer. No hay bares de moda, no hay centros comerciales, ¡no hay de nada! Estoy todo el día metida en *El árbol* viendo cómo la señora que limpia la casa me fulmina con la mirada y me llama aprovechada a mi espalda. Sin embargo, mi hermano no me va a volver a dar más dinero, así que, hasta que no consiga un poco, tendré que quedarme.

—¿Por qué no vuelves con Samuel? Al menos en Madrid tenías casa propia —le sugirió.

—¡Ni muerta! Ese tío se pasaba el día condicionándome y pidiéndome que madurase. Además, ya no le quiero.

Inma sonrió y acarició el brazo de su amiga.

—La verdad es que sí somos unas crías inmaduras, Amanda. Tenemos treinta y un años… y no hemos logrado nada significativo en la vida.

—Tú vas a tener un bebé, ¿te parece eso poco significativo?

—No, lo que me parece es que ya está bien de holgazanear. Quiero que este niño sea feliz, quiero ser una buena madre. Así que, a partir de mañana, buscaré trabajo.

Se levantaron del banco y caminaron hasta donde se encontraba el coche de Alberto. Amanda abrió la puerta e Inma se acomodó en el asiento del copiloto. Cuando ella misma fue a sentarse y a meter la llave en el contacto, vio en la esquina de la calle una pequeña mesita de té, justo al lado de un contenedor de basura. Era de madera antigua, con preciosas incrustaciones de circonitas turquesa alrededor de ella. No llevaba cristal y una de sus patas estaba quebrada.

Siguiendo un impulso, salió del coche y caminó hasta el mueble, bajo la atenta mirada de Inma. Lo cogió y apreció lo bonito que era.

De vuelta al coche, con la mesa entre las manos, le sonrió a su amiga.

—¿Qué haces con esa basura? ¿Te vas a hacer chatarrera?

—No es basura. —La echó al maletero y montó de nuevo al coche —. Es una mesa preciosa y solo hay que pegarle la pata.

—¿Solo hay que pegarle la pata? —repitió Inma con los ojos muy abiertos.

—Bueno, quizás también habría que darle un lijado y una mano de barniz. Pero me ha dado pena verla tirada en el suelo.

—No me lo puedo creer —resopló su amiga.

Amanda rio y se encogió de hombros.

—¿Quién sabe si el dueño de ese mueble era algún antiguo terrateniente de Vallehermoso? ¿No te has parado a pensar en que, quizás, esa mesa ha sido testigo de algún acontecimiento importante de la historia? —Al decir aquello pensó en Inés, y en su diario.

—Historia no sé, pero carcoma… puede que tenga bastante.

La semana laboral de Oliver pasó de forma lenta. La espalda le dolía por el continuo esfuerzo de cargar los racimos de plátanos en los camiones, y su estado de ánimo era más sombrío que de costumbre. Su plan para lograr un acercamiento con Amanda no había sido posible todavía, pues ella parecía haber desaparecido del mapa.

No obstante, sabía que ese tipo de investigaciones llevaban bastante tiempo, así que debía cargarse de paciencia e intentar que las cosas fluyesen por sí mismas. Al final, los culpables acababan delatándose solos, pues confiaban tanto en su poder que terminaban metiendo la pata hasta el fondo.

Cargó el último racimo en el camión y se secó el sudor de la frente.

El capataz, que observaba desde el otro lado del camino, le hizo una señal para que se tomase el descanso de mediodía. Tenía una hora y media para comer y cambiarse de ropa, la que llevaba estaba totalmente mojada por el sudor.

En su habitación se cambió de camiseta y bajó a la cocina comunitaria para calentar una sopa que compró en el supermercado del pueblo. Se la tomó sentado en una de las sillas del comedor, en el que estaban los demás jornaleros. Nunca se sentaba junto a ellos, prefería estar solo.

Acabó de comer y giró la cabeza hacia la ventana. Desde ella se podía apreciar toda la plantación y la casa de Alberto Robles. Visto desde lejos, *El árbol* era una estampa preciosa, ya que el verdor de las plataneras y la majestuosidad de la casa te hacían desear pasar horas y horas contemplando su particular paisaje.

Cuando estaba a punto de regresar a su habitación, la puerta de la gran casa se abrió y por ella salió Amanda.

Se levantó de un salto de la silla, dispuesto a hablar con ella. Era su oportunidad para lograr el acercamiento con la hermana del narco.

Corrió por el camino de tierra y frenó en seco al darse cuenta de que Amanda se acababa de sentar en el porche, sobre el balancín.

Llevaba un liviano vestido rosa, de tirante fino y largo hasta la rodilla, el cabello recogido en una coleta alta y unas sandalias de cuero. Miraba hacia el horizonte, pensativa, como si nada más importase. Oliver sintió nervios al acercarse a ella. Si no lograba que esa mujer comenzase a verlo con otros ojos, tendría que pensar en buscar otra forma para descubrir a su hermano. Todo dependía de lo que ocurriese a continuación.

Se apoyó en la repisa de la balaustrada del porche y tragó saliva antes de llamar su atención. Amanda todavía no lo había visto.

—Tiene que ser muy interesante eso en lo que estás pensando —dijo rompiendo el silencio y logrando que ella girase la cabeza sobresaltada.

Se levantó del balancín y lo encaró de pie, pues de esa forma podía mirarlo desde arriba, al estar ella en el porche.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no tienes trabajo, jornalero? —escupió con enfado, recordando las anteriores discusiones con él.

—Estoy descansando.

—¿Mi hermano te paga para que descanses?

—No, pero tengo derecho a comer, ¿sabes?

—Yo no veo nada en tu boca —añadió cruzándose de brazos—. ¡Así que, largo!

Oliver apretó la mandíbula y se obligó a ser suave con ella. «Por la investigación», se recordó. Sonrió de forma forzada y ladeó la cabeza, observando sus enormes ojos marrones y su bonito cabello castaño.

—¿Siempre eres tan dura con la gente?

—No, soy dura con los impresentables como tú.

—El otro día me preguntaste mi nombre —apuntó con tranquilidad —. Me pareció que querías una tregua.

—Locura transitoria, lo llaman —señaló con altivez—. Porque no le veo otra explicación a que quisiese saber algo más de un simple obrero.

—¡Guau! Eso ha sido un golpe bajo.

—Será un golpe en las pelotas como no desaparezcas de mi vista, ¿te queda claro?

Él sonrió sin poder evitarlo. Esa mujer tenía agallas.

—¿De verdad serías capaz de pegarme?

—No, de hecho, no suelo perder mi tiempo con quien no merece la pena.

Amanda bajó del porche y se colocó frente a él, cosa que la ponía en desventaja, pues Oliver era bastante más alto. Sin embargo, no le tenía miedo. Estaba en la plantación de su hermano, si osaba tocarle un pelo, lo pondrían de patitas en la calle. Lo miró a los ojos y arqueó

una ceja, esperando que dijese algo.

—Tenías razón, hemos empezado con muy mal pie.

—Por tu culpa, claro —escupió ella.

—El otro día estaba un poco enfadado —se disculpó notando que la tensión poseía su cuerpo. Si por él hubiese sido, no se hubiera vuelto a acercar a la hermana de Robles jamás. Sí, era verdad que su forma de ser arisca y belicosa le atraía, no obstante, Oliver prefería mil veces cortarse una mano que tener algo que ver con la hermana de aquel narco. Aun así, prosiguió—: Te debo una disculpa.

—¿Y quién te ha dicho que la quiero?

—Me pareció ver un acercamiento por tu parte.

—Pues, te pareció mal. —Jamás le diría que hirió su orgullo. La última vez que se vieron, la trató fatal.

Oliver estaba comenzando a perder los nervios. Se había disculpado, había sido amable, se había rebajado, cuando lo que de verdad le apetecía era perderla de vista. No obstante, su trabajo estaba primero, así que tendría que sacar la artillería pesada, aunque aquello le apeteciese lo mismo que darle un sorbo al agua del mar.

—Tenías razón —dijo él sin más.

—Razón, ¿en qué, si puede saberse?

—Me gustas.

—¿Perdona? —Amanda alzó las cejas y se obligó a permanecer impasible.

—Pues… que me pareces una mujer muy interesante —añadió él, mirándola a los ojos y obligándose a mantenerle la mirada, aunque se sintiese incómodo haciéndolo—. El otro día estaba enfadado por un tema laboral.

—¡Lo sabía! —Alzó la cabeza y sonrió.

—Sí, se nota que eres una mujer muy perspicaz —añadió él intentando no soltar una carcajada. ¡Qué tía más tonta!

—Tengo un sexto sentido para estas cosas.

Oliver apretó los labios para no resoplar.

—De verdad que lo siento. Me gustaría que nuestra relación fuese cordial, al menos.

—Eso no depende de mí solamente.

Él asintió. Estiró un brazo y abrió la mano para estrechar la suya.

—Soy Oliver.

—Amanda, aunque creo que ya lo sabías. —Apretó su mano y la apartó de inmediato, pues notó una especie de corriente eléctrica recorrerla—. Sin rencores.

—¿De verdad?

—De verdad —repitió Amanda exultante, pues a ella también le parecía un hombre muy guapo. Dio un par de pasos hacia atrás y se despidió de él con un movimiento de brazo—. Que te vaya bien,

Oliver.

Antes de que él contestase, Amanda tomó el camino hacia la casita del árbol. No obstante, sus labios no podían borrar la sonrisa que lucía. Estaba contenta. Siempre era un chute de adrenalina gustarle a un hombre, y si ese hombre era tan apuesto como Oliver, todavía mejor.

Sin dejar de pensar en ello, subió por la escalera que colgaba de la rama. Se sentó en la mecedora, cogió el diario de Inés entre las manos y lo abrió por la página en la que se había quedado leyendo.

27 de octubre de 1903

Querido diario:

Hoy, por primera vez en mis diecinueve años de edad, he visto a una persona de piel oscura. No he podido evitar mirarlo con atención, pues jamás había contemplado semejante espectáculo. Su tonalidad, su altura, sus labios gruesos, y esas facciones tan peculiares.

En Ciudad Real, había escuchado a mis primas hablar sobre ese tipo de personas, sin embargo, el tener a una justo delante, ha sido una experiencia inolvidable. Tanto fue así que, padre, con el cual paseaba por la plantación, tuvo que reprenderme, pues no es de buena educación que una jovencita observe con tanta atención a nadie, y todavía menos a un jornalero proveniente del extranjero.

No obstante, y pese a sus regaños, ha sido lo más interesante que me ha ocurrido nunca. Y creo que él ha sentido lo mismo, he notado que sus ojos se posaban en mí más tiempo del adecuado, aunque, claro, qué va a saber ese hombre extranjero sobre los buenos modales.

Sus ojos marrones recorrían mi cuerpo, haciéndome sentir incómoda. Nadie me había mirado con tanta intensidad. Creo que el rubor ha llegado a bañar la totalidad de mis mejillas y un revuelo se ha apoderado de mi estómago. Me hubiese gustado acercarme a él y preguntarle por la vida en su país. Sobre sus costumbres, sus tradiciones.

¡Ay, querido diario! Creo que voy a ser incapaz de conciliar el sueño esta noche. ¡Quiero saber más!

Madre dice que siente miedo cada vez que sale de casa y se encuentra con el hombre de la piel oscura. No cree que sea una buena persona, pues Dios, según ella, nos creó a su imagen y semejanza y, en las iglesias, no hay imágenes de personas de piel morena. Aunque, estoy segura de que se equivoca y sus palabras están movidas por el desconocimiento. O, quizás, soy yo la audaz y debería apartar de mi cabeza todas esas ideas necias sobre él. Puede ser que, lo que me ocurre es que, al pasar tantos días alejada de mi Ciudad Real querida, me haya convertido en una descarada

y una intrépida. Y también puede ser que el miedo por mis nupcias con Pedro Rivera me esté llevando al delirio.

Mi prometido viene a visitarme una vez a la semana. Parece encantado con el compromiso y no ceja en su empeño en que la boda se celebre cuanto antes. No obstante, mi alegría no es equiparable a la suya, y doy gracias a Nuestro Señor por hacer que padre haya querido esperar algo más de tiempo.

No sé si ese periodo se prolongará mucho más, o si en unos meses seré la señora de Rivera, sin embargo, sé que cuando ese día acontezca, mi vida dejará de tener alegría.

Alberto llevaba más de tres semanas observando a Fayna. La miraba limpiar la casa, la contemplaba hablar con Dolores, a la cual parecía gustarle su nueva ayudante, ya que debido a su edad no podía hacer las tareas igual que antes; aunque eso a Alberto no le importaba. Le tenía cariño a esa señora seria y recta. Llevaba junto a él desde hacía muchos años y lo trataba como al hijo que nunca tuvo con su difunto marido.

Dio un sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesa, mientras seguía con la mirada a su nueva empleada.

Los moratones estaban desapareciendo de su rostro, por lo que su cara había mejorado mucho desde el día en que la vio por primera vez. Tenía unas facciones finas y rostro bonito que, cuando dejaba su espeso cabello negro suelto, lo enmarcaba de forma angelical. Era una mujer bastante tímida, de hecho, apenas había hablado con él más que para darle las gracias por su ayuda. Sin embargo, Alberto quería que eso cambiase. No sabía qué tenía Fayna, pero cada vez que la veía le apetecía quitarle esa expresión de desdicha de sus labios.

Había estado siguiendo sus pasos cada vez que sus negocios se lo permitían y estaba decidido a ir un poco más lejos. Había algo en su interior que se lo pedía. Le gustaba su forma de moverse por casa sin hacer ruido, sus tímidas sonrisas y su sonrojo cada vez que hablaba con él, su voz suave y dulce y, sobre todo, esas sensaciones que parecía despertar en su pecho cuando la veía cerca de él.

Desde hacía más de nueve años, Alberto Robles no había estado con ninguna mujer. Sus exigentes negocios apenas le dejaban tiempo para relacionarse con nadie que no estuviese conectado con su actividad económica. Aquella era una ocupación muy exigente y peligrosa, y no estaba dispuesto a distraerse con mujeres, cuando su atención debía de estar centrada únicamente en sus negocios. Sin embargo, todo había cambiado y, desde que vio a Fayna, su cabeza no dejaba de darle vueltas a la idea de conocerla e intentar que aquella bella mujer lo mirase como algo más que su patrón.

Cuando el reloj marcó las siete y media de la tarde, Alberto se despidió de uno de sus socios, tras haber programado el envío de la próxima semana. Salió de su despacho y lo acompañó hasta la puerta, despidiéndose de él con un enérgico apretón de manos. Estaba contento de que aquel hombre hubiese depositado su confianza en él, y estaba dispuesto a mejorar en todo lo que fuera posible para que su colaboración fuese permanente. Entre los dos podrían ganar mucho dinero.

Al cerrar la puerta, caminó por la planta baja de la casa, con una sonrisa satisfecha. Encendió un puro y se quedó mirando por la ventana, contemplando la enorme plantación. Los plátanos parecían crecer sanos y, según Antonio, la producción iba a ser más abundante de lo que habían previsto en un principio. Sonrió. No estaba nada mal para ser principiante en ese tipo de cultivo. Dio una calada al puro y se fijó en sus trabajadores, mientras eliminaban la vegetación silvestre e inservible que crecía alrededor de las plataneras.

Sin embargo, el sonido de una silla al ser arrastrada le hizo mirar hacia atrás.

Con la escoba en la mano, Fayna limpiaba el inexistente polvo de debajo de la mesa del salón. Se afanaba por pasarla por todos los huecos y entre las patas de las sillas. La observó en silencio unos segundos, disfrutando de la serenidad que desprendía.

Apagó el puro en una pequeña palmera que decoraba la pared que había junto a la ventana y caminó hacia ella, decidido.

—Buenas tardes, Fayna.

La mujer dio un pequeño salto al ser sorprendida por la voz de Alberto. Dejó de barrer bajo la mesa y agarró la escoba con fuerza, mientras sus ojos se posaban sobre los de él. Al darse cuenta de que la miraba tan fijamente, se sonrojó. No estaba acostumbrada a que los hombres la mirasen. Se casó cuando apenas tenía dieciocho años y su marido jamás la dejó salir sin su compañía. Estaba acostumbrada a estar sola, a vivir en silencio y pasando desapercibida para que no le pegase por cualquier tontería.

Después de casi quince años viviendo de ese modo, se sentía perdida.

Agradecería siempre a Alberto Robles el que la hubiese ayudado a salir de esa situación horrible, no obstante, el notar que ese hombre la miraba tan a menudo la descuadraba. Tenía miedo.

—Buenas tardes, señor Robles —respondió ella.

—Ya te dije que no me llamases de usted.

—No me parece correcto llamarlo de otra forma. —Bajó la mirada y se cogió el delantal con fuerza.

—Alberto —insistió—. Me llamo Alberto.

—Es muy amable. —Sonrió notando cómo el sonrojo regresaba a

sus mejillas.

Él dio un paso hacia adelante y se apoyó en la mesa que estaba limpiando. Frunció el ceño y se fijó en lo bonita que era y en lo frágil y delicada que parecía.

—¿Por qué aguantabas que te golpeara?

—Es mi esposo —dijo sin más.

—Que lo sea no le da el derecho a levantarte una mano. —Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos—. ¿Tu familia no hacía nada al respecto?

—No tengo a nadie más que a él.

—¿No tienes hijos?

—No puedo tenerlos. Soy una inútil, ni siquiera soy capaz de quedarme embarazada. Es normal que mi marido sienta deseos de pegarme. No he podido darle niños.

Alberto se acercó a ella y la cogió por la barbilla, sintiendo cómo se encogía al sentir su mano.

—Escúchame, Fayna. No eres ninguna inútil, y que no puedas tener niños no es motivo para el maltrato.

—Es que… yo… —continuó ella, intentando excusar a su marido.

—No, tú nada. Has vivido tantos años con él, que ha hecho que pienses que la culpable de todo eres tú. Pero no es así.

Fayna se humedeció los labios y sonrió tímidamente.

—Gracias.

—Ahora esta es tu casa. Aquí nadie te va a hacer daño. —Alberto tragó saliva y la miró a los ojos de nuevo, aunque ella no lo miraba a él, sino que tenía la vista puesta en el suelo—. Fayna, me gustaría que algún día aceptases cenar conmigo.

Ella abrió los ojos, alucinada.

—¿Por qué?

—Me pareces una mujer preciosa y… me encantaría conocerte un poco más.

—Yo… no… —Dio un par de pasos hacia atrás, negando con la cabeza—. No, no puedo, eso es imposible.

—¿Imposible?

—No quiero volver a pasar por eso, no quiero que me lastimen.

—Jamás haría algo semejante —le aseguró.

—Es que…

—Solo sería salir un rato y hablar sobre lo que nos apetezca.

Fayna dio un paso hacia atrás y tragó saliva.

—No, no, no puedo hacerlo, es demasiado para mí, yo… Alberto, no.

Sintió que se agobiaba, que todos los recuerdos de los golpes y las humillaciones regresaban a su cabeza. Era una mala mujer, era una esposa inútil. Jamás podría volver a ser feliz, no se lo merecía.

Merecía que la castigasen por no poder ser madre. Su marido tenía razón.

Notando cómo el aire iba escapando de sus pulmones y, bajo la mirada atenta de aquel hombre, echó a correr hacia su habitación, tirando la escoba al suelo sin darse cuenta.

Cuando se quedó a solas, Alberto suspiró y se pasó una mano por el cabello. Fayna había sufrido demasiados abusos en su vida. Aquel desgraciado la había maltratado física y psicológicamente, y necesitaría tiempo para curarse.

Maldijo mil y una vez a aquel malnacido y juró matarlo si volvía a cruzárselo en su camino. Le gustaba esa mujer, le parecía preciosa y delicada, y estaba dispuesto a ser paciente y ayudarla en todo lo que pudiese para poder conocerla como de verdad quería.

Capítulo 10

Oliver se escabulló entre la plantación, ayudado por la oscuridad de la noche, y se dispuso a espiar la gran casa desde la cercanía.

Estaba agotado. La jornada laboral había sido tan dura como siempre, pero al fin habían acabado con el desmane de los plátanos de pequeño tamaño.

Aunque jamás imaginó tal cosa, estaba aprendiendo tanto sobre las plantaciones que ya hacía el trabajo sin que nadie se lo mandase. Incluso tenía unas cuantas ideas para que el esfuerzo fuera más liviano, cosa que encantó a su capataz. El viejo Antonio parecía tenerle confianza, pues se la había ganado a base de trabajo y esfuerzo, y tomaba en cuenta todas y cada una de las sugerencias que daba para mejorar la calidad del trabajo.

Apenas hablaba con nadie, salvo con el otro agente infiltrado y con sus superiores, que se comunicaban con él cada vez que tenía el día libre y viajaba al pueblo. Sin embargo, ni él ni el otro agente habían podido darles más información sobre el alijo de droga que, supuestamente, Alberto Robles iba a enviar de forma inminente. Así que, allí estaba, merodeando por los alrededores de la gran casa de *El árbol,* con unos prismáticos en la mano, intentando averiguar algo más sobre la operación policial que estaban llevando a cabo.

Todo estaba silencioso, eran las doce y media de la noche y la mayoría de los habitantes de la casa estarían a punto de irse a dormir. Aunque, tenía la esperanza de que Robles no.

Se quedó observando la antigua construcción casi una hora, pero no consiguió nada. Mirando a su alrededor, se acercó más a la casa y la rodeó hasta la parte de atrás. El sonido del agua lo puso en alerta, hasta que se dio cuenta de que se trataba de la depuradora de la piscina.

Cuando pisó el césped, descubrió una sombra a diez metros que lo observaba. Se puso tenso.

—¿Quién eres? —preguntó la sombra alzando la voz desde una de las hamacas de la piscina.

La voz de la hermana de Robles lo hizo tranquilizarse.

Solo era Amanda.

Dio un par de pasos en su dirección y pensó que quizás no iba a ser una noche desperdiciada. La hermana de Alberto podía ser una aliada, si sabía cómo ganársela. De momento, ya había conseguido que esa arpía firmase una tregua con él. Ahora, solo tenía que ganarse su confianza y, cuando lo hiciese, podría preguntarle cosas jugosas sobre Robles.

—Soy Oliver —contestó caminando hacia ella como si nada.

Amanda se puso de pie y notó un extraño aleteo en su pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó intentando disimular la sonrisa de sus labios. Llevaba más de cuatro días sin verlo y se alegraba de que él hubiese dado el paso después de que le confesase que le gustaba—. Esta parte de la plantación es privada.

—¿Es privada? No tenía ni idea —dijo haciéndose el inocente.

—¿Que no tenías ni idea? —rio y se cruzó de brazos, salvando la distancia que los separaba—. Dime la verdad, has venido a verme, ¿a qué sí?

—¿A verte?

—Estabas desando verme de nuevo —añadió con chulería.

—Quizás me he perdido entre los plátanos —dijo, siguiéndole el juego.

—No lo creo, te mueres por mis huesos.

Oliver tuvo que morderse el labio inferior para no reír por sus palabras. La observó en la semioscuridad y vio el porte orgulloso de su cara y sus ojos retadores.

—Eso es lo que a ti te gustaría.

—No, tú mismo me lo confesaste —señaló ella con confianza. Lo miró fijamente y se cruzó de brazos—. ¿Me has echado de menos estos cuatro días sin verme?

—¿Los has contado? Ya veo quién echaba de menos a quién —se burló él guiñándole un ojo.

—Jornalero, no te hagas el interesante cuando los dos sabemos la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, según tú?

—Que te derrites por mí. Y aunque lo admitiste el otro día, yo ya lo sabía desde mucho antes.

Oliver sonrió y tragó saliva negando con la cabeza. Nunca recordaba lo que le atraía esa chulería y ese tono canalla de su voz.

Se metió las manos a los bolsillos y la miró fijamente. Vestía unos pantalones vaqueros oscuros, una chaqueta de hilo en tono tostado y el cabello suelto, que se balanceaba por la fresca brisa nocturna.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí a estas horas? —Alzó una ceja y sonrió de forma ladeada—. ¿No estarías esperando a que viniese a por ti?

Amanda soltó una carcajada, aunque algo más nerviosa de lo que quería admitir.

—Sigue soñando, Romeo. Estoy aquí porque en casa me aburro.
—¿Aburrida, tú?
—En *El árbol* no tengo nada que hacer, es el lugar más soporífero del mundo.
—¿No te distraes ni en tu trabajo? —la interrogó Oliver con curiosidad.
—No trabajo —contestó sin más. Comenzó a caminar, seguida por él, y tomó asiento de nuevo en la hamaca, dejando un hueco para que lo hiciese Oliver a su lado.
—¿Estudias?
—Tampoco.
—¿Y a qué dedicas tu tiempo?
—A disfrutar. Alberto siempre me ha pagado todos mis gastos.
—Qué suerte. Tu hermano tiene que ganar mucho dinero para poder correr con todo —dijo, probando a ver si Amanda soltaba alguna información sobre Robles.
—Pero creo que se me ha acabado el chollo —continuó sin hablar más de él—. Me ha dicho que tengo que hacer algo con mi vida.
—Lógico.
—No, no es lógico, es una putada —se quejó—. Estoy acostumbrada a vivir como me da la gana.
—Todos tenemos que asumir responsabilidades.
Amanda se humedeció los labios y miró a Oliver con seriedad.
—No, yo no. Supongo que agotaré el tiempo aquí y, después, buscaré a alguien que me mantenga. A algún tío rico que quiera casarse.
—¿Todo eso por no perder tu estilo de vida? —Alzó las cejas.
—Exacto.
—Entonces, ¿tendré que buscarme a otra a la que perseguir por la plantación? —habló con fingida pena—. Recuerda que estoy loquito por tus huesos, pero no puedo mantenerte —dijo sin poder aguantar que la sonrisa burlona apareciese en sus labios—. Con mi trabajo de jornalero apenas llego a fin de mes.
Amanda soltó una carcajada y negó con la cabeza.
—Eres muy mono, Oliver, pero no eres lo que necesito.
—Creo que me has roto el corazón —añadió en tono sarcástico, con teatralidad.
Al escuchar su respuesta, ella se echó a reír de nuevo. Le encantaba ese sentido del humor tan irónico que tenía. De hecho, era exactamente como el suyo. Apenas lo conocía, pero tenía claro que podrían llevarse muy bien. Juntos tenían chispa y jamás se aburrirían, pues los constantes piques eran revitalizantes. Además de que sus ojos no podían dejar de observarse más de dos segundos seguidos.
Acercó un poco su cara y quedó algo más cerca de él.

—No te preocupes, Romeo, encontrarás a alguien, seguro. Aunque a ninguna tan fantástica como yo —indicó con chulería. Lo agarró del mentón y le acarició la barba—. Eres un hombre guapo y seguro que tendrás a millones de mujeres tras de ti.

Al notar sus manos sobre sus mejillas, la sonrisa de Oliver se borró, pues notó cómo su estómago daba un gran vuelco. Ese contacto… lo estaba poniendo tan nervioso… Sentía que su pecho saltaba por los repentinos latidos de su corazón y su boca se secó inmediatamente.

Como poseído por una fuerza de la que nunca creyó, se levantó de la hamaca y se apartó de su lado, con la sensación de que le quemaba el lugar donde lo había tocado.

¿Qué cojones acababa de pasar? ¿Qué era aquello que había sentido?

Miró a Amanda y la vio con el ceño fruncido, sin entender lo que había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó ella levantándose a su vez.

—Perfectamente —respondió de forma atropellada.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, yo… vuelvo con los trabajadores. Que duermas bien —se despidió de repente y comenzó a caminar a toda prisa.

Amanda, sin comprender nada, dio un par de pasos hacia él.

—¡Espera! ¿Por qué te marchas?

—Estoy cansado.

—¿Tan de repente?

—Sí.

Y tras esa escueta despedida, desapareció por detrás de los matorrales de la piscina dejándola a solas y sin saber qué había ocurrido para que su conversación hubiese acabado de esa forma.

Amanda se despertó a las ocho de la mañana del día siguiente. Desde que estaba en *El árbol* su cuerpo había decidido madrugar, y eso significaba más horas libres para aburrirse.

Todavía seguía preguntándose el porqué de la reacción de Oliver, pero terminó dándose por vencida, dejándolo por imposible. Los hombres eran criaturas muy extrañas. ¿Quién sabía qué había podido pasar por su mente?

No obstante, y aunque se decidió a no pensar más en él, no pudo evitar hacerlo. Su imagen llegaba a su cabeza cada poco. Sus sonrisas ladeadas, sus ojos expresivos y oscuros, su cuerpo fuerte y varonil, su forma de hablar tan despreocupada…

Sabía que jamás podría tener nada serio con él, pues sus mundos, y lo que querían de la vida, eran tan diferentes como el agua y el fuego. Sin embargo, aquello no parecía importarle a su cerebro, que se

empeñaba en imaginar cómo sería ser besada por él.

A media mañana, y cansada de darle vueltas a todas esas tonterías, fue a la piscina con Inma. Su amiga había encontrado trabajo en un restaurante de Vallehermoso y estaba exultante. Empezaría esa misma tarde y le pidió que le desease suerte.

Una vez más se quedó a solas. Su habitación parecía caérsele encima y ya no sabía qué más hacer para que el tiempo pasase más rápido. Todos en *El árbol* se encontraban trabajando, Inma también lo estaba, su hermano ocupado, como siempre, y la señora Dolores la miraba como si fuese una larva asquerosa cada vez que pasaba por su lado.

¿Qué podía hacer? ¡Dios, si no encontraba algo en lo que pasar el tiempo, explotaría!

De repente, un recuerdo pasó por su cabeza.

Se levantó de un saltó de la cama y corrió por la casa, hacia la planta de abajo, cruzándose con la tal Fayna, que pasaba un trapo por la alacena del salón. La saludó con un leve movimiento de cabeza y siguió por su camino.

Cuando llegó al garaje, donde Alberto guardaba su coche, y abrió el maletero… lo encontró vacío. Maldijo en silencio y lo cerró de un portazo.

Entró de nuevo en la casa, pisando el suelo mojado del pasillo y notando cómo Dolores la fulminaba con los ojos. Llegó al despacho de su hermano y entró sin llamar antes.

Al verla, Alberto suspiró y dejó lo que tenía entre manos.

—Estoy ocupado, Amanda.

—Lo sé.

—Y tú deberías buscar algo en lo que ocupar tu tiempo. —Resopló—. Como un trabajo, por ejemplo.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con fijeza.

—El otro día guardé en el maletero de tu coche una mesa antigua.

—Lo sé, la vi ayer.

—No la habrás tirado, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Te interesa ahora la basura?

—No, la traje con la idea de… arreglarla.

Alberto alzó una ceja y la miró con detenimiento.

—¿Tú?

—Sí, yo, ¿no me ves capaz?

—¿Sabes usar una lija?

—No soy lela.

Su hermano rio.

—Mandé que la subiesen al desván, junto con los demás muebles viejos y rotos que había en la casa cuando la compré.

—¿En esta casa hay desván?

—En esta casa hay muchas cosas.

Muebles viejos. Quería verlos. Las cosas antiguas tenían una magia especial que la atraía.

—¿Por dónde se accede al desván?

—Desde la biblioteca. Hay una pequeña escalera de caracol junto a la librería del fondo.

—Muy bien. —Dejó a Alberto en su despacho y se dirigió hacia la biblioteca.

Sin embargo, su hermano la persiguió y la detuvo en la puerta del despacho.

—No vas a poder bajar la mesa tú sola.

—¿Por qué?

—Se te caerá. Bajar por la escalera cargada no es fácil.

—Pues, ayúdame —resopló cruzando los brazos.

—Estoy ocupado, no puedo dejar a medias el asunto que tengo entre manos.

—¿Entonces?

Alberto se llevó una mano al mentón.

—Llamaré a Antonio y le pediré que mande a un jornalero para que te ayude.

Cuando Alberto regresó al despacho, Amanda entró en la biblioteca y miró a su alrededor en busca del acceso al desván. Tal era su afán por encontrar la escalera, que pasó por alto aquel hermoso espacio, repleto de estanterías rebosantes de libros, el agradable olor que estos desprendían y la luminosidad que entraba por sus ventanales. Encontró la escalera al final de la estancia, pegada a la pared del fondo. Tal y como le indicó Alberto, le habría sido imposible bajar la mesa a ella sola, ya que era bastante empinada y estrecha.

Al llegar arriba tuvo que forcejear con la puerta, pues la madera estaba hinchada. Tras un fuerte empujón, logró abrirla.

La oscuridad la sobrecogió, y el fuerte olor a polvo.

Con la poca luz que entraba por el hueco de la escalera, palpó en la pared hasta que dio con un interruptor. Al prenderlo, una pequeña bombilla iluminó el desván.

Era un lugar enorme, tendría casi toda la superficie de planta de la casa. Y todo estaba repleto de muebles cubiertos por sábanas llenas de polvo.

Paseó por el desván buscando la mesita que echó al coche de Alberto y no pudo evitar levantar alguna que otra tela, para ver qué había debajo. Conforme lo hacía, se acordaba de Inés. Eran los muebles de la casa de sus padres, los testigos silenciosos de sus alegrías y desdichas.

Acarició un dañado armario de madera de cedro, con un precioso tallado floral, y sonrió al pensar en que, quizás, la misma Inés lo

hubiese tocado por el mismo lugar.

Era tan extraño pensar que lo único que quedaba de las personas, con el paso de los años, eran sus pertenencias…

Abrió una puerta de ese mismo armario y dentro encontró una vieja muñeca de porcelana. Sonrió al recordar a Rosa, la hermana pequeña de Inés. ¿Habría sido suya? ¿Sería el juguete favorito de esa niña?

La dejó donde la había encontrado y cubrió de nuevo el armario con la sábana. Alzó la vista y, ante sus ojos, vislumbró la mesa que estaba buscando. Miró a su alrededor y se prometió volver para seguir descubriendo las maravillas que escondía aquel desván.

Un movimiento a su espalda le hizo dar un grito.

Con la mano en el corazón dio la vuelta y se encontró frente a Oliver, que la observaba divertido.

—¡Joder, qué susto!

—¿Pensabas que era un fantasma?

—A veces sí que eres muy fantasma —resopló con fingida indiferencia, aunque por dentro su sangre bullía al tenerlo allí con ella, en la semioscuridad del desván.

Llevaba la ropa de faena, los pantalones largos y azules, la camiseta blanca de manga corta, con el nombre de la empresa de Alberto, y un sombrero de paja sobre la cabeza. A pesar de no ir vestido con ropa cara, ni elegante, estaba muy guapo.

—Fantasma, Romeo, jornalero… Cada vez tengo más nombres —comentó de forma burlona—. No sé para qué se molestó mi madre en pensar en uno, cuando tú me llamas cada vez como te apetece.

Amanda rio y lo miró de soslayo, cruzándose de brazos.

—Qué suerte tienes, ¿verdad?

—¿Suertudo va a ser el próximo mote? —preguntó con ironía.

—No. —Lo miró de arriba abajo y sonrió—. Quizás te vendría mejor el de *rural* con ese atuendo.

—Las personas que no tenemos hermanos para que nos mantengan, tenemos que vestir conforme exige nuestro trabajo —contraatacó sin perder la sonrisa en ningún momento.

Amanda abrió la boca y le dio un pequeño empujón.

—Eso ha sido un golpe bajo, jornalero.

—Estamos en paz, entonces.

Los dos se miraron a los ojos y rieron. Amanda notó tensión, pero no era una tensión mala, sino una diferente, un tipo de energía que la ponía nerviosa y la estimulaba al mismo tiempo. Le gustaba mucho. Le había atraído desde que lo vio por primera vez.

Intentó no mirarlo demasiado y sonrió, pensando en qué decir a continuación.

—¿Qué te pasó anoche para que salieses corriendo de ese modo? Parecías nervioso.

Oliver asintió. Él mismo se sintió patético cuando llegó a la casa de los trabajadores. Había echado a correr por una tía a la que apenas conocía, por un simple roce en la cara. Menudo poli estaba hecho, que salía cagado de miedo por una mujer malcriada.

—No me gusta demasiado que me toquen.

—Entonces, ¿fue por mi culpa? —preguntó sonriendo, mirándolo a la cara.

—En parte.

Amanda entrecerró los ojos y dio un paso hacia él.

—Si es así, ¿cómo pretendes lograr un acercamiento conmigo?

—¿Por qué supones que quiero un acercamiento contigo?

Ella alzó el dedo índice y le dio un par de toques en el pecho, sin dejar de mirarlo fijamente.

—Ayer viniste a verme por la noche.

—¿Y? —Tragó saliva.

—Te gusto.

—¿Y?

—Te pongo nervioso —dijo sin querer ocultar su sonrisa.

—Creo que te lo tienes demasiado creído.

Amanda se mordió el labio inferior y acercó su boca a la de Oliver, sintiendo cómo él contenía la respiración. Al tenerlo tan cerca pudo apreciar su olor. Era masculino y suave, a pesar de haber estado trabajado en la plantación no olía a sudor.

—Me deseas, Oliver.

—¿Ahora me llamas por mi nombre? —dijo casi sin voz, con los ojos fijos en los labios de Amanda. Su cuerpo bullía, su cabeza le decía que diese un paso hacia atrás, que huyese como lo hizo la noche anterior, sin embargo, no podía moverse. Había una fuerza que le impedía apartarse de esa mujer.

—Sé por qué te resistes.

—¿Ah, sí?

—Sí. No quieres que en la plantación se descubra lo que tenemos y perder tu trabajo. —Acercó la boca a su oído y continuó—: Pero no te preocupes. Si alguna vez llegamos hasta el final, solo será un polvo, dos como mucho. Ya te dije que no eres el hombre que necesito en mi vida.

—Me quitas un peso de encima —contestó, intentando parecer indiferente y divertido, pero sin poder abrir los ojos, pues las oleadas de sensaciones que golpeaban su estómago lo tenían preso.

—Así que, no tienes que seguir fingiendo delante de mí, porque…

—¡Amanda! —La voz de Alberto desde la biblioteca los hizo salir de aquella burbuja—. ¿Habéis encontrado la mesa?

Se miraron por última vez a los ojos, en silencio, ella se separó y dio media vuelta.

—¡Sí, vamos a bajar ya!

—Os espero —anunció su hermano con voz paciente.

Hizo una señal con la cabeza, hacia la mesa, y Oliver la cogió en peso para bajarla hasta la biblioteca.

Cuando dejó la mesa en el suelo, alzó la mirada para encontrarse de frente con el hombre al que investigaba. En persona, Robles era más imponente de lo que parecía en un principio. A pesar de tener un gran parecido con su hermana, él era más alto y corpulento. Tenía el cabello bañado por las canas y el rostro algo más cuadrado.

—Tú eres el nuevo trabajador, ¿verdad? —se interesó Alberto por él, con amabilidad.

Oliver asintió y le sonrió, intentando no demostrar la aversión que le producía aquel pez gordo de la droga.

—Soy Oliver Pérez, señor.

Se estrecharon la mano y el hermano de Amanda le sonrió de nuevo.

—Antonio me ha hablado muy bien sobre ti, Oliver. Dice que eres un buen trabajador y que tienes ganas de aprender.

—Por supuesto, necesito el dinero.

—Pues, aquí trabajo no te va a faltar, chico. —Miró a su hermana, que acariciaba la madera de aquel viejo mueble, y chasqueó la lengua —. Gracias por la ayuda, puedes volver a la plantación.

Oliver asintió y dio media vuelta para salir de la casa. Al hacerlo, observó unos instantes a Amanda, que le sonreía con chulería y… algo más. Sin querer pensar en lo que estuvo a punto de ocurrir en el desván, cerró la puerta tras de sí y caviló acerca del caluroso día que le esperaba, pues tocaba fumigación, para evitar que la araña roja atacase los racimos de plátanos.

Capítulo 11

2 de noviembre de 1903

Querido diario:

Los días en El árbol *pasan tan despacio que parecen años. Intento ocupar mi tiempo en la costura, tal y como me aconseja madre, pues el ajuar que llevaré conmigo a la plantación de mi prometido, después de la boda, todavía no está acabado. Ha encargado a una modista que nos ayude con la mantelería fina, pues sospecha que las dos solas no podríamos terminarla a tiempo. No obstante, yo espero que el trabajo pendiente se alargue lo máximo posible. O, todavía mejor, que no logremos acabar y que mi boda con Pedro Rivera no se celebre nunca.*

Las visitas de mi prometido son cada vez más frecuentes, incluso me trajo un presente la última vez que visitó la plantación: una muñeca de porcelana.

Según padre, es un regalo costoso, pues ese tipo de muñecas solo se consigue en Londres, por sus ricas vestimentas y sus preciosos cabellos de pelo natural. Sin embargo, para mí no tiene valor alguno. No la quiero. Se la regalé a Rosa para que jugase con ella, a pesar de las quejas de madre al enterarse de ello. «Inés, no debes despreciar un regalo de tu prometido», me decía abanicándose como si aquello fuese la peor ofensa del mundo.

¿Y qué ocurre conmigo, querido diario?

Tengo que obedecer los deseos de padre, ser una hija ejemplar, una buena señorita y, dentro de poco, una esposa intachable para un hombre al que no he elegido.

También sé que ese es el deber de una joven. Honrar a su padre para después hacer lo mismo con su esposo. Pero ¿quién piensa en mí? ¿Quién se preocupa por lo que siento? A nadie le interesa que esté en desacuerdo con esa unión, pues mi voz no es importante. Solo soy una simple mujer.

No es justo.

No lo es, y por eso intento ocupar mi tiempo en banalidades. Peino a Rosa hasta que se queda dormida, paso mucho tiempo en la casa del árbol y leo todo lo posible, aunque madre dice que una mujer no debe ser más culta que su esposo. No obstante, lo que más llama mi atención son los

paseos con padre por la plantación. Lo que comenzó como un simple pasatiempo, se ha convertido en una actividad de lo más interesante.

Y todo por él. Por Dembo.

La curiosidad que siento por ese hombre de piel oscura va a más cada día que pasa. A pesar de que no debo, mis ojos se fijan en él demasiado. Sé que él también se ha dado cuenta de ello, pues desde hace unos días me mira con algo más de audacia. Alguna que otra vez nuestras miradas han coincidido y, mis mejillas han acabado teñidas por el sofoco. Aun así, no puedo evitar seguir sintiendo curiosidad.

Tanto es así, que pregunté a padre por su procedencia.

Me contó que nació en la Guinea francesa, un país del continente africano. Que huyó, junto a sus hermanos, de la guerra por la independencia de su patria, y llegó a las Canarias buscando una vida segura. De hecho, en sus ojos puedo percibir el dolor que debe de sentir al estar lejos de su hogar. Hay algo en su mirada que me hace querer saber más, una tristeza que jamás podrá ser sanada.

Queridísimo diario, sé que si padre estuviese al corriente de mis pensamientos no volvería a permitirme pasear con él jamás, sin embargo, ese hombre de piel negra tiene un extraño embrujo que me llama y que me hace ser más intrépida que de costumbre.

Estoy deseosa de que pase la noche y vuelva a lucir el sol, pues entonces podré verlo trabajar una vez más, intentando averiguar más sobre él, disimulando las miradas y disfrutando de la tensión de sus brazos cada vez que ejerce presión sobre su daga, mientras corta las malas hierbas que nacen bajo las plataneras.

Alberto miraba a Fayna a través de sus gafas de vista. Estaban en el despacho de este, acompañados por su abogado personal, y en la cara de la mujer se podía adivinar el terror. Tuvo que contenerse varias veces para no levantarse de su asiento e ir hasta ella para calmarla, sin embargo, sabía que ese era un mal trago que debía pasar y que la haría más fuerte.

—Señora Riquelme —continuó el abogado, leyendo unos papeles que portaba en las manos—. Solo necesito su firma y comenzaré con el proceso.

Fayna miró al hombre como si no comprendiese nada de lo que decía. Los nervios le estaban jugando una mala pasada.

—¿Perdón?

—Su firma —repitió.

—Oh, sí, lo siento —se apresuró a contestar. Alargó la mano hasta coger el bolígrafo que este le tendía y, bajo la atenta mirada de los dos hombres, garabateó en el papel.

El abogado cogió el formulario y le sonrió.

—Pues, ya está todo por el momento. Me pondré en contacto con el señor Robles cuando tengamos que dar el siguiente paso.

—Muy bien —dijo ella con nerviosismo.

Alberto se levantó de su asiento y estrechó la mano de su abogado, con amabilidad.

—Gracias, Gonzalo, llámame en cuanto sepas algo.

—Por supuesto.

Tras despedirse de nuevo con ambos, salió del despacho dejando a Fayna y a Alberto a solas.

Él contempló a la mujer, que temblaba a pesar de intentar disimularlo. Caminó hasta donde se encontraba y se colocó a su lado, sonriendo con amabilidad.

—Sé que tiene que ser duro.

—Estoy muerta de miedo —admitió.

—Todo va a salir bien.

—¿Y si no es así? —Lo miró con ojos asustados—. ¿Y si mi marido se enfada? ¡Me va a matar!

—No va a hacerte nada, no lo voy a permitir —le aseguró cogiendo su mano—. Estás en mi casa, bajo mi protección.

—No sé si he hecho bien solicitando el divorcio —se arrepintió hablando en susurros—. Se va a enojar mucho.

—Lo que ese hombre haga, a partir de ahora, no es problema tuyo.

Fayna se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos.

—Es que, yo… —No pudo continuar hablando pues el llanto no se lo permitió.

Alberto suspiró y la abrazó, dándole consuelo. Al hacerlo volvió a sentir eso que lo recorría cada vez que estaba a su lado. Quería protegerla, que le diese la oportunidad de conocerla mejor. Le gustaba mucho esa mujer.

—Fayna, estoy aquí contigo. No tienes que tener miedo, no puede acercarse a ti.

—Lo hará, lo hará y me matará —sollozó.

—No, has hecho lo correcto. No tienes por qué estar ligada a una persona como él. No te merece ni te ha merecido nunca.

Ella se limpió las lágrimas y sorbió por la nariz. Miró a Alberto con los ojos brillantes por las lágrimas que todavía no había derramado e intentó sonreír, aunque más bien lo que salió fue una mueca extraña.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? Apenas me conoces, me has dejado vivir en tu casa y me estás ofreciendo a tu abogado para que arregle el caos de mi vida.

—Nadie merece ser tratado de ese modo. Eres una buena persona, trabajadora y responsable, me lo demuestras cada día desde que estás aquí. —Suspiró y le cogió la mano—. Ya sé que me dijiste que no estás preparada para conocer a nadie, y lo comprendo, pero… al menos,

permíteme que sea tu amigo.

Ella sonrió al escuchar sus palabras.

—Por supuesto.

—Y, respondiendo a tu pregunta, los amigos se ayudan entre sí, y no porque busquen algo a cambio, sino porque se tienen aprecio. —Acercó una mano a su mejilla, pues una lágrima seguía recorriéndola. Se la limpió y le acarició la cara—. Con todo esto no estoy buscando tu agradecimiento, Fayna. Respeto tu decisión de no querer salir conmigo, y si, cuando te sientas bien del todo, cambias de idea, estaré encantado de volver a invitarte a cenar.

—¿Y si no lo hago? —lo interrogó ella nerviosa.

Alberto sonrió y negó con la cabeza.

—Seguiré siendo tu amigo. Te doy mi palabra.

Fayna se quedó mirándolo anonadada. No sabía qué había hecho bien en la vida, sin embargo, Dios le había mandado a un ángel que estaba decidido a cuidar de ella.

—Gracias, no me cansaré de dártelas, Alberto.

—No hay de qué —respondió con una sonrisa ladeada.

Ella dio un paso en su dirección y le dio un beso en la mejilla. Se separó de su lado y caminó hacia la puerta del despacho. Agarró el picaporte y miró a su patrón a los ojos.

—Eres el mejor hombre que conozco.

Al terminar la frase, abrió la puerta y salió de la estancia, dejando a Alberto con el corazón latiendo a una velocidad vertiginosa y una mano sobre su mejilla, pues todavía notaba sus suaves labios sobre ella.

Amanda miró la vieja mesa y asintió contenta. Acababa de darle el segundo lijado, tal y como explicaba el vídeo de YouTube que buscó para saber por dónde empezar, y la pintura había desaparecido por completo. Después de observarla detenidamente, se dio cuenta de que tendría que comprar masilla, pues tenía unos pequeños agujeros que debían ser tapados, además del barniz y la pintura para cubrir los poros de la madera.

Todavía le quedaba mucho trabajo por hacer con aquel mueble, como por ejemplo volver a ponerle la pata que le faltaba, sin embargo, estaba disfrutando con su restauración, a pesar de no saber si iba a ser capaz de dejarla en mejor estado del que lo encontró. No obstante, aquello la relajaba, hacía que las horas pasasen más rápidamente y había descubierto que le gustaba hacerlo.

Desenchufó la máquina lijadora y la dejó sobre una leja de la cochera. Alzó la mirada hacia la ventana al darse cuenta de que la luz del sol apenas se veía a través de ella. Al mirar su reloj de muñeca se

asombró al comprobar que eran casi las ocho y media de la tarde. Se quitó el pequeño delantal que cubría sus pantalones y lo dejó sobre la antigua mesa que estaba restaurando. Salió del garaje y miró a los trabajadores lavándose las manos, pues su jornada laboral también había acabado. La mayoría se marchó en sus vehículos, ya que vivían en Vallehermoso. Solo unos pocos se quedaron hablando cerca de la casa de los empleados.

Entrecerró los ojos, buscando entre ellos a Oliver, sin embargo, no lo encontró con sus compañeros.

Caminó de forma paralela a la plantación, sin poder evitar pensar en lo que estuvo a punto de ocurrir en el desván la pasada tarde. Si Alberto no hubiese llegado, lo habría besado. Habría probado esos labios en los que pensaba más de lo que debía.

Suspiró y dejó de caminar, con la mirada fija en las plataneras.

Oliver despertaba en ella emociones encontradas. Sabía que juntos no llegarían a ninguna parte, pues buscaba una vida más cómoda, y ser mujer de un jornalero no lo era, sin embargo, cada vez que lo veía, algo en su pecho se removía. Era un latido extraño que despertaba en su pecho, era… atracción.

Le gustaba su carácter serio e irónico, la forma en la que se hacía el duro delante de ella, y su respiración rápida, nerviosa, cuando sus caras se acercaban. Le encantaba su rostro, le parecía un hombre muy atractivo, y su cuerpo, delgado pero enérgico, curtido por el trabajo. Le gustaba el juego que había entre los dos, la eterna lucha por ser el más fuerte. Sus escasas sonrisas, esas que le iluminaban el rostro. No entendía por qué no sonreía más.

Siguió caminando paralelamente a la plantación dejando a un lado todos esos pensamientos sobre Oliver. Observó el verde paisaje y caviló sobre el diario. ¿Los paseos que Inés daba con su padre serían por ese mismo sendero? Dejó volar su imaginación y sonrió al recordar lo que había escrito sobre Dembo. Sentía atracción por él, Amanda lo tenía clarísimo, sin embargo, las mujeres de esa época rara vez conocían el amor, pues la mayoría se casaba por imposición de sus familias.

Suspiró y se cruzó de brazos.

Sentía pena por Inés. ¿Qué hubiese ocurrido si la joven hubiera nacido en la actualidad? ¿Si se hubiese atrevido a hablar con él? ¿Sería su historia diferente?

Un sonido metálico procedente del interior de la plantación le hizo dejar de pensar en ello. Prestó atención. Una serie de golpes se repetía sin cesar, rompiendo el silencio de la tarde.

Miró hacia la casa de los trabajadores. Ya no quedaba nadie trabajando, era hora de cenar y de descansar hasta el siguiente día.

Sintió curiosidad. Se adentró entre las plataneras buscando de

dónde provenían aquellos golpes. Mientras caminaba en medio de las plantas, repletas de racimos de plátanos, se sintió insignificante, como si fuese una pequeña piedra dentro de un lago, como si estuviese en el laberinto más grande del mundo. Apenas podía situarse. Los golpes parecían venir de todos lados y no sabía hacia dónde caminar.

Cuando estuvo a punto de dar la vuelta, vio, detrás de una hoja, el motivo de tal alboroto. Oliver.

Se encontraba arrodillado en el suelo, de espaldas a ella, y manipulando un objeto metálico sin demasiada delicadeza.

Salió de entre las plataneras y él, al escuchar el sonido de las pisadas, giró la cabeza. Al verla, se levantó del suelo y la contempló con seriedad, sin querer darle importancia a la urgencia con la que latía su corazón. La hermana de Robles le sonrió y dio un paso más en su dirección.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, portando un garrote de madera en la mano—. ¿Tantas ganas tenías de verme que me has estado buscando hasta por la plantación?

Amanda lo miró alzando una ceja, mientras que el rostro de Oliver dejaba entrever una lenta sonrisa.

—Deja de soñar, jornalero —resopló, aunque sin poder evitar devolverle la sonrisa—. He escuchado el ruido y he venido a ver qué era.

—¿Para qué? ¿Pensabas ayudar?

Amanda resopló.

—No pensaba en nada, solo en saber el origen del ruido.

—Pues ya lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé —respondió con tirantez. Señaló el garrote que portaba en la mano—. ¿Para qué llevas eso?

Oliver alzó el trozo de madera mostrándoselo mejor.

—Es mi palo de arreglar cosas. —Señaló hacia el suelo para que se fijase en dos mochilas pulverizadoras desmontadas—. Con él no se me resiste nada.

Amanda abrió los ojos asombrada.

—¿Intentas arreglar las máquinas de fumigar a base de golpes?

—Y no sabes lo bien que se me da —comentó guiñándole un ojo.

Ambos se miraron unos segundos en silencio y se echaron a reír. Ella se concentró en las fumigadoras del suelo.

—¿Funciona el palo de verdad?

—¿Quieres probar? —dijo sin poder evitar que sus labios se curvasen hacia arriba. La presencia de Amanda le hacía sentirse vivo, cosa que no le ocurría desde hacía dos años—. Quizás no logres arreglarlo, pero descargas adrenalina.

Ella frunció el ceño, sin embargo, acabó riendo de nuevo. Alargó el brazo.

—Dame ese palo.
—¿De verdad quieres probar?
—Claro. —Cogió el garrote y lo agarró con las dos manos. Observó la máquina y se mordió el labio inferior—. ¿Dónde tengo que golpear exactamente?
—Justo antes del pitorro metálico. —Con un dedo señaló el lugar en cuestión—. Aquí.
Amanda asintió y esperó a que él apartase la mano. Cuando estuvo preparada lanzó el palo con fuerza hacia la fumigadora, logrando que otro sonido metálico inundase sus oídos.
—¿Así? —preguntó mirando a Oliver.
—No tan fuerte, lo que pretendemos es arreglarlo —señaló sin poder aguantar la risa.
—¡Qué estúpido eres! —exclamó riendo a su vez.
—Calla y trabaja, vamos.
Amanda resopló y siguió dándole golpes a la máquina. En una de las veces, algo salió disparado del pitorro de la fumigadora. Oliver le hizo una señal con la mano para que dejase de golpear.
—¿Qué ha salido de ahí? —preguntó Amanda con curiosidad.
—Una piedra. Se había colado dentro y por eso no iba bien. —Le cogió el palo de las manos y se lo volvió a enseñar—. ¿Ves cómo funciona?
—Oye, el mérito también es mío —dijo ella orgullosa.
Oliver asintió con la cabeza y le guiñó un ojo.
—Lo es. Después de esto, no me cabe duda de que podrás arreglar esa mesa que bajé ayer del trastero —se burló.
—Puedes reírte si quieres, jornalero, pero ya he conseguido lijarla entera.
Él se puso de cuclillas y recogió las fumigadoras del suelo.
—¿De verdad crees que podrás con ese mueble tan viejo?
—No lo sé —admitió—, pero me gusta hacerlo. Me relaja, y es bonito pensar que podré hacer que vuelva a ser usado por alguien.
Oliver rio alzando una ceja. Se colgó las mochilas en los hombros. Intentó no mirarla demasiado, pues verla sonreír de esa forma mientras hablaba con tanta pasión sobre esa mesa, conseguía que algo se removiese en su estómago.
—Si tú lo dices… —añadió como si nada.
Ella frunció un poco el ceño, con altanería.
—Por más que lo intento, no logro comprenderte.
—¿A mí, por qué?
—Te gusto, me lo dijiste tú mismo. Pero no veo que intentes ningún acercamiento conmigo.
Él abrió los ojos asombrado, aquello no se lo esperaba. ¿De verdad la hermana de Robles le estaba diciendo aquello? ¿Aquella

insoportable niña mimada?

—¿Eso es lo que quieres, un acercamiento?

—No, o sea… no lo sé —respondió confusa sin dejar de mirarlo a los ojos—. Nos atraemos, Oliver. No hace falta ser muy listo para verlo. Y… siempre pareces distante, nunca has intentado quedar conmigo.

—¿Y tú lo has intentado? —contraatacó él—. Si no recuerdo mal… me dijiste que no era el tipo de hombre que estabas buscando.

—Y no lo eres.

—¿A ti te entiende alguien, guapa? Porque yo, no —indicó parpadeando muy rápido.

Amanda resopló y lo miró mientras chasqueaba la lengua.

—¡No es tan difícil, joder!

—¿Por qué no me invitas tú? Estamos en pleno siglo veintiuno, no es un pecado que una mujer haga eso. —Entrecerró los ojos—. A no ser que no quieras rebajarte a pedirle una cita a un jornalero.

—¡Yo nunca le he pedido salir a nadie!

—Pues, siempre hay un día para empezar.

—Entonces, ¿no piensas mover ni un dedo?

Oliver rio.

—Ni uno solo.

—Esto es increíble.

Él dio media vuelta, cargado con las fumigadoras, y comenzó a caminar a solas, dejando a Amanda sin saber qué hacer.

—Ya nos veremos.

—¿Te vas?

—Sí, aquí no me van a dar de cenar —comentó en tono mordaz.

Amanda resopló y apretó los labios. Caminó con rapidez hasta quedar a su lado y poder fulminarlo con la mirada.

—¡Nunca nadie me había dejado plantada!

—¿También es tu primera vez para eso? —bromeó.

—No me fastidies, jornalero, ¿por qué te comportas así? Yo he dejado el orgullo a un lado.

—No lo creo, de eso tienes a puñados.

—Muy bien —asintió ella. Tragó saliva y lo miró de nuevo a los ojos. El muy cabrito estaba disfrutando del momento—. ¿Te gustaría venir a casa esta noche?

Él frenó en seco y la miró directamente. Le estaba invitando a su propia casa, a la casa de Alberto Robles, del narcotraficante al que investigaba. Era una gran oportunidad. Amanda le estaba brindando la oportunidad de llegar hasta el corazón de *El árbol*.

La miró a los ojos y vio que ella esperaba… ¿nerviosa?

—Iré a tu casa.

—Genial. —La sonrisa que Amanda le dedicó logró que su pecho se

comportase de un modo extraño y que su estómago temblase como si un rayo lo hubiese alcanzado. Apartó la vista. No estaba acostumbrado a ese tipo de sensaciones, desde hacía mucho tiempo no se las permitía.

—¿A que no ha sido tan complicado?

—Supongo que no, pero la próxima vez tendrás que hacerlo tú.

—¿Por qué estás tan segura de que te lo pediré?

—Porque no vas a tardar mucho en estar coladito por mí —añadió con altivez.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó Oliver sin dejar de andar, mirándola de reojo e intentando no sonreír por su insolencia.

—Solo hay que ver cómo me miras.

Oliver dejó de caminar y giró para mirarla directamente, sin poder evitar sonreír.

—¿Y cómo te miro?

—Como si fuera un tesoro.

Las carcajadas de él no tardaron en llegar. Contagió a Amanda y acabaron los dos sin poder dejar de hacerlo, con dolor en las mandíbulas de tanto reír. Cuando se pudo contener un poco, la observó negando con la cabeza.

—¿De dónde has salido tú?

Ella lo señaló de repente.

—¿Ves? Ya lo estás haciendo otra vez. Me estás mirando de esa forma.

—¿De qué forma?

—Como si quisieses besarme —expresó con confianza.

—¿En serio? Y entonces, chica lista, ¿por qué no te beso si es lo que quiero?

—Porque eres tan o más orgulloso que yo y estás esperando a que dé el primer paso otra vez.

—Cosa que no vas a hacer —afirmó convencido.

Amanda se humedeció los labios.

—En eso te equivocas. —Se acercó mucho a él y lo miró a los ojos mientras juntaba sus caras, bajo la sorpresa de Oliver, que se había quedado de piedra. Cuando apenas quedaban unos centímetros para que sus bocas se tocasen, susurró—: Quiero probar tu sabor.

Y, tras decir aquello, lo besó.

Nada más rozar sus bocas sintieron tal explosión interior que se quedaron sobrecogidos. Los labios de Amanda eran suaves y tocaban su boca con mimo, casi como una débil mariposa. No obstante, aquel débil roce duró poco, pues su lengua se abrió paso y jugueteó con la suya mientras peleaban por ser la que llevase el control, como siempre ocurría con ellos. Con el vello de punta, lo rodeó por el cuello, sintiendo la dureza de su cuerpo y las manos de él apretándola contra

sí. Emanaba calor. Oliver era fuego puro y pensó que la quemaría con su pasión.

Por su lado, él apenas podía pensar. La reacción de Amanda lo había sorprendido tanto que se dejó llevar y disfrutó como nunca de aquel baile donde sus lenguas danzaban dentro de sus bocas. Percibía que el ardor iba subiendo a un ritmo trepidante. El cuerpo de ella se retorcía contra el suyo, y su miembro despertó con una potencia de la que jamás fue consciente.

Algo le pasaba con esa mujer para que todo él reaccionase de ese modo. Quizás era su cara de niña mala, sus ojos retadores, su cuerpo delgado y seductor, o quizás ese juego del sí pero no al que habían estado jugando desde que se conocieron. Lo único que tenía claro era que, con ese simple beso, estaba experimentando una pasión tan grande y tan explosiva como nunca.

De repente, a la mente de Oliver llegaron unos tristes ojos negros. Unos ojos familiares, mucho. Esos ojos que habían estado atormentándolo desde hacía más de dos años. ¿Qué estaba haciendo? ¡No podía permitirse aquello! Era una mala persona, el peor hombre del mundo y no merecía sentirse bien. No merecía vivir, ni ser feliz nunca más. Se sintió mal. Sintió que todo su cuerpo se tensaba.

Con esos demonios retorciéndose dentro de su cabeza, empujó a Amanda de su lado y dio un par de pasos hacia atrás.

—Aléjate de mí —susurró él mirándola con enfado.

Ella, con la respiración todavía alterada y sin saber qué había ocurrido para que Oliver le hubiese dicho eso, frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando? Parecía que estaba disfrutando, los dos lo estaban haciendo.

—¿Qué te pasa?

—¡No vuelvas a besarme nunca!

—¿Qué? —La boca de Amanda se abrió y se sintió tonta—. ¿Te he hecho algo…?

—¡Sí, joder! ¡Lo que has hecho ha sido abalanzarte sobre mí y meterme la lengua en la boca!

—Tú también lo querías.

—¿Yo? —Resopló con fastidio, más enfadado con él mismo que con la propia Amanda—. ¡Lo único que quiero es que desaparezcas de mi vista!

—¿Perdona? —Tenía que estar escuchando mal.

—¿Estás sorda? ¿O acaso estás tan necesitada de sexo que vas besando a cualquiera?

Oír aquella acusación salir de sus labios la encolerizó. Su enfado iba en aumento y sus puños acabaron apretados a cada lado de su cuerpo. ¿Quién cojones se creía que era para hablarle así?

—¡No voy a consentir que me insultes! ¡Eres un gilipollas y un

imbécil!

—Se te olvida *sinvergüenza* e *indeseable* —añadió odiándose más que nunca, respondiendo con un deje mordaz en su voz.

Amanda se llevó las manos a la cabeza y frunció el ceño.

—Esto es demasiado, esto es… ¿cómo he podido pensar que tú…?

—¿Que quería algo contigo? —bufó y la miró despectivo.

Más dolida por sus palabras de lo que nunca creyó, salvó los escasos metros que los separaban y lo empujó con todas sus fuerzas, golpeándolo en el brazo.

—¡Eres un cabrón y un desaprensivo! ¡No sé en qué momento tuve la pájara mental que me llevó a acercarme a ti, jornalero del demonio! —Lo señaló echando humo hasta por los ojos, pues la ira y la vergüenza eran tal que la única forma de defenderse era atacando—. ¡Como te vea a menos de veinte metros de mí, te juro por todo lo que más quiero que te arranco todos esos pelos que tienes en la barba! ¡Obrerucho, espero no tener que volver a verte jamás!

Después de su última palabra, dio media vuelta y desapareció entre las plantas, maldiciendo una y otra vez, hacia la pequeña casita del árbol.

Al quedarse a solas, Oliver se llevó las manos a la cara y cerró los ojos con fuerza.

Su vida no podía continuar después de lo que ocurrió dos años atrás. No podía permitirse sentir, y mucho menos en los brazos de una mujer.

Amanda era todo un reto. En otras circunstancias le hubiese gustado divertirse con ella el tiempo que hubiese estado investigando a su hermano. Su compañía era revitalizante y atrayente, tenía algo que lo llamaba de forma potente y sus labios lo habían transportado a otra dimensión. No obstante, aquello era lo que debía hacer. Estaba allí para desenmascarar a un narco. Y cuando la investigación acabase regresaría a casa y seguiría derrumbándose lentamente, pues eso era lo que se había ganado: la muerte en vida.

Capítulo 12

7 de noviembre de 1903

Querido diario:

Todavía no sé cómo soy capaz de coger la pluma y escribir estas líneas. Me tiembla hasta el alma. Estoy tan nerviosa que creo que esta noche no voy a ser capaz de cerrar los ojos.

Jamás hubiese imaginado lo que iba a ocurrir hace apenas unos minutos. He tenido que escribirlo, querido diario, estoy tan impresionada que tengo que calmar mis nervios plasmando sobre el papel lo que ha pasado.

Como de costumbre, el paseo con padre por la plantación fue tranquilo, salvo por esos instantes en que mis ojos y los de Dembo coincidieron. Cada vez que eso ocurre, siento en el estómago miles de mariposas revolotear.

En un principio, pensé que me pasaba algo extraño. Llegué a sospechar que había cogido alguna enfermedad tropical, pues mi cuerpo todavía no está acostumbrado a vivir en el constante calor de La Gomera. Sin embargo, aquel mariposeo no es fruto de un mal aire. Tengo sentimientos hacia Dembo. Lo descubrí una tarde que me fue imposible dar el paseo con padre, ya que mi prometido decidió hacer una visita sorpresa. Al verme privada de su imagen, creí que la pena me absorbería. ¡Ay, mi diario querido! Ni siquiera había hablado con él y me sentía vacía sin verlo.

¡Qué inesperado es el amor y cuál fue mi sorpresa al ver al mismísimo hombre por el que suspiro esperándome junto a la casa del árbol!

Se escabulló entre la maleza para verme.

¡Es tan apuesto y tan gallardo! Jamás había conocido a un hombre tan galante y caballeroso, a pesar de no dominar del todo nuestro idioma.

Dembo se disculpó conmigo por su osadía. Sabe que no está bien que un hombre y una mujer se vean a solas, y todavía menos si esta tiene un compromiso con otro caballero. No obstante, estoy feliz, querido diario, tan feliz que no sé si gritar o callar, si cantar o bailar toda la noche.

No pudo quedarse a mi lado mucho tiempo, pero el poco que compartimos juntos fue maravilloso.

Me ha hablado de lugares de ensueño en su país, de sus costumbres, de

sus gentes, de su gastronomía… Aunque la guerra también ha estado presente. Dembo viajó a España con sus hermanos, tal y como dijo padre, sin embargo, está reuniendo dinero para que su madre pueda dejar ese lugar en el que el enfrentamiento entre hermanos está matando a gente inocente.

El tiempo ha volado con él. He estado tan bien a su lado… Me ha hecho sentirme bonita y muy mujer. Nunca había sido tan consciente de la intimidad que puede crearse entre un hombre y una mujer, esas sonrisas cómplices y el secreto a voces de nuestras miradas.

Anhelo volver a verlo, mi diario querido. Me gustaría que estos encuentros no acabasen nunca. El palpitar de mi corazón no hace más que informarme que late únicamente por él. Sin embargo, comprendo que un paso en falso podría ser peligroso para ambos. Estoy prometida, y él es un temporero de la plantación. Si llegasen a enterarse de que me he visto con un hombre, habría tal escándalo, y sería tan vergonzoso para mi familia, que acabaría con la marca de la correa de padre en mi espalda. Y Dembo… Dios bendito, él correría peor suerte que la mía.

No hago más que rezar a todos los santos para que nadie nos haya descubierto. Sé que es una temeridad lo que hemos hecho. No obstante, si pudiese volver a estar a su lado de nuevo, lo haría sin pensarlo.

Amanda e Inma llevaban toda la tarde encerradas en la habitación de esta. Tumbadas en la cama, comiendo helado de fresa, y con la mirada puesta en el techo.

Desde que Inma empezó a trabajar en un restaurante de Vallehermoso, casi un mes atrás, la echaba mucho de menos. Apenas podían verse, llegaba tan cansada a *El árbol* que se acostaba a dormir directamente. Sin embargo, ese día lo tenía libre, así que decidieron pasarlo juntas. Se bañaron en la piscina, pasearon por el pueblo, compraron ropita de bebé, hablaron sin parar, rieron…

No obstante, Amanda estaba diferente.

—Vale, ya me estás contando lo que te pasa —saltó Inma rompiendo el silencio de la habitación.

—¿A mí? —preguntó, alzando las cejas y llevándose una cucharada de helado a la boca—. ¿Qué va a pasarme?

—Estás más seria de lo normal.

—¡Qué dices! Yo creo que ese bebé está chupando demasiado y te está dejando sin neuronas.

Inma suspiró y se cruzó de brazos. Por mucho que su amiga quisiese disimular se le notaba que no actuaba como siempre. Sí, se reía, hablaba como la que más… pero le faltaba ese brillo en los ojos tan característico, esa ironía desbordante.

—¡Amanda!

—No me pasa nada, tranquila —rio quitándole importancia.
—Ya sabes que puedes contármelo todo.
—Lo sé.
—¿Y aun así no vas a hacerlo? —insistió Inma.
Amanda resopló y cerró los ojos con fuerza.
—El espíritu de madre te ha poseído muy pronto, chica.
—¡Venga, cuéntaselo a mami! —bromeó poniendo morritos.
—Me acaba de dar un escalofrío. —Hizo una mueca con los labios con la que rieron las dos.
—Pues no pienso parar hasta que lo sueltes —le prometió.
Amanda resopló y se incorporó un poco de la cama, hasta quedarse sentada. Su amiga la imitó, quedando frente a ella. Se miraron unos segundos a los ojos.
—Es por un hombre.
—¿Un hombre? —gritó Inma alucinada—. ¿Desde cuándo hay aquí hombres? ¿Y desde cuándo me estás ocultando que hay un hombre en tu vida?
—El único hombre que hay en mi vida es Alberto, el otro es un payaso que no merece la pena —comentó con los ojos en blanco.
—Pero ¿dónde has encontrado a un hombre? ¡Si apenas sales y cuando lo haces es conmigo!
Amanda tragó saliva y la miró brevemente.
—Es un trabajador de mi hermano.
—¿Y a ti desde cuándo te gustan los jornaleros?
—¡No me gustan los jornaleros! Es solo que Oliver…
—Mmmm… Oliver… ¡qué nombre más sexy! —exclamó Inma cortándola.
—¡Idiota es lo que es!
—¿Qué te ha hecho?
—Me trató fatal cuando lo besé.
Inma abrió los ojos tanto que creyó que se le saldrían de las órbitas.
—¿Tú besaste a un jornalero?
—No fue exactamente decirle «hola» y lanzarme a sus brazos —explicó—. Lo conozco prácticamente desde que llegué a La Gomera.
—Pero ¿cómo…?
—¡No lo sé! —Se llevó las manos a la cabeza y apretó la mandíbula—. Me dio a entender que le gustaba. Su… forma de mirarme…, su manera de reaccionar cuando estaba cerca…
—¿Es mono? —preguntó con curiosidad.
—Es muy mono —asintió Amanda recordando su cara—. Es inteligente, mordaz, misterioso…
—Y te rechazó.
—No es solo eso, Inma, ¡me insultó! ¡Me apartó de su lado, me empujó y me dijo cosas horribles!

—¿Por un simple beso? —la interrogó alzando las cejas.
—Sí, ¡pero si incluso habíamos quedado para vernos por la noche!
—¿Y te duele ese rechazo?
Amanda rio y negó con la cabeza.
—¿Doler? No. Solo me hubiese servido para un polvo, después lo hubiese desechado igual que a un pañuelo con mocos.
—Ha herido tu orgullo.
—¿Sabes qué? Ya no quiero hablar más sobre él —decidió enfadada —. Ese cretino ya ha tenido su minuto de gloria. Para mí, no existe. —Se acostó de nuevo sobre su cama y cruzó los brazos sobre el pecho. No iba a perder su tiempo en el capullo de Oliver—. Cambiemos de tema, cuéntame qué tal el trabajo.
Inma se encogió de hombros y la miró a los ojos.
—Como siempre. En un restaurante no hay demasiadas novedades.
—¿Te gusta trabajar allí?
—No, lo odio. Acabo muy cansada y cada vez más, la barriga empieza a pesar.
—Pues, déjalo —la animó Amanda—. Estás casi de cinco meses, ya trabajarás cuando tengas al niño.
—No voy a hacer eso. Tengo que ser responsable, mi bebé merece que su madre lo sea. —Tragó saliva—. Y en cuanto pueda buscaré una casa.
—¿Qué vas a hacer en una casa tú sola y embarazada?
—Lo mismo que aquí.
—Aquí nos tienes a Alberto y a mí. Si pasa algo siempre hay alguien cerca.
—Tendré vecinos, no te preocupes, y también tengo teléfono.
Amanda cogió de la mano a Inma y se quedó en silencio unos segundos.
—Prométeme algo.
—¿El qué?
—Promete que, al menos, te quedarás en *El árbol* hasta que nazca.
Inma bajó la vista al suelo y se humedeció los labios.
Sabía que Amanda tenía razón en cuanto a lo de su seguridad. Todavía se movía con agilidad, pero pronto comenzaría a no hacerlo y sería más cómodo y seguro estar acompañada.
Alzó los ojos y vio que su amiga seguía esperando la respuesta. Sonrió y asintió con la cabeza.
—Me quedaré hasta entonces.

Alberto colgó el teléfono después de acordar un pequeño envío, que saldría de La Gomera y llegaría a Algeciras en una semana. Repasó su agenda, pues el siguiente día sabía que estaba repleto de cosas por

hacer, y se levantó de su silla.

Eran las ocho y media de la tarde. Por ese día ya estaba bien de negocios. Bajó a la planta principal y caminó por ella con calma, contemplando su bello salón, en el que un gran ventanal daba a la zona de la piscina, y por el que las vistas a la plantación eran inmejorables. Inspiró llenando de oxígeno sus pulmones y sonrió, mientras continuaba cruzando aquella amplia estancia. Le gustaba la tranquilidad de la casa, la frescura que hacía dentro en comparación con el exterior, ese aire antiguo que tanto se había esforzado por mantener en ella, para que no perdiese su esencia.

Al girar hacia el comedor vio a Dolores preparando la mesa para la cena. Le sonrió y se puso a su lado, colocando él mismo los vasos, que la anciana había dejado apilados junto a los platos.

—¿Ya me quitas hasta el trabajo? —dijo la mujer con sequedad.

—No te quejes, vieja, que lo hago para que descanses un poco —contestó con cariño.

—El día que me veas descansar, estaré dentro de una caja de pino.

—No hace falta que me lo jures. —Cogió las servilletas y las colocó junto a los cubiertos—. ¿Por qué nunca cenas con nosotros?

La señora Dolores alzó una ceja y puso los brazos en jarra.

—Yo no soy parte de la familia.

—Eres lo más parecido a una madre que tengo —le recordó Alberto.

—Si yo hubiese sido tu madre, la situación de tu hermana sería muy diferente.

Alberto rio y se cruzó de brazos.

—Creo que me vino grande la responsabilidad de ocuparme de Amanda cuando murió nuestro padre.

—Esa chiquilla es una maleducada —añadió la mujer—. Trabajando debería estar, como una mujer de bien.

—Lo hará.

—Yo no estaría tan segura. Me apostaría el pellejo a que va a seguir sin mover ni un dedo, como toda su vida lleva haciendo —bufó la señora—. Es más, el día que Amanda siente la cabeza y trabaje como una buena señorita, me quito el luto.

—¿El luto? Pero si lo llevas desde que murió tu esposo.

—Y lo seguiré llevando, escúchame bien, porque esa niña nació y morirá vaga.

—Eres muy negativa, vieja.

—Soy sabia. —Lo señaló con el dedo índice—. Recuerda mis palabras.

Cuando Alberto se quedó a solas, negó con la cabeza y se sentó en la silla, esperando a que Amanda llegase para cenar.

Cuando su hermana apareció, había pinceladas de pintura por sus pantalones y su cara, además de llevar el cabello recogido en una

coleta alta, protegido con una bandana roja. Se sonrieron y comieron con mucho apetito.

—¿Sigues trabajando en la mesa antigua? —se interesó su hermano.

—Acabo de darle la última capa de barniz —asintió contenta.

—Ayer, cuando entré al garaje, la vi. Está quedando muy bien. No te creía capaz de hacerlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—No soy tan inútil.

—Yo no he dicho eso, solo que… nunca pensé que fueses a dedicarle tiempo. Pensé que te aburrirías de ella pronto.

—Me gusta hacerlo, es relajante. Y no se me da mal para ser la primera vez, ¿eh?

—Nada mal —dijo él de acuerdo con sus palabras—. De hecho, he pensado en comprártela.

—¿La mesa? —lo interrogó incrédula—. ¿Para qué?

—Es bonita, quedaría muy bien en mi despacho.

—No tienes que comprarme nada, quédatela.

—Estás trabajando en ella, es lo mínimo.

—Con tus herramientas, y comprando lo que necesitaba con tu dinero —resopló—. Quédatela, no tienes que darme dinero.

Alberto rio y dio un trago a su copa de vino. De reojo vio a Fayna pasar por el pasillo. Se miraron unos segundos y la mujer continuó hacia donde se dirigía. Él suspiró. Desde hacía más de una semana, apenas había podido hablar con ella.

Se concentró de nuevo en su hermana.

—¿Y qué piensas hacer ahora que casi has terminado con la mesa?

Amanda jugueteó con su cubierto antes de contestar:

—Pues… he pensado que… si no te importa… podría coger una vitrina que hay en el desván, para intentar modernizarla.

—¿Quieres seguir restaurando?

—Yo no restauro —le quitó importancia—. Es un pasatiempo.

—Pues, adelante, lo que hay en el desván es basura que tengo desde que reformé la casa. Son muebles de los antiguos propietarios. Te los regalo. Haz con ellos lo que quieras. —Amanda le sonrió y él le guiñó un ojo. Cuando fue a dar un nuevo trago a su copa, un recuerdo pasó por su mente. Chasqueó la lengua y resopló—. ¡Ya sabía que algo se me olvidaba hoy!

—¿El qué? —se interesó.

—La próxima semana organizo una fiesta para los jornaleros y todavía no he hablado con el encargado del catering.

—¿Una fiesta para ellos? —Alzó las cejas, extrañada—. ¿Por qué?

—Lo hago todos los años —explicó—. Es una celebración para incentivarlos por el buen trabajo que realizan con la plantación. Pongo mesas en el jardín, música, comida y bebida. Lo pasamos bien.

—¿Tú también vas?

—Claro, ¿qué clase de patrón crees que soy? —rio limpiándose la boca con una servilleta—. Todos en *El árbol* asistimos. Es divertido, y de esa forma puedo conocer más a las personas que trabajan para mí. Escucho sus…

El sonido de unas pisadas lo interrumpió. Alberto alzó la cabeza al ver a Dolores frente a él.

—En la puerta hay un hombre que dice que te conoce.

Los hermanos se miraron extrañados.

—Dile que pase —ordenó Alberto, levantándose de la silla para recibir al inesperado invitado.

Al reconocerlo, Amanda se levantó de su silla atropelladamente.

—¡Samuel! ¿Qué haces aquí?

No podía creer lo que veían sus ojos. Su exnovio se encontraba delante de ellos con una maleta en la mano y una sonrisa tranquilizadora.

—He venido a buscarte, nena.

—¡No, no, no! —gritó Amanda yendo a su lado, bajo la atenta mirada de Alberto—. ¿Es que no te quedó claro que tú y yo ya no somos nada?

—Yo te quiero, Amanda —declaró Samuel con intensidad.

—¡Lárgate de aquí! ¡No voy a volver contigo, no voy a regresar a esa vida aburrida que teníamos, ni voy a permitir que me llames inmadura nunca más!

—Pero, cielo, no puedes seguir viviendo como una niña de quince años.

—¡Lo que haga o deje de hacer, ya no es asunto tuyo! ¡Nuestro amor murió, así que sigue con tu vida lejos de mí!

Y tras acabar la frase, dio media vuelta y desapareció por las escaleras rumbo a su habitación, tan enfadada por el descaro de Samuel como nunca. ¡Los hombres estaban locos de atar! ¡Todos!

Al quedarse a solas, Alberto dio un paso hacia el antiguo novio de Amanda, que miraba la escalera por donde había desaparecido, con derrota. Le puso una mano en el hombro y le sonrió con amabilidad, pues conocía a Samuel más tiempo que su hermana.

—Ya sabías lo que iba a pasar y aun así has venido.

Samuel lo miró y asintió.

—No podía quedarme sin intentarlo. Sé que me quiere, pero es demasiado orgullosa como para admitirlo.

—¿Y esa maleta?

—He venido a por ella, Alberto, y no pienso irme hasta conseguir que me acompañe de vuelta —declaró con convencimiento.

—Pues ya puedes rezar, porque se la ve muy decidida.

Samuel se llevó las manos a la cabeza y suspiró.

—Necesito ayuda.

—¿Y me la estás pidiendo a mí? Es mi hermana. Sé que eres un buen tipo, nos conocemos desde hace años, pero yo no puedo hacer nada.

—Permite que me quede en tu casa.

—¿Aquí? ¿Quieres que mi hermana me mate? —rio.

—Alberto, te prometo que solo serán unos días, los justos para convencerla. —Tragó saliva y lo miró derrotado—. La quiero más que a nada, sin ella estoy perdido. —Juntó las manos en modo de oración —. Por favor, necesito que me ayudes. La felicidad de Amanda y mía está en juego.

23 de noviembre de 1903

Querido diario:

Ojalá pudiese dejar que la pena que siento dentro de mí me permitiese escribir sin derramar ninguna lágrima. Aunque no sé si seré capaz. Mi corazón late a un ritmo tan frenético que creo que mi pecho no podrá soportarlo demasiado tiempo antes de derrumbarme.

Desde la primera vez que Dembo me siguió hasta la casa del árbol, nuestras citas han sido constantes. Cada vez que su trabajo en la plantación se lo permitía, se escabullía entre la vegetación y acudía a mi encuentro. Y creo que jamás he sido tan feliz. Su sola sonrisa era capaz de iluminar la pequeña casita del árbol. Siempre caballeroso, siempre amable y galante conmigo, siempre atento y cariñoso.

En este tiempo juntos, hemos podido hablar sobre nosotros. Lo conozco más de lo que jamás lograré conocer a mi futuro esposo, pues el carácter jovial de Dembo y su facilidad de plática logran que me relaje en su compañía.

Sin embargo, esta historia acaba aquí, queridísimo diario.

Hoy me ha besado. Me ha besado como nunca nadie se atrevió a hacerlo. Me ha hecho sentir lo que es pertenecer a alguien, lo que es anhelar algo que todavía no comprendo. Querer eso que solo podré darle a mi prometido después de la boda.

Lo he echado de la casa. Y lo he hecho de la forma más ruin y despectiva posible. Lo he insultado, lo he mirado asqueada, cuando lo que de verdad me hubiese gustado hubiera sido rodearlo con mis brazos y perderme de nuevo en sus dulces labios.

Mi diario querido, no tomes en cuenta las manchas sobre tu papel, pues son lágrimas que no han podido resistir mis ojos. Lamento que mis palabras se vean emborronadas por este llanto que me produce el lamentable vacío que siento en mi interior.

No obstante, sé que es lo correcto. Mis futuras nupcias deben celebrarse, tal y como padre desea. Deberé ser la esposa de Pedro Rivera y vivir una vida vacía y sin sentido a su lado.

La señora Inés de Rivera. ¡Lo odio! Creo que moriré de tristeza cuando tenga que separarme de mi familia, de Dembo.

Solo a ti puedo serte sincera, mi confidente. Solo tú me guardarás el secreto. Percibirás lo horrible que es casarse con alguien cuando tu corazón pertenece a otro hombre. Tú entenderás que mi pecho se llene de rabia al saber que ese otro hombre también me ama y que jamás podremos estar juntos porque mi futuro ya estaba pactado. Comprenderás que quiera desaparecer para siempre y convertirme en piedra, para que nadie pueda encontrarme.

Capítulo 13

Desde lo ocurrido con Amanda, Oliver no había podido dejar de pensar en ella. Pasaba el día en la plantación con la cabeza en el beso que se dieron, en las sensaciones tan potentes que experimentó con sus labios. Se maldecía constantemente por no poder dejar de hacerlo.

Aquella historia con Amanda solo iba a ser la tapadera para poder entrar en la casa e investigar más de cerca a Robles. Tenía la oportunidad perfecta para meterse en su guarida, perderse por las habitaciones y llegar a su despacho para fotografiar los documentos que lo implicasen en el tráfico de la droga. Pero no. ¡Su puñetero cuerpo tuvo que traicionarlo!

No comprendía por qué había sentido todo eso. ¡Solo había sido un beso sin importancia! Además, era la mujer más consentida, engreída, petulante y creída del mundo. De esa clase de chicas que pensaba que el universo estaba a sus pies, y, para colmo de males, era la hermana del hombre al que investigaba.

«¡Joder, Oliver!», se dijo. No comprendía el porqué de esa pasión que lo recorrió al sentir sus labios, ese frenesí que lo hizo gemir al notar sus manos acariciándolo, esas ganas de arrancarle la ropa y follársela como si fuese su último día en el mundo.

¡No, no! ¡No debía, no podía sentir, no se lo merecía! ¡Su vida no valía nada, debería estar muerto!

Esos tormentosos ojos negros regresaron a sus pensamientos.

—¡Ya basta! —gritó a solas en su habitación.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, por la que se veía casi la mayor parte de la plantación. El sol acababa de asomar por el horizonte y la calima era visible incluso a esas horas de la mañana, dotando a la plantación de un aura misteriosa. La cubría como un denso manto y prometía un día bochornoso y duro.

Apoyó la frente en el cristal y cerró los ojos con fuerza.

Y si todo eso no fuera poco, sus superiores se estaban impacientando. Según les dijeron a él y al otro infiltrado, el tiempo se les acababa, pues el envío de la droga podía producirse en cualquier momento.

Todavía paseaba por las noches alrededor de la casa. Habían puesto

micrófonos en los alrededores, cerca de la piscina y en el garaje, pero nadie había sido capaz de acercase a más de tres metros de la vivienda. *El árbol* tenía vigilancia todo el día, y hacerlo era ponerse en peligro innecesariamente.

Terminó de colocarse la camiseta y se reunió con los demás jornaleros en la puerta de la casa de los trabajadores. Hacía bastante calor a esas horas tan tempranas de la mañana, así que el día sería insoportable, tal y como supuso antes de salir de su habitación.

Mientras cortaban los racimos de plátanos de buen tamaño, escuchó a sus compañeros conversar sobre una fiesta que se daría en dos días. Era una buena forma de acercarse a Robles, pero no la más efectiva.

Necesitaba entrar en la casa. Y solo había una forma de hacerlo.

Con Amanda.

Al pensar en ello, agarró el machete con más fuerza y golpeó la rama de la platanera arrancando de un solo golpe el racimo.

No le gustaba esa opción. Estar cerca de ella significaba exponerse a que su cuerpo volviese a comportarse de esa forma. Sus labios le provocaban, esos ojos retadores y, a pesar de no ser una mujer de las que quitaba el hipo nada más verla, esa forma de ser tan chulesca lo llevaba de calle. El morbo que le provocaba era tan potente como el que nunca sintió con nadie.

No obstante, sabía que tendría que recular y regresar a ella. No le quedaba otra opción. Si de verdad querían desenmascarar a Robles tendría que acercarse a su hermana por segunda vez.

Tragó saliva y se mentalizó. Podría hacerlo. Era un hombre fuerte y los encantos de esa mujer no iban a ser un problema. Lo aguantaría, sí, lograría hacerlo. Solo necesitaba una semana, dos como mucho, y después regresaría a su miserable vida, a esa existencia de mierda que se merecía.

Estaba decidido. ¡Buscaría a Amanda!

Solo quedaba una traba más en su estudiado plan: tenía que conseguir que lo perdonase.

Amanda bajó por las escaleras de la casita construida en el árbol. Había pasado la tarde limpiando un poco por allí, ya que últimamente pasaba bastante tiempo en aquella antigua construcción. Le gustaba sentarse en la mecedora que había junto a la pequeña ventana, por la cual podía verse una buena parte de la finca, y leer el diario de Inés.

Podría parecer extraño, pero sentía pena por esa chica. Tuvo que haberlo pasado fatal. No quería ni imaginar las calamidades que tuvieron que aguantar las mujeres en aquella época. Sin voz ni voto, sin posibilidad de elegir su futuro, sin poder escoger a la persona con la que pasar el resto de sus vidas.

Las palabras de Inés le llegaban al alma. Denotaban una tristeza tan profunda que le hubiese gustado retroceder en el tiempo, darle un gran abrazo y decirle que todo saldría bien. Sin embargo, intuía que la vida de esa mujer no fue como hubiese soñado. Había demasiado miedo en sus escritos, demasiado respeto por las decisiones ajenas.

Era muy raro que, aunque las separasen más de cien años, se sintiese tan cerca de Inés. Le producía ternura e instinto de protección. Era como si su presencia todavía estuviese flotando por la pequeña casita del árbol. Una sensación cálida, una delicada fragancia a manzanilla y rosas que de vez en cuando penetraba en su nariz cuando leía su diario

Se miró el reloj de muñeca y apretó el paso. Todavía tenía que llegar a la casa, ducharse con rapidez y pedirle a Alberto que la acompañase al desván, quería echar un vistazo rápido y coger un par de cosas. Con un poco de suerte, no se cruzaría con Samuel por la casa.

No podía creer que Alberto hubiese accedido a que se quedase en *El árbol*. No iba a volver con él, ¡jamás!, y cuanto antes lo comprendiese mejor sería para todos. Lo que menos le apetecía en esos momentos era tener a su exnovio viviendo bajo el mismo techo.

Tenía que hablar seriamente con su hermano y hacerlo entrar en razón.

Al levantar la cabeza, vio a alguien caminar hacia ella. Cuando lo reconoció, apretó los labios y frunció el ceño. ¿Qué estaba haciendo aquel estúpido por allí?

Oliver andaba con tranquilidad, mirando a su alrededor, pero sin borrar de su cara ese semblante serio tan característico en él.

Amanda resopló y fue a su alcance. No podía sacarse de la mente la forma en la que la trató cuando se besaron. La atacó, la insultó e hirió su orgullo.

—¡Eh, tú, jornalero! —gritó cuando los separaban unos metros—. ¿Qué estás haciendo por aquí?

Oliver alzó una ceja al verla ir hacia él con esa violencia. Imaginaba que estaría enfadada, sin embargo, le estaba demostrando que esa palabra se le quedaba corta. Amanda estaba colérica. No obstante, verla con los labios fruncidos y aquel suave rubor en sus mejillas, hizo que se le secase la boca. Le gustaba cuando se enfadaba.

—¡Contéstame! —le exigió ella al llegar a su lado, poniendo los brazos en jarras.

—Estaba paseando —mintió.

—¡Esta parte de la plantación es privada, ¡ya te lo he dicho varias veces!

—No me acordaba —dijo sin poder evitar sonreír.

—¡Fuera de aquí! ¡Ya!

—No estoy haciendo nada malo.
—¡Estás a mi lado, y eso es muy malo!
Oliver bajó la vista hasta el suelo y negó con la cabeza, sin poder evitar que la sonrisa permaneciese en sus labios.
—¿Tanto te dolió lo que te dije que me tratas así?
Amanda abrió la boca. ¿Sería posible? Ese hombre era un impresentable.
—¿Dolerme? ¿Algo que un… simple obrerucho me dijo? ¡Ja! —exclamó con sorna—. ¡Lo único que siento es asco!
—¿En serio? Pues no lo sentías cuando te lanzaste a mi boca —contraatacó.
—Enajenación mental, creo que lo llaman, guapito.
—¿Tan loca te vuelvo? —rio y se cruzó de brazos.
—¡Más bien me das ganas de vomitar!
—Pues, tus gemidos decían lo contrario cuando me besaste.
Amanda apretó los puños y, sin poder contenerse le dio un par de golpes con ellos en el pecho.
—¡Cómo te atreves, idiota! Me insultas, me desprecias, me tiras por el suelo… ¡y ahora tienes la poca vergüenza de venir a restregármelo! ¡Fuera de aquí!
Oliver cogió sus manos, para evitar que le siguiese golpeando, y las apresó a su espalda, logrando que sus cuerpos quedasen juntos.
—He venido a pedirte perdón, Amanda.
—¡Puedes meterte tus disculpas por el…!
—¡Eh, tranquila! —la cortó sin poder dejar de reír.
Ella zarandeó su cuerpo y consiguió que la soltase. Su respiración era rápida y la rabia cada vez más potente. ¡Ese hombre era lo peor!
—¡No te lo voy a volver a repetir, fuera de aquí, jornalero!
—¿Vas a perdonarme?
—¡Vete al infierno, maldito estúpido!
—Menudo carácter tienes —comentó sin poder dejar de sonreír.
—¡Lo que tengo son ganas de meter tu cabeza dentro del mar!
—Sé que estás deseando perdonarme, se te nota.
Amanda abrió la boca alucinada por su palabrería. El enfado no la dejaba pensar con claridad, pero sabía cómo terminar con esa estúpida conversación de una vez por todas.
—¡Si no haces lo que te digo, hablaré con mi hermano!
Oliver alzó una ceja.
—¿Y ya está? ¿Solo sabes defenderte con él?
—¡Que te den, tío! ¡Púdrete lejos de mí!
Y tras aquel ataque, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la casa. Sin embargo, notó cómo la agarraba del brazo y la hacía girar de nuevo hacia él. El enfado de Amanda creció hasta el cielo.
—¡Suéltame de una puñetera vez! —gritó golpeándolo con la mano

libre—. ¡Eres un desgraciado y un… tonto!

—Ya basta, Amanda —le advirtió con más paciencia que un santo.

—¡Te odio, eres el peor hombre del mundo y ojalá tú…!

No dejó que terminase de insultarlo. La agarró por los hombros y la besó con fuerza.

Al sentir los labios de Oliver sobre los suyos, peleó. El enfado era tal que intentó morderle, pellizcarle y patearle. Pero la tenía cogida por los brazos, así que sus movimientos estaban bastante limitados.

Cuando la lengua de él irrumpió dentro de su boca, las ideas asesinas de Amanda se diluyeron como una pastilla en el agua. Notó cómo los latidos de su corazón se aceleraban a un ritmo tan imposible que creyó desmayarse. El suelo desapareció bajo sus pies y solo quedó Oliver como único punto de apoyo. Se vio respondiendo al beso con ansias, con tantas ganas y pasión que incluso ella misma se sorprendió. Si el primer beso que se dieron fue intenso, ese lo era todavía más. Temblaba por entero y su piel se erizó por todas las sensaciones punzantes que se deslizaban hacia su sexo.

Oliver la apretó todavía más contra su torso. Aquel beso, que comenzó para hacerla callar, se había convertido en una fuente de anhelo. El cuerpo cimbreante de Amanda lo estaba matando. Sus manos lo rodearon por el cuello y lo empujaban, para que sus caras se juntasen más si fuese posible. Pero no lo era, pues solo faltaba que se fundiesen en uno.

Él maldijo todas esas emociones. Sabía que no debía tenerlas, que no debía sentirlas. No las merecía. Sin embargo, esa vez no fue capaz de separarse. Ni quería hacerlo, ni debía, por el bien del caso policial, se convenció.

Cuando separaron sus labios, Amanda lo miró confusa, como si no lograse comprender nada de lo que había ocurrido. Oliver cerró los ojos con fuerza y apoyó la frente contra la suya.

—¿Me perdonas? No me comporté bien contigo.

Ella se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué lo hiciste?

—Estaba cagado de miedo —se sinceró, tanto con ella como con él mismo.

—¿Tú? ¿Tú tenías miedo?

—Y creo que lo sigo teniendo.

Amanda lo miró a los ojos y tragó saliva.

—Te perdono.

—Gracias.

Se dieron un nuevo beso, aunque esta vez más corto y pausado.

—Te he echado de menos —comentó Amanda con un susurro.

—Yo a ti también —admitió, pues era cierto. Desde la pelea, no había momento en el que su cabeza no pensase en ella. Era de lo más

extraño, pues sabía que esa historia no era real, que jamás lo sería, sin embargo, no podía evitar sentirlo.

—¿Te he hecho daño cuando te he golpeado?

—No, he sufrido golpes peores. —Sonrió y la besó de nuevo.

—Lo siento.

Oliver resopló, pues su corazón se había empeñado en latir atropelladamente. Le acarició la mejilla y le alzó la barbilla, para que lo mirase a los ojos.

—Oye, mañana tu hermano celebra una fiesta para los trabajadores de la plantación. ¿Te gustaría venir conmigo?

Amanda sonrió y se mordió el labio inferior.

—Te lo dije —contestó sin más.

—¿Me dijiste? ¿El qué?

—Que la próxima vez serías tú el que me pediría una cita —comentó con suficiencia.

Al escuchar sus palabras, Oliver rompió a reír y la abrazó con más fuerza. ¿De dónde había salido esa mujer?

Era increíble, pero desde que conocía a Amanda, había reído más que en toda su vida.

Desde la ventana de su habitación podía escucharse el sonido de la música y los gritos. La fiesta para los trabajadores de la plantación había empezado, aunque para la cena todavía quedaba un rato.

Amanda se miró en el gran espejo del armario que había frente a su cama.

Había asistido a decenas de fiestas lujosas cuando vivía en Madrid. Los vestidos de las asistentes eran de los mejores y más caros modistos, incluidos los suyos. Así que, al ver ese sencillo vestido blanco de tirantes que llevaba, con flores malva, ajustado hasta la cintura y largo hasta las rodillas, no lo vio claro. No parecía una señorita de clase alta que asistía a una fiesta, sino una chica vestida para una cena informal en una granja. Aunque, si lo miraba por ese lado, eso era exactamente lo que era: una sencilla fiesta en la plantación de su hermano.

Suspiró y quitó la vista de su reflejo. Se acercó a la ventana y contempló el jardín, repleto de personas que apenas había visto más de dos veces en los casi tres meses que llevaba viviendo en *El árbol*.

Al fijarse en la decoración, tuvo que admitir que el jardín había quedado muy bonito. Había adquirido un encanto especial, pues estaba repleto de farolillos iluminados, y la oscuridad de la noche no hacía más que darle ese toque romántico que impedía dejar de mirar. En el centro de este, una gran mesa rectangular, decorada con un mantel blanco y arreglos florales por el centro, además de algún que

otro farolillo repartido por ella.

Alberto reía y conversaba con los trabajadores, sentado entre ellos. De hecho, todos parecían pasárselo en grande. Desde Inma, que asentía mientras escuchaba a la señora Dolores hablar, a Samuel, que movía la cabeza al ritmo de la música y toqueteaba su teléfono móvil. Incluso estaba Fayna, la mujer que limpiaba la casa y ayudaba a Dolores. Se encontraba al lado de su hermano, con actitud relajada, escuchando atentamente la conversación que este tenía con un trabajador.

Su mirada deambuló por el resto de la mesa y descubrió a Oliver. Estaba sentado junto a todos los demás y conversaba, más bien cuchicheaba, con otro de los jornaleros. Su semblante era serio, como siempre. Cada vez que fruncía el ceño, a Amanda le daban ganas de darle un beso en él, para que lo suavizase.

Y esa noche lo haría, no dejaría que la seriedad regresase a sus facciones, porque… tenían una cita.

Las ganas de verlo la tuvieron nerviosa desde el pasado día, en el que arreglaron sus diferencias con aquel impresionante beso.

Abandonó la ventana y se sentó sobre la cama para ponerse las bailarinas. No eran los zapatos más glamurosos del mundo, pero le iban bien al vestido y eran cómodos

Mientras se ponía color en los labios, revisó su peinado. Llevaba un sencillo semirecogido, que dejaba un fino mechón de cabello a un lado de su cara. Se lo enrolló en un dedo y lo rizó un poco más.

Al terminar, se echó otra rápida mirada frente al espejo.

Estaba lista.

Cuando abandonó la casa y salió al jardín, sonrió, pues todo el mundo dejó de hablar un segundo para mirarla. Su sonrisa se ensanchó, después de todo no iba tan mal.

Saludó a Alberto con un movimiento de cabeza, a Inma con un beso y pasó de largo. Sin embargo, una mano la cogió, impidiendo su avance. Al girar la cabeza, tuvo que reprimir un resoplido. Era Samuel el que no le permitía seguir.

—¿Quieres algo? —preguntó con sequedad.

—¿Te sientas a mi lado?

—No, gracias, prefiero buscar sitio algo más alejado.

—¿Bailarás conmigo después?

Amanda se llevó las manos a la cintura y puso los ojos en blanco.

—Samuel, ya está bien, ¿no? ¿No crees que esto ya pasa de castaño oscuro?

—Amanda, yo…

—¡A ver si te entra en la cabeza que nosotros ya no vamos a estar juntos! ¡Vuelve a Madrid!

—No, seguiré intentándolo.

—Aunque te tirases toda la vida aquí, no conseguirías nada —añadió con cansancio—. No estamos hechos el uno para el otro.

—Porque tú no quieres.

—¡Porque ya no te quiero! —Lo miró con seriedad—. Y, por favor, ten un poco más de amor propio y deja de arrastrarte, ¿vale? No soy la única mujer del mundo.

Antes de que Samuel respondiese, se marchó. No quería escuchar más tonterías. Sí, estaba de acuerdo en que su ruptura fue muy brusca y de repente, pero ya no había amor, y eso no había nadie que pudiese cambiarlo.

Al alzar la cabeza, vio que Oliver levantaba el brazo para llamar su atención. Cuando se fijó en su atuendo, se mordió el labio inferior. Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados, que se ajustaban a sus fuertes piernas, y una camisa color crudo, remangada hasta los codos. El color claro lograba que el bronceado de su piel resaltase. Estaba tan acostumbrada a verlo con el uniforme de trabajo de la plantación, que con su propia ropa estaba para comérselo.

Notando que había estado reteniendo el aire en los pulmones, se obligó a respirar con normalidad. Volvió a sonreír, con la certeza de que esa noche sería fantástica, y caminó hasta donde la esperaba.

Capítulo 14

Oliver se obligó a apartar los ojos de Amanda y se hizo hacia un lado, para que hubiese hueco y pudiese sentarse junto a él.

Desde que la vio salir de la casa, un extraño latido golpeó en su pecho. Estaba tan bonita con ese vestido de tirantes y sin apenas maquillar…

A pesar de que no era una mujer rompedoramente guapa, Amanda tenía ese algo que lo hacía caer en un raro estado de neblina mental. Era por todo. Su cara, su cuerpo, su forma de comportarse, sus constantes piques por ser el más fuerte e intentar disimular esa atracción que sentían.

A su lado, Mauro tocó su hombro y vio cómo señalaba hacia Alberto Robles con los ojos.

—Voy a sentarme más cerca de él —le informó—. Tú ocúpate de su hermana, parece que está más cómoda contigo, os he visto hablar en varias ocasiones. A ver si podemos sacar información de alguno de los dos.

—Hecho —asintió Oliver conforme.

El policía se levantó y caminó hacia donde se encontraba Alberto, que conversaba y reía con los demás jornaleros, y se colocó a su lado, sumándose a la conversación.

Oliver giró la cabeza, Amanda acababa de llegar. Se sonrieron y le hizo una señal para que se sentase junto a él. Cuando lo hizo, pudo notar el delicado perfume de canela que llevaba. Apretó los labios y contuvo las ganas de besarla que le habían entrado de repente.

—Tengo que reconocer que me ha sorprendido esta fiesta —comentó ella nada más tomar asiento.

—¿Y eso por qué?

—Pensé que sería algo parecido a una reunión de bárbaros peleando por cerveza.

—¿Los trabajadores de la finca damos esa imagen? —preguntó sin saber cómo reaccionar, aunque sin poder evitar curvar los labios hacia arriba. Su presencia lo activaba.

—No conozco a tus compañeros.

—Aun así, pensabas que actuaríamos como salvajes y nos

emborracharíamos a la primera de cambio.

—Todavía no ha acabado la noche. Ya veremos si tengo razón. —Lo miró a los ojos y alzó una ceja.

Cogió el vaso que tenía a su lado y lo llenó de vino blanco. Dio un trago y miró a su alrededor, sonriendo a varios jornaleros que la saludaron con un ligero movimiento de cabeza.

Oliver se humedeció los labios y acercó un poco la boca a su oído.

—Pensé que al final me darías plantón.

Amanda sonrió con suficiencia.

—Estabas deseando verme, ¿verdad?

—¿Y tú a mí no?

—Si hubiese estado deseando verte, hubiera salido antes de casa —contraatacó con tono chulesco.

—Te gusta hacerte de rogar.

—No sé de dónde sacas eso.

Oliver la miró de arriba abajo y sonrió de forma ladeada.

—Ya nos vamos conociendo, Amanda. —Acercó todavía más la boca a su oído y susurró—: Y también sé que estabas deseando que comenzase nuestra cita.

—¿Cita? ¿A esto lo llamas tú cita?

—Aceptaste venir conmigo mientras te besaba y jadeabas contra mi boca.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Aun así, sigue sin parecerme una cita.

—Qué mujer más exigente —resopló Oliver sin poder dejar de sonreír—. ¿Voy a tener que comprarte un ramo de flores la próxima vez que nos veamos?

—Deberías.

—¿Y qué debería hacer más, para que… nuestra *cita* fuese de tu agrado?

—Lo primero… nada de trabajadores a nuestro alrededor.

—Eso podemos arreglarlo en un rato.

—¿Vas a llevarme a un lugar oscuro? —lo interrogó ella con socarronería.

—¿Ahora quién es la que tiene ganas? —rio irónico.

—Solo estaba preguntando, jornalero.

—Claro, puedes disimular todo lo que quieras, pero también me he dado cuenta de que le has dado calabazas a ese hombre que está sentado junto a tu hermano.

—¿Ahora me vigilas?

—Te observo, que es muy diferente. —Miró de nuevo a aquel hombre, pues no recordaba haberlo visto por *El árbol* nunca—. ¿Quién es?

—Mi exnovio. —Oliver escudriñó a Samuel y frunció el ceño, pues

no le gustaba. Era alto, guapo y parecía llevarse bien con Robles. Amanda sonrió al ver que su semblante había cambiado. Alargó la mano, por debajo de la mesa, y la apoyó sobre el muslo de él—. No te preocupes, no tiene nada que hacer conmigo.

—No estaba preocupado —indicó de inmediato notando su mano.

—No, claro, y los rayos láser que han salido de tus ojos, ¿por qué han sido?

Oliver entrelazó los dedos con los de Amanda, que sonrió al sentir que la cogía de la mano.

—Ahora estás conmigo. Y cuando acabe esta cita no vas a recordar ni su nombre.

—¿Ah, no? ¿Por qué? ¿Es una apuesta?

Oliver acarició su lóbulo de la oreja, logrando que suspirase por el cosquilleo. Le dio un pequeño mordisco y sopló dentro.

—Deja de retarme, señorita bravucona, o juro que te beso aquí mismo.

Amanda se humedeció los labios, sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

—Sería un escándalo.

—Lo sería —asintió Oliver observando su boca sin parar, pues las ganas de besarla eran cada vez más fuertes.

Sin embargo, la voz de Alberto los interrumpió.

El hermano de Amanda se levantó de su silla, bajo la atenta mirada de todos los asistentes, y agradeció el trabajo y dedicación de sus jornaleros por la buena cosecha de ese año. Al acabar, brindaron todos juntos.

Comieron, bebieron y rieron.

El ambiente era fantástico. Alberto reía y charlaba con todo el mundo, Fayna parecía relajada a su lado, sonriente y amable, Samuel le echaba alguna que otra mirada a Amanda de soslayo, participaba en la conversación y revisaba su teléfono móvil. Inma bailaba con Antonio al son de la música. Los trabajadores hablaban y reían, se notaba que estaban a gusto. Incluso la señora Dolores parecía feliz.

Después de la cena, la música subió de volumen y la mayoría salieron a bailar.

Amanda y Oliver miraban cómo todos se divertían, mientras que ellos seguían con su juego de miradas y coqueteo. La tenue luz de los faroles, el sonido de la música y el alcohol hicieron que su acercamiento fuese más audaz. Reían y cuchicheaban cogidos de las manos, juntaban tanto sus caras que parecía que se besarían en cualquier momento.

—Tu novio me mira como si quisiese sacarme los ojos —comentó Oliver en su oído.

—Ya no es mi novio —resopló ella dándole un suave empujón.

—Parece un tío débil, no lo veo con una mujer como tú.
—¿Como yo? —Alzó las cejas y prestó más atención—. ¿Y cómo se supone que soy yo?
—Eres difícil, y él no tiene pinta de saber llevarte a su terreno. —Le acarició la mejilla—. Tienes brío y mucho carácter, Amanda, no lo veo plantándote cara, tiene pinta de niño asustado y tú necesitas otra clase de hombre.
—¿Qué clase de hombre?
—Uno que te quite esa chulería y te convierta en una gatita cariñosa.
—¿Alguien como tú? —preguntó con sorna.
—Alguien como yo, quizás. —Se encogió de hombros—. Aunque, no creo que pudiese ser yo.
—¿Por qué? ¿Por no tener dinero?
Oliver resopló y negó con la cabeza.
—No tiene nada que ver con el dinero. Más bien… es porque yo no quiero que cambies. Me gusta tu forma de ser y tu carácter difícil. Me diviertes.
Ella frunció los labios y entrecerró los ojos.
—¿Te divierto? ¿Como los payasos?
—No, es otra clase de diversión. —Pasó la mano por su ceño para que lo suavizase y acercó su boca al oído de ella—. Me excitas.
La oleada de calor que recorrió su estómago al escuchar esas palabras fue demoledora. Tuvo que reprimir un jadeo. Apartó un poco la cara y lo miró a los ojos directamente. Oliver era impresionante.
—Tú también me excitas.
—Y llevo toda la noche con ganas de besarte.
Se miraron fijamente a los ojos, aunque sus miradas iban y venían desde allí a sus labios. Una fina telaraña se fue tejiendo entre ellos. Sus latidos se aceleraron y pareció que el tiempo se volvió eterno. La música dejó de sonar en sus oídos, los gritos y las personas desaparecieron y el mundo se oscureció a su alrededor. Solo escuchaban sus respiraciones, olían el deseo y palpaban el placer que podrían proporcionarse si se acariciasen.
Amanda se levantó de su silla de repente y miró a Oliver desde arriba.
—¿Adónde vas? ¿Te han asustado mis palabras?
Ella se cruzó de brazos y sonrió.
—A mí no me asusta nada, jornalero. Quiero enseñarte algo, ven conmigo.
Oliver se levantó a su vez y le sonrió con suficiencia.
—¿Es una excusa para estar a solas conmigo?
—¿Te gustaría que lo fuese?
—No has respondido a mi pregunta.

Ella sonrió y dio media vuelta sin decir ni una palabra más. Comenzó a caminar, seguida de Oliver, entre los asistentes a la fiesta, que bailaban y se lo pasaban en grande.

Cuando el ruido de la música fue amortiguado por la espesura de la plantación, Amanda dejó de caminar y giró para mirarlo a los ojos.

Oliver se fijó en las plataneras y se encogió de hombros, haciéndose el interesante.

—¿Querías enseñarme la plantación que veo todos los días?

—Cállate —dijo ella acercándose a su cuerpo.

Se puso de puntillas y juntó sus labios.

Después de estar toda la noche aguantando las ganas, aquello les pareció el cielo. Oliver la abrazó con fuerza y profundizó el beso, notando que todo se detenía a su alrededor. La boca de Amanda era complaciente y exigente al mismo tiempo. Su cuerpo se moldeaba al de él y sus manos los encendían. El abrazo se tornó más fuerte cuando sus lenguas se encontraron. Aquellas sensaciones punzantes que notaron en el pecho los hicieron apretarse más el uno contra el otro. El calor de la noche, sumado al incendio que eran sus bocas, los llevaron casi a punto de ebullición. Parecía que sus cuerpos se moldeaban a la perfección contra el del otro, que encajaban tan perfectamente bien que ni el aire se colaba entre ellos.

Amanda se apartó un poco, sintiendo que las ganas de besarlo de nuevo la inundaban.

—Tengo una pequeña casita en un árbol.

—¿En serio?

Asintió.

—Está al oeste de la finca, en el pequeño bosque de pinos que tiene *El árbol*. —Lo besó de nuevo y le susurró contra los labios—. ¿Te gustaría verla?

—Sí.

Se besaron una vez más, degustando el sabor del otro, derritiéndose entre sus brazos. Aquello era tan potente que ninguno de los dos quiso despegarse. El beso fue pasional y ardiente, sus manos se acariciaban y apretaban al otro como si tuviesen miedo de que se escapase.

Oliver estaba tan caliente que apenas podía pensar con claridad. La boca de Amanda lo hipnotizaba. Todo en esa mujer lo hacía. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué estaba ocurriendo dentro de su cuerpo para que un simple beso lo dejase en ese estado? Era un latido especial aquel que sentía con Amanda. Un latido que convertía ese instante en una eternidad, que lo hacía desear más y más, que lo dejaba descolocado como a un adolescente.

Sabía que no debía hacerlo. No estaba bien que aquello sucediese, pero era tan bueno…

Apretó sus labios contra los de ella todavía más, escuchándola gemir

de placer y agarrándose más fuerte a sus brazos. Todo era perfecto y potente. Amanda provocaba todo eso y más en él.

Sin embargo, unos conocidos ojos negros se colaron en su mente. Esos ojos que lo atormentaban desde hacía tanto tiempo.

Los ojos de *ella*.

La neblina de su cabeza se fue disolviendo y la realidad le pegó fuerte, como si fuese un yunque. No. No podía seguir con aquello. Era una mala persona y no debía sentir felicidad nunca más. Estaba mal, lo que estaba haciendo con Amanda era malo. Él merecía la muerte en vida, y no ese placer lacerante que lo recorría por completo.

Como poseído por algún ser diabólico, la apartó de él con brusquedad y se llevó las manos a la cabeza. La miró jadeante, con el rostro sumido en una mueca de dolor. Ese dolor tan familiar. Eso era lo que debía sentir.

Amanda frunció el ceño e intentó acercarse de nuevo a él, pues no acababa de comprender.

—¿Ocurre algo?

—No, apártate de mí —dijo con sequedad.

—¿Que me aparte? Pero… si hace unos segundos estábamos…

—¡Cometiendo un error! Eso es lo que estábamos haciendo —añadió por ella.

—Oliver. —Dio un paso hacia él.

—¡No, joder! ¡No te acerques!

—No te entiendo. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! Es mejor que me vaya. —Se frotó la frente y apretó los labios, sin poder dejar de ver esos tristes ojos negros dentro de su cabeza.

—¿Te vas? ¿Ahora?

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó fuera de sí—. ¿Tú de qué vas? ¿Crees que puedes largarte así sin más?

Él la miró con fijeza y frunció el ceño.

—Buenas noches, Amanda.

—¿Buenas noches? ¡No, que te den, tío! —Sin poder contenerse le dio un empujón—. ¡No te acerques más a mí! ¡Eres un… un…!

No obstante, al no tener palabras para definirlo, dio media vuelta y se marchó caminando a toda velocidad, maldiciendo sin parar a ese hombre que la había dejado tan caliente y afectada como nunca.

Aquello no le había pasado en la vida.

Sin poder dejar de pensar en ello, tomó el camino que llevaba a la casita que había construida en el pino. Subió por las escaleras se sentó en la mecedora, con la mirada puesta en el techo. Cuando creyó estar un poco más calmada, miró hacia la pequeña mesa que había a su lado y descubrió el diario de Inés.

Lo tomó entre las manos y suspiró.

Abrió el libro por la página en la que se quedó el pasado día y decidió olvidarse de una vez por todas de aquel odioso e incomprensible hombre. No merecía la pena. Ningún hombre lo hacía.

O eso es lo que quiso pensar para que la vergüenza por el rechazo fuese menor.

5 de diciembre de 1903

Querido diario:

Desde que eché a Dembo de la casa del árbol, la tristeza me acompaña cada día. No dejo de pensar en él, en las conversaciones que teníamos. Mi cabeza ha decidido que ese hombre ocupe todos mis pensamientos. Echo de menos su sonrisa, la forma que tenía de mirarme, lo caballeroso que era conmigo. Añoro que me hable como a su igual, y no como a una simple mujer tonta que no entiende las conversaciones de los hombres. Esas emociones que recorrían mi cuerpo cuando lo tenía cerca. Ese cosquilleo en el estómago cada vez que su mano rozaba la mía. Añoro sus besos.

Sí, mi querido diario, sé que solo compartimos unos besos, no obstante, fueron tan especiales y me hicieron experimentar cosas tan maravillosas, que los evoco aunque no quiera hacerlo. Deseo que se repita, que me bese siempre.

Sin embargo, jamás podrá ser.

Ya no paseo con padre por la plantación. Desde ese fatídico día no puedo hacerlo. El simple hecho de verlo trabajar me produce nostalgia. Y eso no está bien. Dembo es un simple trabajador. Mi deber es ser la esposa de Pedro Rivera. Aunque lo odie con toda mi alma, aunque quiera morir cada vez que me imagino una vida a su lado, aunque desee escapar de El árbol *y no regresar nunca.*

Finalmente, ayer ocurrió aquello que tanto temía. Padre ha fijado la fecha para nuestro enlace. El día dieciséis de marzo de mil novecientos cuatro seré la señora de Rivera. ¡Lo aborrezco! ¡Odio ese día y odio a ese hombre al que se me ha impuesto!

Madre está pletórica, dice que pronto me convertiré en una mujer hecha y derecha, que podré ser el ama y señora de mi propia casa, que pronto le daré nietos. Pero yo no quiero pensar en ello. Sé que mi vida será un auténtico infierno junto a mi futuro esposo. Lo será. Y no porque Pedro sea ruin, ni un mal hombre. Me sentiré así por el simple hecho de que no lo amo porque mi corazón ha decidido que pertenece a un humilde jornalero de piel oscura, que trabaja en la plantación de mi propio padre. Un hombre que, ni con toda la riqueza del mundo sería aprobado por mi familia. Un hombre que, por el contrario, hace que mi mundo gire y se vea

precioso.

Mi diario querido, rezo todas las noches para que todo se arregle y que esto se convierta en un simple mal sueño. Sin embargo, creo que Nuestro Señor no oye mis plegarias, pues parece ser que está complacido con el acuerdo entre padre y Pedro Rivera. Solo me queda pedirle un milagro a la Virgen. Quizás, ella, por ser mujer, se apiade de mí.

Oliver no entendía por qué lo estaba haciendo, pero caminaba hacia el bosque de pinos de *El árbol* buscando a Amanda. No hacía ni diez minutos que se había ido hecha una furia y él ya había intentado contenerse otros tantos para no correr a su lado.

La lucha que se libraba en su interior era tan intensa que frenaba su avance de golpe, para luego seguir con su camino, pues las dudas y la culpabilidad podían con él. Sin embargo, su cuerpo estaba exigiendo continuar disfrutando de ella. Quería seguir besándola, tocándola a su antojo y batallar contra la lengua viperina que tenía la hermana de Alberto Robles. La deseaba. Y lo hacía con tanto ardor que le quemaba en el bajo vientre.

No debía hacerlo. Era su castigo por el error que cometió dos años atrás. Los ojos negros que lo visitaban se lo recordaban a cada momento. No merecía ni una pizca de felicidad, ni un poco de consuelo, pues *ella* jamás lo obtuvo de él. No obstante, Amanda ejercía un poder mayor sobre sus deseos y seguía caminando hacia el bosque, aun sabiendo que no debía, aun sabiendo que era una gran equivocación y, aun sabiendo que se iba a arrepentir amargamente de aquello.

Cuando se adentró entre los pinos, divisó la casita cuando alzó la cabeza, ya que de ella salía luz. Una luz tenue y parpadeante, pero era la indicación de que su dueña continuaba allí.

Tragó saliva al tocar el tronco.

Ascendió por la escalera colgante notando que aquella situación se le iba de las manos. Amanda era la hermana del narcotraficante al que investigaban, no era profesional, ni ético, que se mezclase con ella tan íntimamente, a pesar de que se repitiese que lo hacía para acercarse a Robles.

Todo estaba en contra, todo en él le advertía que no debía involucrarse más con esa mujer. Aun así, subió otro peldaño.

Al llegar arriba se quedó en silencio. Dentro de la casita parecía que todo estaba en calma, no se escuchaba el mínimo sonido.

Era un espacio más grande de lo que aparentaba desde abajo. La madera del suelo crujía cuando pisaba y los escasos muebles que había parecían muy antiguos. Al girar la cabeza, vio la fuente de luz. Era un candelabro viejo y ennegrecido por los años.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

La voz de Amanda lo hizo erguirse.

Se encontraba sentada en una mecedora, cerca de la ventana, con un libro en las manos. Dejó el libro en la mesa y se levantó echa una furia, dirigiéndose hacia Oliver.

—He venido a buscarte —dijo él, sin más.

—¿En serio? —gritó colocándose frente a él—. ¡Lo que yo creo es que quieres volverme loca de remate! ¡Ahora sí y ahora no, ahora me gustas y ahora paso de ti!

—Entiendo que te sientas frustrada, pero yo…

—Vete de aquí, Oliver —le pidió cansada—. Estoy harta de juegos. A lo mejor a ti te excita eso, pero a mí no.

—Yo también estoy cansado, créeme —dijo con calma, notando que las ganas de tocarla aumentaban.

—Vete.

Él negó con la cabeza y la cogió por la cintura, pegándola a su cuerpo. La miró con intensidad y la besó con brío, notando la sorpresa en los ojos de ella. Aunque no duró demasiado, pues se vio respondiendo al beso con tantas ganas o más que el propio Oliver.

Separó sus labios, jadeante, y apoyó la frente sobre la de ella, cerrando los ojos por el deseo que sentía dentro de él.

—Amanda, yo… soy un hombre complicado.

—Me estoy dando cuenta —asintió notando que su corazón latía tan rápido que parecía que echaría a volar de un momento a otro.

—Mi vida está llena de cosas jodidas y no quiero hacerte daño, ni hacérmelo yo. No soy el hombre que piensas.

Ella lo miró sin comprender, pero asintiendo.

—No me vas a hacer daño, puedes estar tranquilo. —Lo besó lentamente y se apartó de nuevo—. No voy a pedirte palabras de amor, ni que seas tierno, ni que me pidas matrimonio. Te deseo, Oliver, es simple y llanamente deseo.

—Yo también lo siento por ti. Un ansia tan potente que puede con mi capacidad de razonamiento. —La agarró por la barbilla y la hizo alzar la cabeza—. No sé lo que tienes, Amanda Robles, pero necesito arrancarte la ropa y follarte ahora mismo.

Amanda jadeó al escuchar sus palabras. Observó a ese hombre, tan guapo y sexy, y se humedeció los labios. Estaba mojada, mucho. Desde que se encontraron en la fiesta había estado deseando tenerlo para ella sola y disfrutar de su cuerpo y su excitante compañía.

Colocó las manos en los hombros de él y las paseó por ellos hasta su pecho, para abrir los botones de su camisa. Cuando lo logró, sonrió. El torso de Oliver era fuerte y bien formado, pero delgado. Subía y bajaba con rapidez al ritmo de su respiración.

—Si empezamos con esto, no voy a permitir que vuelvas a salir

corriendo —le advirtió ella humedeciéndose los labios.

—Si empezamos con esto, quizás seas tú la que quieras correr, cuando te lo haga tantas veces como mis fuerzas me lo permitan.

Oliver cogió los tirantes de su vestido y los rasgó, logrando que la prenda cayese a los pies de Amanda. Se relamió al verla en ropa interior. Sus pechos cremosos y generosos, su estómago firme, y su jugoso sexo enfundado en aquellas braguitas negras.

—El vestido tenía cremallera —comentó Amanda nerviosa, soltando lo primero que le vino a la cabeza. Ser observada por Oliver la erizaba y excitaba todavía más.

—No he visto ninguna cremallera, solo te veo a ti. —Dio un paso hacia ella y la rodeó por la cintura, pegando sus cuerpos desnudos y notando el calor que emanaban.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Ya lo creo. —Acercó su boca a su oído—. Y me gustará más cuando oiga a esa boquita gritar mientras te corres.

Amanda tragó saliva y lo rodeó por el cuello, notando que su vagina se lubricaba por segundos.

—¿Voy a gritar?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro? —lo retó mirándole a los ojos.

Oliver soltó una carcajada y le mordió el cuello, sintiendo que ella temblaba contra su cuerpo.

—Va a ser una noche interesante.

—Quizás el que grite seas tú.

—Si haces las cosas bien, gritaré —aseguró divertido y caliente.

—Yo siempre las hago bien.

—Pues, demuéstramelo —la retó alzando una ceja.

Amanda sonrió ladeadamente y asintió.

Juntó sus bocas para darle un suave y lento beso. Cuando Oliver respondió a él, le mordió el labio inferior, haciéndole soltar un aullido de dolor.

Ella sonrió contra su boca.

—Has gritado.

—Eres una bruja —comentó sin poder dejar de reír.

—Sí, y esta bruja no ha hecho nada más que empezar. —Rodeó su cuerpo y se colocó pegada a su espalda. Desde allí masajeó su cuello y lo recorrió con los labios—. Vamos a jugar en serio, ¿vale?

—Adelante —asintió con los ojos cerrados, notando los labios de Amanda sobre su hombro.

Posó la palma de la mano sobre el pecho de Oliver y lo acarició, bajando lentamente por su estómago y llegando al botón de sus pantalones. En vez de soltarlos, coló la mano por dentro y encontró su pene, erguido y duro. Se humedeció los labios al palparlo y comprobar

lo grueso que era.

—Sí, tienes razón —susurro ella en su oído—, va a ser una noche muy interesante.

Le soltó los pantalones y lo besó mientras le acariciaba.

Oliver jadeó al sentir las manos de Amanda tocar su miembro. Era la sensación más estimulante del mundo. Cuando fue bajando por su pecho, recorriéndolo con sus labios, y llegó al bajo vientre, contuvo el aliento. Su boca estaba tan cerca de su pene…

Ella lo miró desde abajo y sonrió mientras lo seguía masturbando.

—¿Quieres que mi boca se una a mis manos?

—Sí.

Al rozar su lengua contra el duro miembro de Oliver, sus piernas fallaron y tuvo que agarrarse a ella por el cabello. Levantó la cabeza y cerró los ojos, mientras su respiración se volvía frenética y el placer crecía al notar el calor de sus labios sobre aquella sensible parte de su anatomía.

—¡Oh, joder, Amanda! —gimió con los ojos cerrados—. Esto es… es… eres increíble.

Se introdujo la totalidad del pene en la boca y estimuló con rapidez mientras que sus manos jugueteaban con sus testículos.

A pesar de que el placer se lo estaba proporcionando a él, Amanda también disfrutaba con ello. Era de lo más enardecedor ver a Oliver embargado por el gozo, y ser ella la culpable de proporcionárselo.

Cuando la pasión lo sobrepasó. La cogió por la cintura y la hizo levantarse. Se besaron con tal erotismo que tuvieron que apoyarse contra una de las paredes para no caer al suelo. Sin embargo, no se quedó ahí. Oliver apoyó una mano sobre su estómago y fue bajando poco a poco, consiguiendo que ella jadease de anticipación. Acarició su sexo, abriendo sus pliegues y trazando círculos en el delicado botón de su clítoris. Amanda jadeó contra su boca y le mordió el labio inferior, fuera de sí. El gozo era tan intenso que comenzó a temblar irremediablemente.

Verla tan entregada lo hizo arder.

Cogió una de sus largas piernas y se la colocó alrededor de su cadera. Sin poder contenerse, la penetró de un empellón, haciendo que diese un grito de puro goce.

Al notar que su falo quedaba envuelto en aquella apretada vaina, enloqueció. Comenzó a embestir con fuerza, a acariciar sus pechos y a besarlos a la vez.

Los gemidos de Amanda se tornaron gritos y el brío de él los catapultó a lo más alto.

—¡Dios, Oliver, sí!

—Vuelve a pronunciar mi nombre —dijo con voz de mando, sin dejar de penetrarla fuera de control.

—Oliver —jadeó—. Oliver, oh, Oliver…

El clímax los recorrió a la vez, logrando que sus cuerpos temblasen y sus respiraciones fuesen rápidas y ruidosas. Cuando el placer se esfumó, él cayó sobre su cuerpo, apresándola contra la pared todavía más, y escondió la cabeza en el hueco de entre su cuello y su hombro. Tragó saliva al pensar en la experiencia tan impresionante que acababa de experimentar a su lado. Jamás había sentido aquello con nadie, nunca creyó enloquecer de esa manera al penetrar un cuerpo, ninguna otra lo había llevado tan lejos en una simple relación sexual.

Cuando se recuperó un poco, alzó la cabeza y la contempló, con ojos soñolientos.

—¿Te estoy aplastando?

—No, no te preocupes.

Oliver la besó con ternura y sintió que sus brazos lo volvían a rodear. Al separarse, Amanda lo miró a los ojos y sonrió, satisfecha y relajada.

—Ha sido… —dijo él intentando encontrar las palabras.

—Ha sido muy fuerte. —Sonrió.

—No te habré hecho daño, ¿verdad? —preguntó con algo de preocupación en el rostro.

—¿Mis gritos parecían de dolor?

—No, pero es que… joder, me he vuelto loco, literalmente.

Ella sonrió y le acarició la barba. Lo besó con ardor y juntó sus frentes. Había sido una experiencia tan fascinante como la que más. Oliver había resultado ser de lo más fogoso y apasionado. La había hecho disfrutar una barbaridad y el placer que sintió cuando el orgasmo la recorrió fue titánico.

—Eres un buen amante.

—Lo mismo te digo.

Se apartó un poco de Amanda, pues no quería aplastarla y la volvió a besar. No sabía qué tenían esos labios que lo habían hecho adicto.

Ella se agachó y cogió su vestido del suelo.

—Tienes suerte de que no sea uno de mis favoritos —bromeó.

—Te compraré otro—añadió él de inmediato, sintiéndose culpable por haberle roto la prenda.

Amanda rio y negó con la cabeza. Rodeó su cuello con los brazos y lo besó con pasión.

—Guárdate tu dinero, jornalero, lo necesitas más que yo.

—Tampoco soy un vagabundo sin techo. Puedo permitirme el comprarte otro nuevo.

—No quiero otro. —Le sonrió con picardía y guiñó un ojo—. Ya me lo cobraré de otra forma.

—¿Me sentiré usado? —bromeó él poniendo los ojos en blanco.

—Sí, muy usado —añadió siguiéndole la broma—. Te voy a usar

tanto que cuando termine contigo tendrán que tirarte a la basura.
—Esto promete.
—Esto promete ser muy placentero, sí.
Oliver la abrazó y besó, sin querer pensar en esos ojos que acababan de aparecer en su cabeza. Ahora no, por favor. Necesitaba un respiro.
Amanda lo cogió de la mano y lo hizo caminar por la pequeña casita. Desnudos, besándose a cada segundo y riendo sin parar, le enseñó aquella antigua edificación.
—Me gusta venir aquí de vez en cuando y desconectar.
—Es un lugar con encanto.
—Está justo como lo dejó su antigua dueña, no he cambiado nada, solo he limpiado un poco.
—¿Su antigua dueña? ¿La conocías? ¿Era de tu familia?
Amanda sonrió y negó con la cabeza.
—Sé de ella por un viejo diario que escribió y que encontré guardado en el escritorio. Se llamaba Inés Machado.
—Inés —repitió él.
Ella lo miró con algo de reparo y bajó su mirada al suelo.
—Nos separan más de cien años, Oliver, pero a veces… parece que la siento. —Rio y se tapó la cara con las manos—. Es una locura, ¿verdad?
—No, no es una locura. —Pensó en esos ojos negros que lo atormentaban y por los que su vida no podía ser normal—. A mí me pasa algo parecido.
Amanda se abrazó a él.
—Algunas veces, noto su perfume por la casita del árbol. Es un olor floral, suave, delicado y que apenas dura unos segundos.
—¿Y no te da miedo?
—No. —Sonrió—. De hecho, me ocurre todo lo contrario. Aquí siento paz.
Él se sentó sobre la mecedora y la hizo tomar asiento sobre sus muslos. La rodeó por la cintura y besó su cuello, haciendo que Amanda cerrase los ojos por el placer.
—¿Y yo te provoco paz?
—No, tú me activas.
—¿Y eso qué significa? —la interrogó sin dejar de acariciarla.
—Es… —Dejó de hablar, pues su cabeza estaba concentrada en los labios de él, en cómo lamía por detrás de su oreja—. Es como si tú… me dieses energía. Contigo… estoy alerta, excitada y… ¡Oh, sí! —gimió al notar que su mano le acariciaba un seno.
—Excitada y… —repitió él—, continúa.
—Y, siento que somos muy parecidos.
—Lo somos —asintió de acuerdo con ella—. Somos cabezones, insolentes, fanfarrones y orgullosos.

Amanda rio y lo miró a los ojos.

—Menudas joyas, ¿no?

—Para mí tú sí lo eres, en cierto modo —admitió Oliver sin dejar de acariciarla—. Eres una mujer única, difícil y auténtica.

—Tú me pareces muy guapo, intrigante y tu personalidad adictiva.

Oliver la besó con ardor e introdujo la lengua dentro de su boca.

—Me alegro de que sientas eso, porque este hombre tan guapo y adictivo va a follarse otra vez a esta señorita insolente y cabezona.

Capítulo 15

Alberto reía con sus trabajadores mientras, a su lado, Fayna conversaba con Inma, Dolores y Samuel. Había sido una fiesta con muy buen ambiente y animada. De hecho, los cuatro años que llevaba celebrándose había sido así. Alberto Robles, a pesar de ser un patrón muy exigente, era un buen hombre y sabía incentivar y premiar a sus trabajadores cuando hacían las cosas bien.

A las tres y media de la madrugada, el dueño de *El árbol* se despidió de los dos últimos jornaleros y regresó a la mesa en la que estaban sentadas las pocas personas que quedaban.

Al hacerlo, soltó un suspiro de satisfacción y notó, a su lado, cómo Fayna lo miraba con timidez.

—Ha sido una buena fiesta, ¿verdad? —preguntó a los demás.

Samuel e Inma asintieron.

—Me lo he pasado genial, Alberto, gracias por invitarme —dijo la mejor amiga de Amanda, mirándolo con cariño.

—No me las des, es un placer tenerte aquí en *El árbol*.

Ella bajó la cabeza y se tocó la barriguita, que a sus cinco meses de gestación era bastante evidente.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí, y por mi bebé. Si no fuese por ti y por Amanda, estaría viviendo en la calle.

—Te conozco desde que ibas al colegio con mi hermana, no hubiese podido dejarte desamparada.

—Te prometo que me iré en cuanto haya ahorrado un poco de dinero. Ya bastante has hecho por mí.

Alberto suspiró y negó con la cabeza.

—Si permitiese que te fueras así, en tu estado, Amanda me arrancaría el pescuezo. —Sonrió—. No. Quédate hasta que hayas dado a luz, al menos. Yo también estaré más tranquilo.

—No sé qué decir. Amanda me hizo prometerle que lo haría, pero… no quiero aprovecharme más de ti.

—No pienses en eso, porque no lo haces —añadió él sin dejar de sonreír. Fue a continuar hablando, sin embargo, sintió que alguien le cogía la mano por debajo de la mesa. Al fijarse mejor, vio que era Fayna la que lo hacía. Cuando sus ojos se encontraron, ella le sonrió

con afecto. Más nervioso de lo que quiso admitirse a sí mismo, apartó los ojos de ella y miró de nuevo a Inma—. Aquí siempre serás bien recibida. Eres una chica responsable y estás trabajando mucho desde que te enteraste de que tendrías un bebé.

Ella se limpió una lágrima y le sonrió.

—Gracias —dijo intentando no ponerse a llorar. Se levantó de la silla—. Yo… voy a irme a dormir. Mañana tengo que trabajar y necesito descansar.

—Inma, espérame que te acompaño. Creo que yo también voy a retirarme por hoy —indicó Samuel, mirándose el reloj de muñeca.

Alberto sonrió a su excuñado y asintió.

—¿Y a ti cómo te va con mi hermana? ¿Has conseguido algo?

—Nada —comentó suspirando—. Amanda huye de mí. Incluso esta noche, ha desaparecido sin despedirse.

—Ya sabes que ella es así. Tiene una forma de ser bastante peculiar.

—Sí, y seguiré intentado convencerla. La quiero, Alberto, y lograré que vuelva conmigo. —Se levantó de la silla, al igual que Inma—. Yo también tengo que agradecerte que me permitas quedarme hasta que tu hermana dé su brazo a torcer.

—Samuel, te conozco y sé que la adoras.

Samuel e Inma se marcharon por el sendero que llevaba hasta la casa y dejaron a solas a los últimos asistentes. Fayna apretó la mano de Alberto y le sonrió con tanta ternura que él contuvo el aliento de forma involuntaria.

—Eres un buen hombre, Alberto Robles. Ayudas a todos los que te rodean sin pedir nada a cambio, eres un excelente patrón y una mejor persona.

Él resopló al escuchar todas esas palabras de sus labios y le dedicó una sonrisa ladeada.

—Gracias, pero… también hago cosas de las que me arrepiento. No soy tan bueno como tú crees. Ninguna persona lo es.

—Tienes buen corazón, y eso se nota a leguas —insistió Fayna—. Me ayudaste cuando mi exmarido me golpeó, ayudaste a Inma, a Samuel, cuidas de tu hermana, de Dolores y del bienestar de todos los de *El árbol*.

—No es para tanto, en serio —comentó él quitándole importancia.

Se levantó de su silla, todavía agarrado de la mano de ella, y Fayna lo imitó. Caminaron por el sendero que llevaba desde la plantación hasta la gran casa. Hacía una agradable brisa y el airecillo era fresco, por lo que pasear era una gozada. Las plataneras se agitaban como en un perfecto baile, por el viento, y el sonido de sus hojas era tan agradable que daban ganas de quedarse allí el resto de la noche.

El silencio que los rodeaba era tranquilizador y sus manos unidas les provocaba bienestar.

Fayna giró un poco la cabeza y lo observó andar a su lado. Las sombras de la noche otorgaban a Alberto un misterioso halo que la hipnotizaba. Sus facciones fuertes y hermosas, su cabello cano y atractivo, su cuerpo alto… Tuvo que obligarse a respirar con normalidad, pues ese hombre estaba empezando a provocar en ella reacciones que creyó muertas durante muchos años. Cuando llegaron al porche de la casa, se miraron sonrientes.

—Yo también quiero agradecerte, Alberto.

—¿Tú?

—Sé que ya lo hice en su momento, pero… no voy a tener suficiente vida para compensarte por todo lo que has hecho por mí.

—Hice lo que cualquier persona hubiese hecho. De verdad, no te sientas en deuda conmigo.

Fayna fijó sus ojos en él.

Era el hombre más bueno e increíble del mundo y estaba comenzando a sentir algo muy fuerte por él. Sacando un valor del que jamás supo, acercó sus labios a los de él y lo besó.

Alberto abrió los ojos, asombrado, al sentir la boca de Fayna junto a la suya. No obstante, reaccionó enseguida y respondió al beso con pasión. La cogió por la cintura y la apretó contra su cuerpo, aunque sin apretar demasiado. Fayna era una mujer castigada por la vida y no quería asustarla.

Cuando se separaron, ella bajó la cabeza al suelo, pues la vergüenza por su acto le había coloreado las mejillas.

Él, al verla tan avergonzada, frunció el ceño.

—Por favor, dime que este beso no ha sido de agradecimiento.

—No lo ha sido —respondió alzando la cabeza. Lo miró a los ojos e intentó sonreír, aunque estaba bastante nerviosa—. Me gustas. Me pareces un hombre increíble.

Alberto sonrió feliz y más relajado. A él también le gustaba, ¡le encantaba esa mujer! Desde que la vio le pareció la más bonita del mundo.

—Y tú eres extraordinaria, preciosa y delicada.

Fayna sonrió y lo besó de nuevo de forma rápida. Al separarse, dio un par de pasos hacia atrás.

—Buenas noches, Alberto.

—Que descanses, preciosa Fayna.

Cuando ella entró en la casa y lo dejó a solas, se sentó en el balancín del porche y encendió un puro. Mientras fumaba, de sus labios no pudo borrar aquella sonrisa ilusionada, pues parecía que la vida estaba siendo muy generosa con él. Tenía a su hermana de vuelta, una buena casa, trabajadores que lo apreciaban y respetaban, y… a Fayna.

Sus sentimientos por ella iban creciendo conforme pasaban los días,

pues cuanto más la veía y hablaban, más se convencía de que era la mujer más especial de todas. Sabía que sus avances no eran todo lo rápidos que le hubiese gustado, sin embargo, había pasado por un infierno y necesitaba sentirse segura. Y estaba dispuesto a ir a su ritmo, porque lo que ella despertaba en su pecho era mucho más que atracción.

Los días que siguieron al sexo que tuvieron en la casita del árbol, Oliver los pasó intentado ignorar esas voces de su cabeza que le decían que aquello estaba mal. No era ético, pues estaba investigando a su hermano.

Lo peor de todo, era la culpabilidad y el recuerdo tormentoso de *ella,* de los ojos negros de Laura traspasándolo a cada momento, no lo dejaba descansar. El recuerdo de su vil pasado marcado por aquello que lo angustiaba.

Desde esa noche, Amanda y él se habían estado viendo en el mismo lugar. Todos los días.

Y cada vez era mejor.

Ella lo transportaba a un estado de excitación tan potente que apenas podía pensar en nada más. En su sedoso y sensual cuerpo, y en sus labios retadores y placenteros que lo llevaban tan alto, y le daban tanto goce como nunca. Era muy sexy y las conversaciones que tenían eran sumamente revitalizantes. Sus piques, sus retos, sus *yo puedo más que tú…*

No podía dejar de pensar en ella, en las ganas que tenía de que la jornada en la plantación se acabase, en ir a verla a esa antigua casita, en poseerla como si fuese su último día en el mundo.

Cuando la tenía delante, el latido de su corazón era diferente. Parecía ralentizarse, volverse eterno, querer quedarse en ese momento para siempre. Esa era la magia que Amanda surtía sobre él. Esa necesidad de verla.

Sabía que pronto aquello acabaría, el caso policial no debía demorarse demasiado, ya que el informante que les sopló la información les dijo que la mercancía no tardaría en salir hacia la península. Tenía que conseguir descubrir a Robles, saber qué día sería el envío y dónde. Sin embargo, una parte de él quería que aquello se prolongase un poco más.

Cuando acabase en La Gomera, regresaría a su mundo de oscuridad, a su singular muerte en vida, a las tardes de congoja y remordimientos.

En *El árbol* peleaba contra esos sentimientos, pues las ganas de disfrutar de Amanda eran tan fuertes que lo sorprendían, pero… cuando no la tuviese… todo volvería a la normalidad.

Regresaría el Oliver taciturno, el hombre amargado y triste, el mal hijo y peor amigo, la máquina de trabajar y la horrible persona que era. Aunque solo fuese por una temporada, volver a sentir que seguía vivo era un alivio.

Cuando recogieron las herramientas y las guardaron, junto con la demás maquinaria, Oliver regresó a la casa de los trabajadores para darse una ducha y cenar algo antes de su cita con ella.

Ya en su habitación, y cubierto únicamente con una toalla alrededor de las caderas, recibió una llamada en su teléfono móvil.

Al mirar la pantalla vio que era un número desconocido. Eso solo podía significar una cosa. Marín estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Oliver al habla —contestó sin siquiera preguntar por la identidad de su interlocutor.

—¿Qué noticias hay? —lo interrogó sin más, con su habitual voz de fastidio.

—De momento, todo por aquí está tranquilo. Ni mi compañero ni yo hemos visto, ni oído, nada inusual.

—Pff… —resopló el agente con cansancio—. ¿Lleváis tres meses y todavía no hay nada?

—Robles está blindado. Su casa es infranqueable y no queremos levantar sospechas.

—Mira, guapito, me da igual que te metan un tiro entre ceja y ceja, pero esta investigación tiene que dar frutos, así que, ya estás moviendo el culo y metiéndote en la boca del lobo. ¡Y lo mismo va por tu compañero!

Oliver apretó la mandíbula y maldijo en silencio. Marín era tan capullo como lo recordaba.

—Puedes meterte tus palabras por donde te quepan. Mis superiores me dieron indicaciones, puedes hablar con ellos si te apetece. —Tragó saliva y prosiguió—. Nada de arriesgar nuestras vidas, nada de armar un escándalo, y nada de…

—¡Menuda panda de maricones! Ya sabía yo que este caso hubiese ido mejor con mis hombres.

—Pero resulta que los agentes de la secreta somos nosotros. Así que, limítate a apuntar las nuevas noticias y a cerrar esa boca —le advirtió Oliver cansado de las malas palabras del agente.

—Guapito de cara, te estás ganando una buena paliza la próxima vez que te vea.

—Adiós, Marín, ve a que te jodan un rato. —Y tras lanzarle esa última pulla, colgó el teléfono.

Al dejarlo sobre la mesilla de noche, se tumbó en la cama con la mirada puesta en el techo. Marín era un cabrón de primera. Todavía no sabía cómo un tío así tenía ese rango en la jefatura de La Gomera.

No obstante, había algo en lo que tenía razón. Si las cosas no cambiaban, el envío de la droga se llevaría a cabo sin que nadie pudiese hacer nada para evitarlo. Tenían que intensificar su investigación o Alberto Robles conseguiría burlar su vigilancia una vez más.

8 de diciembre de 1903

Querido diario:

Hoy no he aguantado más y me he escapado para ir a verlo.

Cada día que pasaba sin saber de Dembo era peor que el anterior. Me faltaba su presencia, sus sonrisas y esa tranquilidad que me infunde cuando estoy con él.

La oscuridad de la noche ha sido mi aliada. Padre y madre dormían cuando he salido y me he dirigido a la casa de los jornaleros. No sé qué hubiese hecho si alguien me hubiera descubierto. Creo que ni el rapé hubiese podido hacerme volver a la vida. No es nada apropiado que una señorita de alta alcurnia se escape a esas horas de la noche para verse con un hombre. Y mucho menos una mujer prometida. Menudo escándalo se hubiera montado.

Aunque, he sido afortunada, querido diario, pues él se encontraba en la puerta, fumando un cigarrillo.

Al verme, ha corrido junto a mí y nos hemos adentrado entre las plataneras. Era la única opción que teníamos para poder conversar sin ser descubiertos.

Y lo he hecho. Me he disculpado con él por haberlo expulsado de mi vida de la forma en la que lo hice. Me asusté. Cuando me besó, las emociones que sentí fueron tan intensas que tuve miedo. No obstante, él me comprende, porque se encuentra en la misma tesitura que la mía.

Me ama. Me lo ha confesado. ¡Y yo lo amo a él! Sí, lo amo con todo mi corazón y sé que con él sería tan feliz…

Nos hemos vuelto a besar. Aunque, esta vez ha sido diferente, pues el miedo que sentía al principio ya no estaba. Me encuentro segura, me siento correspondida. Y me iría al fin del mundo a su lado, si me lo pidiese.

¡Ay, mi diario querido, no puedo ser más feliz!

Ha prometido que me visitará cada noche en la casita del árbol, y no puedo esperar a que eso ocurra. Deseo que nuestras charlas vuelvan a sucederse, que nuestros ojos se encuentren una vez más, que nuestros labios se unan por el amor que sentimos hacia el otro.

Tenemos mucho de lo que hablar.

Ambos sabemos que nuestra historia es imposible, pues Dembo no tiene dinero para asegurar mi futuro, no tiene familia en España que lo apoye,

ni tiene título nobiliario que lo respalde. Estamos nosotros dos solos contra el universo.

Y estoy segura. Jamás lo he estado tanto. Dembo es el hombre con el que quiero compartir mi vida.

El Parque Nacional de Garajonay se extendía por una superficie de más de tres mil novecientas hectáreas, formando parte de todos los municipios de la isla. Amanda y Oliver caminaban por aquel gran bosque de laurisilva sin poder dejar de observar a su alrededor, maravillándose del esplendoroso despliegue natural. En él, los laureles, acebiños, tiles y durillos, recubiertos de musgo, los acompañaban en su camino, junto con aquella húmeda neblina que cubría el terreno, la cual hacía que tuviesen la sensación de estar paseando por un bosque encantado.

Mientras caminaban por el sendero, delimitado por una valla de madera, Amanda observaba de reojo a su acompañante. Le encantaba mirar a Oliver cuando él no se daba cuenta, se estaba convirtiendo en su pasatiempo favorito. Era tan guapo y exudaba esa fuerza interior… que, a veces, se tenía que reñir ella misma por parecer una niña prendada de su profesor.

Desde la primera vez que practicaron el sexo en la casita del árbol, no podía sacárselo de la cabeza. Pensaba en él a todas horas, cuando se despertaba, cuando trabajaba en la restauración de los muebles viejos del desván, cuando miraba hacia la plantación, cuando se sentaba en la hamaca de la piscina… Todo le recordaba a él. Odiaba admitirlo, pero ese hombre estaba comenzando a gustarle demasiado. Su estómago saltaba cuando lo veía, su pecho se alzaba con sus sonrisas y sus piernas temblaban cada vez que la tocaba.

No obstante, su actitud hacia él era la misma de siempre. Cercana y distante al mismo tiempo, sexy y cortante, amable pero no demasiado. No quería demostrar esa debilidad. Era demasiado orgullosa para admitir que se estaba encaprichando de un jornalero de la plantación de su hermano, por muy interesante, atractivo y sensual que fuese. Después de todo, lo que le ocurría con Oliver era simplemente eso, un atontamiento pasajero.

—Estás muy callada —dijo Oliver colocándose detrás de ella y hablándole al oído. La rodeó por la cintura y dejaron de caminar durante unos segundos.

Amanda sonrió al sentirlo pegado a su cuerpo. Giró la cabeza y lo miró a los ojos.

—Estaba pensando en… por qué me habías traído a este lugar —mintió con soltura.

—¿No te gusta?

—Es muy bonito, y salvaje.
—Siempre he querido venir, desde que pisé La Gomera —admitió él con una sonrisa en los labios.
Ella alzó una ceja y se cruzó de brazos.
—Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué me has traído contigo?
—¿De verdad tengo que explicártelo?
—Sí —insistió con voz retadora.
Oliver la apretó contra su cuerpo y la besó con ardor, logrando que ella se abandonase al beso, que respondiese con sensualidad y mordisquease su labio inferior. Al separarse, él le sonrió y le pellizcó el trasero, haciéndole lanzar un chillido.
—Te he traído porque me apetecía.
—¿Y ya está?
—¿Qué más quieres? —rio con socarronería y se encogió de hombros—. ¿Que te diga que sin ti no iba a ser igual?
—Si lo hicieses, al menos serías sincero contigo mismo.
—¿Perdona? —Alzó las cejas y frunció el ceño, aunque sin poder dejar de sonreír.
—No puedes disimular que te estás pillando por mí —soltó con chulería.
—Quizás eso es lo que tú quisieras escuchar —contraatacó.
—Pff… jornalero, deja de soñar —comentó alzando la cabeza, con aires de señora.
—Sigue sin entrar en mis planes el enamorarme de la hermana de mi patrón.
—Pues, mejor para ti, porque yo jamás lo haría de un hombre como tú —respondió sintiéndose molesta y sin saber por qué. Ambos habían quedado en que su relación estaba basada en el sexo. No entendía por qué su estómago se revolvía al escuchar sus palabras.
—Entonces, todos contentos, ¿no? —añadió él entre dientes.
—Contentísimos.
Amanda comenzó a caminar por delante de él, con la cabeza levantada y el cuerpo tieso. Estaba molesta. Mucho. ¿El por qué? Ni lo sabía ni quería averiguarlo, pues no le apetecía llevarse ninguna sorpresa desagradable sobre sí misma y sus sentimientos.
Oliver la vio alejarse de él y caminar con más velocidad por el sendero. Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza. Apretó el paso y la cogió de la mano, para que se detuviese.
—Amanda.
—¿Qué quieres ahora? —Resopló.
—¿De verdad nuestro paseo va a ser así?
—De hecho, creo que lo mejor es que nos vayamos a *El árbol* ya. Ni siquiera tendríamos que haber venido.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, no has hecho nada —dijo con tirantez. Y era verdad, Oliver se había limitado a repetir que su historia era simplemente sexual. Se llevó las manos a la cabeza y suspiró. Se estaba comportando como una estúpida. Lo miró a los ojos y ladeó la cabeza, haciendo un fingido puchero con los labios—. Lo siento, no tengo motivos para comportarme así.

—No he querido insultarte en ningún momento, pero si lo he hecho, te pido disculpas.

—No, de verdad, no has hecho nada.

Oliver sonrió y la rodeó por la cintura con los brazos. La levantó del suelo para que sus ojos estuviesen a la misma altura de los suyos propios. La besó con pasión y notó esa extraña sensación en el pecho, esa completa armonía en su cuerpo.

—¿Quieres que te sea sincero? —Amanda asintió en silencio—. Te he traído aquí, conmigo, porque no me apetecía hacerlo con nadie más.

Fundieron sus bocas de nuevo y pegaron sus cuerpos hasta que el aire no fue capaz de pasar entre medio. Las manos de Amanda acariciaron la espalda de él, se paseó por cada músculo, por cada vértebra. El terremoto de sensaciones que Oliver le provocaba en su pecho era tan fuerte que lo rodeó por el cuello para que aquello no acabase jamás. La temperatura subió para ambos y se separaron tan calientes que no fueron capaces de hablar hasta que transcurrieron varios segundos. Únicamente se miraban a los ojos y jadeaban por la intensidad del momento.

Oliver tragó saliva y dejó a Amanda en el suelo.

—Creo que será mejor que continuemos caminando, o acabarán por echarnos por escándalo público.

—¿Serías capaz de hacérmelo aquí mismo? —preguntó ella sin dejar de sonreír, con la sensación de que estaba en una nube.

—Me pones tan cachondo que te lo haría donde fuese.

Continuaron por el sendero que se adentraba en el bosque. Era un paseo precioso, pues el trino de los pájaros y la visión que aquella vegetación tan tupida y frondosa era de ensueño.

Después de casi cincuenta minutos andando, y tras un buen tramo de camino ascendente, llegaron al alto de Garajonay, en el que un par de parejas contemplaba las vistas y hacía fotos. Desde allí, podía verse toda la isla de La Gomera. Y si los días eran propicios, y la neblina abandonaba el horizonte, algunas de las demás islas.

En el centro del claro, una serie de círculos hechos con piedras, albergaban el monumento de la esencia de la flor.

Oliver y Amanda se apoyaron en un pequeño murete y descansaron, después de aquella larga caminata. Sus ojos no podían despegarse de

aquella impresionante panorámica. Si bien era verdad que la subida había sido dura, aquello merecía la pena con creces.

—Es precioso —comentó ella con un brillo inusual en sus ojos.

Oliver la cogió por la cintura y la hizo sentarse sobre sus muslos, para poder tenerla todo lo cerca posible. Alzó una mano y señaló hacia un punto en la lejanía.

—Mira, ¿ves *El árbol*?

—¡Es verdad! Se ve la plantación y la casa, y el pequeño bosque. —En sus labios la sonrisa no la abandonaba. No había estado en un lugar tan bonito en su vida. Abrazó con fuerza a Oliver y lo besó con pasión, sin importarle que hubiese más personas a su alrededor—. Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por haberme traído aquí, por enseñarme esta maravilla.

—Podemos volver cuando tú quieras. Me encanta la naturaleza, me hace desconectar de los problemas. Y contigo es mejor.

La besó de nuevo y apoyó la frente contra la de Amanda.

—Es la primera vez que veo un bosque.

—¿De verdad? ¿Nunca habías estado en uno?

—No. Mi padre murió cuando era pequeña y… Alberto estaba demasiado ocupado con su trabajo como para poder hacerlo. —Se encogió de hombros—. Nuestro padre le dejó muchas responsabilidades y… también tenía que cuidar de mí.

—¿Y nunca te dio curiosidad por ir cuando creciste? ¿Ningún viaje a un camping?

—No. Mi vida estaba en la ciudad. Lo tenía todo allí: mis amistades, mis actividades de ocio, mi casa…

—¿Vivías con el payaso ese con el que estuviste hablando en la fiesta? —preguntó con desprecio, refiriéndose a Samuel. No entendía cómo un hombre con el que jamás había cruzado ni una palabra pudiese despertarle tal aversión.

—Sí, vivimos juntos casi un año.

—¿Y qué pasó?

—¿De verdad quieres que te cuente los problemas que tenía con mi exnovio?

—Es mejor estar informado. —Sonrió—. Además, me muero por saber en qué la cagó el imbécil ese.

Amanda rio y negó con la cabeza.

—En realidad, Samuel y yo siempre fuimos muy diferentes. Nuestros gustos no coincidían en nada. Lo quise mucho —admitió—, pero el amor se fue rompiendo por nuestras diferencias. Al final, las peleas eran nuestro día a día.

—¿Se portó mal contigo? —preguntó poniéndose tenso al imaginar a ese tío tratando mal a Amanda.

—No, no, jamás. De hecho, la mayor culpa de nuestro distanciamiento fue mía. Siempre he sido una mujer muy despreocupada. No estaba preparada para comprometerme con nadie. Según todo el mundo, era una inmadura —rio y besó de nuevo a Oliver—. De hecho, creo que lo sigo siendo, aunque Alberto ya me dio un ultimátum cuando llegué a *El árbol*. Tengo que trabajar —dijo con teatralidad.

—¿Y has pensado qué te gustaría hacer con tu vida?

—Pues… —Se mordió el labio inferior y asintió—. La verdad es que llevo un tiempo dándole vueltas. —Se mordió levemente una uña y prosiguió—: ¿Recuerdas los muebles que había en el desván de mi casa?

—Sí, ¿qué tal te fue con la mesa?

—Quedó preciosa.

—¿Quieres dedicarte a eso? ¿A arreglar muebles viejos? —la interrogó con una gran sonrisa en los labios.

—Me gusta hacerlo y… llevo preguntándome varias semanas qué tal funcionaría en Vallehermoso una tienda de antigüedades.

—¿Piensas montar tu negocio aquí, en La Gomera?

—Sí. Creo que empieza a gustarme este lugar. —Miró a su alrededor y sonrió—. Es mágico.

Se quedó anonadado viéndola sonreír. Su corazón se aceleró y notó cómo su estómago se agitaba. ¿Qué le estaba pasando con ella? Agitó la cabeza para intentar que el embotamiento se largase y se aclaró la garganta.

—Es una isla muy bonita, tienes razón.

Amanda lo miró con interés y lo rodeó con los brazos por el cuello.

—¿Y tú, Oliver? ¿Nunca has pensado en dedicarte a otra cosa que no sea el cultivo de plátanos?

—Pues… de pequeño siempre quise ser policía —contestó con una gran sonrisa. Se convenció de que no pasaba nada por contarle aquello. ¿Cómo iba a imaginarse que en realidad era su profesión?

—Mmm… me hubiese encantado verte vestido de poli —expresó con picardía—. Estarías muy sexy.

—¿Qué os pasa a las mujeres con los hombres en uniforme? —rio.

—No lo sé, creo que tenemos un gen que nos hace babear por ellos.

—Yo tengo el uniforme que uso en la plantación —comentó guiñándole un ojo.

—No es lo mismo.

—Vaya, hombre —añadió fingiendo tristeza y poniendo los ojos en blanco.

Amanda rio, lo agarró por las mejillas rasposas y lo besó con fuerza.

—Pero no te preocupes, incluso con ese me haces babear.

—¿La fría y estirada Amanda Robles babea por mí? —preguntó

susurrante, sin dejar que sus labios se separasen del todo.

—Amanda Robles no es tan fría, ni tan distante… si sabes llevarla a tu terreno. —Lo besó—. Esas fueron tus palabras, ¿recuerdas?

—Si me sigues besando, no voy a ser capaz de recordar ni lo que acabas de decir hace unos segundos.

—¿En serio? —Le mordió el labio inferior—. ¿Eso es un reto?

—Si digo que sí, ¿seguirás besándome?

—Ajá.

—Pues, entonces, sí. —Sonrió y la miró a los ojos.

Tal y como prometió, sus labios se posaron sobre los de Oliver y degustaron su dulce sabor. Le encantaba. Esa mujer era una perdición y él caía cada vez que la veía sonreír. La apretó contra su cuerpo y se abandonó al beso sin querer prestarle atención a esa voz de su cabeza que le decía que no debía hacerlo, ni a los ojos negros de Laura que peleaban por meterse en sus pensamientos y sumirlo en la desdicha. Lo atormentaban cada vez que sus bocas se unían, y lo hacían todavía más cuando se desnudaban.

No, un respiro, por favor. Quería estar con ella. La boca de Amanda era luz en esa oscuridad que lo llevaba persiguiendo durante tanto tiempo. Necesitaba un descanso. Ya tendría tiempo más adelante para morir en su propia tristeza.

Solo pedía unos días más.

Capítulo 16

Amanda salió de su habitación y bajó por las escaleras que llevaban al salón. Hacía un fresco muy agradable dentro de la vivienda, sin embargo, sabía que no sería así cuando saliese al exterior. El sol caía a plomo sobre la plantación y la calima de esos días conseguía que la sensación de bochorno se acrecentase.

La casa se encontraba en silencio, algo normal a esa hora de la tarde. Alberto estaba en su despacho trabajando, Inma en Vallehermoso, en el restaurante, Samuel… bueno, lo que hiciese Samuel no le interesaba; y los demás estaban ocupados en sus quehaceres.

Apenas eran las cuatro de la tarde y Oliver no estaría libre hasta pasadas las nueve y media. Así que, decidió ir a la cochera, donde tenía los muebles apilados y a la espera de que siguiese con el trabajo. Vestida con la ropa más vieja que tenía, salió a la calle y caminó los escasos diez metros que separaban la casa del garaje.

Al llegar, vio que la puerta estaba abierta, algo extraño, ya que su hermano exigía que siempre estuviese el pestillo echado, pues sus coches eran su pasión. Rodeó varias estanterías, en las que Alberto almacenaba herramientas, fijándose a cada paso en que no hubiese nadie, y llegó hasta donde tenía los muebles apilados, justo al fondo del garaje, alejados de los vehículos de su hermano, y de cualquier otra cosa de valor que pudiese ser dañada.

No obstante, allí, junto a ellos, había una mujer de espaldas.

—¿Quién te ha dado permiso para estar aquí? —preguntó de repente sobresaltándola.

Al darse la vuelta, reconoció a la chica que limpiaba en la casa. Ella se llevó una mano al pecho, en señal de que la había asustado, y cerró los ojos con fuerza.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. Solo los estaba mirando.

Amanda dio un par de pasos en su dirección y alzó una ceja.

—¿Mirabas los muebles?

—Sí, son muy bonitos. Escuché a la señora Dolores decir que los estabas arreglando… vine al garaje a por un poco de aceite para una puerta y… llamaron mi atención.

—¿Te gustan?
—Creo que estás haciendo un gran trabajo con ellos.
—Gracias. —Sonrió al escuchar su cumplido y la miró con interés—. Te llamabas Fayna, ¿verdad?
—Sí.
—Eres la nueva novia de Alberto, ¿no?
Fayna se puso colorada y abrió la boca asombrada.
—No, no, yo… ¿Quién te ha dicho eso? ¿Ha sido él? —Sonrió un poco al acabar la pregunta, pues la posibilidad de que Alberto la considerase su pareja la atontaba.
Amanda rio y se cruzó de brazos.
—Suposiciones mías. Os miráis como si fueseis jugosos trocitos de chocolate —dijo con gracia en la voz.
—Bueno, es que…
—A ti te gusta, ¿verdad? —la presionó un poco.
—Yo… sí… sí, me gusta —admitió con el rostro carmesí de la vergüenza. Después del beso que se dieron en el porche cuatro días atrás, apenas había tenido el valor de cruzar palabra con él.
—Tranquila, no voy a decir nada. —Se acercó a su lado y le susurró al oído—. Pero deberías lanzarte, le aparecen chiribitas en los ojos cuando pasas por su lado.
—Dios santo —comentó sin poder evitar echarse a reír. La hermana de Alberto era muy graciosa. Se tapó la boca, para no reír más, y señaló hacia la puerta—. Bueno, pues, voy a coger el aceite y voy a seguir con mi trabajo.
—Muy bien, yo haré lo mismo. —Le guiñó un ojo, se dirigió hacia los muebles y destapó el pequeño aparador que estaba lijando.
Fayna dio media vuelta y caminó hacia la salida, sin embargo, antes de llegar, la miró una vez más.
—Amanda —la llamó. Cuando volvió la cabeza y le prestó atención, se humedeció los labios—. ¿Puedo preguntarte algo?
—Adelante.
—¿Qué piensas hacer con todos esos muebles cuando los tengas arreglados?
—Me gustaría abrir una tienda en el pueblo. Vendería estos y compraría otros para seguir restaurando.
—Eso sería genial —dijo con amabilidad, pues era una buena idea de negocio—. En Vallehermoso viven muchos extranjeros y vienen turistas todos los días. Estoy segura de que llamarán la atención.
—Eso espero.
—¿Mi hermana va a abrir una tienda y no me ha dicho nada?
La voz de Alberto les hizo girar la cabeza hacia la puerta. El dueño de *El árbol* caminó por su cochera y se colocó al lado de Fayna, que no pudo evitar sonrojarse de nuevo.

—Sí, bueno, te lo iba a decir.

—Disculpadme, voy a seguir limpiando —dijo Fayna mirando a Alberto con una débil sonrisa.

Salió de la cochera y los hermanos se quedaron a solas.

Él se acercó a Amanda y ojeó los muebles que ya estaban acabados. La mesa que encontró en Vallehermoso, un aparador con superficie de mármol blanco, el cabezal de una cama infantil bellamente tallado, y un sillón al que todavía le faltaba el relleno para sentarse. Pasó una mano por la delicada madera de estos y sonrió, satisfecho.

—Tengo que reconocer que has hecho un gran trabajo.

—Lo sé, por eso he pensado que alguien querría comprarlos.

—¿Dónde quieres abrir la tienda?

—En el pueblo. El otro día vi un pequeño local en alquiler al lado del ayuntamiento.

—¿Crees que funcionará?

—No lo sé, pero me gustaría intentarlo.

Alberto la rodeó por los hombros, y sonrió abiertamente.

—Vaya, vaya, mi hermanita quiere montar un negocio.

—¿No me advertiste de que tenía que trabajar? Pues, esto es lo que quiero hacer —resopló librándose de su agarre.

—Amanda, tranquilízate, me parece una idea genial —comentó con serenidad.

—¿En serio? —Se le iluminó la cara.

—Sí.

—Pues, menos mal, porque iba a pedirte el dinero a ti para poder empezar.

Las carcajadas de él no se hicieron esperar. Comenzó a reír, contagiándola. Al acabar, la miró fijamente y asintió.

—Lo tendrás.

—Genial.

—Te estás haciendo mayor, señorita.

—No me trates como a una niña, tengo treinta y un años.

—Pero siempre has actuado como tal. Aunque la culpa es mía por consentirte.

—¡No empieces otra vez! —bufó.

—Vale, vale, perdóneme usted. —Hizo una reverencia con teatralidad y Amanda comenzó a reír.

—Eres muy tonto.

—Y tú eres mi niña. —La abrazó con amor y apoyó la mejilla sobre su coronilla—. Me da igual los años que tengas.

—Alberto.

—¿Qué?

—Estás chocheando —se burló, aunque inmediatamente lo besó en la mejilla.

Cuando se separaron, su hermano se quedó mirándola con interés.

—Oye, ¿qué piensas hacer con el tema de Samuel? Está convencido de que vais a volver juntos.

—Hablaré con él otra vez. —Suspiró y se llevó la mano a la frente—. No sé cuándo lo va a comprender.

—Te quiere, me lo repite siempre que hablamos sobre ti.

—¡Pero yo no a él!

—Tú prefieres a mi jornalero.

—¿Perdona? —La boca de Amanda se abrió, asombrada—. ¿De dónde sacas eso?

—No estoy ciego. Te vi en la fiesta.

—No hicimos nada —resopló.

—Pero os faltó poco. —Hizo una mueca con los labios—. Además, desapareciste con él y no te volví a ver en toda la noche.

—Bueno, sí, ¿y qué? Somos mayorcitos para saber qué hacemos con nuestras vidas.

—¿Quién es? Desde la distancia no pude reconocerlo.

—¿Quieres que te diga su nombre para averiguar cosas sobre él? —Puso los ojos en blanco.

—No, Amanda, solo quiero saber con quién anda mi hermana.

Ella se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—Es Oliver.

—¿El que te ayudó a bajar la mesita del desván?

—Sí.

Alberto rio y ladeó la cabeza.

—Antonio no deja de hablarme sobre él.

—¿Por qué?

—Es bueno en lo suyo. Tiene ideas geniales, es trabajador como el que más y aprende rápido.

—¿Apruebas ya mi lío con él?

—Quiero conocerle más a fondo.

—Pues mañana vas a la plantación y le invitas a salir —comentó de forma borde.

—No, quiero que lo invites a cenar a casa. Los tres.

—Tú estás mal de la cabeza. Solo es un tío al que me fo… —Calló antes de acabar, aunque Alberto lo entendió perfectamente.

—Me da igual. Dile que me gustaría hablar con él sobre esas lucrativas ideas que tiene sobre mi plantación y, de paso… ver qué intenciones tiene con mi hermana.

17 de diciembre de 1903

Querido diario:

¡No puedo ser más feliz! Ha ocurrido algo maravilloso, algo que jamás podría describir con palabras, pues ha sido tan especial e íntimo que llevo soñando desde entonces.

Le he entregado mi inocencia a Dembo. Sí, lo he hecho. Le he dado mi virtud; esa que guardaba para el hombre con el que me desposase. Y lo he hecho porque así lo he decidido, porque mi corazón lo pedía.

Desde que se acordó mi compromiso con Pedro Rivera, madre me ha estado hablando sobre las obligaciones conyugales que una mujer tiene con su esposo como algo más obligatorio que placentero. De hecho, incluso me dio miedo pensar en lo que ocurriría la noche de bodas. Todas las novias la temen.

Pero no es como lo cuentan, diario querido. Me he sentido amada, abrazada por su cuerpo moreno, elevada hasta el paraíso por sus manos. Esa pasión que sentía cuando me besaba, no era nada en comparación con la que he experimentado entregándome con él. Ha sido un cúmulo de sentimientos, una bola de deseo, un mar de gozo. Oh, Dios bendito, creo que me desmayé durante unos segundos cuando aquel placer recorrió mi bajo vientre.

Dembo ha sido tan suave conmigo, tan atento a mis reacciones… Creo que la molestia que me causó al principio le dolió más a él que a mí. Pues, con sus besos y sus palabras de amor, apenas noté un leve escozor.

Ahora menos que nunca quiero que mi compromiso con Pedro siga en pie. Deseo pasar mi vida junto a Dembo, envejecer a su lado y compartir nuestras alegrías y tristezas hasta el día en que el Señor decida que nos reunamos con él.

La sonrisa no desaparece de mi cara mientras escribo estas líneas. Me es imposible borrarla.

Rosa, que es muy observadora, me ha preguntado en varias ocasiones a qué se debía mi buen humor. Así que, ante ella tengo que fingir que mi vida es la de siempre. Es una niña, y como tal no comprendería que su hermana mayor no cumpliese con el compromiso elegido para ella, podría contárselo todo a padre. Y ese sí que sería el fin.

Conociendo a padre, me internaría en algún convento y expulsaría a Dembo de la plantación. No permitiría que nos volviésemos a ver jamás. Así que, debo callar y fingir que mi vida no ha cambiado, aunque tenga ganas de gritar a los cuatro vientos que quiero a ese hombre de piel oscura, aunque me apetezca lanzar el anillo de compromiso por algún acantilado y, aunque tengamos que seguir viéndonos a escondidas, a pesar de que nuestro amor es verdadero y no estemos haciéndole ningún mal a nadie con él.

El cantar de los grillos era audible por todo *El árbol*. Acababa de

anochecer y las luces de las farolas, que alumbraban el camino que llevaba desde la casa de los trabajadores a la plantación, ya estaban prendidas.

Los jornaleros cenaban después de otro día duro y caluroso, menos él, que, entre risas y juegos, cruzaba la plantación en compañía de la mujer que había logrado revolucionar su vida el tiempo que llevaba en aquel lugar.

Oliver besó a Amanda con tanta pasión que su cuerpo tembló de forma descontrolada. Cogió sus mejillas para que lo mirase a los ojos mientras sus lenguas jugueteaban dentro de la boca del otro. Apenas podían pensar, tenían la cabeza embotada por ese cúmulo de sensaciones que se provocaban.

Coló las manos por debajo de su camisa y él rugió al notar los pequeños dedos pellizcar su pezón y bajar por su fuerte pecho hasta el estómago.

—Como sigas haciendo eso, no vamos a ir a ninguna parte —le advirtió contra su boca.

—Quizás es lo que quiero que ocurra.

—No podemos, prometí que iría.

Amanda apartó la boca y apoyó la frente sobre la suya, con los ojos cerrados para intentar controlar el mar de deseo que bullía en su interior.

—¿De verdad quieres ir?

—Le dijiste a tu hermano que lo haría. Sería muy desconsiderado darle plantón —añadió él con decisión, y con la esperanza de poder averiguar algo más sobre el caso policial. Entrar en la casa de Robles era todo un avance, y su compañero se escondería en los alrededores para usar las grabadoras y dejar constancia de todo lo que ocurría allí —. Además, es mi jefe. Si no voy podría despedirme.

—Alberto no haría eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tendría que vérselas conmigo —indicó con chulería.

Oliver rio y la besó por segunda vez.

—Mi chica guerrera.

—¿Tu chica? —Ella alzó las cejas e hizo una mueca con los labios—. ¿De verdad quieres ir por cuestiones de trabajo? O… ¿quizás lo haces porque quieres contentar a tu hipotético cuñado?

—Sigue soñando, descarada —expresó contra su boca, a la misma vez que le daba un rápido beso.

—Claro, yo sueño, pero… ya veremos el tiempo que puedes seguir aguantando con ese papel de chico duro e insensible. —Le sonrió con suficiencia y le mordió el labio inferior haciéndolo soltar un gemido de dolor—. Se nota a la legua que estás loquito por mí.

Oliver sonrió y la miró a los ojos.

—¿Y qué si lo estuviese?

—¿Lo admites? —preguntó notando un extraño latido en el corazón.

—No, solo estoy preguntando qué pasaría si me enamorase de ti.

Amanda soltó una carcajada y se humedeció los labios.

—Sigues sin tener mucho dinero para que viva como una princesa —bromeó con ironía.

—Pero tengo algo que a ti te gusta más.

—¿Y qué es?

—Mi cuerpo.

Las carcajadas de Amanda resonaron por los alrededores. Cogió a Oliver por las mejillas y le dio un erótico beso que los dejó tan calientes como al principio.

—Eso no lo puedo negar. Me encantáis tú y tu cuerpo.

—Pues… lleva cuidado, princesa, porque hay poca distancia del deseo al amor. A ver si vas a ser tú la que te pilles de mí.

Ella puso los ojos en blanco y tiró de su mano.

—Vamos, creo que ya se ha pasado la hora de soñar despierto.

Oliver la cogió por la cintura y pegó su boca al oído de Amanda.

—¿Qué te parece si después de la cena vamos a la casita del árbol?

—Me parece que es lo mejor que has dicho en toda la noche. —Lo rodeó con los brazos por el cuello y lo besó sin importarle que alguien pudiese verlos, pues estaban justo en la puerta de la casa. Lo miró a los ojos y sonrió de forma pícara—. ¿Qué vas a hacerme cuando estemos allí?

—¿De verdad es necesario que te lo diga? —Curvó los labios.

—Sí.

—Pues, voy a hacerte el amor —susurró.

—¿El amor? —repitió excitada—. ¿Pero tú sabes hacer eso? Creo que, hasta ahora, solo te he visto follar.

—Ese era el trato, ¿no? Además, es necesario sentir cariño por la otra persona, además de deseo.

—¿Y tú lo sientes por mí? —preguntó mirando su boca.

Oliver alzó una ceja y sonrió. Se quedó unos segundos callado, pero finalmente asintió con lentitud.

—Sé que detrás de toda esa chulería tienes un corazoncito.

—Creo que tienes demasiadas expectativas —rio.

—No. A veces se te olvida hacerte la dura y sale la verdadera Amanda. Como el otro día en el parque de Garajonay. Los ojos te brillaban y se veía la emoción en tu cara.

—Eso no significa nada —le quitó importancia—. Era la primera vez que veía un bosque, es normal que estuviese impresionada.

—También lo veo cuando te tengo desnuda debajo de mí —susurró contra su boca—. Frágil, complaciente y entregada. Estás tan bonita cuando me miras con el rostro embargado por el placer… Pero, sobre

todo, me lo demuestras después del sexo. Cuando te abrazas a mí y hablamos de todo y de nada a la vez. Tu voz es tenue, relajada y tierna.

Amanda sentía que su estómago temblaba al escuchar a Oliver. Se encontraba nerviosa y excitada, y, lo que era más extraño todavía, conmovida. Sin saber qué más hacer, tragó saliva e intentó coger aire.

—Te lo advierto, jornalero, como acabe enamorada de ti, vas a tener que trabajar el triple de horas para mantenerme —le indicó intentado quitarle intensidad al momento, dándose cuenta de que su respiración era desacompasada y la sangre se le aceleraba en las venas.

—Si eso sucediese, doblaría mi turno encantado —añadió, logrando que su corazón saltase. Al ver su cara de sorpresa, sonrió de forma ladeada—. ¿Te he puesto nerviosa?

—Ni lo sueñes —mintió.

—Porque tú a mí sí lo haces, sobre todo cuando sonríes —admitió para su propia sorpresa.

Ambos se quedaron en silencio, sin saber qué decir, pues sus cuerpos estaban paralizados y no podían apartar la mirada del otro. Un escalofrío les recorrió y notaron que se detenía el tiempo en ese latido.

Oliver la besó sin poder contenerse. No entendía esa necesidad de fundir su boca con la de Amanda, sin embargo, sentía que era lo que quería hacer por encima de cualquier cosa. Ese calor, esa pasión, esa urgencia por tocarla, esa frágil paz que podía romperse en cualquier momento.

Ella separó los labios y suspiró intentando que la cordura regresase a su vida.

—¿Por qué no entramos? Alberto nos estará esperando.

Oliver asintió y la siguió cuando abrió la cerradura y pasó al interior de la gran casa de *El árbol*.

El interior era diáfano, espacioso y de estilo colonial, aunque con una decoración moderna que contrastaba con la construcción, pero con la que lograba una personalidad muy particular y elegante.

Amanda lo cogió de la mano y lo condujo por el gran recibidor, hasta que llegaron al salón, donde la decoración moderna cohabitaba con la tropical. Gruesos muebles de madera oscura, lisos, de líneas rectas, sillones de ratán y diversas palmeras naturales dispuestas estratégicamente por todo el espacio.

El suelo era de madera, como el del resto de la casa, dotándolo de una agradable calidez que, junto al gran ventanal del porche, por el que las vistas a la piscina y al resto de la plantación eran inmejorables, lograban que la armonía del conjunto te dejase sin habla.

Era una estancia que transmitía calidez y paz. Tenía que admitir que Robles tenía muy buen gusto.

—¿Te la imaginabas así? —preguntó Amanda volviendo la vista hacia él, y animándolo a que se sentase en el sofá junto a ella.

—¿La casa? —preguntó para asegurarse. Ella asintió—. Pues... imaginaba algo más recargado.

—¿Te gusta?

—Es bonita, al menos lo poco que he visto.

—Con los muebles originales tuvo que ser espectacular. Pero a Alberto no le gustaban —le contó—. Mi habitación sí que está intacta, tal y como la dejó su antigua dueña.

—¿Inés?

—Sí.

—¿Sigues leyendo el diario?

—Cada día.

Oliver asintió y miró a Amanda a los ojos. Cada vez que hablaba de Inés, y de su diario, parecía que su rostro se iluminaba. La besó con fuerza y la abrazó, pues necesitaba hacerlo. Tenerla tan cerca y no tocarla era algo casi imposible.

Miró a su alrededor y pensó en Alberto Robles, su hermano. ¿Cómo era posible que esa preciosa chica estuviese emparentada con aquel monstruo?

Tragó saliva y recordó lo que había ido a hacer allí. No estaba por cuestiones personales. Tenía que investigar al narco. Apretó los dientes al recordar que por esa razón se había acercado a Amanda, para poder conseguir información sobre Robles.

Ella conseguía que su mundo diese la vuelta, sin embargo, tenía una misión que cumplir, y Amanda solo era un comodín que utilizar a su favor. No podía olvidar que en cuanto el caso terminase, regresaría a su casa, y todo lo ocurrido con ella sería solo un recuerdo, el último recuerdo bonito antes de regresar a su vida miserable.

Apartó los ojos de los de ella, se sentía culpable por lo que estaba haciendo. No obstante, el trabajo era lo primero.

—¿Dónde está el aseo? —le preguntó de repente, decidido a actuar de una vez por todas.

—Segunda puerta a la derecha —dijo señalando hacia el lugar. Le sonrió con picardía y lo besó pasionalmente—. No tardes.

Oliver salió del salón y caminó por el pasillo. Tenía que actuar con rapidez o Amanda sospecharía por su tardanza. Dejó atrás el aseo y siguió hasta encontrar unas escaleras de madera que llevaban a la planta de arriba, donde, según los planos que le facilitó Marín, estaba el despacho de Robles. Puso un pie en ellas, sin embargo, una tenue voz lo detuvo. Giró la cabeza y prestó atención hacia donde venía.

Era la voz de Robles.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la estancia desde donde se escuchaba. La puerta estaba entrecerrada, sin embargo, pudo verlo. El hermano de Amanda paseaba por la cocina, teléfono en mano, mientras hablaba con voz de mando por él.

Sin perder ni un segundo, metió la mano en su bolsillo y encendió la grabadora.

—¡Te he dicho que no! —le gritaba Alberto a su interlocutor—. No podemos demorarnos más. Vamos a perder mucho dinero si lo hacemos. —Oliver prestó más atención a la conversación—. ¡La mercancía tiene que estar lista cuanto antes! Nos estamos jugando demasiado con esto, no voy a consentir más demoras. Si tú no eres capaz de cumplir con tu parte del trato, buscaré a otro que lo haga. —Alberto apoyó la cadera en la encimera y se llevó una mano a la frente—. Enviaremos el cargamento en barco, por la noche, y llegará al puerto de Algeciras, donde lo recogerán con el camión. ¡Si no has hecho tu trabajo no es mi problema!

Oliver miró hacia atrás, pues escuchó un ruido.

Paró la grabadora y decidió no arriesgarse más. Alguien podía descubrirlo espiando, y Amanda se daría cuenta de que tardaba demasiado. Regresó hasta el salón, donde seguía sentada en el sofá y miraba distraídamente el teléfono móvil. Al verlo, le sonrió. Cuando se volvió a sentarse a su lado, ella lo besó con ganas y le mordió el labio inferior.

—¿Todavía no ha venido tu hermano? —preguntó disimulando, y notando un extraño nudo en el estómago por tener que engañarla otra vez.

—No creo que tarde, pero cuando se mete en su despacho con el papeleo, adiós a Alberto —rio. Le guiñó un ojo a Oliver y frotó su nariz contra la de él—. Aunque, mirándolo por el lado bueno… así podemos estar un rato más a solas antes de que mi hermano acapare toda tu atención.

—Contigo al lado, eso no puede ser posible.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque mi atención vuela a ti, siempre. —La besó de nuevo y la apretó contra su torso—. Mis ojos no pueden pasar más de dos minutos sin mirarte.

—Pobre de ti —comentó con diversión.

—O, quizás, pobre de ti, que tienes que aguantar que te mire.

—Me encanta que lo hagas —admitió con coquetería—. Y más cuando estoy desnuda, es tan sexy…

Lo besó profundamente y acarició su fuerte pecho, logrando que él jadease contra su boca. Era una sensación rara la que notaba Oliver en ese momento. Además de la pasión y el deseo, su estómago estaba alterado por lo que acababa de escuchar detrás de la puerta. No podía

dejar de pensar que estaba traicionando a Amanda.

—¿No podéis esperar a estar a solas?

La voz de Alberto hizo que se separasen de inmediato.

El hermano de Amanda se encontraba de pie, frente a ellos, y los miraba con una sonrisa en el rostro. Vestía con unos pantalones blancos de algodón y una camisa de manga corta a juego. Barba de un par de días sin afeitar, pero que le daba un aspecto interesante.

Amanda le sonrió a su hermano y se cruzó de brazos.

—Tú siempre tan oportuno.

Alberto la obvió y centró toda su atención en su acompañante. Estiró un brazo y colocó la mano ante él, para estrechársela.

—Hola, Oliver, ¿cómo te va?

—Muy bien, gracias por invitarme a cenar —comentó él juntando su mano en un enérgico apretón.

Alberto le sonrió con simpatía y tomó asiento en el sillón que había frente a ellos. Le hizo una señal a Dolores para que trajese unas bebidas y centró su mirada de nuevo en su trabajador.

—No paro de escuchar cosas buenas sobre ti, Oliver.

—¿Por su hermana?

Alberto rio.

—No, por ella no. De hecho, Amanda habla conmigo cuando no le queda más remedio. Es muy hermética para sus cosas. —Resopló y puso los ojos en blanco.

—Sí, ya la voy conociendo un poco —asistió mirándola. Ella le guiñó un ojo y le agarró de la mano—. Pero ¿qué le voy a contar que usted no sepa ya?

—Soy viejo, pero no tanto —dijo Alberto de repente—. No me llames de usted.

—Pues, Alberto, entonces —aceptó.

—Como te comentaba, Oliver, Antonio dice que eres un buen trabajador, y que tienes ideas muy buenas para la plantación.

—Hago lo que puedo, la verdad.

—Quería darte las gracias por tus ganas y por tu compromiso con el cultivo de *El árbol*. Esta plantación necesita más hombres como tú. Nos ha costado mucho llegar hasta donde estamos. Hace cinco años, cuando compré la tierra, casi me parecía imposible poder seguir a flote con el negocio. El cultivo y la venta de plátanos apenas da beneficios, a no ser que seas una gran empresa y te comas a los demás competidores, cosa complicada al ser nuevo en el sector. Hay que ganarse la confianza de los clientes.

—Imagino que no habrá sido fácil —dijo Oliver. «Aunque el traficar con drogas haya hecho más llevadero los años de pérdidas», pensó para sí.

—Por eso, siempre es gratificante ver que tus trabajadores se

comprometen tanto con su trabajo. —Alberto se hizo un poco más hacia adelante en el sofá y le sonrió, alzando la copa que Dolores le acababa de traer. Dio un trago y la volvió a dejar en la mesa auxiliar —. Oliver, quiero hacerte una proposición.

—Te escucho.

—Antonio es muy mayor y no creo que pueda aguantar el ritmo de trabajo mucho tiempo más. —Lo señaló con la mano—. Me gustaría que tú ocupases su lugar.

Oliver abrió mucho los ojos y tragó saliva, impresionado.

—¿Quieres que sea capataz?

—Exacto.

—Pero apenas sé nada de los plátanos.

—Él te instruirá.

Oliver miró a Amanda, que sonreía a su lado, y volvió la vista a Alberto.

—No sé si seré capaz. —Se llevó una mano a la frente—. ¿No tienes más hombres que puedan hacer ese trabajo? Yo apenas llevo aquí tres meses y medio, seguro que ellos conocen más sobre el cultivo de plataneras que yo.

—Tengo más hombres, pero siempre se han dedicado a hacer su trabajo. Ninguno ha destacado, ninguno se ha preocupado por mejorar.

—Pues, no sé qué decir —añadió Oliver, impresionado por la proposición.

—Di que sí —habló Amanda sin dejar de sonreírle, apretando la mano que tenían unida.

—Por una vez estoy de acuerdo con Amanda. —Apoyó una mano sobre el hombro de Oliver y le sonrió—. Serías un gran capataz, estoy seguro, por eso te lo estoy proponiendo. Por ese motivo te he hecho llamar —rio y lo miró con sorna—. Bueno, también te he llamado para saber qué has visto en la descarada de mi hermana.

—¡Alberto! —exclamó ella frunciendo el ceño.

—¿Qué? Solo quiero decirle que lleve cuidado contigo, porque, conociéndote, te lo merendarás con patatas, y no quiero perder a un buen trabajador.

—¡No me lo puedo creer! —dijo ella molesta.

—Precaución con ella, Oliver, es maleducada y caprichosa como nadie.

—¿Y tú te haces llamar mi hermano?

—Estoy previniendo al pobre chico, como buen jefe que soy.

—¿Pobre chico? Solo te falta llamarme bruja.

—Aún tengo tiempo de hacerlo, todavía no te has ido —rio Alberto.

Oliver los miraba y no podía dejar de sonreír.

Ya sabía cómo era Amanda y, de hecho, ese carácter era el que lo

tenía tan enganchado. Sin embargo, no dijo nada, le divertía ver el pique entre los hermanos. Amanda, cuando se enfadaba, se ponía preciosa, y no quería perderse ni una de sus expresiones.

Capítulo 17

La cena fue mejor de lo que jamás se imaginó. Robles resultó ser un anfitrión atento, hablador y amable, que le demostró en todo momento que era y sería bien recibido en su casa.

Le gustó ver cómo era la relación que tenía con Amanda. Eran hermanos, y discutían por cualquier cosa, sin embargo, se veía en los ojos de ambos que se querían a rabiar, pues había sido un padre para ella.

Hubo risas, anécdotas de cuando era pequeña, de cuando murió su familia, de la reforma de *El árbol*…

Oliver se sintió muy a gusto, tenía que admitirlo. Alberto era de esas personas que se desvivían por agradar a sus invitados, y con sus empleados actuaba de igual modo, aunque a veces tuviese que ponerse duro y ejercer de jefe exigente.

Los nervios iniciales por sentarse en la mesa con aquel narcotraficante, se habían esfumado al segundo. De hecho, en ningún momento intentó averiguar nada sobre el tema que lo había llevado hasta La Gomera.

Se sentía culpable.

Ese hombre confiaba en él. Le había abierto las puertas de su casa, le había dado de comer, un trabajo. No se imaginaba que iba a darle una puñalada por la espalda cuando tuviese la oportunidad. Su estómago se encogía cada vez que recordaba que en la grabadora había una conversación telefónica suya y que tendría que dársela a sus superiores.

Sí, había ido con la intención de sacar la máxima información posible, no obstante, el nudo de su estómago no le dejó hacerlo. Cada vez que miraba a Amanda y la veía sonreírle, feliz, cogida de su mano por debajo de la mesa. Cada vez que pensaba en las horas pasadas juntos, desnudos, en su cimbreante cuerpo que le entregaba sin condiciones.

Era su trabajo, se repetía. Era su obligación.

Sin embargo, ese malestar le acompañó durante el resto de la cena, a pesar de que intentó disimular. Por fuera reía de sus bromas, charlaba con fingida tranquilidad, fumaba de sus puros, pero por

dentro era otro cantar.

No tuvo valor para responder a la propuesta de Alberto de convertirse en su capataz. Sabía que sería una gran oportunidad para acercarse todavía más a él, de estar en su compañía más tiempo.

Debía hacerlo, era su obligación. Su trabajo era lo primero, se repitió. Su vida seguiría y ese hombre acabaría en la cárcel. Tenía que ser un buen profesional y dejar de lado todo lo demás. Si Robles era tan confiado como para abrirle las puertas de par en par, era su problema.

La mano de Amanda sobre su brazo lo sacó de sus pensamientos.

Caminaban por la plantación, hacia el pequeño bosque, después de haberse despedido de su hermano.

Iban a la pequeña casita. Allí harían el amor y pasarían toda la noche en los brazos del otro.

—Estás muy callado desde que nos hemos ido de casa.

Cuando la miró, su estómago volvió a retorcerse.

Ella no se merecía todo aquel engaño. No era culpable de los errores de su hermano. La estaba utilizando a su favor y eso era asqueroso. Amanda era lo mejor con lo que se había cruzado en mucho tiempo. Despertaba tantas cosas en él que le recordaba esos años en los que su vida valía la pena.

Confiaba en él. Esa preciosa mujer paseaba relajada de su mano sin saber que era un traidor, que trabajaba para la policía y había ido a espiar a su hermano.

—No me encuentro muy bien, creo que será mejor que vuelva a la casa de los empleados.

Amanda lo miró con detenimiento y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Estoy cansado.

—Podemos dormir en la casita —propuso guiñándole un ojo. Lo abrazó y dejaron de caminar.

Oliver cerró los ojos al sentir su olor en las fosas nasales. Era tan ella, picante pero suave.

No se merecía lo que estaba haciéndole. Amanda necesitaba a un hombre que no la engañase.

—Creo que esta noche no va a poder ser.

—No te entiendo, hace diez minutos estabas perfectamente.

—Pues, ahora no —respondió llevándose las manos a los ojos.

—¿Y si preparo un café y lo tomamos relajados, hablando un rato? —preguntó sin querer que se fuese.

—No quiero café, quiero dormir —resopló con algo de tirantez en la voz. Si insistía demasiado, no sería capaz de decirle que no. Amanda era como su kryptonita. Esos ojos lo deshacían, su voz lo seducía y su cuerpo lo volvía loco.

Ella se separó un poco y apretó los labios, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Vas a decirme lo que te pasa?

—¡No me pasa nada, joder, solo quiero descansar!

—¿Y por eso me hablas así? —lo interrogó alzando un poco más la voz.

—¡No te estoy hablando de ninguna forma, solo quiero largarme!

—¡Pues, lárgate, jornalero, vamos! —exclamó enfadada—. ¡Si tú no quieres estar conmigo, yo tampoco!

—No es eso, Amanda —dijo cerrando los ojos con fuerza. ¿Que si le apetecía estar con ella? Más que nada en el mundo, pero no quería engañarla más. No quería hacerle daño—. Lo que sucede es que hoy ha sido un día duro en la plantación.

—Siempre llegas a la casita del árbol agotado, Oliver, y nunca has dejado de visitarme. Por muy cansado que estuvieses.

—¡Ya te he dicho que no me encuentro bien!

Amanda lo miró frunciendo el ceño. No quería que se fuera. Había pasado todo el día deseando estar un rato a solas con él y, con la cena de Alberto, apenas habían tenido unos minutos para hablar. Sin embargo, en la cara de él se veían las ganas que tenía de largarse, de perderla de vista.

—Pues, ¿sabes lo que pienso yo? Que te has aburrido de mí.

—¿Qué? ¡No! —La cogió por los brazos y la apretó contra su cuerpo. ¿Aburrirse de ella? Pero si era lo mejor que tenía. Pasaba el día contando las horas que faltaban para verla. No obstante, necesitaba aclararse. Si seguía por ese camino, iba a hacerle daño con sus mentiras, y eso era algo que no podía permitirse—. ¿A qué viene esta tontería?

—Ese cambio de actitud dice mucho de todo esto. Ya has conseguido mi atención, así que he perdido el valor que tenía para ti, ¿verdad? —Se soltó de su agarre y alzó la cabeza—. Pero no te preocupes, puedo darle una patada a una piedra y aparecerán diez hombres dispuestos a todo por estar conmigo.

Oliver resopló y cerró los ojos, molesto por sus palabras.

—No se te ocurriría hacer algo así.

—¿Ah, no? Tú no me conoces —respondió con chulería.

—Amanda, no lo vas a hacer —repitió, celoso de pensar en otro tío tocando su cuerpo, besando esos labios, haciéndola gemir de pasión.

—¡Vete a dormir, Oliver! —exclamó con burla—. Es lo que querías, ¿no?

—¿Estás haciendo todo eso solo porque quiero irme a descansar? —gritó enfadado por su contestación.

—¿Y a ti qué te importa? ¡Vete! Ibas a dejarme tirada, ¡pues, adiós!

—¡Te estás comportando como una niña!

—¡Y como una inmadura, que es lo que soy! ¿Verdad?

Dio media vuelta y lo dejó para seguir camino hasta la casita del árbol. Pero la mano de Oliver le hizo darse la vuelta.

La obligó a mirarlo a los ojos, aunque ella intentó escaparse de su agarre.

—No vuelvas a poner en mi boca palabras que yo no he dicho.

—Pero las piensas, como todo el mundo de esta maldita finca.

—Yo no pienso eso de ti —la contradijo. Le acarició la mejilla y la besó con suavidad, olvidando que su cabeza le decía que no la lastimase más con engaños. Sin embargo, lo que sentía en el pecho por ella, le obligaba a permanecer a su lado. Ese latido que parecía querer quedarse para siempre. Sin poder contenerse, la besó con pasión, apretando su cuerpo contra el suave pecho de ella. Nunca conseguía recordar la locura que lo invadía cuando la tocaba. Amanda era toda fuego y él ardía contra sus labios. Cuando separaron sus bocas, Oliver se quedó mirándola a los ojos—. Nunca vuelvas a decir esa tontería. Y jamás pienses que me cansaría de ti, porque es imposible que lo haga —dijo sincerándose, sin importarle nada más que no fuese ella en ese momento.

Ella se humedeció los labios y bajó la vista al suelo, aunque sin romper el abrazo con Oliver.

—Yo… solo quería estar contigo un rato más. No era mi intención montar todo este circo. —Alzó la mirada y lo observó con seriedad—. Pero… no soy buena con los sentimientos, Oliver, yo… no sé expresarme como me gustaría y… cuando eso pasa ataco para defenderme.

—No tienes que defenderte de mí —le aseguró.

Amanda lo miró a los ojos y sintió que todo su ser temblaba.

—Sé que ese no era el trato, pero… creo que siento algo por ti. —Sus labios no pudieron evitar soltar aquella verdad. Podría negarlo mil veces, podría hacerse la dura cuanto le apeteciese, sin embargo, ese hombre había logrado meterse debajo de su armadura—. Eres… especial.

Oliver sintió que su corazón latía a un ritmo frenético. Devoró sus labios sin poder contenerse. Aquello era una explosión de adrenalina. Escuchar esas palabras de su boca había sido lo más.

Él sentía lo mismo. Amanda era única. Pero jamás se permitió admitirlo.

El beso se intensificó y sus cuerpos gritaban para que les diesen más. Las manos de Oliver recorrían las curvas de ella con glotonería, sin poder dejar de apretarla contra su torso, queriendo fundirla contra él. Era perfecta. Su cuerpo se amoldaba a la perfección al suyo. Como si estuviese hecha para él.

Sin embargo, algo rompió el embrujo de ese momento.

Esos ojos negros.
Los ojos de Laura regresaron para acabar con aquella pasión.
Engaño, burla, indiferencia, llanto, ¡recuerdos, recuerdos, recuerdos!
Laura también fue una víctima. Fue culpa suya. Jugó con ella como lo estaba haciendo con Amanda, y pagó las consecuencias.
¡No! ¡Amanda, no! ¡Ella no podía acabar igual! ¡Jamás podría perdonárselo! Era un miserable, iba a destrozarle la vida, estaba jugando con ella y después la abandonaría, como a Laura.
¿Qué estaba haciendo? ¿Qué cojones estaba haciendo?
Empujó a Amanda para separarla de él y se llevó las manos a la cabeza, con expresión atormentada.
—Oliver, ¿qué…? —En sus ojos se leía confusión. Acababan de compartir un momento mágico, se había sentido correspondida por él. Dio un par de pasos en su dirección y alargó la mano.
—¡No, no me toques! —le advirtió.
—¿Qué te pasa?
—¡Nada, déjame!
—Ha sido genial, era…
—¡Un error! Ha sido todo un error —añadió negando con la cabeza, sin poder sacar de sus pensamientos lo ocurrido en el pasado.
—¿Por qué dices eso? —Se sentía desnuda frente a él. Amanda no era de las personas que exponía sus sentimientos a la ligera, y el haber dado ese paso la dejaba en una situación de lo más vulnerable.
—¡Porque sí, joder! —La miró a los ojos y apretó los labios—. ¡Todo esto ha sido una equivocación! ¡No debí acercarme a ti, nunca!
Un nudo en la garganta le impidió tragar con normalidad. Amanda observaba a Oliver como si todo eso no estuviese pasando.
—Oliver…
—¡Se terminó, lo nuestro se ha acabado! —sentenció él dando media vuelta, dándole la espalda.
—¡Acabo de decirte que siento algo fuerte por ti!
—¡Ese no es mi problema!
—No me lo puedo creer —susurró y lo señaló con el dedo notando que se enfadaba cada vez más—. Más vale que estés seguro de lo que haces, porque no hay vuelta atrás.
—¡No quiero seguir con esto! Nunca debí mezclarme contigo.
—¿Y te das cuenta ahora? —gritó empujándolo, pues no pudo aguantar la rabia de escuchar sus palabras—. ¿Después de todo lo que hemos pasado me sueltas esto?
—Dijimos que lo nuestro era sexo, ¿o ya se te ha olvidado, Amanda? —preguntó con sorna, sintiendo que tenía que irse de allí y apartarse de ella; y la única manera de hacerlo era haciéndole daño—. ¿La reina del hielo se ha enamorado de mí? ¿Tengo que aplaudir y dejarlo todo

por ti?

—¡Vale ya! —chilló más enfadada que nunca—. ¿Siempre has sido así de imbécil?

—Sí, pero no he querido demostrarlo hasta que no he conseguido meterme entre tus piernas —escupió con chulería, pero retorciéndose por dentro.

Amanda apretó los labios, pues sentía ganas de echarse a llorar.

Sin embargo, nunca lo había hecho por un hombre y no iba a empezar a hacerlo ahora. Apretó los puños y lo comenzó a ver todo rojo, por la rabia.

—¡Lárgate de mí vista, estúpido cabrón! No quiero volver a saber de ti, ni verte por la plantación. ¡Ojalá te pudras en tu mierda de vida! —Apretó la mandíbula y continuó escupiendo veneno—: Esto era lo que querías, ¿no? ¡Estar cerca de mí para que mi hermano te ascendiese de puesto! ¡Y ahora que lo has conseguido ya no te sirvo!

—Exacto —asintió Oliver deseando largarse de allí y esconderse bajo las sábanas de su cama para desaparecer. Era un mal hombre, era la peor escoria del mundo, no merecía estar vivo.

Ella lo miró de arriba abajo y decidió no contestar. No merecía la pena, se lo acababa de demostrar. Alzó la cabeza, con orgullo y frialdad. Dio media vuelta y volvió a tomar el camino que llevaba hacia la casita del árbol, con la sensación de que iba desinflándose a cada paso que daba. No obstante, se prometió mantenerse entera. No pensaba hundirse por un hombre, jamás. Amanda Robles valía mucho más que todo eso.

Al día siguiente, Alberto salió de su despacho el tiempo justo para comer. Tenía que aclarar el tema del envío de la mercancía cuanto antes. Era de vital importancia porque podían perder mucho dinero si no hacían las cosas bien.

Mientras comía, junto a su hermana, apenas intercambiaron un par de palabras, y aunque eso era raro en ella, pues Amanda siempre tenía cualquier cosa que decir, por tonta que fuese, pero no le dio demasiada importancia. Sabía lo variable que era su estado de ánimo.

De regreso al trabajo repasó varios contratos de sus jornaleros y habló con su asesor para la renovación de otros tantos. La tarde pasó lenta, acabó todo lo que tenía a medias y a las seis y cuarto apagó el ordenador y se levantó de su silla.

De camino a su habitación se soltó varios botones de la camisa y se dispuso a darse una ducha. El calor apremiaba y necesitaba refrescarse.

Cuando se encontraba con el pecho descubierto y se soltó la correa, unos gritos llamaron su atención.

Frunció el ceño y giró la cabeza hacia la ventana, pues provenían de afuera. Era una mujer. Chillaba como si estuviese muerta de miedo.

Se asomó por la ventana y lo que vio lo dejó helado.

Fayna se encontraba en el suelo, con los brazos protegiendo su cabeza, mientras que un hombre le propinaba patadas y golpes por todo el cuerpo.

Una furia ciega lo recorrió por entero. Echó a correr hacia las escaleras con la intención de matar a ese malnacido que lastimaba a Fayna.

Cuando salió al exterior, varios jornaleros ya lo habían separado de ella y lo mantenían cogido por los brazos. No obstante, el hombre seguía gritando en un estado de evidente ebriedad.

—¡Puta! ¿Pensabas que con el puñetero divorcio ibas a librarte de mí? ¡Pues, no! ¿Me oyes? Porque, en cuanto me suelten, ¡te mato!

Alberto llegó hasta donde se encontraba Fayna y esta al verlo se lanzó a sus brazos y lo abrazó sin dejar de llorar. Aquello enfadó todavía más al dueño de *El árbol*. Quería retorcerle el cuello a aquel desgraciado, que se le quitasen las ganas de tocar a ninguna otra mujer en lo que le quedaba de vida.

—¿Te ha hecho daño? —le susurró al oído.

Ella lo miró a los ojos y negó.

—Lo han cogido antes de que pudiese hacer lo que pretendía.

Dejó a Fayna al cuidado de Dolores, que la examinó para buscar heridas, y se dirigió hacia el exmarido de esta, con la intención de partirle la cara.

—Soltadlo, yo me encargo de él —les ordenó a sus jornaleros.

—¡Alberto, no! —gritó ella al escucharlo. Corrió hasta donde se encontraba y lo cogió por el brazo. Hizo que la mirase a los ojos—. Llama a la policía y que ellos se encarguen.

—Voy a enseñarle lo que significa la palabra *respeto*. No va a volver a tocarte nunca más.

—No merece la pena, por favor, no te comportes como él —suplicó la mujer sin parar de llorar.

—Te ha lastimado muchas veces.

—¡Pero estoy bien!

Alberto miró su preciosa cara y frunció el ceño.

—¿Por qué sigues defendiéndolo?

—Porque estoy cansada de esto, quiero acabar con esta situación —añadió sin poder dejar de llorar—. No quiero seguir viviendo con miedo. Quiero pasar página de una vez. No deseo verte golpearlo, no es la imagen que quiero recordar cada vez que te mire.

Él tragó saliva y asintió con la cabeza.

Si por él hubiese sido, ese bruto habría acabado con la cara desfigurada, sin embargo, no lo haría, por Fayna. Tenía razón, no se

merecía ver más violencia. Giró la cabeza y miró a los trabajadores que tenían a su exmarido cogido por los brazos.

—Llamad a la policía y que venga a por este malnacido.

Dos horas más tarde, y después de que los agentes tomasen declaración de todos los presentes, entraron a la casa. Alberto hizo que Fayna se sentase en el sofá. Mandó que les trajesen algo de beber y tomó asiento a su lado, aunque guardando las distancias con ella. No quería agobiarla, era una mujer muy frágil por todo lo que había tenido que vivir, y lo último que quería era que se sintiese agobiada también por él.

Al mirarla con más detenimiento pudo comprobar que su cara había quedado un poco magullada, y su ropa sucia por haber estado tirada en el suelo. Volvió a apretar la mandíbula al recordar la imagen de ella cubriéndose la cabeza para protegerse.

—No sé cuándo podré dejar de darte las gracias por todo lo que estás haciendo por mí —expuso Fayna mirándolo a los ojos.

—Ya te dije que no tenías que hacerlo.

—Pero me siento en deuda contigo, Alberto.

—Tonterías —le quitó importancia—. Lo que de verdad me interesa es que estés bien. —Le acarició la mejilla y notó la hinchazón por los golpes. Era tan suave y tersa…—. ¿Te duele?

Ella apartó la mirada, nerviosa, y asintió.

—Un poco.

—¿Quieres que mande a alguien a la farmacia a por pomada?

—No, no te preocupes, esto se pasará en unos días. Lo que necesito es descansar.

—Puedes tomarte una semana de descanso —se apresuró él a decir.

—No necesito tanto.

—Pero yo insisto. Desde que estás aquí no has parado ni un día.

—Como quieras. —Fayna se levantó del sofá y dejó su bebida sobre la mesa auxiliar—. Me voy a dormir, seguro que mañana me levanto mejor.

Alberto se levantó a su vez y asintió.

—Te acompaño, yo también voy a acostarme. Hoy ha sido un día muy largo.

Subieron por las escaleras hasta el piso superior y se encaminaron hasta los dormitorios. Alberto agarró el pomo de la puerta y la abrió, sin embargo, antes de entrar, se volvió hacia ella.

—Descansa, Fayna.

—Igualmente —dijo mirándolo a los ojos.

—Si esta noche te duele mucho, no dudes en llamar y mandaré a que vayan a traerte algo para calmar la hinchazón.

—Eres muy amable. —Y tras decir eso, se acercó a su lado y lo besó con ternura.

Alberto la rodeó por la cintura, pero sin apretar demasiado para no hacerle más daño. Sus bocas se embarcaron en un beso que fue desde la timidez a la pasión más tórrida. Acabaron jadeantes, ardiendo contra el cuerpo del otro y sin querer soltarse.

Cuando separaron sus labios, Alberto la miró sin saber qué decir, no obstante, Fayna rompió ese silencio.

—Estoy harta del miedo. No quiero volver a vivir condicionada por él. —Lo besó por segunda vez—. Alberto, sé que tú jamás me harías daño.

—Antes me corto las manos —dijo de inmediato.

—Estoy cansada de frenar mis sentimientos hacia ti, de avergonzarme por desear estar contigo.

—No lo hagas. —La miró con lentitud y se humedeció los labios—. Me gustas mucho, Fayna, me pareces la mujer más maravillosa del mundo.

Ella le acarició la mejilla rasposa y le sonrió mientras juntaba sus labios para darle un nuevo beso.

—Quiero que me hagas el amor —susurró contra sus labios.

—¿Estás segura? —preguntó notando cómo su cuerpo temblaba al escuchar sus palabras—. ¿No te haré daño?

—Tú jamás me lo harías.

—Tienes el cuerpo lastimado.

—Pero mis ganas son más fuertes. He estado negando mis deseos desde que te conocí, y ya no voy a volver a hacerlo. —Juntó sus frentes y le sonrió—. Quiero que me tumbes en tu cama y fundamos nuestros cuerpos en uno.

Capítulo 18

27 de diciembre de 1903

Querido diario:

Aborrezco la casa de Pedro Rivera casi tanto como le aborrezco a él. Es sombría, grande y con una decoración tan fea como jamás me imaginé.

Padre y mi prometido acordaron que iría a verla, para que me fuese haciendo a la idea de que aquel sería mi nuevo hogar después de la boda. Madre y Rosa estaban encantadas y aplaudieron ese gesto tan caballeroso de mi futuro esposo para que me sintiese a gusto allí, y modificase cualquier cosa que no aprobase de ella. Sin embargo, si por mí fuese, haría que la tirasen al suelo y la construyesen de nuevo. O, todavía mejor, que no la volviesen a construir, no casarme y permanecer en El árbol *con mi familia y Dembo. Así sería feliz.*

El pasado día me envalentoné, mi diario querido. Cogí fuerzas y hablé con padre mientras dábamos nuestro habitual paseo por la plantación. Le expresé mi malestar por aquel compromiso, le dije que no amaba a mi futuro esposo y que nada me haría más feliz que disolver aquel convenio. No obstante, mis palabras fueron en vano. Padre se enfadó conmigo tanto que los colores se le subieron a las mejillas. Me llamó insensata, mala hija y cabeza hueca. «Qué sabrá una mujer sobre lo que le conviene», me dijo. Repitió que mi compromiso no era meramente por placer. Pedro Rivera y padre son socios en el cultivo de plataneras y nuestra alianza reforzará todavía más el imperio que están creando juntos. Así que, por nada del mundo pensaba echarse atrás con aquella empresa.

¡Ay, mi querido diario! ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo conseguiré ser feliz si mi boda se celebra? ¡Amo a Dembo! Le he entregado mi cuerpo y mi alma, y él siente lo mismo por mí. Jamás podré vivir sin él, mi mundo se derrumbaría. No dejo de pedirle a la Virgen que se apiade de mí y que evite esa tragedia. Porque lo sería, porque no aguanto su contacto. Cuando mi prometido me toque, vomitaré, lo sé.

Estuve a punto de hacerlo cuando fui a su plantación. Padre nos dejó a solas unos minutos y Pedro me robó un beso.

Creo que fue lo más repulsivo que he experimentado jamás. Tuve que

hacer un esfuerzo por no ponerme a gritar y a golpearle con el abanico. Me recorrió un gran malestar, un desagradable hormigueo, unas ganas de empujarlo y apartarlo de mi lado. Sin embargo, tuve que reprimir mis ganas y limitarme a sonreír. Es lo que se espera de mí. Quieren que me comporte como una novia ejemplar, que sea intachable y dulce. Les da igual que muera por dentro cada vez que imagino una vida a su lado, cada vez que pienso en no volver a ver a Dembo.

Querido diario, ellos no tienen en cuenta mis deseos, ni mis inquietudes. Y aunque me viesen desfallecer y suplicar por mi vida, les daría exactamente igual, pues sus negocios son más importantes.

Oliver resopló, sin importarle que la persona que se encontraba al otro lado de la línea telefónica lo escuchase. Estaba cansado de oír estupideces y su lengua no tardaría demasiado en soltarse. Su paciencia se estaba acabando.

—Hay que actuar ya —declaró Marín con su habitual voz de perro aburrido.

—No podemos, todavía no tenemos las pruebas definitivas —repitió Oliver, intentando que este entrase en razón.

—¿Qué más quieres, muchacho? ¿Que Robles te explique, con pelos y señales, el proceso de envío de la droga? ¡No seas gilipollas!

—Mira, payaso, seré todo lo gilipollas que quieras, pero si mis superiores no me dan la orden, no voy a mover ni un dedo —escupió con cansancio—. Tú solo eres el encargado del caso en La Gomera, nada más, ¡a ver si no se te olvida! Hay mandos más importantes que tú dirigiendo esta investigación.

—¡No me toques los cojones, guapito! Esta investigación está muy clara. ¡Hay envío! Tenemos una grabación que lo demuestra. Solo necesitamos entrar en esa casa y meter a Alberto Robles al coche policial para que pase el resto de su vida en la cárcel, y nosotros nos llevaremos el mérito.

—¡No vas a hacer nada de eso, Marín! —le advirtió—. Aún falta información. Le he mandado a mi capitán las pruebas que tenemos y no me ha dado la orden de detener a nadie.

—¡Tu capitán es un marica! Si por mí fuese, ese narcotraficante estaría con los pantalones bajados mientras los otros presos le dan por el culo.

—Lo que tú digas —comentó Oliver harto de esa conversación—. Mira, yo he cumplido con mi deber, que era pasarte las pruebas tanto a ti como a mi capitán. Mi trabajo todavía no ha acabado, voy a seguir investigando, al igual que el otro agente infiltrado, y tú vas a estarte quietecito.

—Escúchame, muchacho, llevo muchos años persiguiendo a ese

narco, como para que ahora lleguéis los chulitos de la península y os llevéis el mérito. Porque mis hombres y yo nos merecemos ese reconocimiento. Así que, el día menos pensado, entramos a esa propiedad y acabamos con esta basura.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí? —rio Oliver al escuchar aquella sarta de barbaridades—. Yo no soy el responsable del caso, llama a mi superior y le dices todo esto, porque a mí me importan una mierda tus reconocimientos y tu afán de gloria.

Y tras decir aquello, colgó el teléfono antes de darle la opción de responder. Estaba cansado de Marín. Era el cabrón más insoportable del mundo y, encima, podía destrozar todos los esfuerzos que él y sus compañeros estaban haciendo por el caso.

Todavía no había nada claro. Sí, todos sabían que Robles estaba siendo investigado desde hacía varios años, sin embargo, aún no habían reunido pruebas suficientes como para detenerlo por el delito de tráfico de estupefacientes.

Se sentó en su cama y apoyó la cabeza sobre las manos. Cerró los ojos y tragó saliva. No, este caso todavía no había terminado. Quedaban muchas incógnitas por resolver. Y… si era sincero consigo mismo, esperaba que se demorase todavía más. No quería dejar de ver a Amanda. A pesar de que desde la otra noche no hubiesen vuelto a hablar, su recuerdo paseaba a su alrededor más de lo que nunca imaginó.

Llevaba casi una semana sin saber nada de ella y parecía que su cabeza iba a explotar. La echaba de menos. Y aunque sabía que aquel distanciamiento era lo mejor, no podía evitar recordarla a cada momento.

Era una verdadera tortura estar así. Rememoraba sus besos, sus caricias, esa chulería que tanto le gustaba, su cuerpo desnudo y tembloroso bajo el suyo. ¡Dios, quería verla!

¿Por qué le pasaba todo eso a él?

Tenía un trabajo en el que concentrarse y tenía el recuerdo miserable de lo que hizo con Laura. No era bueno para Amanda. La había engañado desde el principio para acercarse a su hermano, su relación empezó con una mentira, y esa mentira había pasado a ser una enorme bola de mierda que caería sobre él en cualquier momento. Todo acabaría descubriéndose, la verdad saldría a la luz y Amanda lo odiaría por el resto de su vida.

Estaba jodido y todo a su alrededor olía a podrido. Era un hombre perseguido por su pasado, por unos ojos acusadores que le recordaban el gravísimo error que cometió con una persona que no lo merecía.

Lo mejor, para todos, es que no volviese a cruzarse en su camino. Dejar que el tiempo pasase y el recuerdo de los días juntos se fuese desvaneciendo. Olvidaría sus besos, esos jadeos que salían de su boca

cuando el placer la recorría, la sonrisa de niña mala cuando lo veía preso del deseo, esos piques que conseguían hacerlo sentir tan vivo, su forma de hablar, el centelleo de sus ojos cuando se miraban.

Hubiese dado cualquier cosa por tocarla una vez más.

Casi sin darse cuenta, se vio bajando por las escaleras de la casa de los jornaleros y saliendo al exterior. La noche era fresca y agradable para sentarse a tomar el aire. La luna asomaba entre las nubes, iluminando todo a su alrededor, y las estrellas adornaban el firmamento como si de diamantes se tratasen.

No debía hacerlo, no, no podía cometer de nuevo el mismo error. Amanda estaría muy enfadada por todo lo que le dijo. Y era mejor así, se aseguró.

Sin embargo, no dejó de caminar. «Oliver, ¿qué estás haciendo?», se dijo. Aquello era una equivocación, una muy grande. Debía regresar a su habitación y no salir de ella hasta que tuviese que regresar al trabajo en la plantación.

No obstante, el deseo era más fuerte que su sentido común. Continuó avanzando por el alejado sendero que llevaba al bosque de *El árbol*.

Amanda apoyó la espalda en la antigua mecedora y se balanceó suavemente mientras contemplaba el cielo por la ventana. La madera de aquel mueble crujía con el movimiento, adormeciéndola. Había dejado el diario de Inés a un lado, pues sus palabras solo conseguían entristecerla todavía más. Imaginó cómo tuvo que ser vivir en esa época, en la que las mujeres no tenían voz para opinar sobre su propia vida. Enamorada de un jornalero africano, prometida a un hombre que no quería y destinada a sobrevivir sin alegría, ni esperanza. Sentía lástima por ella. Nadie merecía una existencia tan desdichada.

Cerró los ojos con fuerza y pensó en ella misma.

No era infeliz. Tenía a Alberto, a Inma y a algunas personas más que la querían. Podía elegir su futuro, decidir sobre él y cambiarlo con tan solo una palabra. Si se comparaba con Inés, era una mujer afortunada. Sin embargo, no se sentía así.

Estaba triste y enfadada al mismo tiempo. Quería gritar, desahogarse de cualquier forma posible, olvidar. Y todo gracias a él.

No había segundo que pudiese sacárselo de la cabeza. Y eso le frustraba. No se merecía que lo pensase ni un mísero momento, ni que recordase el tiempo pasado juntos. Le dolía hacerlo.

Había estado intentando obviar esos sentimientos durante unos días, no obstante, se dio por vencida.

No podía llamarlo amor, porque eso se lograba con el paso del tiempo, pero tenía una conexión especial con ese hombre. Una

conexión que nunca tuvo con otro.

Dio un golpe sobre el brazo de la mecedora y apretó los labios, frustrada. ¡Maldito Oliver! La había seducido para luego dejarla tirada como a una colilla. Se llevó la mano a la frente y se la frotó.

Pero ese había sido el trato, ¿no? Desde el principio acordaron que lo suyo solo sería sexo. Si había caído en sus redes, había sido culpa de ella, solamente de ella, por ser tan floja e ilusionarse tan pronto. Se lo tenía merecido, se lo había buscado solita.

Había acabado enganchada a sus labios y a su cuerpo, a sus sonrisas y a su forma de mirarla.

Sin embargo, lo olvidaría. ¡Claro que lo haría! Amanda era fuerte, una mujer de hierro, y un simple hombre no iba a conseguir que acabase de rodillas.

Un sonido a su espalda la hizo sobresaltase. Cuando giró la cabeza y vio a la persona que se encontraba detrás de ella, todo su mundo se tambaleó.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —gritó levantándose de su asiento como un huracán, encarando al hombre en el que no dejaba de pensar.

Oliver la miró de arriba abajo, disfrutando por unos segundos de la visión de Amanda. Estaba tan bonita enfadada… siempre le gustó su ceño fruncido.

—¡Te estoy haciendo una pregunta! ¿Qué haces aquí?

—No lo sé —admitió sin poder dejar de contemplarla.

—¡Vete! Nadie te ha dado permiso para subir aquí.

—Necesitaba verte —dijo dando un paso en su dirección.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Tampoco lo sé.

—¿Te estás riendo de mí? —lo interrogó cruzando los brazos sobre el pecho—. ¡Porque te advierto que no lo voy a consentir! Ya te has burlado de la tonta de Amanda lo suficiente.

—Esa no era mi intención, créeme.

Ella frunció el ceño y lo miró a los ojos. Se veía tormento en ellos, sufrimiento. Pero no se impresionó. No iba a dejarse engañar nunca más.

—Fuera.

—Quiero hablar contigo —insistió él dando otro paso hacia ella.

—¡Deja de acercarte! ¿Es que estás sordo? ¿Acaso no te has divertido lo suficiente conmigo que vienes a por más?

—Te echaba de menos —comentó bajando la vista al suelo.

—¡Ja! —gritó—. ¿Se supone que tengo que creérmelo?

—Es verdad, llevo toda la semana pensando en ti.

—¡Pues, hazte una paja, tío! ¿A mí qué me cuentas? ¡Yo lo único que quiero de ti es que te largues! —Caminó en su dirección y lo

empujó con una mano para que se marchase—. ¿Estás contento ya, Oliver? ¿Eres feliz sabiendo que has conseguido que sienta algo por ti? ¿Esa era tu finalidad, darme una lección de humildad?

Oliver la cogió por el brazo, para que dejase de empujarlo, y la acercó a su cuerpo, tanto que sus bocas casi se rozaron.

—Yo también siento por ti algo fuerte.

—¡Embustero, sinvergüenza! ¡No vuelvas a mentirme nunca más!

—¡No es mentira, Amanda! Deja que te explique. —Tragó saliva—. Ya te dije que no soy un hombre fácil.

—¡Si no eres fácil es tu problema, no el mío! ¡Estoy cansada de tus cambios de humor, de tus malas formas conmigo en los momentos más inadecuados!

—Todo tiene una explicación.

—Si la tiene, como si no, ya no es problema mío. —Cruzó los brazos y se cerró en banda—. Haz el favor de largarte antes de que me ponga a gritar y todos los habitantes de *El árbol* vengan a ver qué ocurre.

—¡Lo hice por ti, para protegerte!

—¡Cállate, Oliver! ¡Cállate! —chilló tapándose los oídos. Oliver apretó la mandíbula y sintió que su pecho explotaba por el vacío que sentía en su interior. Amanda no estaba dispuesta a escucharlo—. ¡No entiendo de qué ibas a tener que protegerme, no entiendo nada de ti! ¡Fuera de mi casa!

Él cerró los ojos y, como consecuencia, una lágrima se derramó por su mejilla, dejando a Amanda boquiabierta.

—Una mujer murió por mi culpa.

—¿Qué? —Todo su cuerpo tembló al escuchar aquella confesión. La mirada de Oliver estaba vidriosa por el llanto no derramado y su expresión era de desdicha, de culpabilidad.

—Se llamaba Laura —comenzó a relatar, volviendo a recordar esa época por la que su vida había dejado de tener valor.

—Continua —dijo al ver que había parado de hablar.

—La conocí en una cena y saltaron chispas desde que nos vimos por primera vez. Estuvimos quedando durante meses, acostándonos juntos y saliendo por ahí como si fuésemos una pareja. —Tragó saliva y la miró a los ojos—. Un año después dejé de llamarla. Había sido divertido, me lo había pasado muy bien con ella, pero iba a empezar a conocer a otra mujer. —Amanda escuchaba en silencio la historia de Oliver con el corazón encogido por lo que pudiese pasar—. Laura no lo aceptó. Estuvo llamándome y apareciendo en mi casa cada día. Me decía que me quería, que no podía vivir sin mí, que era su todo. Y yo apenas le hice caso. La ignoré pensando que pronto se le pasaría y me dejaría seguir con mi camino.

—Pero no fue así —comentó Amanda para que siguiese.

—No, no lo fue. Sus llamadas se volvieron más insistentes. Me

enviaba cartas, mandaba regalos, se presentaba en casa a altas horas de la noche perjudicada por el alcohol. —Oliver apretó los dientes antes de proseguir y otra lágrima recorrió su mejilla—. Una tarde salí con un compañero, a tomar unas cervezas. Cuando llegamos a casa la encontré allí, tirada en el suelo y con un disparo en la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó Amanda llevándose las manos a la boca.

—En la mano derecha, llevaba un revolver, y en la izquierda, una carta de despedida. —Suspiró para intentar que su imagen, llena de sangre, desapareciese de su mente, que sus ojos negros, abiertos pero sin vida, lo abandonasen—. La policía estuvo investigándome durante un tiempo, para ver si yo tenía algo que ver con su muerte, pero el caso se cerró poco después, pues el suicidio era evidente, y cuando ocurrió no me encontraba en casa.

—¿Y te culpas de ello? ¿Por qué?

—Yo la llevé a ese final.

—No hiciste nada, Oliver.

—¡No, no lo hice, no la ayudé cuando pude hacerlo! ¡No hablé con ella, ni me disculpé por mi comportamiento! ¡Se mató por mi culpa, Laura está muerta por mí, y yo no merezco volver a ser feliz! —Oliver rompió a llorar y se llevó las manos a la cara.

Amanda fue hasta su lado y lo abrazó, susurrándole palabras tranquilizadoras.

—No tienes la culpa de su muerte, no puedes hacerte responsable de lo que hizo.

—No deberías acercarte a mí, no quiero hacerte daño —le advirtió abrazado a ella—. No puedo permitirme hacértelo a ti también.

—¿Por eso me dijiste todas esas cosas la otra noche? ¿Para intentar protegerme de ti? —Su corazón latió tan rápido que creyó que se le saldría del pecho.

—Jodo todo lo que toco. Tú eres muy especial, eres la mujer más especial que he conocido nunca. Y yo estoy hecho una mierda, soy un puto deshecho.

—No eres nada de eso.

—Tú no me conoces, no sabes nada de mí.

—No necesito saberlo para darme cuenta de que eres un hombre bueno.

—Debería irme, tienes razón, no sé qué hago aquí.

Amanda lo miró a los ojos y le acarició la mejilla.

—Yo sí que lo sé: me vas a hacer el amor y vas a olvidar todas esas cosas que llevan atormentándote tanto tiempo.

Lo besó con ímpetu, apretando su cuerpo contra el de Oliver. Lo rodeó con los brazos y profundizó su lengua dentro de la boca de él.

Se sintió bien, como en casa. Pasó toda una semana echándolo de menos y no pensaba dejar que se marchase. Ahora menos que nunca.

Le sacó la camiseta por la cabeza y acarició su fuerte pecho, maravillándose de lo perfecto que era: moreno y bien formado por el trabajo en la plantación.

Su camiseta corrió la misma suerte y sus torsos se tocaron, desnudos, quemándose por la ardiente pasión que los recorría.

—Amanda… —gimió él contra su boca. No podía pensar. Siempre le ocurría cuando lo tocaba. Era su droga particular, esa sustancia que conseguía que su vida fuese plena.

—Te he echado de menos, mucho —susurró ella a la vez que agarraba la cinturilla de sus pantalones—. He echado de menos todo lo que hacemos juntos.

—No te ibas de mi cabeza —añadió él a su vez.

—Tú de la mía tampoco, Oliver. —Lo miró a los ojos y se humedeció los labios antes de continuar—: Has ganado. Me he enganchado a ti.

—Cállate, no digas eso.

—Es la verdad.

—No merezco que sientas eso.

—Lo merezcas o no, es lo que mi corazón me dice. —Amanda le acarició la boca con los dedos y lo besó otra vez de forma lenta y sensual, logrando que él gimiese sin control.

—Me enloqueces, me haces desear no separarme nunca de ti.

—Nadie te ha dicho que lo hagas. —Le sonrió—. Quédate conmigo, dejemos los piques, las tonterías y todo lo demás fuera. Solos tú y yo.

Oliver la besó con tal pasión que ninguno de los dos pudo hablar de nada más. Se dejaron caer al suelo donde hicieron el amor con frenesí y con todas las ganas que llevaban acumulando desde que discutieron. Entrelazaron sus cuerpos y se fundieron en uno solo, comprobando que estaban hechos el uno para el otro y que su unión era perfecta.

Los susurros llenaron la pequeña casita y los crujidos de la madera, en cada envite, los acompañaron durante todo el acto sexual. Oliver embistió en el interior de Amanda con ímpetu, como si ella tuviese el agua y el estuviese sediento. Los gemidos de placer inundaron sus oídos y los llevaron todavía más alto. Cada caricia, cada beso y cada mirada cómplice los hicieron experimentar un gozo sin igual.

Oliver se dejó caer encima de ella cuando el orgasmo lo recorrió. Sus respiraciones eran ruidosas y agitadas y los latidos de sus corazones enérgicos. Pasó un brazo por detrás del cuello de ella y la abrazó contra él, todavía desnudos y sudorosos.

El silencio que vino después de aquel inmenso acto de amor, fue agradable y revitalizante. Dormitaron durante unos minutos, disfrutando de aquella paz.

Cuando pudo moverse, Amanda giró un poco su cuerpo y lo miró a los ojos, con una sonrisa ladina en los labios. Lo besó fugazmente y

apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Me alegro de que estemos bien. —Sintió que las manos de Oliver la apretaban más contra él y levantó nuevamente la cabeza para mirarlo—. Jamás pensé que llegaría a sentir algo así. No iba buscando a ningún hombre.

—Yo también estoy sorprendido —admitió él pensando en todo lo que había pasado en ese tiempo.

—Oliver. —Dejó de hablar y se mordió el labio inferior—. No quiero que… lo que te ocurrió vuelva a meterse entre nosotros.

—A veces, es más fuerte que yo.

—Puedes hablar conmigo cuando lo necesites, estoy aquí.

—Lo sé, pero hay tantas cosas que no sabes de mí y que… todavía no puedo contarte…

—¿Lo harás algún día?

Él pensó en la investigación, en su trabajo como policía, en toda la farsa que había tenido que tejer en torno a él para poder entrar a trabajar a *El árbol* sin levantar sospechas. Le hubiese encantado que todo aquello fuese más sencillo. Poder hablar con Amanda de su profesión, poder decirle toda la verdad. Sin embargo, era imposible. Su relación estaba condenada al fracaso. Cuando todo saliese a la luz, ella no querría saber nada más de él y aquello acabaría.

Era una persona débil, lo había descubierto con ella. Si hubiese sido un hombre fuerte, jamás se hubiese acercado a Amanda, no se hubiera dejado llevar por el deseo, ni estaría en esa situación. Sin embargo, ahora el que mandaba era su corazón. Ese que no quería separarse de esa mujer.

Lo suyo tenía fecha de caducidad, pero necesitaba tenerla cerca. Era una necesidad nueva para él, algo con lo que tenía que comenzar a convivir.

—Algún día lo sabrás todo —asintió, aunque sus palabras sonaban más tranquilas de lo que él lo estaba en realidad.

Amanda lo besó con pasión y enroscó la lengua contra la suya, mientras su estómago se agitaba y su vello se erizaba por las sensaciones tan fuertes que notaba con él. Cuando se separó resopló por la intensidad del momento.

—Si pudieses sentir esto… —Le cogió la mano y se la llevó a su pecho—. Es… tan extraño. Es como si mi corazón latiese de forma diferente, es un latido… eterno, es… raro.

Oliver la miró con intensidad.

—¿Tú también lo notas? No sé por qué, pero pensaba que solo me ocurría a mí.

—Ocurre siempre que me tocas —añadió ella. Se quedó pensativa durante unos segundos y rio—. Si alguien me hubiese dicho, unos meses atrás, que iba a estar así contigo…

—Ha pasado todo muy rápido.
—Y ha sido muy intenso.
—Mucho. —La besó con fuerza y le mordió el labio inferior, con ardor—. Pero no cambiaría nada. Incluso la pelea más tonta de todas nos ha traído hasta aquí. Me alegro de que te cruzases en mi camino y me gritases para que apartase el camión de plátanos el primer día que te vi.
—Y yo me alegro de que me plantases cara —dijo ella riendo.
—Claro que te la planté. Yo también soy muy chulito cuando me tocan las narices —bromeó.
—¿En serio? No me había dado cuenta.
Se besaron sin dejar de sonreír y Amanda apoyó la cabeza sobre su hombro, cerrando los ojos, relajada. El olor de Oliver, tan masculino y almizclado, era muy erótico. Olía a sexo, a pasión y a noches en vela.
Acarició su estómago, fuerte y definido, y notó cómo sus músculos se endurecían por donde su mano pasaba. Fue subiendo por su pecho, rodeando las areolas de sus pezones y pellizcándolos suavemente, y acabó en su cuello, robusto y enérgico, tocando su nuez y sonriendo por esa confianza tan íntima que comenzaban a tener juntos.
De repente, Oliver se quedó muy quieto y ella lo miró con curiosidad.
—¿Qué pasa?
—Huelo a flores. A rosas y a…
—Manzanilla —añadió ella de inmediato, sintiendo el olor a su vez.
—Exacto.
—Es Inés.
—¿Cómo estás tan segura?
—Por su diario.
—¿De verdad la sientes? Recuerdo que me lo dijiste hace tiempo.
—Sí, es extraño, pero lo hago.
Oliver apretó más a Amanda y la besó con ternura.
—Cuéntame, ¿qué dice en el diario?
—¿De verdad quieres saberlo? —Sonrió.
—Sí.
—Todavía no lo he acabado del todo, pero… su vida tampoco fue demasiado alegre. —Tragó saliva—. La comprometieron con el socio de su padre, aunque ella no lo quería. De hecho, lo aborrecía. Su corazón latía por otro hombre. —Suspiró al recordar las palabras tan dulces de Inés describiendo a su amor—. Dembo.
—¿Extranjero?
—Africano, de Guinea. Era un trabajador de la plantación.
—Como yo —Oliver sonrió.
—Sí, pero las cosas entre ellos no eran tan fáciles. No sé por qué, pero creo que la historia de Inés no tendrá un final feliz, Oliver. A

veces, me resisto a leer su diario porque me apenan sus palabras. Su tristeza traspasa las páginas.

Capítulo 19

La vitrina antigua, en la que había dedicado tanto tiempo, ya estaba acabada.

Amanda se alejó un poco más de ella, para poder verla desde una perspectiva más adecuada, y sonrió satisfecha. Estaba preciosa, había quedado como nueva.

La cogió en peso, con cuidado de no dañar el trabajo que acababa de realizar, y la colocó junto a los demás muebles restaurados, cubriéndola con una sábana para que no cogiese polvo.

Se miró el reloj de muñeca y se quitó el delantal. Por ese día ya era suficiente.

Tenía el tiempo justo de darse una ducha, cenar algo ligero con Alberto e ir a la casita del árbol donde se encontraría con Oliver.

Desde su reconciliación, volvieron a verse cada noche allí. Y cada noche era mejor que la anterior. No les daba miedo hablar con claridad, ni expresar lo que sentían por el otro. Los días de peleas y de comportamientos altivos quedaron en el olvido; por el contrario, cada vez que se veían, la pasión, el cariño, y la cada vez más reforzada confianza entre ellos, salían a flote. Y es que estaban tan bien juntos… Amanda no podía recordar nada que la hiciese sentir tan completa como el tener a ese hombre a su lado. La hacía reír, podía hablarle sobre cualquier cosa y el sexo era cada vez mejor.

Aquellos sentimientos no dejaban de crecer. Y lo hacían tanto, y a tal velocidad, que a veces tenía miedo. Le aterraba enamorarse de Oliver y que él no la correspondiese de igual forma. Sin embargo, ya no podía dar marcha atrás, pues su corazón no lo permitiría. Que pasase lo que tuviese que pasar. Era una mujer valiente y acarrearía con todo lo que se pusiese delante. Quería disfrutar de él, y del tiempo que estuviesen juntos, durase lo que durase.

Cuando salió de la cochera, cerró con llave. Caminó hasta la casa, fijándose en la plantación por si veía a Oliver trabajando por allí, sin embargo, a quien vio fue a Samuel, que permanecía sentado en el porche, mirando hacia el horizonte, con su inseparable teléfono móvil en las manos.

Su exnovio todavía no había decidido marcharse de *El árbol*. Pasaba

los días paseando por la plantación, yendo a Vallehermoso de vez en cuando y charlando con cualquiera que tuviese algo de tiempo libre. Al contemplarlo con más atención se fijó en su mirada. Parecía triste y aburrido al mismo tiempo. No pudo evitar sentirse culpable por la forma en la que su relación se fue al garete. Lo trató bastante mal y no se lo merecía. Después de todo, Samuel siempre quiso lo mejor para ella.

Cuando subió los escalones que los separaban, le sonrió y se sentó a su lado en el balancín. Se quedó callada unos segundos y, poco después, volvió a fijar sus ojos en él.

—¿Te gusta *El árbol*?

Él alzó las cejas, asombrado de que Amanda hubiese decidido conversar con él, pues siempre que la veía solo recibía desaires por su parte.

—Es un lugar muy bonito, Alberto supo elegir bien su hogar.

—Sí. —Sonrió y bajó la vista al suelo—. Todavía recuerdo lo horrorizada que me quedé cuando vine aquí por primera vez. Me ponía nerviosa esta tranquilidad, y el no saber qué hacer.

—Nunca pudiste quedarte quieta más de dos minutos en el mismo sitio —comentó sin poder evitar sonreír también.

Amanda cerró los ojos y rio, de acuerdo con sus palabras. Tuvo que ser una persona muy difícil con la que convivir. Él le había aguantado tantas tonterías y tantos caprichos… Era extraño que, aunque apenas habían pasado unos meses, su vida y la forma de verla, hubiese cambiado tanto.

—Samuel, te debo una disculpa. —Su exnovio giró la cabeza, asombrado, y se quedó mirándola como si lo que acababa de escuchar fuese algo inaudito—. Tenías razón en todo. Era una inmadura y solo miraba por mí, sin importarme lo que pasaba a mi alrededor. —Le cogió de la mano e hizo una mueca con los labios—. Lo siento.

Samuel asintió, aceptando las disculpas y curvó los labios melancólicamente.

—Aun así, no vas a volver conmigo, ¿verdad?

—No.

—Si me hubieses dado la oportunidad de intentar que funcionase…

—Hubiese ocurrido lo mismo. —Se encogió de hombros y se humedeció los labios—. No estamos hechos el uno para el otro.

—Yo te sigo queriendo, Amanda.

—Me olvidarás —le aseguró con una sonrisa amable.

Su exnovio suspiró y señaló hacia la plantación.

—¿Él es mejor que yo? ¿Ese tal Oliver?

—Sois muy diferentes.

—Ojalá te vaya muy bien con él. —La miró a los ojos—. Y te lo digo de corazón. Nunca podría desearte ningún mal, Amanda. Querer a

alguien significa eso: desear su bienestar por encima de todo.

—Jo… me vas a hacer llorar —añadió mirándolo a los ojos. Le acarició la mejilla—. Tuve suerte de encontrarme contigo, eres un gran tío. Y… no te preocupes por nada, voy a ayudarte con el piso que compramos. No es justo que lo pagues tú solo.

—Ya no hay piso, lo vendí. No podía hacerme cargo de sus gastos.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Alquilaré una casita, una pequeña, para mí solo me sobra.

—¿Y tu trabajo? ¿Lo has dejado? Llevas en La Gomera casi un mes y medio.

—Pedí una excedencia, pero en poco tiempo me tengo que reincorporar.

—Entonces, ¿te irás pronto? —se interesó.

—En una semana. Le pedí a tu hermano que me permitiese quedarme hasta entonces, y arreglar el tema de mi nuevo alquiler desde aquí. Así, cuando regrese a la península, tendré un techo donde dormir.

Amanda asintió, de acuerdo con su idea, y se levantó del balancín. Señaló hacia la casa.

—Voy a ducharme, ya es bastante tarde y Alberto es de los que no les gusta esperar para cenar —comentó con gracia—. ¿Por qué no te unes con nosotros esta noche? Hay comida de sobra.

—No, gracias, ya estoy abusando bastante de la amabilidad de tu hermano.

—Lo que quieras. —Caminó hasta la puerta y la abrió girando el pomo. Antes de entrar, miró por última vez a Samuel y le sonrió—. Gracias por aceptar mis disculpas, Samuel, ojalá podamos ser amigos algún día.

31 de diciembre de 1903

Querido diario:

Si existiese un mundo perfecto sería uno en el cual nadie pudiese elegir por mí. Yo sería la única dueña de mi vida, de dónde ir, con quién y qué hacer en cada momento. Conocería otros países y continentes, viajaría en zepelín y me perdería por las selvas en las que ningún hombre se ha atrevido a adentrarse.

Podría aceptar la proposición de matrimonio de Dembo, en vez de no poder contestarle como hoy he hecho. Ese instante que podría haber sido único y especial, no ha llegado a nada, porque, aunque quisiésemos no podríamos unir nuestras vidas ante los ojos de la Santa Madre Iglesia, ni de Nuestro Señor.

La casa del árbol ha sido testigo de sus palabras de amor y de compromiso conmigo. Ha contemplado nuestra unión. Quizás padre pueda conseguir que me case con Pedro Rivera, pero jamás logrará que lo ame con la fuerza con la que quiero a Dembo. Soy suya de igual modo que él es mío. Nuestros cuerpos se han fundido de nuevo en uno, maravillándonos por la fuerza de nuestra devoción. Quizás, no hayamos jurado ante Dios sernos fieles para el resto de nuestras vidas, no obstante, la pequeña casita del árbol ha sido testigo de ello. Nos pertenecemos. Nuestras almas son una y, aunque pasen mil vidas lo seguiré amando con la misma intensidad que hoy día.

Por eso he consentido de buen grado que me probasen el vestido con el que me convertiré en la mujer de Rivera. Por esa razón le he sonreído a la modista cuando me ha dejado contemplarme en el espejo de la tienda. Porque me he imaginado a Dembo a mi lado. He soñado que era con él con quien caminaba hacia el altar, que ese precioso vestido blanco de organdí era para él, solo para él. Porque no he dejado de fantasear que finalmente puedo gritarle mi amor por él a todo el mundo, que mi familia lo aprueba y que nuestra unión no significa avergonzar a padre delante de todos sus conocidos.

Mi diario querido, si existiese un mundo perfecto, sería con él. Todo lo demás apenas importaría.

Amanda dejó el diario en la mesita de noche y se acostó en su cama con la mirada puesta en el dosel de esta. ¿Cuántas veces habría hecho Inés lo mismo que ella? Tumbarse en el lecho y soñar despierta en aquella habitación.

Su historia se complicaba, y mucho se temía que el amor de Inés y Dembo estuvo destinado al fracaso. Tenían demasiadas cosas en contra como para que ocurriese un milagro y se arreglase todo de golpe. No, eso solo ocurría en los cuentos de hadas. En la realidad no existía el felices para siempre, ni las baritas mágicas.

Cerró los ojos con fuerza y no pudo evitar sonreír al pensar en Oliver. No era un príncipe azul como el de los cuentos, y tenía mil y un dragones en su interior atormentándole, sin embargo, la alegría que sentía cuando estaban juntos le era suficiente. De hecho, se había dado cuenta de que necesitaba verlo y saber que todo fluía entre los dos. Era una sensación nueva el hecho de pensar más en otra persona que en sí misma.

Fantaseó recordando su sonrisa pícara cuando la desnudaba, su cuerpo delgado pero fuerte frotándose contra el suyo, los estremecimientos que la recorrían cuando le susurraba al oído.

El sonido de unos golpes en la puerta de su habitación la sacó de sus ensoñaciones. No esperaba a nadie, así que, frunció el ceño,

extrañada.
—¿Sí?
—Soy Inma, ¿puedo pasar?
Amanda sonrió al escuchar la voz de su amiga. Parecía mentira que viviesen en la misma casa, apenas la veía, por su exigente trabajo en el restaurante de Vallehermoso.
—¡Entra!
Se levantó de un salto de la cama y corrió hacia la puerta para recibirla y darle un beso en la barriguita. Ya llevaba seis meses de gestación y su amiga estaba preciosa.
Sin embargo, cuando vio su rostro, Amanda se quedó helada. Inma llevaba las mejillas mojadas y los ojos anegados en lágrimas.
—¿Qué pasa?
La hizo entrar y cerró la puerta por ella. La abrazó, intentando darle apoyo y la condujo hacia la cama para tomar asiento.
Inma se llevó la mano a la barriga y negó con la cabeza.
—No te preocupes, estoy muy sensible últimamente. Supongo que serán las hormonas.
—¿Estás llorando por las hormonas? —la interrogó alzando una ceja —. Llámame desconfiada, pero… ¿me estás mintiendo?
Inma no pudo evitar echarse a reír, haciendo una mueca extraña con los labios, pues el llanto no le permitió hacerlo con naturalidad.
—Es que… estoy muy tonta últimamente. Me siento sola.
—¿Por qué? —preguntó Amanda abrazándola—. Nos tienes a todos. A mí, a Alberto y a los demás habitantes de *El árbol*.
—Sí, Amanda, eso ya lo sé, pero… es que… estoy preocupada por mi bebé.
—¿Te ha dicho algo malo el ginecólogo?
—No, no, todo marcha como tiene que estar. En tres meses tendré un niño fuerte y llorón que no me dejará dormir por las noches —bromeó limpiándose una lágrima.
—¿Y por qué estás preocupada entonces?
—Este pequeño va a nacer prácticamente sin nadie en el mundo. Mis padres no quieren saber nada de mí, su propio padre desapareció cuando se enteró de mi estado. Solo me tiene a mí, Amanda. ¿Qué voy a decirle cuando me pregunte por su familia?
—Puedes decirle que su tía Amanda lo quiere mucho y que su padrino Alberto no va a dejar que le pase nada. —La besó en la mejilla y le acarició la barriguita—. También puedes decirle que será el niño más querido de *El árbol*, y el más consentido.
—Tengo miedo —reconoció bajando la vista al suelo.
—Estamos todos aquí para apoyarte. Y no estoy de acuerdo con eso de que no tienes familia, porque nos tienes a nosotros. Eres mi hermana, quizás no de sangre, pero yo te siento como tal.

—Y yo a ti también.
—¡Pues alegra esa cara!
Asintió e inspiró para coger fuerzas.
—Está bien, se acabó el lloriquear.
—A veces viene bien soltar todo lo que una tiene dentro.
Inma miró a su alrededor y contempló la preciosa habitación de Amanda. Siempre que iba se maravillaba con la decoración tan exquisita y los muebles tan antiguos de la hija del primer terrateniente de *El árbol*, con esos tallados artesanales, las patas torneadas del armario, de la mesita de noche y de la composición tan delicada y cuidada de sus adornos.
—¿Y cómo te va a ti con los muebles viejos? ¿Has mirado el local que te interesaba de Vallehermoso?
—Mañana mismo voy a ir a verlo con Alberto —dijo con ilusión en la voz—. Nunca pensé que me apetecería tener mi propio negocio, pero… creo que va a salir bien. Me siento a gusto dándole una nueva vida al mobiliario que ya nadie quiere.
—Ojalá funcione, Amanda. Te lo digo de corazón —deseó Inma cogiéndola de la mano y apretándola.
—Funcionará —apuntó con seguridad—. Y cuando me asegure de tener beneficios…, tú vendrás conmigo.
—¿Yo? —Abrió los ojos, asombrada—. No sé nada de arreglar muebles.
—Te enseñaré, trabajaremos juntas y le darás una patada a tu trabajo en el restaurante. Seremos nuestras propias jefas, ¿verdad que suena bien?
—Sería genial —comentó soñadora—. Tendría más tiempo para mí y mi bebé.
—Pues, crucemos los dedos y recemos para que la tienda de antigüedades salga adelante. —La volvió a abrazar y la besó en la mejilla—. Iremos a por todas.
—¡Sí, qué ilusión! —Le devolvió el beso y la miró a los ojos, con una sonrisa pilla con los labios—. Y ahora, señorita Amanda, vas a contarme cómo van las cosas con ese jornalero tan guapo con el que te estás viendo.

Las manos de Oliver acariciaron sus caderas desnudas y la apretaron contra sí. El calor que emanaban sus cuerpos juntos, en vez de provocarles malestar por el pronunciado bochorno de esa noche, les satisfacía sobremanera.
Sonrió relajado y besó la sien de ella, que dormitaba apoyada sobre su pecho, después de aquel impresionante acto sexual que acababan de compartir.

Le resultaba raro estar tan a gusto a su lado y no tener el tormento de sus errores pasados castigándolo cada vez que abría los ojos. Parecía que el haberse sincerado sobre ello con Amanda le había hecho bien. Quizás, lo que necesitaba era echarlo todo fuera y compartir su sufrimiento con otra persona. No obstante, el recuerdo de Laura seguía acompañándolo. Siempre lo haría. Pero estaba aprendiendo a controlar esa culpabilidad que llevaba apuñalándolo desde hacía dos años. Lo que continuaba dando vueltas por su cabeza era el seguir engañando a Amanda. Esa mujer se estaba convirtiendo en alguien muy importante para él. Le daba esa chispa que le faltaba en el día a día. Era bonita, divertida, sensual y descarada. Y, además, estaba descubriendo que también era dulce y delicada, que podía hablar con ella de cualquier tema y que tenía buen corazón. Era todo lo que un día buscó en una mujer. El sexo juntos era tan bueno que parecía irreal. Despertaba en él un deseo tan fuerte que apenas podía quitarle las manos de encima cuando la tenía al lado. Se había ido enganchando a ella poco a poco. Tanto era así que, si alguna noche no podía verla, la pensaba hasta quedarse dormido.

No obstante, ¿cómo decirle la verdad si estaba obligado a continuar con su trabajo? ¿Cómo podía pensar en su futuro juntos cuando sabía que tarde o temprano se descubriría su engaño? ¿Cómo reaccionaría Amanda cuando se enterase de que estaba allí para investigar a su hermano?

No. Su relación no iría a ninguna parte. Había nacido destinada a morir cruelmente. Lo único que podía hacer era disfrutar de ella hasta que su tiempo se acabase, disfrutar de la compañía de esa increíble mujer que hacía que su pecho explotase por todas las sensaciones que le provocaba.

—¿Te ha dicho alguien lo guapo que te pones cuando frunces el ceño?

La voz de Amanda lo hizo olvidar sus pensamientos. Se concentró en ella, que sonreía sin levantar la cabeza de su pecho. Desde su posición, ofrecía una visión de lo más erótica, desnuda y junto a él.

—¿Te han dicho a ti que cuando duermes estás preciosa?

—No, pero me lo imaginaba.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Porque cada vez que abro los ojos me estás mirando.

—Yo siempre te miro.

—También me había dado cuenta —añadió con chulería. Le guiñó un ojo y acercó la boca a su oído—. Soy irresistible.

—Lo eres —asintió apresando su cara con las manos y haciéndola acercase a sus labios. Le dio un fugaz beso y frotó su nariz con la de ella—. La tentación más irresistible del mundo.

Amanda le mordió el labio inferior haciéndolo gemir por el dolor y

rio, contenta.

—Eso también lo sabía. No puedes pasar ni un segundo sin tocarme.

—¿Y tú a mí?

—Tampoco —admitió—. Eres el jornalero más sexy de esa casita.

—¿Solo el más sexy de esta casita? —Oliver le dio un bocado en el hombro haciéndola gritar y reír.

—Vale, vale, el más sexy de todos —rectificó risueña y se intentó zafar de él—. ¡Me vas a quitar un trozo de hombro!

—Sería un recuerdo muy bonito. Lo llevaría a todas partes conmigo —bromeó y besó la zona que había mordido para calmarla.

—¡Estás loco! —exclamó riendo y abrazándose a él con fuerza.

—No, tú me vuelves loco —susurró en su oído. La besó con sensualidad y sonrió al notar cómo Amanda temblaba contra su cuerpo. Era tan dulce…—. Me gustaría que volviésemos a salir de *El árbol* algún día, juntos.

—¿A dónde me llevarías? —preguntó soñadora.

—Quizás podríamos cenar en un sitio elegante.

—¿Te pondrías esmoquin?

—¿Ya estamos otra vez con esa obsesión por los uniformes, señorita? —la regañó divertido.

—Has empezado tú, yo solo he dejado que mi imaginación hiciese el resto.

Oliver juntó sus frentes y la besó con tanto ardor que se separaron jadeantes.

—Me pondría ese maldito esmoquin todas las noches, si tú me lo pidieses.

Ella lo besó de nuevo y se apretó contra su cuerpo.

—¿A dónde más me llevarías?

—Al castillo del mar.

—No sé qué es —admitió Amanda—. ¿Tú has estado allí?

—He oído hablar de él. Y me gustaría descubrirlo contigo —añadió con intensidad—. Es el antiguo embarcadero de plátanos de Vallehermoso. Desde allí, las vistas al Teide son fantásticas. Es un lugar tranquilo donde poder hacerte el amor con la sensación de estar en alta mar.

—Quiero ir ya —susurró ella extasiada por sus palabras.

—O, quizás, podría llevarte a la playa de Alojera, al atardecer. Pasear descalzos por su arena negra, ver el viejo muelle y sus acantilados.

—¿Me harías el amor allí también?

—Te haría el amor donde fuese, porque me encantas.

—Deja de decir esas cosas —le pidió casi sin voz—. Vas a conseguir que me enamore de ti.

—Todavía no soy tan rico como para que conmigo tengas la vida de

princesa que quieres.

—Me da igual. A tu lado, sería feliz hasta viviendo en esta casita.

Oliver la miró a los ojos notando cómo todo su cuerpo se agitaba por lo que acababa decir Amanda. Respiró, pues se había olvidado de hacerlo y la besó con intensidad.

—¿Aquí? ¿Sin joyas, ni ropa cara, ni lujos?

—Aunque tuviese que pasarme el resto de mi vida trabajando contigo en la plantación para poder comer.

—¿Por qué? —preguntó Oliver frunciendo el ceño, sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Por qué ya no quieres todo lo demás?

—Todo lo que quiero… —Dejó de hablar durante unos segundos para coger valor—. Todo lo que quiero está frente a mí.

—¿Me quieres? —dijo él abriendo mucho los ojos y sintiendo que millones de corrientes eléctricas lo traspasaban en cuestión de segundos. Ese latido tan especial lo golpeó en el pecho y lo dejó sin aliento.

—Creo que estoy empezando a hacerlo, Oliver. Lo que siento por ti es mucho más de lo que jamás imaginé.

—¡Dios, Amanda! —exclamó cogiéndola por la cara y besándola con fuerza. A pesar de que sabía que su relación no podría sobrevivir a la verdad, sus palabras lo hicieron sentir más vivo de lo que lo estuvo nunca. Era una alegría tan plena que creyó estallar. La cubrió de besos por toda la cara—. No me quieras, Amanda. —Cerró los ojos con fuerza y continuó llenándola de besos—. No me quieras, por favor. No merezco todo esto.

—Que lo merezcas, o no, a mi corazón no le importa. No puedo mandar sobre él.

—Ojalá pudieses conocer a mi madre —comentó él de repente.

—¿No está viva?

—Sí, sí que lo está —rio y la abrazó con energía—. Pero vive en Valencia.

—¿Tú eres de Valencia?

—Sí, ¿nunca te lo había dicho?

—No sé casi nada de ti, solo que trabajas en la plantación de mi hermano y poco más.

Oliver hizo una mueca con la boca, pues tenía razón. Apenas habían hablado sobre él, cuando la vida de Amanda se la conocía al dedillo. «¡Maldito caso policial!», se quejó mentalmente.

—¿Quieres preguntarme algo?

—¿Me contestarás a lo que sea? —dijo ella con curiosidad.

—Puedes probar.

—¿Has estado casado antes?

—Nunca. —Sonrió.

—¿Tienes hijos?

—No, que yo sepa.
Amanda rio y le dio un empujón.
—¿Te gustaría formar una familia en un futuro?
—Pues… jamás lo había pensado —admitió. Después de lo ocurrido con Laura, siempre sintió que la muerte era la mejor opción para él—. ¿Tú quieres formar una familia?
—Sí. Quiero tener niños, malcriarlos y consentirles todo —rio—. Quiero darles todo el amor que mis padres no pudieron darme a mí.
Oliver torció un poco el gesto al imaginar cómo tuvo que ser su vida sin las figuras paternales en ella. Según leyó en los informes policiales, era la medio hermana de Robles y se quedó a su cuidado a los cuatro años, cuando sus progenitores tuvieron un accidente de coche.
—Al menos tuviste a Alberto.
—Sí —asintió sonriente—. Mi hermano lo hizo lo mejor que pudo. Nunca fui una niña fácil. Alberto se quedó a mi cargo con veintitrés años, tuvo que madurar de golpe, abandonar los estudios y comenzar a trabajar para mantenerme. A él le debo todo lo que tengo en este mundo.
Oliver se mordió el labio inferior y se sintió fatal consigo mismo. Alberto Robles era la única familia que tenía Amanda, y él estaba intentando sacar información para meterlo en la cárcel. Se sintió el ser más rastrero del mundo. No obstante, ¿qué podía hacer él para solucionar toda esta situación?
—Oliver. —La voz de Amanda lo sacó de sus pensamientos. La miró de nuevo y suavizó su expresión. Mirarla era todo lo que necesitaba para que su estado de ánimo volviese a ser bueno. Era preciosa y fantástica—. ¿Puedo hacerte una pregunta más?
—Adelante. —La besó con cariño y notó cómo las manos de ella acariciaban su espalda.
—¿Quieres dormir conmigo esta noche?
—Eso no tenías ni que preguntarlo, porque no pensaba moverme de aquí. —Besó a Amanda con ardor y entrelazó sus piernas—. Pregunta otra cosa, esa era muy obvia.
Ella lo miró con los labios curvados por una sonrisa relajada y negó con la cabeza.
—No tengo más preguntas que hacerte.
—¿En serio? ¿Con todo lo que puedes preguntar, te plantas ya?
—No necesito saber nada más de ti. —Le acarició la mejilla—. Eres un hombre natural de Valencia que dejó su tierra buscando un futuro mejor. Bastante ligón en el pasado y con una mala experiencia. Trabajas en la plantación de mi hermano por el día y pasas conmigo las noches. —Amanda lo besó fugazmente y le acarició el torso—. Aunque, bueno…, sí que tengo una última pregunta.
—¿Cuál?

—¿Llegarás a quererme algún día?

Capítulo 20

«No lo sé».

Cada vez que Oliver recordaba su contestación, le daban ganas de hacerse el harakiri. Ella le había preguntado si la querría algún día y solo había podido responder eso. Notó la desilusión en el rostro de Amanda, aunque se empeñase en ocultarlo.

Dejó el machete a un lado, pues se encontraba en plena recogida de plátanos, y se secó el sudor de la frente. No sabía cómo actuar, tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba el caso. Debía cumplir con su obligación y ser fiel al juramento que hizo como policía. Le habían encomendado la misión de vigilar y detener a uno de los mayores narcos de España. Y, por otro lado, estaba ella. La mujer con la que había descubierto que era posible tener una segunda oportunidad en la vida, la que le había hecho ver de nuevo que el mundo no era negro, sino de mil colores diferentes, por la que notaba tantas cosas dentro de él que era imposible negarlas.

¿Amor? No lo tenía claro, jamás sintió nada parecido por ninguna mujer, sin embargo, estaba seguro de que era Amanda la única que podría despertar ese sentimiento. Juntos eran fuertes. Se complementaban a la perfección. Había pasión, amistad, risas, intimidad… Ella activaba su deseo de posesión. Y estaba mal reconocerlo, pero sentía que Amanda era suya: sentía que no podía dejar que se alejase de su vida, porque si eso ocurría volvería la oscuridad.

Sin embargo, ¿cómo iba a conseguir que las cosas mejorasen? No sabía de qué forma actuar para que todo aquello no acabase mal. Tarde o temprano tendrían que detener a Alberto, y Amanda no querría volver a saber nada de él.

Cogió de nuevo el machete y golpeó la rama, de la que pendía el racimo de plátanos, haciéndole una gran muesca. La investigación apenas había avanzado desde que lo grabó hablando por teléfono. Era la única prueba que habían logrado desde que llegaron a La Gomera, y no podían sacar con ella nada en claro. No obstante, Oliver sabía que había algo que se escapaba de su comprensión. En esa investigación algo no funcionaba; algo… que no estaban haciendo bien. ¿El qué? No

estaba seguro, pero alrededor de Alberto Robles había cosas que no llegaban a ver.

Cogió el racimo de plátanos con los dos brazos, pues este debía de pesar alrededor de veinticinco kilos. Lo dejó en la carreta y suspiró, apoyándose en ella.

Todo a su alrededor estaba hecho un lío y no sabía cuáles serían sus siguientes pasos. No obstante, la presencia de Amanda tiraba de él como si fuese un potente imán. Esa mujer era lo más bonito que se había cruzado en su vida y… no quería perderla.

Alberto estrechó la mano de Samuel y le dio varias palmaditas en el hombro. El exnovio de su hermana y él siempre tuvieron una buena relación, pues tenían amigos en común y la simpatía entre ellos surgió desde el primer momento. Tanto fue así, que cuando Amanda y él comenzaron a salir juntos, Alberto aprobó la relación inmediatamente.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe al aeropuerto?

Samuel cogió la maleta y negó con la cabeza, amablemente.

—No te preocupes, el taxi me dejará en la puerta, no hay pérdida.

—¿Has conseguido casa en Madrid?

—Sí, un pequeño piso en Atocha. No es como el que compartía con tu hermana, pero para mí solo me basta.

—Amanda siente no haber podido estar aquí para despedirse —comentó Alberto disculpándola ante él—. Esta mañana le daban las llaves del local que hemos alquilado en el pueblo.

—Me despedí de ella ayer por la tarde.

Alberto asintió y se cruzó de brazos.

—Siento que lo vuestro no haya funcionado.

—Yo también lo siento —dijo con pesar—, pero… así es la vida. Lo intenté, hice lo que pude, pero ha preferido a ese jornalero tuyo.

—Oliver es un buen tipo, y muy trabajador.

—Esperemos que no se aburra de él tan pronto como de mí.

—Ya conoces a Amanda, con ella no hay nada seguro.

Samuel se miró el reloj de muñeca y suspiró.

—Bueno, me tengo que ir ya, no quiero perder el avión. Gracias por permitir que me quedase en tu casa.

—Vuelve cuando quieras. Siempre serás bienvenido en *El árbol*.

Cuando Samuel salió de los límites de su propiedad, Alberto volvió a entrar en casa y cerró tras de sí. Subió por las escaleras, todavía tenía que acabar con algo de papeleo en su despacho. No obstante, mientras lo hacía, buscaba con la mirada a cierta persona de cabello negro y rostro angelical, que lo tenía completamente enganchado.

Cuando dio con Fayna, sonrió maliciosamente y se acercó sin hacer ruido. Limpiaba un cuadro cerca del dormitorio de Amanda, y se

encontraba de espaldas a él.

De improviso, la agarró por la cintura y la apretó contra su torso, logrando que diese un grito.

—Buenas tardes, señorita —le susurró al oído sin poder dejar de sonreír.

—¡Dios santo, Alberto, casi se me sale el corazón! —Se llevó la mano al pecho y dio media vuelta, encarándolo.

—Tú también me provocas eso a mí. Te veo y mi corazón vuela.

—Tonto. —Se echó a reír y se tapó la boca mientras lo hacía.

—Llámame como quieras, pero es la verdad.

La rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo, logrando que sus miradas quedasen alineadas. La besó con ganas, con pasión, y Fayna entrelazó las manos a su cuello. Cuando separaron sus labios, ella escondió la cara sobre su hombro.

—Alguien podría vernos.

—Me da igual, es mi casa, y tú la mujer de mis sueños, y con la que duermo todas las noches.

—¿Qué diría Dolores si se entera?

—Es vieja, pero no tonta. Lo sabe. Ayer me dejó caer varias indirectas al respecto.

—¿Y le parece bien?

—Dolores es como mi madre, aprueba todo lo que me hace feliz. —Se quedó callado unos segundos y continuó con la sonrisa en los labios—. A quien no parece aprobar es a Amanda. Incluso me dijo que, el día que se llevase bien con ella, se quitaba el luto.

—¡Menuda es Dolores!

Ambos rieron y se abrazaron de nuevo. Fayna suspiró y le dio un suave beso en los labios.

—Voy a seguir limpiando, si me entretengo no voy a terminar ni a medianoche.

—No tienes por qué seguir haciéndolo.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos juntos, no quiero que continúes partiéndote el lomo con la casa cuando…

—Alberto, no sigas por ahí —lo cortó de inmediato—. Este es mi trabajo.

—Ya no necesitas trabajar.

—Pero lo voy a seguir haciendo.

—¿Por qué?

—¡Porque quiero! Jamás me ha mantenido ningún hombre y va a seguir siendo así. —Lo miró con decisión—. Además, Dolores está muy mayor, no pienso dejar que se ocupe ella sola de toda esta casa.

Alberto alzó las cejas y apretó los labios para no reír. Estrujó a Fayna contra él y apoyó el mentón sobre su coronilla.

—Estoy rodeado de mujeres fuertes, decididas y guerreras. —La besó con dulzura y le sonrió—. Y me encanta que así sea.

Amanda cogió la mano de Oliver y tiró de él para que la siguiese por las escaleras. Alberto había organizado una comida familiar ese día y había querido que él también estuviese presente. Sin embargo, como todavía faltaba un rato para que todo estuviese listo, quiso estar con él a solas mientras tanto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Oliver, que miraba a su alrededor a la vez que ascendía por las escaleras tras ella.

—¿De verdad tengo que responder? ¿No te lo imaginas?

—¿Me llevas a tu habitación?

—¡Bingo! —Giró la cabeza y le dio un fugaz beso.

—Entonces, tendremos que cancelar lo de la comida.

—¿Por qué?

—¿De verdad tengo que responder a eso? ¿No te lo imaginas? —la interrogó con sorna, imitando sus propias palabras.

Amanda le dio un empujón y se echó a reír, logrando que él riese también. Lo rodeó por el cuello y fundió sus labios con pasión, a mitad de la escalera. Cuando se separaron, Oliver resopló y la miró a los ojos.

—Tendremos que decirle a tu hermano que no podremos ir a su comida, porque si me meto en el dormitorio contigo, no voy a querer separar mis manos de tu cuerpo.

—Es un riesgo que tenemos que correr —añadió divertida.

Llegaron al final de la escalera y caminaron por el ancho pasillo, de paredes forradas de madera, hasta que alcanzaron la cuarta puerta. Amanda agarró el pomo y lo giró. Cuando Oliver entró en el dormitorio, silbó impresionado.

—Me da la sensación de que he retrocedido en el tiempo cincuenta años.

—Más bien unos cien. —Cerró la puerta tras de sí y, sin soltar su mano, lo condujo hasta el centro de la estancia.

—¿Esta era la habitación de Inés?

—Sí, y según Alberto está tal y como era originalmente.

—¿Y no hay ninguna foto de ella por aquí? —se interesó Oliver.

—No, y… la verdad es que no lo entiendo. Esta era su casa antes de que tuviese que casarse con su prometido. En el desván tampoco hay ningún retrato de ella, aunque… de Rosa y de sus padres, sí.

—¿Cómo sabes que no es Inés la de las fotografías?

—Porque una de ellas es demasiado mayor y la otra es una niña.

—¿Por qué no habrá nada de ella?

Amanda torció el gesto y apretó los labios, con tristeza.

—Espero no tener razón, pero me parece que las cosas finalmente no tuvieron que irle muy bien.

—¿En el diario no escribe nada al respecto?

—Todavía no lo he acabado. Sin embargo, todo parece apuntar a que terminó en tragedia. —Tragó saliva y prosiguió—: Quizás la descubrieron con Dembo, la echaron de su casa y se deshicieron de todas sus pertenencias. Quizás… se quitó la vida por ser tan infeliz con Pedro Rivera, y sus padres no pudieron soportar seguir viendo sus retratos. No sé, Oliver, la verdad es que no tengo ni idea.

—¿Todas las pertenencias familiares están en el desván?

—Sí, en la casa solo queda esta habitación. Lo demás está apilado y tapado con sábanas en el altillo.

Oliver sonrió y la abrazó con fuerza.

—¿Te puedes creer que ahora siento curiosidad?

—Es normal, yo estoy igual. Hay mucho misterio alrededor de la figura de Inés y de ese diario. Cuando lo termine, lo averiguaremos.

—¿Tú tienes un diario personal? —le preguntó alzando una ceja.

Amanda rio y lo miró divertida.

—¿Te gustaría que lo tuviese?

—Sería interesante leer lo que pasa por esta cabecita. —La besó en la frente.

—Mi vida tampoco es tan interesante.

—Aun así, me encantaría saber qué piensas sobre mí.

Ella lo miró a los ojos y sonrió, mientras que le acariciaba la mejilla rasposa.

—Pero si tú ya sabes lo que pienso de ti. —Lo besó con suavidad y apoyó la frente sobre la de él—. Yo sí que necesito saber qué es lo que piensas. Eres bastante reservado.

«Ojalá no tuviese que serlo», se dijo Oliver. Los secretos que le guardaba le pesaban mil veces más a él.

—Quizás te asustarías de mi mente perversa y depravada —bromeó intentado no pensar demasiado en ello.

—¡Eres tonto! —rio y le acarició el torso—. Me gustaría saber qué piensas sobre lo nuestro. Bueno, a ver… sé que no me quieres, pero algo tendrás que sentir por mí, creo yo.

—¿Quieres que te sea sincero?

—Por favor —dijo ella mirándolo con nerviosismo.

—A veces, me gustaría pedirte que nos largásemos de aquí, tú y yo, solos. Que nos olvidásemos de todo y comenzásemos una vida donde nadie nos conociera. —Así, Amanda jamás sabría el engaño al que había sido sometida. Jamás se enteraría de su verdadera profesión, ni que estaba allí para vigilar a su hermano. Podrían seguir con su romance hasta donde les condujese—. Pero después desechó la idea. Tengo obligaciones que cumplir.

—No estaría mal eso de perdernos una temporada —añadió ella soñadora—. Tu trabajo en la plantación seguirá estando aquí cuando regresemos.

—No todo es tan fácil, Amanda —comentó con pesar. Cerró los ojos y suspiró—. A veces, también me pregunto por qué sigo contigo. No quiero hacerte daño y creo que acabaré haciéndonoslo a los dos.

Amanda frunció el ceño y cogió su cara con las manos, para que la mirase a los ojos.

—Escúchame, Oliver, no vas a hacerme nada de eso. —Lo besó en los labios con tanta dulzura que logró que se les erizase el vello del cuerpo y sus corazones latiesen frenéticos—. Lo que te ocurrió con esa mujer no fue tu culpa. Tú no le pusiste el arma en la mano para que se quitase la vida.

—No es solo eso, Amanda.

—Si también te preocupa no sentir lo mismo que yo, puedes respirar tranquilo. —Sonrió y le frotó la nariz con la suya—. Pienso hacer que te enamores locamente de mí.

Él tuvo que reír por sus palabras.

—¿Piensas hacerlo?

—Por supuesto —añadió con chulería—. Parece mentira que no me conozcas. Consigo todo lo que quiero, y te quiero a ti. Quiero tener tu amor, y lo voy a lograr.

Oliver suspiró abrumado y emocionado por sus palabras. La abrazó con fuerza y la alzó hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo.

—Tú podrías conseguir hasta que el sol se incline ante ti.

Y tras decir eso, fundió sus labios con ardor, sintiendo que el tiempo se detenía, que su corazón latía de esa forma tan especial y que su cuerpo se encendía a una velocidad vertiginosa.

Sus manos recorrieron la espalda de Amanda, descansando en su trasero y apretándolo. Su miembro estaba henchido, pues era el efecto que provocaba esa mujer en él. Cada vez que la besaba se revolucionaba. Notó cómo ella bajó las manos por su torso y las colocó sobre la cinturilla de sus pantalones. Sin poder parar, abarcó su pene, que se endureció y aumentó todavía más al sentir sus dedos sobre él. Oliver jadeó contra su boca y le mordió el labio inferior.

—Amanda, no sigas.

—Sí, te deseo aquí y ahora.

—La comida con tu hermano. —Acarició uno de sus senos y ella gimió con fuerza—. Llegaremos tarde.

—Alberto puede esperar —añadió sin querer apartarse de él.

—Subirán a buscarnos.

—Pues, que sea rápido —lo animó mordiéndole el mentón con pasión.

Oliver rio contra su boca y negó con la cabeza.

—Nosotros nunca podemos hacerlo rápido.

—Hoy sí —insistió muy caliente—. Hazme el amor, Oliver. Lo quiero ahora.

—Joder, no me lo pongas tan difícil. —La empujó contra la pared y devoró su boca con brío—. Luego tenemos todo el tiempo del mundo, podemos esperar.

Ella enredó sus piernas alrededor de las caderas de él y trazó círculos con sus caderas.

—No quiero esperar, contigo no puedo hacerlo. —Mordió el lóbulo de su oreja y lamió su cuello—. Fóllame, Oliver, hazlo. —Soltó los primeros botones de su camisa y lo miró a los ojos—. Te quiero.

Al escuchar aquella declaración de amor, todo su mundo se volvió del revés. La ayudó a quitarse la camisa del todo y la prenda acabó en el suelo, sin pensar en que podría arrugarse.

—A la mierda con todo, hagámoslo.

Cuando estuvieron reunidos en el salón, colocaron la comida sobre la mesa entre todos. En ella se reunieron Alberto, Fayna, Dolores, Inma, Oliver y Amanda.

El ambiente era divertido y jovial, incluso Fayna, que habitualmente era más reservada, participó de forma activa en la conversación.

Inma reía, mientras acariciaba su abultado vientre. Dolores conversaba con ella, además de estar al tanto de las palabras de Alberto y sus constantes bromas. Y Amanda y Oliver cuchicheaban y se acariciaban cada vez que sus ojos coincidían. Fue una velada amena, se notaba la felicidad en todos y cada uno de los asistentes.

Cuando sirvieron los cafés, se cogieron de la mano, sin importarles que los presentes los viesen tan acaramelados, incluso Amanda se sentó sobre él en la silla y lo abrazó mientras que este conversaba con Alberto relajadamente.

—Entonces, ¿te vas a hacer de rogar mucho más? —preguntó Alberto sin que la sonrisa desapareciese de sus labios. Abrió la caja donde guardaba los puros y le ofreció uno a Oliver, que agradeció su amabilidad y lo aceptó.

—¿A qué te refieres con eso de hacerme de rogar?

—Si me vas a decir de una vez si aceptas el puesto de capataz.

Oliver se humedeció los labios. Había estado intentado darle largas al tema, pues sabía que era un asunto importante para *El árbol* y su plantación. Un capataz era el responsable de que todo funcionase a la perfección y que las cosas se realizasen correctamente.

Si tenía que ser sincero consigo mismo, si su posición hubiese sido otra, hubiera aceptado de inmediato: era un buen trabajo, bien pagado y con mucho menos esfuerzo físico. Sin embargo, ¿cómo iba a aceptar

si se iría en cuanto la investigación acabase? Independientemente de lo que sucediese con Alberto, no le parecía bien aceptar algo tan importante sabiendo que su estancia en ese lugar pendía de un hilo. Lo último que quería era que Amanda pensase que se había reído de ellos.

—Sintiéndolo mucho, tengo que decirte que no.

—Pero ¿por qué no? —saltó Amanda, que continuaba sentada sobre él, abrazándolo—. ¡Es una gran oportunidad, Oliver!

—Escucha a mi hermana, en esto tiene toda la razón —continuó el otro.

Oliver los miró a los dos y suspiró.

—No estoy preparado para ese puesto —mintió, pues era imposible que pudiese contarles lo que de verdad daba vueltas en su cabeza—. Apenas llevo aquí cuatro meses, necesito aprender más sobre el cultivo de plataneras.

—Ya te dije que Antonio te instruiría.

—De todas formas, de momento no puedo aceptar. Hay hombres en la plantación más cualificados que yo para ese puesto.

—Ninguno de ellos tiene tu empuje, ni tus ganas de aprender —añadió Alberto.

—Lo siento.

Fayna, que estaba escuchando a los dos hombres, tocó el brazo del dueño de *El árbol* y le sonrió.

—No lo presiones, es comprensible lo que dice.

Amanda no dejaba de mirar a Oliver. No podía creer que hubiese dejado pasar un puesto como ese.

—¿Estás seguro de lo que haces? —dijo con voz calmada, casi susurrante.

—Sí, creo que sí.

—Es un buen puesto, Oliver.

—No estoy preparado para él.

Amanda asintió respetando su decisión y le sonrió.

—Vale. Si es tu decisión, te apoyo.

Al escuchar sus palabras, el pecho de Oliver se hinchó y notó un pinchazo en el corazón. La emoción de que ella confiase en él lo desarmaba, pues era una confianza que no merecía.

—Amanda, eres increíble. ¿Cómo puedo tener tanta suerte? —preguntó en su oído.

—Te quiero —le repitió feliz—. Y en eso consiste el amor, en darte mi hombro siempre que lo necesites. —Lo besó con fugacidad y apoyó su frente contra la de él—. Si tú crees que esto va a ser mejor para ti, pues lo será.

—¡Oh, miradlos! —saltó Inma alzando la voz y logrando que los demás se fijasen en la feliz pareja—. ¿Verdad que son monos? Qué

acaramelamiento, por Dios.
Amanda puso los ojos en blanco y resopló.
—Esa palabra no existe.
—Pues, voy a llamar a la RAE ahora mismo —bromeó su amiga—. En cuanto os vean tan juntitos y romanticones, la añaden al diccionario.
Alberto soltó una carcajada y palmeó el hombro de Oliver.
—Vas a tener que decirme lo que le has hecho a mi hermana para tenerla así. Yo llevo treinta y un años intentando que se suavice, y nada.
—¡Sois muy tontos! ¿Os dais cuenta? —rio Amanda empujando a su hermano y riendo con Oliver, que los miraba divertido—. Tú, hermanito, en vez de meterte conmigo, deberías explicarme qué pasa entre Fayna y tú.
La otra se puso colorada cuando la nombró y se tapó los ojos con una mano, sonriendo. Alberto, al verla, la rodeó con un brazo y la acercó a su cuerpo.
—Eso mismo os quería comentar. —Se humedeció los labios y fijó su mirada en Fayna—. Hoy, os he hecho reuniros aquí conmigo porque quiero…
—¡Alto, policía!
Aquel grito, junto con el alboroto que se formó a continuación, logró que Alberto dejase de hablar. Al salón comenzaron a entrar agentes armados con pistolas que los apuntaban mientras se posicionaban por toda la estancia. Amanda se abrazó a Oliver con fuerza y gritó asustada. Él, por su lado, se sentía confuso. Habló la pasada noche con su superior y no le dijo que la detención se iba a llevar a cabo. ¿Qué estaba ocurriendo? Su corazón latía a una velocidad vertiginosa. ¡No podía ser! ¡No habían encontrado más pruebas! ¿Por qué habían irrumpido con tanta violencia?
Cuando todavía la confusión reinaba entre los habitantes de *El árbol*, Marín entró al salón, con su habitual sonrisa burlona, e hizo que Alberto se levantase de su silla. Lo cogió de los brazos y le esposó las manos a la espalda.
—Alberto Robles Sánchez, queda detenido por el delito de narcotráfico y asesinato por ajuste de cuentas.
—¿Qué? —gritó Amanda levantándose de encima de Oliver y yendo hacia ellos, para ayudar a su hermano, que forcejeaba contra el policía —. ¡Está cometiendo un grave error, agente, mi hermano no ha hecho nada de lo que se le acusa!
—Amanda. —Oliver la cogió del brazo y le impidió llegar a ellos.
—¡Agente, no voy a tolerar que entren en mi casa y me acusen de algo tan grave! —exclamó Alberto, mirando a Marín a los ojos.
—¡Cállate, Robles! —escupió con antipatía—. Voy a proceder a

recitarte tus derechos.

—¡No! —gritó Amanda, llorando en los brazos de Oliver—. ¡Es un error, Alberto, diles que no es cierto!

—Tranquila —le susurró Oliver en su oído, comprendiendo que tenía que ser un momento muy duro para ella. Al ver que sus piernas fallaban y que estaba al borde del desmayo, la hizo sentar en una silla y se dirigió hacia Marín, que seguía leyéndole los derechos a su hermano.

—¿Qué coño has hecho, Marín?

—Lo que nadie se ha atrevido a hacer. Este asesino narcotraficante debe estar en la cárcel.

—¿Os conocéis? —saltó Alberto frunciendo el ceño.

Marín dio un par de palmadas sobre el hombro de Oliver y lo abrazó.

—¡Claro que sí! ¿Verdad, Oliver?

—¡Cierra el pico! —gritó sin poder evitar mirar a Amanda, que los observaba a ambos sin comprender.

—¡Este chico es una máquina del espionaje! —continuó sin soltarle—. Gracias a él hemos podido obtener la grabación con la que vamos a inculparte del envío del alijo.

—¿Eso es verdad? —lo interrogó Alberto apretando la mandíbula.

Sin embargo, Marín le dio un puñetazo en la mejilla que lo dejó medio mareado.

—¡Te he leído tus derechos, pedazo de mierda! ¡No hables! —Hizo una señal con la cabeza a dos de los guardias—. Cogedlo y echadlo al coche patrulla.

—¡No! —chilló Amanda lanzándose contra él.

No obstante, Oliver se puso en medio y la agarró por los brazos.

—Amanda, tranquila.

—¡Suéltame! —le exigió dándole un empujón—. ¿Quién eres tú? ¿Quién coño eres tú, Oliver? ¡Pensé que te conocía y te has reído de mí!

Marín rio al ver la escena y se cruzó de brazos.

—Joder, Oliver, ¿te has estado cepillando a la hermana de Robles? —Soltó una carcajada y aplaudió—. Bien hecho, chico, has jodido al hermano y también con la hermana.

—¡Cállate, maldito cabrón! —Sus ojos volvieron a Amanda que lo miraba sin dejar de llorar—. Te prometo que quería decírtelo, te lo juro, Amanda. Pero no podía hacerlo. —Tragó saliva y resopló, pues los nervios se acababan de instalar en su estómago—. Pertenezco a la policía secreta. Me enviaron a La Gomera a investigaros.

Ella se tapó la boca con las manos y señaló a Alberto.

—Has estado en su casa, te ha dado de comer, te ha dado un trabajo… ¡y tú has ayudado a que lo acusen de algo que no ha hecho!

—Lo empujó y pegó en el pecho—. Has… has… te has acostado conmigo, ¡me has tenido engañada desde que llegaste!

—Amanda, escúchame.

—¡No, joder! —gritó sin dejar de pegarle—. ¡Me has enamorado, creí tus palabras, maldito hijo de puta! ¡Y todo fue para sacarme información acerca de mi hermano!

Oliver se acercó un poco a ella e intentó que se tranquilizara.

—Lo que hemos tenido ha sido de verdad, créeme.

—¡Embustero!

—Al principio reconozco que me acerqué a ti por interés, pero después…

—¡Fuera de mi casa! ¡Yo te quería! —Y tras decir aquello se rompió y tapó su cara con las manos para que no la viese llorar.

—Amanda, por favor —insistió él.

Poseída por una furia ciega, cargó contra él y lo golpeó con todas sus fuerzas. Oliver le cogió las manos para que dejase de hacerlo. Cuando la miró a los ojos y la mirada de ella coincidió con la suya, vio una ira tan intensa que lo dejó noqueado.

—Te odio —susurró con tanta tranquilidad que se le puso el vello de punta—. Todo lo que sentía por ti acaba de morir. Lo único que deseo es que te pudras y tengas una vida vacía y llena de sufrimiento. Lárgate de mi casa.

—Escúchame.

—¡Que te vayas de aquí, escoria! —chilló sin poder aguantar más el odio que se había enredado en su corazón—. No quiero volver a verte en lo que me queda de vida. Para mí, estás enterrado. Olvídate de que existo, porque en cuanto te des la vuelta, estos meses juntos serán humo.

Tras decir eso, corrió hacia donde estaba Fayna, Inma y Dolores, que lloraban al ver cómo la policía se llevaba a Alberto hacia el coche policial. La abrazaron para darle consuelo y se dieron apoyo mutuamente.

Marín llegó donde estaba Oliver y lo condujo hacia la salida de la casa. Sin poder evitarlo, giró la cabeza y observó por última vez a Amanda, que lloraba desconsolada en los brazos de Inma.

—Buen trabajo, chaval —lo felicitó—. Eres mucho más que un chulito guapo de la península.

—Más vale que sepas lo que estás haciendo, Marín —le advirtió—. Has actuado sin recibir órdenes de nuestros superiores.

—No las necesitaba. Ese narco hijo de puta iba a enviar un barco esta noche. Lo hemos interceptado. —Sonrió con superioridad—. Lo que voy a recibir es el reconocimiento que me merezco por la captura de ese pez gordo. —Se cruzó de brazos cuando llegaron donde se encontraban los coches patrulla y rio abiertamente al ver a Alberto

dentro de uno de ellos, todavía esposado—. El bueno de Robles va a pasar un par de noches en prisión hasta que tenga que presentarse en los juzgados.

Oliver observó el coche en el que estaba Alberto y tuvo que bajar la mirada. Se sentía tan culpable… Cuando volvió a alzar la cabeza, descubrió que el hermano de Amanda lo miraba, pero lo hacía con tal rabia que lo sobrecogió.

El brazo de Marín lo rodeó de nuevo y lo zarandeó.

—Bueno, guapín, ya puedes irte a casa. Tu misión en La Gomera ha acabado —rio y le palmeó el hombro—. Puedes estar contento: hemos capturado al malo de la película y tú has mojado el churro con su hermana. Si lo llego a saber hubiese venido yo.

Oliver lo empujó y alzó el dedo, señalándolo, a modo de advertencia.

—No vuelvas a nombrar a Amanda, cerdo asqueroso, ¿me oyes? Porque si lo haces, juro que te mato.

Se quedó observándolo con furia unos segundos más y comenzó a caminar hacia la casa de los trabajadores, tenía que recoger sus pertenencias.

El tiempo que tardó en llegar allí, fue amargo. Contempló la plantación dándose cuenta de que jamás volvería a trabajar en ella. Las hileras de plataneras se agitaban por la brisa como si se despidiesen de él. El sol, ahora escondido tras las nubes, atravesándolas con algún que otro rayo, iluminaba *El árbol* confiriéndole un aura mágica. Había aprendido tantas cosas sobre el cultivo de plataneras…

Divisó la casa de Alberto, en la que apenas una hora estaba feliz, acompañado por la mujer que lo hacía sentirse completo. Habían reído, se habían besado, acariciado.

Amanda… ¿qué sería ahora de ella? No sabría si estaba bien, si pasaría necesidades sin su hermano, si sonreiría con la misma intensidad, si volvería a ser la misma.

Por último, su mirada fue hacia el pequeño bosque de *El árbol*.

La casita del pino. Ese lugar donde tantas veces habían estado juntos, en la que se habían pertenecido, el templo en el que se sintió tan afortunado. La casita con la que soñaría el resto de su vida.

Capítulo 21

2 de febrero de 1904

Querido diario:

Siento tal angustia en mi interior que creo que voy a vomitar en cualquier momento. Desde hace dos días, vivo en un estado perpetuo de incertidumbre. Y es que ha ocurrido algo horrible.

Rosa ha descubierto a Dembo en la casita del árbol. Mi pequeña hermana lo ha visto junto a mí, mientras reíamos y conversábamos acerca de nuestro amor. Creo que todavía soy capaz de escuchar sus gritos. Doy gracias a Nuestro Señor de que la casa esté tan alejada del resto de la plantación. Si hubiese sido de otro modo, todo el mundo se hubiera percatado de que algo ocurría dentro de ella. Rosa estaba aterrada. Tuve que taparle la boca con las manos y suplicarle que se calmase, pues, de otra forma, corríamos el riesgo de ser descubiertos. Sus ojos no dejaban de recorrer a Dembo de igual forma que si fuese un ogro. Jamás había visto antes a nadie con la piel diferente a la nuestra y notaba el miedo en su mirada.

Cuando logré que dejase de chillar, le expliqué que era un buen amigo, con el que charlaba a menudo. Le pedí por favor que no dijese nada sobre lo que había visto, pues podía ser fatal para ambos si padre llegaba a saber de ello.

Aceptó con desconfianza y con el miedo dibujado en su cara.

Solo es una niña, una niña a la que han protegido toda su vida, poseedora de una inocencia sin mácula. Todavía sigo dando gracias de que no nos descubriese en una situación más íntima.

Rosa nunca se acerca a la casita del árbol. No le gusta, prefiere quedarse con madre. Aún sigo pensando en lo caprichoso del destino.

Dembo, al verla tan nerviosa, comenzó a hablar con ella, tranquilizándola y haciéndola sonreír. Al cabo de quince minutos, pasamos a ser dos mujeres hechizadas por su exotismo y caballerosidad. Rosa acabó encantada con él.

Tanto es así, que me pregunta a menudo por Dembo.

Quizás no debiese preocuparme por ella, pues creo que jamás dirá nada

a padre, sin embargo, es una niña, y los niños, a veces, hablan más de la cuenta sin pretenderlo. Así que, la angustia y el malestar siguen acompañándome a donde quiera que voy. Y si a todo eso le sumamos que falta apenas un mes para mi enlace con Pedro Rivera… creo que desfalleceré en cualquier instante.

Es tan injusto… Es tan horrible que mi vida se vaya a desmoronar en apenas treinta días. Y es tan espantoso que, aun así, tenga que parecer contenta y feliz delante de mi familia. Es terrible que tenga que separarme de Dembo. Sé que moriré si no puedo tener su amor y sé que esto no puede seguir así.

Mi diario querido, no sé qué hacer.

Tres semanas después de regresar a la península, la cabeza de Oliver seguía en La Gomera. La culpabilidad lo atormentada tanto o más que los recuerdos de Amanda.

Se sentía miserable. Había engañado a esa gente que siempre confió en él. Se repetía constantemente que había sido por exigencias de su trabajo, no obstante, eso no le daba consuelo. Los rostros de los habitantes de *El árbol*, asombrados y dolidos al conocer la verdad, lo partían por dentro. Escuchaba una y otra vez sus lloros, su confusión cuando Alberto fue detenido, sus súplicas, sus lamentos. Veía la cara de Amanda cuando supo quién era él en realidad. El desprecio que le mostró entonces. Y lo peor de todo era que comprendía que sintiese aquello por él. Le abrió su corazón, le confesó lo que sentía y le dijo que lo quería. En cambio, por su parte, había recibido mentiras e historias falsas sobre su vida. Había ayudado a que detuviesen a su hermano, lo había estado espiando y aprovechándose de ella por su cercanía con Alberto.

Desde que comenzó su aventura con Amanda, supo que aquello acabaría mal. Sin embargo, no pudo adivinar toda la desdicha que experimentaría lejos de ella. Si bien los primeros días podía pelear contra la tristeza, conforme pasaron las semanas su cuerpo fue vaciándose y en su corazón la sensación de desasosiego le golpeaba con dureza. Le faltaba su presencia, sus sonrisas y la paz que le transmitía al estar a su lado.

A sus sueños habían regresado los ojos de Laura, tormentosos e hirientes, no obstante, los de Amanda también estaban ahí proporcionándole más ansiedad todavía.

Se estaba desmoronando de nuevo.

Esa mujer había sido un bálsamo en su vida, un parche que sanaba su mente. Pero sin ella todo volvía a ser como siempre. Oscuro y carente de sentido.

Era un desastre de persona. Solo sabía hacer daño a quien más lo

quería.

Bajó de su coche y cogió unos papeles que dejó sobre el asiento del copiloto. Fijó su mirada en la comisaría y suspiró. Su trabajo estaba esperando.

Cada día le costaba más levantarse para acudir a él. Le daba igual que estuviesen inmersos en un nuevo caso, que fuese tan importante como ninguno, o que su presencia fuese crucial para sus superiores. Lo único que quería era regresar a casa y esconderse bajo las sábanas.

La echaba tanto de menos…

¿Qué estaría haciendo ella ahora? ¿Se acordaría de esos días juntos en la casita del árbol?

No podía apartar su sonrisa de su mente, su lengua afilada y su sarcasmo. Lo tierna que era con él y su sensualidad cuando hacían el amor.

En la distancia que los separaba, los sentimientos hacia Amanda se masificaban. O, quizás, ahora que no la tenía consigo, estaba descubriendo que lo que sentía por ella era mucho más de lo que creyó.

Siempre supo que lo que tenían era algo fuerte, sin embargo, no hasta ese punto. No hasta el punto de creer que todo se desvanecería si no volvía a verla.

—Fuerza, Oliver, fuerza —se repitió en voz baja mientras cruzaba la comisaría y el largo pasillo que llevaba a la sala de reuniones.

Tenía que seguir con su vida. Era lo correcto. Amanda era la hermana de un narcotraficante preso.

—¿Ahora también hablas solo? —La voz de Bruno, a su espalda, lo hizo detenerse. Su amigo se colocó a su lado y le sonrió con complicidad.

—Yo ya no sé ni lo que digo —dijo Oliver quitándole importancia a su comentario.

—¿Y tampoco comes? Viniste de La Gomera con buen aspecto y aquí te estás desinflando.

—Eso es asunto mío —respondió con un resoplido.

—También es asunto mío, Oliver, eres mi amigo.

—Pues, entonces, no te inmiscuyas en mi vida.

—Necesitas ayuda, tío. —Le puso una mano en el hombro y lo miró con seriedad.

Oliver se zarandeó y lo apartó de inmediato.

—¡Lo que necesito es que no os metáis donde no os llaman, joder! ¡Tanto tú como mi madre!

—Esa mujer no merece tener un hijo así.

—¡Ya basta, Bruno! Nadie ha pedido tu opinión.

—¿Te das cuenta de cómo te comportas con las personas que te quieren y se preocupan por tu bienestar?

Oliver dejó de caminar y lo fulminó con la mirada. Se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—Si no tienes nada que decirme sobre nuestro trabajo, te ruego que dejes de joderme de una puta vez.

—Muy bien, lo que tú quieras, Oliver —añadió resoplando dándose por vencido—. Solo espero que abras los ojos antes de que tires tu vida por el retrete.

—¿Eso tiene que ver con mi trabajo?

Bruno apretó la mandíbula y negó.

—No. —Cogió aire un par de veces—. Pero quizás te interesará saber que han soltado a Robles.

—¿Lo han soltado? —repitió notando que su cuerpo se paralizaba.

—Nos han tendido una trampa.

—¿Qué ha pasado?

—Era inocente. El verdadero narco se las ingenió para que toda la mierda se la llevase él a ojos de la policía. Robles no es culpable ni de matar a una mosca. Querían desviar nuestra atención hacia un cabeza de turco mientras que el verdadero culpable enviaba el alijo sin despertar sospechas.

Oliver no comprendía nada.

—Pero… llevamos años investigándolo.

—Pues, imagínate la cantidad de droga que ha entrado en España por nuestra equivocación.

—¿Por qué? ¿Por qué inculpar a Alberto Robles y no a otra persona? ¿Ha dicho algo al respecto el verdadero narco?

Bruno rio y asintió con seguridad.

—El narco cantó como un pajarito cuando lo arrestaron. Él y Alberto eran conocidos, y un blanco fácil. Un hombre con dinero y negocios poco reconocidos.

Oliver apenas podía procesar toda la información. Alberto era inocente. Había estado investigando a un hombre bueno que le había abierto las puertas de su casa con toda la confianza del mundo. Había hecho daño a Amanda por esa equivocación.

—¿Quién es? ¿Quién es en realidad el narco?

—Samuel Estévez. El exnovio de su hermana.

—¡Samuel!

Cientos de imágenes se amontonaban delante de sus ojos.

Samuel intentando que Amanda regresase con él para seguir de cerca a Robles.

Samuel paseando por allí sin levantar sospechas.

Samuel siempre con el teléfono móvil en la mano.

Samuel pasando una temporada en *El árbol* y marchándose antes de que ocurriese la detención.

El bueno de Samuel.

—¡Hijo de puta! —exclamó Oliver sintiendo que la rabia subía rápidamente por su cuerpo.

Se sentía sucio, se sentía despreciable. ¡Había perdido a Amanda, había estropeado todo lo que tenían por una equivocación!

—Se creía muy inteligente, pero ya se le acabó el traficar con drogas y los ajustes de cuentas. Le caerá la perpetua, seguro.

—¡Quiero verle! —dijo Oliver con decisión—. ¡Quiero ver a ese malnacido y explicarle a puñetazos que no se debe jugar con las personas de esa forma! ¡Voy a romperle la cara!

—No vas a poder hacerlo. Lo han trasladado a la prisión de Alhaurín de la Torre y no va a salir de allí hasta que se celebre el juicio. —Bruno alzó una ceja y sonrió ladeadamente—. Además, ¿a ti qué más te da? Hemos pillado al culpable, que es lo que queríamos.

—¡Pero por su culpa Amanda…! —Calló de inmediato al hablar de ella ante su amigo.

—¿Amanda? ¿Amanda Robles? —lo interrogó Bruno sin dejar de sonreír—. ¿Te has encariñado de la hermana de Alberto?

—Ya te he dicho que mi vida no es asunto tuyo —le recordó con voz cortante.

La risa de Bruno resonó por todo el pasillo.

—Sí que lo has hecho.

—Que te jodan —resopló.

Bruno lo rodeó por los hombros y caminó de nuevo hacia la sala de juntas, pero sin dejar de sonreír.

—¿Quieres que te dé otra buena noticia?

—Sí —comentó entre dientes.

—Han destituido y expulsado a Marín. Ese cabrón no merecía el puesto de inspector que tenía. Actuó sin las órdenes de sus superiores, irrumpió en una propiedad privada sin orden de registro y arrestó a una persona inocente. Tendrá suerte si Robles no emprende acciones legales contra él.

Amanda pasó todo el trayecto en avión, desde Tenerife hasta el aeropuerto de Manises, en el más absoluto silencio. No le apetecía hablar, así que, agradeció que Fayna no dijese ni una palabra en todo el viaje. Estaban agotadas. Desde el día en el que se llevaron a Alberto, no habían parado ni un minuto de hablar con abogados e intentar que su hermano saliese de la cárcel. Tanto Fayna como ella no pensaban descansar hasta ver a Alberto en *El árbol* de nuevo.

En la plantación la tristeza se sentía en cada rincón. Todos sus habitantes se habían unido y se daban apoyo mutuamente. Quizás, el estar unidos, había hecho la espera algo más llevadera.

No obstante, por fin iban a poder volver a verlo, después de casi tres

semanas. La policía había descubierto quién era el verdadero culpable de todo el asunto del tráfico de drogas.

Samuel. El culpable era Samuel. Todavía le costaba creérselo.

Cada vez que recordaba la última charla que tuvo con él, se le revolvía el estómago. Fue una tonta por disculparse, ¡era un traidor! La había utilizado para inculpar a Alberto de algo que no había hecho.

No podía creer que hubiese estado tanto tiempo conviviendo con un narcotraficante. La noticia todavía la tenía en shock.

Se mordió el labio inferior y apretó los puños.

Aunque, estaba visto que todo el mundo se acercaba a ella por interés. Primero Samuel y después Oliver. Sin embargo, este último había conseguido que se enamorase como una tonta. ¡Le dolía tanto su engaño! Era como una llama que le quemaba en el pecho, un eterno malestar que la deshacía lentamente. Se sentía rota, usada y escarmentada. El nudo de su garganta no la dejaba en paz y las ganas de llorar eran insoportables por momentos. Pero no iba a llorar. No, señor, no lo haría, y menos por un indeseable como Oliver. Ella era una mujer fuerte, siempre lo había sido. Superaría todo eso y seguiría con su vida como si nada hubiese ocurrido. Le daba igual que su cuerpo lo echase de menos, que lo viese por donde quisiera que mirara y que su corazón se acelerase cada vez que recordaba su nombre. Ese tío había muerto para ella, y no pensaba dejar que la debilidad la venciese.

Lo quería, sí, todavía seguía haciéndolo, sin embargo, estaba empeñada en sacarlo de su corazón, y lo conseguiría sin lágrimas ni lamentos. Amanda Robles valía más que un hombre, y jamás se permitiría caer por uno que había demostrado que no merecía la pena. Aunque su corazón se rompiese en mil pedazos cada vez que su imagen aparecía en su cabeza, aunque recordase sus tiernos besos y aquellas falsas caricias, aunque tuviese que asesinar ella misma a las mariposas de su estómago.

Cuando salieron del aeropuerto, tomaron el primer taxi que paró a su lado y le dieron al conductor la dirección a la que tenía que llevarlas.

De camino, Fayna cogió su mano, en silencio, y la apretó para intentar que la entereza que parecía tener Amanda pasase también a su cuerpo. Desde que Alberto no estaba, sentía que su vida se había convertido en arenas movedizas.

—Tranquila —susurró Amanda apretando su mano.

—Eso intento, te lo aseguro. —Cerró los ojos y los apretó con fuerza —. Ojalá fuese tan fuerte como tú.

—¿Crees que yo no estoy jodida? —preguntó intentando que el temblor de su voz no fuese demasiado evidente—. Estoy hecha mierda, Fayna. Solo quiero ver a mi hermano y llevarlo de vuelta a

casa para olvidar todo lo que ha sucedido.

—Alberto tiene suerte de poder tenerte en su vida.

—Lo mismo digo —comentó forzando una débil sonrisa, pues sus ánimos no se lo permitían—. En el tiempo que mi hermano lleva en la cárcel, me has demostrado que lo que sientes por él es puro y que harías cualquier cosa por su bienestar. No podría pedir a una cuñada mejor que tú.

Las mejillas de Fayna se tiñeron de rojo.

—Bueno, yo… todavía no soy tu cuñada. Estamos conociéndonos.

—Lo serás, mi hermano no es tonto y sabe apreciar a una buena mujer cuando la tiene delante. Solo hay que ver cómo te mira.

—¿Y tú? —Fayna la miró a los ojos—. ¿Cómo llevas lo de Oliver?

—Muy bien —contestó de inmediato—. Ya ni me acuerdo de él, ese tío solo fue una muesca en mi vida, nada más.

—Ah… es que parecías triste y pensaba que…

—Estoy triste por mi hermano. Pero se me pasará en cuanto lo vea —aseguró, aunque sin estar segura de que aquello fuese cierto.

—De verdad, Amanda, ojalá fuese como tú.

«Ojalá yo fuese tan fuerte como aparento ser», pensó sintiendo que la angustia la engullía. Siempre le ocurría cuando recordaba a Oliver.

Salieron del taxi, que las dejó en la puerta de la prisión, y se quedaron allí, apoyadas en la pared exterior, esperando a que dejasen libre a Alberto. Cuando eso sucediese, irían a un hotel, donde pasarían la noche y descansarían, para, al día siguiente, regresar a La Gomera.

Los cuarenta minutos que estuvieron esperando se les antojaron eternos. Miraban sus relojes cada pocos segundos y no podían apartar los ojos de la puerta, por si se abría.

Cuando por fin lo hizo, y vieron a Alberto cruzar el umbral, corrieron hacia él y lo abrazaron a la vez, llorando.

Amanda no quiso, ni pudo, aguantar las lágrimas. Era su hermano y había estado tan preocupada…

Alberto tenía aspecto cansado, al igual que ellas. La barba le cubría las mejillas y las ojeras oscurecían su rostro. En la mano, llevaba la bolsa que le habían entregado con las pertenencias que portaba el día de la detención.

Se amarró a ellas, dando a Amanda un beso en la mejilla y a Fayna uno en los labios. Cogido a esas mujeres, sentía que ya estaba un poco más en casa.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te han tratado? —lo interrogó Amanda de inmediato limpiándose las lágrimas.

—No han sido demasiado duros conmigo, así que, no me puedo quejar.

—Ay, Alberto —prosiguió Fayna—. No sabes cuánto te hemos echado de menos, lo preocupadas que estábamos por ti.

—Yo también os he extrañado a vosotras. —Se apretó a ellas y aspiró el aroma de Fayna, ese aroma que tanto había añorado—. ¿Cómo está todo por *El árbol*?

—Todo bien, no te preocupes ahora por eso. La plantación sigue como siempre y los pedidos llegan a tiempo a su destino. Antonio se ha ocupado de ello —comentó Amanda para tranquilizarlo.

—¿Has reservado noche en alguna pensión? —le preguntó con seriedad.

—Sí, necesitamos un respiro antes de regresar a casa.

—Genial, desde allí podré hablar con mi abogado.

—¿Y por qué no esperas a llegar a la plantación?

—Porque quiero la cabeza de los culpables de mi arresto, y la quiero cuanto antes. Esto no se va a quedar en una simple equivocación.

Capítulo 22

Si le hubieran dado a elegir, se hubiese quedado con el olor a pan tostado, a café o a pastel de manzana recién horneado. Sin embargo, el olor de los hospitales le daba grima. Era sinónimo de enfermedad y malas vibraciones. No obstante, esa vez, no le importó llevar casi dos días metida en uno. Merecía la pena, ¡por supuesto que lo hacía!, y más si se quedaba observando la carita del recién nacido mientras dormía.

Era un niño precioso, con el cabello oscuro de su madre, y su carácter calmado.

Inma se puso de parto de madrugada, prácticamente un mes antes de cumplir los nueve meses, y Amanda la llevó al hospital en cuanto la vio en la puerta de su habitación con una toalla entre las piernas. Quince largas horas después, nació aquella pequeña criaturita de la que se enamoraron nada más verla.

Alberto, Fayna, Dolores, Antonio y algún que otro jornalero, fueron a visitarlos, llevándoles regalos para darle la bienvenida al pequeño. No hubo un momento de tranquilidad en la habitación, cosa que alegraba a Amanda, su amiga no tenía familia que celebrase el nacimiento, pues todos le dieron la espalda, y no quería que sintiese ese vacío.

Por su parte, a Amanda le venía bien estar ocupada la mayor parte del día. Cuanto menos tiempo libre tuviese, menos recordaría a Oliver. Cada día el vacío de su interior se hacía más profundo y lacerante. La sensación de inquietud no la dejaba concentrarse en nada que no fuese su propia desdicha, y los recuerdos de los días junto a él la atormentaban como si hubiese ocurrido recientemente. No obstante, seguía sin permitirse derramar ni una lágrima. Jamás. Ese sinvergüenza no se lo merecía.

Notando que su cuerpo volvía a tensarse al acordarse de él, apretó la mandíbula y cerró los ojos con fuerza. No quería seguir así, no quería que su vida se redujese al recuerdo de Oliver.

Sin embargo, un sonido a su derecha la sacó de ese mal rato. Inma se acababa de levantar de la cama y caminaba hacia ella, que se encontraba cerca de la ventana, al lado de la pequeña cuna. Se

sonrieron con cariño y se cogieron de la mano.

—¿Te has parado a pensar que pronto te llamará mamá?

Inma sonrió y acarició la mejilla del pequeño.

—Espero que tarde mucho en hacerlo, no quiero que crezca tan rápido.

—La verdad es que es flipante —comentó Amanda sin dejar de observar al niño—. Esta cosita ha salido de tu barriga y depende de ti en todo. Es…

—Es una gran responsabilidad, Amanda —dijo acabando su frase—. Lo miro y no sé si seré capaz de ser una buena madre para él.

—Lo serás.

—Lo intentaré día tras día. Este pequeño no se merece menos.

—Y yo estaré ahí para echarte una mano cuando la necesites.

Inma se sentó al lado de Amanda y la abrazó con fuerza.

—Todavía no sé cómo agradeceros lo que habéis hecho por mí. Mi familia no ha movido ni un dedo por este niño.

—Ellos se lo pierden.

—Ay, Amanda, sé que siempre he sido algo despreocupada y no he hecho todo lo que debería hacer, pero… ahora que tengo a mi bebé y pienso en la posibilidad de dejar de verlo algún día, todavía comprendo menos a mis padres. Es mi hijo, daría mi vida por él. ¿Por qué ellos por mí no lo hacen? No les he pedido dinero, llevo sin hacerlo casi tres años, solo les llamé para que conociesen a su nieto. Y me colgaron el teléfono.

—Lo siento, cariño, ojalá pudiese ayudarte también en eso.

—Tú ya has hecho bastante. Gracias a ti tengo otra familia que me quiere.

—Por supuesto. Y nos tendrás siempre. —Acarició la carita del recién nacido y sonrió—. ¿Ya has decidido su nombre?

—Sí, se llamará Gorka, como mi abuelo paterno. Creo que fue la única persona que me quiso de verdad.

—Es un nombre bonito. —Se fijó en la cara del pequeño y asintió—. Sí, es ideal para él.

Inma rio y fijó la mirada también en su hijo. Había pasado unos meses angustiosos de incertidumbre, pues no tenía claro qué iba a suceder con su vida cuando ese bebé naciese. Sin embargo, ahora que el pequeño ya estaba ahí, sentía que era la mujer más afortunada del mundo y que, junto a su hijo y a su familia de *El árbol*, todo se arreglaría. Tenía lo más importante, mucho amor para darle y un trabajo para poder comprarle lo que necesitara. No podía pedir más.

Aunque, al mirar a su amiga, torció un poco el gesto. Amanda llevaba dos meses triste y afligida. Delante de los demás intentaba disimular y hacer ver que estaba bien, no obstante, la conocía y sabía que tenía el corazón roto por ese hombre que la engañó, ese policía

malnacido.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien, como siempre —mintió.

—No tienes por qué fingir conmigo.

—No quiero hablar sobre ello.

—¡Pero te hará bien hacerlo y desahogarte!

—Inma. —Amanda la miró a los ojos, con seriedad, aunque sin dureza—. No quiero hablar de él. Por favor. —La voz le tembló un poco al terminar la frase.

—Está bien, lo que quieras.

Dejó de insistir al percibir aquella debilidad en su voz. Amanda era la mujer más tenaz que hubiese conocido jamás, no se achantaba por nada del mundo y siempre veía el lado bueno de las cosas. Sabía que nunca aceptaría que estaba hecha polvo, ni que Oliver le había hecho más daño del que nunca imaginó.

Sin embargo, la realidad era esa, y a Inma no le hacía falta que se lo dijese para saberlo. Su amiga amaba a ese hombre.

26 de febrero de 1904

Querido diario:

Estoy encinta.

Y por más que me lo repito no soy capaz de asimilarlo.

Voy a tener un hijo con Dembo. Voy a ser madre. ¡Dios Santo, voy a ser madre!

¿Qué voy a hacer?

Esta debería ser una noticia feliz, la más feliz, sin embargo, solo puedo esperar lo peor. Padre matará a Dembo y a mí me enclaustrará en casa el resto de mi vida.

No supe ver los signos del embarazo. ¿Cómo hacerlo si nunca me hablaron sobre ellos? A las jovencitas no se les informa sobre esas cosas.

Le pedí a Pura, nuestra niñera, que llamase a un doctor, estaba preocupada por mi continuo malestar, no obstante, en ningún momento imaginé que lo que me sucedía era eso. ¡Virgen santa! No quiero ni imaginar lo que hubiese ocurrido si en su lugar hubiese estado madre en casa. ¡Doy gracias a todos los santos de que saliese con padre al pueblo! Le supliqué a Pura que guardase mi secreto y, aunque su regañina fue dura, prometió hacerlo. Esa mujer me crio, tanto a mí como a Rosa, nos quiere y sé que no consentirá que, por su indiscreción, me ocurra nada. No obstante, sé que se me acaba el tiempo.

¿Qué debo hacer, querido diario? Necesito encontrar la salida a esto. En poco más de quince días me casaré con Pedro Rivera, ¡no quiero ni

imaginar qué sucederá cuando todo salga a la luz!

Dembo comparte mi preocupación.

Por un lado, está feliz de saber que en mi vientre crece su hijo, pero por el otro tiene miedo. Y yo también lo tengo.

Nos amamos, nos queremos con intensidad, de un modo tan hermoso que incluso a veces tengo que pellizcarme para saber si estoy soñando. No obstante, nuestro amor no será tan idílico a ojos de mi familia.

¿Por qué el mundo es así de injusto? ¿Por qué se castiga al amor verdadero? ¿Por qué priman los intereses antes que los sentimientos de las mujeres?

No quiero separarme de mi amado, no quiero dejar de verlo y saber que mi vida seguirá sin poder contemplar su cara nunca más. No quiero mentir después de la boda y asegurar que mi hijo es de Pedro Rivera. ¿Cómo hacerlo si el bebé nace con la piel oscura de su padre?

Dembo ha sugerido que nos escapemos juntos. Me ha pedido que me vaya con él lejos de aquí, que nos casemos y vivamos felices, juntos, con nuestro hijo; que dejemos atrás todas las preocupaciones.

Ay, diario querido, sé que no debo hacerlo, pero es una oferta tan tentadora… Poder amanecer con él sin temor a ser descubiertos, poder llamarle esposo delante de todo el mundo sin pensar que estoy cometiendo un tremendo error, tener a sus hijos y amarlos tanto como lo amo a él.

Tengo tantas cosas en las que pensar y tan poco tiempo para ello…

Los días pasaban y Oliver caía en un pozo tan profundo como el océano. No había nada que le diese consuelo. Se sentía perdido, desdichado y con un vacío en el corazón que lo sumergía en la más absoluta negrura. No hacía más que pensar en ella. Desde que se separó de Amanda no había podido hacer otra cosa que rememorar todas las horas que pasaron juntos. Echaba de menos su frescura y chulería, sus te quiero, sus besos. No había nada que no añorase de ella. La sentía en cada poro de su piel y le quemaba el pecho al darse cuenta de que la había perdido. El nudo de su garganta no lo abandonaba y el malestar por lo ocurrido no lo dejaba vivir en paz. Por las noches, soñaba que regresaba junto a ella y que se quedaba en La Gomera para siempre, sin embargo, al abrir los ojos comprendía que eso jamás sería posible, pues ella no querría ni verlo. Se lo demostró el día que arrestaron a Alberto, la mirada de Amanda era rabiosa, era ira pura apuntando hacia él. Se lo había dejado bien claro, para ella estaba muerto, y no la culpaba. Todo lo hacía mal. Merecía todas y cada una de las cosas que le ocurrían. Merecía que los ojos de Laura lo persiguiesen hasta el fin de sus días y que su existencia fuese miserable e infeliz.

Tal era su abatimiento que llevaba varios días sin acudir a la

comisaría. No avisó de su falta de asistencia, ni siquiera una llamada para excusar su ausencia. No le interesaba nada, ya no. Pasaba las horas encerrado en casa, lamentándose de todo lo que había hecho mal. Echando de menos a Amanda y rememorándola feliz a su lado, en la pequeña casita del árbol. Añorando sus palabras de amor.

Y es que él también la quería.

Se había dado cuenta tarde y ya no podía arreglar su error.

A veces, notaba que hasta el aire le faltaba y parecía asfixiarse. Se tumbaba en su cama y deseaba desaparecer y liberar al mundo de su vil presencia. Total, ¿de qué servía que estuviese vivo? Solo sabía hacer daño.

El sonido del timbre de casa lo sacó de sus pensamientos. Miró hacia la puerta y no se movió del sofá, ni siquiera preguntó quién era la persona que estaba tras ella. No quería visitas, la soledad era lo que merecía.

Después de varias llamadas más al timbre, unas llaves se introdujeron en la cerradura. La puerta se abrió y por ella entró su madre, con cara de preocupación.

Era una señora delgada, sencilla, y con un rostro delicado y bonito. Su cabello castaño, salpicado de canas, era bastante corto, y el flequillo, que le cubría la frente, le daba carácter. Miró a su alrededor y, al ver la casa hecha un desastre, negó con la cabeza.

—Oliver —dijo mientras se acercaba a él con lentitud—. ¿Crees que puedes seguir así?

—¿Quién te ha mandado entrar en mi casa? —preguntó con frialdad.

—Llevas desaparecido casi tres días, Bruno llamó preguntando por ti. Estaba preocupada.

—¿Cuándo vais a dejarme en paz?

—Nunca, para eso soy tu madre. —Tomó asiento a su lado, en el sofá, y contempló la cara de su hijo. Estaba muy desmejorado, delgado y con unas profundas ojeras oscureciendo su rostro—. ¿Por qué no dejas que te ayude?

—Lo que me ocurre no tiene solución, mamá.

—Todo tiene solución.

—¡No! —chilló sobresaltándola—. ¡Soy un puto desastre, un hombre horrible, una persona que no merece seguir viva!

—No digas eso, por favor —le suplicó su madre notando que un escalofrío la recorría—. No estás solo, somos mucha gente la que te queremos y nos preocupamos por ti.

—No lo merezco. —Fijó la mirada en la pared de enfrente y una lágrima resbaló por sus mejillas.

—Tú no tuviste la culpa, Oliver. Haz el favor de dejar de atormentarte por una muerte de la que no has sido responsable —le

exigió, aunque con miedo en la voz, pues su hijo parecía roto.
—No puedo, su recuerdo me persigue —confesó entre lágrimas.
—Necesitas ayuda, cariño.
—No quiero que nadie me ayude —susurró—. ¿Para qué? De todas formas, ella va a seguir sin querer verme.
—¿Ella? ¿Laura? —Alzó una ceja—. Oliver, Laura ya no está aquí.
—No me refiero a Laura. —Bajó la mirada al suelo—. Conocí a una mujer en La Gomera y nos enamoramos. Pero… lo jodí, como siempre.
—¿Qué pasó?
—Era la hermana de la persona a la que investigaba, y cuando se descubrió todo… no quiso saber nada sobre mí.
—¿Has luchado por ella? ¿Has insistido?
—¿Para qué? Amanda no se merece estar con una persona como yo.
—¡Eso no es verdad! —exclamó su madre con enfado—. ¡Eres mi hijo! Yo te he criado y sé que eres un buen hombre. Pero necesitas ayuda, Oliver, tienes que visitar a un experto y dejarte guiar.
—¿Para qué?
—¡Para ir a por tu chica!
—¿Yo? ¿A La Gomera otra vez? Con todo lo que ha pasado, creo que me despellejarían vivo.
—No lo harán, porque ella te quiere, me lo acabas de decir.
—Me quería.
—¿Te quería? ¿Te vas a rendir así, sin luchar?
—¿Y de qué va a servir, mamá? Estoy cansado de pasarlo mal.
—Lo pasarás peor si dejas escapar el amor. ¿Y si ella es la adecuada para ti? ¡Te culparás toda tu vida por no haber ido a buscarla!
—Merece algo mejor.
—¿De verdad la quieres?
—Sí —contestó sin dudar.
—Pues, ya sabes lo que tienes que hacer.
—¿Y si me dice que no?
—Al menos lo habrás intentado.
Oliver se quedó callado unos segundos y sopesó lo que acababa de decir su madre. ¿Ir a por Amanda? ¿Convencerla de que lo perdonase? ¿Sería capaz de hacerlo? Nada más pensar en la posibilidad de estar de nuevo con ella, una vitalidad desbordante lo recorría. Ella era lo más bonito que había tenido nunca, y se dio cuenta tarde, demasiado. No quería perderla para siempre y vivir una pesadilla el resto de su vida. La echaba de menos. Le quemaba el pecho cada vez que la pensaba y… la necesitaba. Amanda se había llegado a convertir en una necesidad para él.
Tragó saliva y sintió que todo su cuerpo temblaba. Se levantó del sofá e inspiró con fuerza.
—Tienes razón, lo haré, voy a por ella. —Caminó hacia su

habitación, dejando a su madre en el sofá, y cogió la maleta que había sobre el armario—. La convenceré, le diré lo que siento.

Sin embargo, la mano de su madre tocó su hombro y Oliver se dio la vuelta.

—Cariño —dijo su madre con el gesto algo torcido—. Todavía no estás preparado para enfrentarte a eso.

—Acabas de decir…

—Sé lo que he dicho, pero primero tienes que ponerte en manos de un psicólogo. Necesitas desahogarte, que te guíe, que te sane, y cuando estés del todo bien, podrás ir a por ella. Piensa en ti un poco. —Le acarició la mejilla y le sonrió—. Te ocurrió una desgracia en el pasado y, aunque no eres el culpable de nada, te ha afectado demasiado. Amanda merece que estés bien, merece a un hombre fuerte y con una buena estabilidad emocional.

La vida en *El árbol* parecía no haber cambiado en absoluto. Todo se desarrollaba como siempre, nada había variado a pesar de su ausencia. Alberto contemplaba su plantación desde el balancín del porche, con una expresión triste en el semblante. El tiempo que pasó en la cárcel le había hecho pensar en todo lo que en realidad importaba en la vida. Le apetecía pasar más tiempo en compañía de los suyos y estar encerrado en el despacho el tiempo justo y necesario, para arreglar los pagarés y llegar a acuerdos con sus socios sobre el trasporte de los plátanos hacia la península.

No dejaba de recordar el día que llegó a La Gomera y vio *El árbol* por primera vez. Se enamoró de aquella vieja plantación, de sus tierras y sus edificaciones. Se enamoró de la isla y la temperatura, de sus gentes y su amabilidad, de su naturaleza salvaje y única. A pesar de que nunca se planteó el hacerlo, compró la finca y se arriesgó a aventurarse al cultivo de aquella fruta. Nada sabía al respecto sobre plataneras y perdió mucho dinero, en sus inicios, por su desconocimiento. No obstante, todo parecía ir sobre ruedas y la producción era generosa y de calidad.

Se había dado cuenta de que el que no arriesgaba no ganaba nunca, y estaba dispuesto a arriesgarse una vez más. Había estado pensando en ello unos días, aunque no demasiados. Se acabó el darle vueltas a todo sin cesar. La vida no estaba hecha para eso, sino para disfrutarla y vivirla como uno quisiese. Y eso era lo que pretendía hacer a partir de ahora.

Unas pisadas, por el porche, lo hicieron sonreír. Sabía de quién se trataba, y giró la cabeza sin que la sonrisa abandonase sus labios.

Fayna se acercaba a él con suavidad. Alberto alargó un brazo y le agarró la mano, para hacerla sentarse a su lado. La besó con

delicadeza y sintió cómo ella temblaba bajo su contacto. Le encantaba. Desde que su relación se volvió tan íntima, su vida estaba completa. Lo tenía todo: a su hermana con él, la casa de sus sueños, gente que lo quería y… a ella.

—Me ha dicho Dolores que me buscabas.

—Sí, quería estar contigo un rato antes de ir a trabajar. —La rodeó por los hombros y la apretó junto a él.

Fayna sonrió y lo besó. Miró a su alrededor, disfrutando del bello atardecer que anaranjaba las hojas de las plataneras, de las risas de los jornaleros mientras cargaban los racimos en los remolques, y sonrió.

—Me resulta raro verte aquí sentado. Siempre estás tan ocupado…

—Las cosas van a cambiar mucho de ahora en adelante. Creo que, el estar encerrado en la cárcel, aun sin ser culpable, me ha hecho abrir los ojos y darme cuenta de lo que de verdad importa.

—¿Cómo va el juicio contra ese policía… Marín?

—No tiene ninguna posibilidad, mis abogados dicen que está ganado.

—Espero que se pudra en la cárcel —añadió Fayna con enfado.

Alberto sonrió y rozó su nariz contra la oreja de ella.

—Lo que le ocurra a ese hombre, ya no me importa. Voy a centrarme en lo que verdaderamente merece la pena.

—¿En la plantación y la familia?

—En la plantación, en la familia y… en ti.

Fayna sonrió al escuchar sus palabras y notó una gran agitación en el pecho.

—Te quiero, Alberto. —Lo besó y apoyó su frente contra la de él.

—Yo también te quiero, mi amor. Eres todo lo que necesitaba para sentirme completo. El tiempo que estuve separado de ti fue lo peor que me pudo ocurrir jamás. Te he echado tanto de menos…

Se besaron con pasión y Fayna se apartó riendo.

—Me pones nerviosa cuando dices esas cosas tan bonitas.

—Entonces, tendrás que tomarte algo después de lo que voy a decirte.

—¿Qué vas a decirme?

—Que quiero que nos casemos. —Fayna abrió la boca asombrada y se la tapó con las manos—. Supe que eras especial desde que te vi, y llevo deseando convertirte en mi mujer desde que hablamos el primer día.

—¡Dios santo, Alberto! —exclamó con las lágrimas a punto de escapar de sus ojos.

—He pasado toda la vida pensando muy bien en todo lo que hacer. Jamás me he dejado llevar por impulsos. Pero… quiero arriesgarme a todo contigo. —Le acarició la mejilla con amor—. Sé que nos estamos empezando a conocer, no obstante… te quiero y quiero pasar el resto

de mi vida a tu lado, si me aceptas, claro.

—¡Ay, madre mía! —Se hizo aire con las manos mientras las lágrimas corrían libres por su cara—. ¡Te amo! ¡Claro que me casaré contigo! —Se abrazaron y besaron con fuerza, felices y con ganas de que el tiempo se detuviese en ese instante—. Eres el hombre de mis sueños y sé que jamás me harás daño. Tú, no.

—Nunca —aseguró—. Una mujer como tú merece una vida llena de amor y devoción, y yo pienso darte todo eso y mucho más.

Capítulo 23

El pequeño comercio en el que comenzaría su negocio en Vallehermoso, era tan ideal que la emoción la embargó desde que fue a verlo por primera vez. Estaba recién reformado, según le aseguró su dueño, y contaba con una amplia trastienda donde poder meter los muebles que restaurar. Se encontraba situado en una localización envidiable, en el centro del pueblo, muy cerca del ayuntamiento y rodeado por varios establecimientos más que atraían a bastante gente.

En soledad, Amanda cogió una pequeña mesita y la colocó al lado de un aparador de madera maciza también reparado. Sonrió con nostalgia al verlos expuestos. Había invertido tanto tiempo en ellos, que les había llegado a coger cariño. Iba a ser duro desprenderse de aquellos muebles, pero así era ese negocio.

Miró a su alrededor y apretó los labios, emocionada al ver lo que había conseguido en tan poco tiempo. Tenía una tienda preciosa. Las paredes estaban forradas de papel a rayas verticales, de color blanco y crema. El suelo, de madera, había sido pulido y abrillantado para que luciese perfecto, y en el techo varias lámparas de forja con forma de candelabros antiguos. En uno de los laterales, el mostrador, donde había un moderno ordenador, cortesía de Alberto, y un montón de tarjetas de visita que repartiría a las personas que entrasen en la tienda.

Sabía que tenía mucho trabajo por delante, pues apenas contaba con diez muebles a la venta, sin embargo, estaba segura de que lo conseguiría.

Cuando todo quedó decorado tal y como le pareció oportuno, tomó asiento en el taburete que había tras el mostrador. Recorrió de nuevo su tienda y resopló, emocionada.

Cuando Inma la viese iba a enamorarse de ella.

Estaba deseando que su amiga pudiese incorporarse a trabajar, no obstante, de momento, y al no saber si el negocio funcionaría, prefería no correr riesgo de pedirle que abandonase su trabajo en el restaurante. Con el bebé, sería un riesgo demasiado alto.

Se llevó una mano al pecho y tragó saliva para no echarse a llorar. Últimamente, estaba tan sensible… Desde que él no estaba todo le

afectaba el triple.

La ausencia de Oliver la estaba afligiendo muchísimo. En un principio no quiso reconocerlo, sin embargo, con el paso del tiempo todo parecía que se volvía más oscuro. ¿Por qué tenía que querer a ese hombre mentiroso? ¿A un policía al que solo le había interesado su compañía para acercarse a Alberto? Se sentía tonta, usada y estúpida.

Le creyó, se tragó sus mentiras y sus falsos sentimientos hacia ella y se enamoró de ese indeseable. Cada vez que recordaba lo feliz que se sentía con Oliver… le daban ganas de romper algo.

Se llevó las manos a la cara y se cubrió los ojos con ellas. No iba a llorar, se lo había prohibido, Amanda Robles no lloraría por un hombre. Era fuerte y podía con todo. Sin embargo, sintió un golpe sordo en el pecho cuando a su cabeza regresó su imagen. Tan guapo, interesante y misterioso. Tan buen amante, tierno y feroz a la vez. Tan divertido y mordaz. Tan él. Había creído todo lo que le dijo. Se tragó su historia sobre su exnovia, dejó que la ablandase para que le abriese las puertas de su casa, para investigar a su hermano. Su cuento de amor jamás habría sucedido si no hubiese sido la hermana de Alberto Robles, si Samuel no les hubiese engañado a todos.

Su corazón estaba roto, lo admitía, y no podía hacer nada para sanarlo, pues su mente se empeñaba en volver a revivir las noches con él constantemente.

El sonido de la puerta de su tienda le hizo alzar la cabeza. No sabía quién podía ser, ya que todavía no estaba abierta al público.

Cuando reconoció a la persona que acababa de entrar, frunció el ceño.

—Dolores —pronunció el nombre de la anciana con desconfianza, pues desde que llevaba en *El árbol* apenas habían cruzado palabra. La mujer había sentido antipatía por ella desde que la vio—. ¿Pasa algo?

La recién llegada caminó con lentitud hacia ella y tendió un paquete sobre el mostrador.

—He venido al pueblo a comprar comida y tu hermano me ha pedido que te diese esto. Ha llegado esta mañana a la plantación.

Amanda cogió el paquete, que, supuso, sería la masilla especial que encargó por Internet, y asintió con la cabeza.

—Gracias.

Dolores dio media vuelta sin decir ni una palabra más y se dirigió de nuevo hacia la salida. No obstante, antes de llegar a la puerta, giró de nuevo.

—No es bueno para la salud sufrir demasiado por amor.

—¿Perdón? —preguntó Amanda sin estar segura de si lo que había escuchado era real.

—Que no debes estar triste por ese hombre, el dolor pasará.

—Yo no estoy triste, señora —mintió alzando la cabeza.

Dolores sonrió, enseñando su boca mellada y se acercó de nuevo a ella.
—Soy vieja, niña, pero no tonta. Sé ver dónde hay dolor, y en tu rostro se transparenta.
—No… no es verdad —contradijo ella, sintiendo un pequeño temblor en la mandíbula. Había esperado compasión por parte de Alberto, Fayna e Inma, no obstante… nunca pensó que esa mujer también la sintiese por ella.
—Ese hombre te ha hecho más daño del que quieres aceptar. Tus ojos están tristes, tu apostura lo grita y el tono de tu voz también. Yo he sido joven, como tú, y también perdí al amor de mi vida.
—Oliver no es el amor de mi vida —dijo sintiendo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¡Y no voy a llorar! —Se limpió con enfado.
—No es malo hacerlo, niña. El llanto libera tensión y limpia el alma.
—No es verdad, llorar es de débiles. —Jadeó sin poder dejar de hacerlo, notando cómo su rostro se mojaba—. No se lo merece, él no se lo merece.
—Pero lo necesitas. —Dolores rodeó la mesa y abrazó a Amanda que, al sentir el cariño de esa mujer, gruñona y malhumorada, lloró con más fuerza.
—¿Por qué, Dolores? ¿Por qué me ha tenido que ocurrir esto a mí? —se lamentó, notando cómo su cuerpo se convulsionaba—. Yo lo quería, se lo dije. Al… al principio pensé que solo era un pasatiempo, pero… Oliver se ha metido en mi corazón.
—Lo pasarás mal una temporada, será duro, sin embargo, nada es eterno. Es de sabios admitir una derrota, te levantarás con fuerzas renovadas.
Amanda se separó un poco de la mujer y la miró a los ojos, confundida y con las emociones a flor de piel.
—¿Por qué me dices todo esto, Dolores? Pen… pensaba que yo no te gustaba.
—También es de sabios rectificar —dijo la anciana sonriendo con calma—, y yo me equivoqué contigo, Amanda Robles.
—Gracias.
—Pero no se lo digas a tu hermano —le pidió resoplando, con gracia—. Ya me advirtió que acabarías gustándome y no quiero darle la razón, se pone insoportable cuando la tiene.
Amanda rio, a pesar del llanto, y asintió.
—Trato hecho, será nuestro secreto.

El viaje en avión hasta Tenerife pasó en un suspiro. Y el vuelo desde aquella isla, a La Gomera, apenas lo sintió. Oliver estaba tan nervioso

que escasamente se enteró de nada de lo que ocurría a su alrededor. Pensaba, pensaba y pensaba en lo que decirle a Amanda, en todas las cosas que tenía que explicarle, en que le debía una gran disculpa, y en que necesitaba su perdón.

Su amor por ella era puro y fuerte. Era un sentimiento que le sorprendía, pues jamás creyó que fuese posible, y todavía menos al estar atravesando aquella oscura situación por el suicidio de Laura. Sin embargo, esa mujer logró que todo su cuerpo se volviese loco por ella y que su ausencia fuese como un veneno para su estabilidad emocional.

Tal y como le aconsejó su madre, había pasado un tiempo ocupándose de sus problemas. Visitó a un psicólogo que lo ayudó a entender que él no era una persona horrible. Que no era una mala influencia y que su presencia no suponía la desgracia para la gente de su alrededor. Lo guio para salir de aquel pozo en el que tanto tiempo había estado metido y lo hizo sentirse bien consigo mismo. La depresión fue desapareciendo y, poco a poco, el antiguo Oliver volvió desde la oscuridad en la que estuvo sumido más de dos años.

Casi tres meses le había costado darse cuenta de ello, y se sentía afortunado de haber podido hacerlo en tan poco tiempo, pues había personas que jamás llegaban a salir de aquella horrible enfermedad. No obstante, el saber que Amanda seguía en La Gomera, lo motivó todavía más. Necesitaba besarla, gritarle los te quiero que nunca le dijo y conseguir que lo perdonase. Sí, esa mujer estaba hecha para él y el tiempo que habían pasado separados no había hecho más que darle la razón.

Ahora que sabía lo que significaba compartir los días a su lado, no se iba a conformar con menos. Iba dispuesto a todo, y no pararía hasta que esa mujer se rindiese y lo perdonase.

El taxista lo dejó en la puerta de *El árbol,* cogió sus maletas y se quedó mirando la plantación unos minutos. Había ido con la intención de quedarse con ella. Toda su vida estaba en esas maletas.

Se despidió de su madre en el aeropuerto, obligándola a jurar que iría a visitarlo, y de Bruno, al cual le pidió disculpas por sus malos modos, había comprendido que su amigo solo quería su bien.

Agarró el barrote de la verja que delimitaba la plantación y suspiró. Había llegado la hora de la verdad, y no pensaba achantarse.

Con decisión, timbró, y la puerta se abrió inmediatamente.

Sabía que había una cámara en el interior de la casa, así que, quien le hubiese abierto, lo conocía. Caminó por el largo camino empedrado, arrastrando las maletas tras de sí y subió los escalones que llevaban al porche.

Nada había cambiado en *El árbol*, todo estaba como lo recordaba. Se apoyó en la balaustrada del porche y contempló a los trabajadores

mientras fumigaban las plantas. A Antonio, que supervisaba la labor como de costumbre.

Dejó el equipaje fuera y se adentró en la vivienda él solo, con las manos vacías, y tan nervioso como nunca.

Nada más llegar al salón, el sillón que miraba hacia la chimenea se giró y, sentado en él, estaba Alberto, que fumaba un puro y lo miraba como a una asquerosa cucaracha. El hermano de Amanda se levantó de su asiento y se acercó con seguridad. Cuando estuvo frente a él, alzó una ceja y lo miró con superioridad.

—Hola, Oliver, qué alegría me da verte. —Y nada más acabar le propinó un derechazo que lo dejó tambaleante—. ¿Has venido a que te dé tu merecido, cabrón de mierda?

Oliver se llevó una mano a la mejilla y se la tocó, pues le dolía por el golpe.

—He venido a por Amanda.

Otro puñetazo en la segunda mejilla lo hizo trastabillar.

—Aquí no tienes que hacer nada, largo de mi propiedad.

—No —respondió él con un dolor lacerante en la cara—. Tengo que hablar con ella.

—¡La vas a dejar en paz! —Un nuevo derechazo lo hizo caer al suelo —. ¡Nos vas a dejar en paz a todos!

—La quiero. —Se levantó del suelo, mareado, y encaró de nuevo a Alberto.

—¡Nos engañaste, te dimos nuestra confianza! ¡La usaste para investigarme! —Lo agarró por el cuello de la camiseta y pegó su frente a la suya—. Aquí no hay cabida para un traidor.

—Era mi trabajo, yo no elegí venir aquí, Alberto.

—¡Ese no es mi problema!

—Samuel engañó a la policía al igual que hizo con vosotros. Yo solo cumplía órdenes.

—Mira, imbécil, te voy a dar la oportunidad de largarte de mi casa, o termino de partirte la cara de una puñetera vez.

—No me voy a ir, al menos hasta que pueda hablar con ella.

—¡Olvídala!

—No puedo hacerlo, la amo.

—Vete de aquí —le advirtió.

—Me enamoré de tu hermana. Es la mujer más maravillosa del mundo y fui demasiado imbécil como para darme cuenta a tiempo.

Alberto alzó una ceja y lo observó con recelo.

—¿Y ya está? ¿Juegas con nosotros, nos engañas, engañas a mi hermana y piensas que con esos miserables argumentos se va a arreglar todo?

Oliver tragó saliva y miró a Alberto a los ojos. Había llegado muy lejos y no iba a rendirse cuando estaba tan cerca de ella.

—Te debo una disculpa. —Se humedeció los labios y prosiguió—: Mi nombre es Oliver Berenguer, nací en un pueblo de Valencia, soy un agente de la Policía Secreta y cometí el error de investigar a una persona inocente. Engañé a la mujer de la que me he enamorado y quiero recuperarla, porque no puedo vivir sin ella.

—Aunque yo te diese una oportunidad, Amanda no lo hará —añadió Alberto con altivez.

—Estoy aquí para intentarlo.

—¿Tu intención es venir y llevártela, como si nada hubiese pasado?

—No, mi intención es que me perdone y pedirte que me vuelvas a ofrecer el puesto de capataz de tu plantación, para quedarme aquí, a su lado.

—Estás loco, ¿piensas compaginar la plantación con tu puesto de policía?

—He dejado el Cuerpo.

Alberto frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Estuve en la cárcel por vuestra culpa.

—Marín no tiene nada que ver con nosotros. Actuó sin permiso. No soy culpable de tu detención, solo vine a investigar.

—¿Y te parece poco?

—Era mi trabajo, Alberto, mi deber. Hice un juramento y tenía que cumplirlo. —Dio un paso hacia él—. No te imaginas las veces que me he enfadado conmigo mismo por sentir que os engañaba, pero no tenía elección.

Alberto se quedó en silencio unos segundos y dio media vuelta. Abrió el mueble bar y sacó una botella de licor.

—¿Quieres un poco? —le ofreció con voz más tranquila.

—No, gracias, solo quiero ver a Amanda cuanto antes.

—Te echaré medio vaso —añadió sin hacerle caso.

Con los dos vasos en las manos, regresó junto a Oliver y le tendió uno.

—¿Quieres un puro?

—No.

Alberto se encendió uno y expulsó el humo con satisfacción. Ojeó al exagente con detenimiento y curvó los labios.

—Así que, quieres a mi hermana de verdad.

—Con todo mi corazón —asintió con solemnidad.

Le señaló la cara.

—Siento… haberte golpeado.

—Me lo merecía, por eso te he dejado hacerlo.

Alberto dio un trago a su vaso y alzó una ceja.

—Entonces, ¿quieres el puesto de capataz?

—Bueno, si todavía sigue vacante, sí —indicó Oliver sonriendo, algo más tranquilo.

—Lo está. Ya te dije que no había nadie competente para llevarlo.

De repente, escucharon un portazo. Giraron sus cabezas y encontraron a Amanda mirándolos con ira. Oliver, al verla de nuevo, notó que todo su estómago se agitaba y que su corazón volvía a palpitar de esa forma tan especial. Estaba tan bonita… Enfadada siempre estaba bonita, pero ese día le parecía preciosa. Su cara, sus ojos tan expresivos, su cuerpo delgado y elegante.

—¿Qué está haciendo él aquí? ¡Y qué haces bebiendo y fumando en su compañía, Alberto?

—Oliver ha venido a hablar con nosotros.

—¡Ah, genial! —chilló sin querer mirarlo—. ¿Ahora hablamos con traidores?

—Deberías dejar que se explicase, Amanda —le aconsejó su hermano.

—¡No, nunca! ¡Quiero que se vaya de mi casa!

En su cuerpo se notaba la tensión, estaba tan enfadada que su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético.

—Amanda —la llamó Oliver dando un paso hacia ella.

—¡No te acerques a mí! ¡Puede que a mi hermano hayas podido engañarlo con tus trucos de mentiroso, pero a mí no! ¡No quiero verte, no quiero saber nada de ti, no quiero recordar ni que existes! ¡Por mí, puedes desaparecer para siempre, estoy mejor sin tu podrida presencia!

—Amanda, no seas tan dura —le pidió su hermano alzando una mano para calmarla.

—¡Muy bonito, Alberto, defiéndelo! ¡Defiende a este… malnacido, que me usó a su antojo!

Y tras decir aquello, dio media vuelta y salió del salón camino hacia el pequeño bosque de *El árbol*. No podía creer que ese hombre hubiese tenido la desfachatez de regresar a su casa, pero lo que menos podía entender era que Alberto estuviese brindando con él después de lo que les había hecho. ¿Por qué estaba Oliver allí? ¿Era una especie de broma de mal gusto?

Corrió por el sendero y vislumbró a lo lejos los pinos. En su garganta un gran nudo. Ver a Oliver la había descolocado. Estaba guapo, muy guapo. ¡El muy cabrón se atrevía a estar tan sexy cuando ella se encontraba tan decaída y triste! Lo que notó en el corazón cuando lo vio con su hermano, había sido como una explosión. Sin embargo, ¿por qué le seguía ocurriendo? Había pasado cuatro meses sin saber nada de él, añorándolo cuando sabía que no era bueno para ella, llorando a escondidas y maldiciendo por su debilidad. Lo quería, lo quería tanto que ni el tiempo había conseguido que su amor se esfumase, pero su orgullo era más fuerte y, mientras Oliver permaneciese en la plantación, Amanda no dejaría la casita del árbol.

Prefería morir allí de hambre que volver a verlo y sufrir por no poder tocarlo.

Se limpió las lágrimas del rostro y subió por la escalera colgante, con la decisión de no pensar más en él.

7 de marzo de 1904

Querido diario:

Llevo pensando sobre ello algunos días y ya estoy segura de qué camino voy a tomar.

Dembo me pidió que nos escapásemos juntos y que huyésemos lejos de El árbol. *No voy a mentir, y diré que esa idea siempre me pareció la más apetecible de todas. Marcharme con mi amado y no preocuparnos por nada, ni por nadie. Solo nosotros y nuestro bebé.*

En nueve días se celebrará mi enlace con Pedro Rivera y ya estoy convencida de que jamás consentiré tal cosa. Antes prefiero la muerte. Mi corazón vive junto a Dembo y no pienso dejar que otro hombre nos separe. Nuestro amor es lo mejor que tengo en esta vida, él me da alegría y ganas de seguir adelante. Nuestro bebé crece dentro de mi vientre, fuerte, y estoy segura de que sabe que sus padres lo adoran, incluso antes de haberlo visto por primera vez. Quizás no fuese un niño planeado, no obstante, es muy deseado.

Por ese motivo, no voy a seguir mintiendo. Se lo debo a esta pequeña criatura, a mi amor por Dembo. Nuestra unión no es algo horripilante, no dañamos a nadie queriéndonos. Así que, voy a hablar con padre y se lo confesaré todo. Se acabaron las mentiras, el miedo y la incertidumbre. Es hora de sacar nuestra historia a la luz y hablar con seriedad sobre mi futuro.

Mi amado me apoya. Quizás no es el final que él hubiese deseado, pero es el que debe ser. No voy a huir, no nos lo merecemos. Confesaré nuestro amor con la cabeza bien alta, agarrada de su mano y acariciando mi vientre. Le diré a padre que será abuelo en unos meses, que el hombre que he elegido es un simple jornalero que trabaja de sol a sol para ganarse el pan, y que únicamente con él seré feliz.

Mi diario querido, no sé si esta será la última vez que escriba en tus páginas. Puede ser que estas sean mis palabras finales sobre tus hojas, pero tengo que hacerlo. Acabe como acabe, hiera a quien hiera. No más secretos.

Has sido un buen compañero de lágrimas, mi silencioso amigo. En ti he volcado mis miedos y mi incertidumbre, mi alegría y mi amor por Dembo. No sé si esto será una despedida, pues todo depende de la reacción de padre, pero si lo es, guarda mis palabras y jamás dejes que el tiempo las

borre, porque, aunque la tristeza haya prevalecido en ellas, el amor y la nueva vida también han sido protagonistas.

Capítulo 24

—No lo hagas, Inés —dijo en un susurro después de leer aquel pasaje, como si la joven que vivió cien años atrás pudiese escucharla.

Amanda apartó la mirada del diario y se limpió las lágrimas. Inés había decidido decir la verdad y enfrentarse a su padre. Jamás pensó que se atrevería a hacerlo, pues su carácter parecía sumiso y nada belicoso, sin embargo, esa delicada mujer había demostrado una fuerza y entereza digna de una reina. Se había arriesgado a confesar su amor por Dembo, pasase lo que pasase. Y… si tenía que ser sincera consigo misma, la admiraba. Plantarle cara a los problemas era difícil, y para una mujer nacida a principios del siglo veinte, todavía más.

Miró el diario y se mordió el labio inferior. Estaba inquieta. Inquieta por Inés y… por Oliver. De hecho, últimamente estaba muy sensible, demasiado. Desde que se derrumbó junto a Dolores, no había habido día en el que no lo hiciese. El dolor por el engaño y la pérdida podían con ella. Ya no era capaz de fingir, ni mentirse a sí misma. Y el colmo había sido verlo junto a Alberto. Todo su cuerpo tembló y sus piernas amenazaron con fallarle en cualquier momento. Tuvo que huir.

—¿Por qué has vuelto? —susurró de nuevo, con los ojos fijos en el diario de Inés.

El nerviosismo comenzó a picarle en el estómago. No quería pensar en él, en que estaría en su propia casa en esos momentos, en que, cuando se fuese, quedaría su olor, y que ella tendría que seguir como si nada, demostrándole al mundo que era fuerte. Notando que el nudo de su garganta la ahogaba y las lágrimas habían decidido regresar a sus ojos, decidió seguir con el diario. Al menos, si Inés conseguía su objetivo, una de las dos sería feliz con el hombre que amaba.

Lo abrió por la última hoja que acababa de leer y pasó a la siguiente buscando la continuación de su historia. Sin embargo, esa página estaba en blanco.

No había continuación, ni rastro de la letra de Inés. Un vacío se formó en su estómago.

—No… por favor…

Pasó a las siguientes páginas, esperando encontrar algo sobre ella, alguna señal de que todo había salido finalmente bien. No obstante,

allí no halló nada.

Recordó las veces que subió al trastero y no encontró retratos de Inés. Allí, en la casa, no había ni rastro de ella. Era… como si hubiesen intentado borrarla de la historia de *El árbol*. Un estremecimiento la recorrió al imaginar su terrible final. Quizás su padre la expulsó de la plantación, quizás, enfadado y dolido, mató a Dembo y a ella la envió a algún convento de monjas. Quizás… los mató a los dos.

Algo malo debía de haberle ocurrido cuando en toda la plantación no había más recuerdo de ella que ese diario incompleto.

Agobiada, se levantó de la mecedora y se dirigió hacia el escritorio, donde encontró el diario. Tenía que haber algo más sobre ella, lo más probable era que no hubiese mirado bien. Abrió todos los cajones y rebuscó con ahínco, notando cómo la preocupación por todo y el dolor por Oliver se reflejaba en su cara en forma de lágrimas.

—Vamos, Inés, tienes que haber dejado algo por aquí —gimió muerta de dolor por todo lo que estaba pasando—. Por favor…

Tiró los cajones al suelo, los registró al milímetro y miró dentro del mueble vacío, para que no se le pasase ningún escondrijo. Pero no encontró ni el más remoto objeto.

Vencida, se dejó caer al suelo y lloró sentada en él, tapándose la cara con las manos. Lloró por Inés, por su amor imposible con Dembo, porque había deseado de corazón que todo saliese bien. Lloró por Oliver, porque no tendrían ni siquiera la oportunidad de vivir ese gran amor que ella sentía tan adentro, y lloró por ella misma, por haber sido tan tonta de enamorarse de un hombre como él, por haberse permitido abrir el corazón con la persona que menos se lo merecía.

—Amanda.

Aquella voz tan familiar le hizo pegar un salto. Se incorporó con rapidez y se limpió las lágrimas para encarar a Oliver, que se encontraba justo en la puerta de la casita y la miraba con inquietud.

No pudo evitar recorrerlo de nuevo con los ojos. Qué guapo estaba.

A pesar de haber perdido unos kilos, seguía poseyendo una sensualidad inigualable. Su cuerpo alto y fibroso la atraía como siempre. Parecía que el tiempo no había pasado, que su engaño jamás hubiese ocurrido. Sin embargo, sí lo había hecho, y Amanda no quería volver a saber nada de aquel hombre. Aunque su corazón dijese lo contrario y aunque su pecho latiese tan rápido como nunca.

—¿Quién te ha dado permiso para venir aquí? ¡Largo!

—¿Por qué estás llorando? —preguntó él, sin prestarle atención a sus palabras. No iba a irse, por mucho que ella le gritase.

—¡No es asunto tuyo, maldito bastardo, fuera de aquí!

—No. —Dio un par de pasos hacia ella.

—¡Deja de andar, como sigas, gritaré! —le amenazó con rabia.

—He vuelto a por ti y estoy decidido a que me perdones.

—¿A por mí? —rio con sorna y se cruzó de brazos—. ¡Pues vas muy mal encaminado! Yo jamás tendré nada que ver contigo. Ya cometí el error de creerte, pero no me volverá a ocurrir.

—Siento mucho lo que pasó, yo también sufrí por ello.

Oliver se acercó todavía más y alzó un brazo para acariciarle el cabello. No obstante, Amanda le apartó la mano de un golpe.

—¡No me toques, imbécil, no vuelvas a tocarme en tu vida! No soy nada tuyo, ni quiero serlo, ¡te aborrezco!

—No lo haces, me quieres —añadió con una débil sonrisa.

—Te quise. Habla en pasado, guapito —indicó con desdén—. Y si te digo la verdad, no sé qué vi en ti. No eres para tanto.

—Estabas llorando por mí.

—¡Ja! ¿Crees que eres el centro de mi universo? —preguntó intentando disimular, con un dolor sordo mordiéndole el estómago.

—No lo soy, pero… tú sí lo eres del mío.

—¡Se acabó! ¡No voy a dejar que sigas con tus engaños! —gritó fuera de sí, pues el escozor de su pecho no le permitía hacer otra cosa —. ¡Jugaste conmigo y con todos los habitantes de *El árbol*, me sedujiste para acercarte a mi hermano y te acostaste conmigo para que te metiese en mi casa! ¡No he sido más que un peón en tus manos!

—Eso no es verdad, Amanda —se defendió él hablando con suavidad—. Yo también sentía…

—¡Mentira! ¡Embustero! —Lo empujó varias veces y jadeó al notar que las lágrimas regresaban a sus ojos. Era duro verlo y tener que escuchar todas sus mentiras a la cara—. ¡Te delató tu amigo el inspector Marín, eras un infiltrado, un puto infiltrado en la propiedad de mi hermano! ¡Me usaste, engañaste y me abandonaste! —Rompió a llorar y se tapó la cara con las manos.

Oliver se limpió una lágrima y tragó saliva, dolido por verla tan mal. Dio un paso hacia ella y la tocó, pero Amanda se apartó rápidamente.

—No llores, por favor.

—¡Déjame! —sollozó con la voz desgarrada—. No sé por qué haces esto.

—Porque te quiero, Amanda —le susurró en el oído—. Me di cuenta cuando regresé a casa.

—Pues, ahora no me interesa tu amor. Coge un avión y vuelve por donde has venido. Sigue con tu vida.

—No, porque mi vida eres tú, cariño.

—Basta ya —le pidió con un hilo de voz.

—Tienes razón cuando dices que me acerqué a ti por interés. Lo hice. Vine con la idea de hacer mi trabajo, de olvidar la horrible vida que me perseguía. Cuando te conocí, me pareciste la mejor

oportunidad de poder acercarme a tu hermano. Eras un blanco fácil. —Tragó saliva y se mesó el cabello, intentando que la voz no le fallase—. Amanda, tú me fuiste enganchando. Fue… algo que jamás me hubiese esperado. Me sentía fascinado por tu forma de ser, por tus bravuconadas, por tus desplantes. Eras la mujer más interesante que he conocido nunca, hacías que desease abandonarlo todo y marcharme contigo. —La cogió por la barbilla y la hizo mirarlo a los ojos—. Es verdad que todo empezó como un juego, no obstante, dejó de serlo cuando los sentimientos me golpearon de frente. Me hacías sentir tantas cosas, tan potentes y desconocidas para mí…

—No quiero que continúes —le pidió sin poder dejar de sollozar—. Vete.

—No lo voy a hacer, mi vida, porque te amo. —Los labios de Amanda temblaron al escuchar su declaración—. Para mí, era toda una encrucijada tener que llevar mi trabajo y nuestro amor al mismo tiempo. Me sentía mal, me sentía un traidor por engañaros. Me lamentaba por las noches cada vez que pensaba en alejarme de ti, pues estaba seguro de que tu reacción iba a ser esta. Me odiarías y me echarías de tu lado.

—¿Y por qué no abandonaste el caso? ¡Lo preferiste!

—No podía hacer eso, era mi deber seguir investigando, juré servir a mi patria. —Oliver suspiró al mirarla con fijeza y pensó en lo preciosa que era—. Era un hombre atormentado. La historia de Laura era cierta, no todo fue mentira, mi amor. Tenía la mente dividida entre lo correcto y mis sentimientos. Cuando regresé a casa, todo se desmoronó. Mi mundo se volvió negro y solo podía pensar que mi vida no valía de nada. Solo sabía hacer daño a las personas que me querían. Los recuerdos, y tu ausencia, me hicieron caer más profundamente en la depresión. Dejé de salir a la calle, de asistir a mi trabajo, de recibir visitas… —Cerró los ojos con fuerza al recordar aquel episodio tan negro—. Pero, por suerte, mi madre me hizo abrir los ojos. Me dijo que, si de verdad te quería, fuese a por ti.

—¿Tú madre sabe que existo? —preguntó asombrada y emocionada por todo lo que estaba escuchando.

—¡Claro que lo sabe! ¡Eres la mujer a la que quiero! —Le acarició la mejilla y le sonrió con amor—. Gracias a ella, me puse en manos de un especialista que me ayudó y me dio la mano para salir del fango. Es un trabajo duro, y sé que a veces las recaídas ocurren, pero no voy a rendirme porque te adoro, Amanda, y tú me das la vida que me falta. —Ella se echó a llorar con más intensidad y se llevó una mano al pecho, pues ese latido tan especial que Oliver le despertaba, volvía a ocupar su corazón. Él la cogió por la cara con las manos y le limpió las lágrimas—. Por favor, Amanda, di que me darás una oportunidad. Nos la merecemos.

Tener a Oliver tan cerca diciéndole esas cosas tan bonitas la desarmaba. ¿Cómo iba a ser capaz de negarse cuando su corazón lo estaba deseando como el que más? Movida por un impulso, lo rodeó por el cuello y juntó sus labios en un beso pasional e intenso.

—Te quiero con toda mi alma, Oliver, claro que quiero volver a intentarlo —le susurró contra su boca.

Él se apretó al cuerpo de Amanda y sintió que la felicidad lo recorría. Fue como un rayo traspasando su cuerpo. La sensación de plenitud y tranquilidad lo desbordaron. Esa mujer era todo lo que jamás pudo desear. Se complementaban a la perfección y sabía que estaba hecha para él.

Profundizó el beso e introdujo la lengua dentro de su boca, sintiendo que la excitación los hacía subir hacia el cielo.

—Vamos a cuidar este amor, Amanda, lo vamos a mimar para que jamás nada sea capaz de traspasarlo. Te amo. Se acabaron los malentendidos, las mentiras y las historias a medias.

—Se acabaron los días grises y las noches tristes —añadió ella notando que su pecho explotaba de placidez y seguridad—. Nuestro amor será eterno.

—Igual que ese latido que siento a tu lado —expresó con intensidad contra su boca.

Amanda suspiró, feliz y excitada. Besó a Oliver por segunda vez con la seguridad de que nunca volvería a separarse de él. Era el hombre de sus sueños, el que siempre deseó para sí.

—Oliver —dijo en un susurró—, hazme el amor.

Si alguna vez la oración «hacer el amor» tuvo sentido para ellos, fue en ese instante. Fundieron sus cuerpos allí mismo, en aquella pequeña casita que tantas veces había sido partícipe de sus encuentros. En esa casa de madera que tantos susurros apasionados y tantos gemidos de goce almacenaba entre sus viejas paredes.

Fue un reencuentro, el choque de esas dos almas que se habían añorado tanto. Entrelazaron sus cuerpos, pero también lo hicieron sus corazones. Se demostraron ese amor que tanto repetían y lo sellaron a fuego. A partir de ese día no habría dudas, solo existiría entre ellos la convicción de un futuro dichoso en compañía de la persona a la que adoraban.

El clímax los traspasó haciéndolos gritar por el placer. Con los cuerpos sudorosos y enredados, descansaron tirados en el suelo. El sueño los sorprendió sin apenas darse cuenta, y dormitaron tranquilos, saciados y tan felices como hacía mucho tiempo que no se sentían.

Amanda despertó con una sonrisa en los labios. Notaba los brazos de Oliver rodeando su cintura y aplastándola contra su cuerpo.

Hicieron el amor tres veces esa misma tarde, y estaban tan cansados que apenas habían podido hablar sobre nada más.

Lo había añorado tanto…

Alzó la vista y lo miró a la cara. Era perfecto. Guapo y suyo. Nunca tuvo sentimientos de posesión por ningún hombre, sin embargo, Oliver los despertaba en ella. Le acarició la mejilla rasposa y aspiró el aroma que desprendía su cuello, tan familiar y excitante a la vez. Habían sido unos meses muy duros. A pesar de haber intentado mantenerse hermética en cuanto a sus sentimientos hacia él, no pudo seguir obviando que lo quería con locura. En casa, todos parecían querer animarla, así que Amanda siempre mostró una sonrisa, pues odiaba que nadie sintiese compasión por ella. No obstante, en la soledad de su habitación el llanto la acompañaba hasta que se quedaba dormida. Pero ahora, esos meses de desdicha habían acabado para siempre.

—¿Ya estás despierta? —preguntó Oliver abriendo un ojo, con una gran sonrisa en los labios.

Besó a Amanda con fuerza y la abrazó durante una eternidad, pues no le apetecía separar ni un centímetro de su cuerpo.

—Acabo de hacerlo.

—¿Y me estabas mirando? —preguntó alzando una ceja.

—Estaba viendo lo guapo que eres.

—Me lo imaginaba —bromeó él llevándose un empujón por parte de su chica.

Rieron con complicidad y Amanda apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Eres un jornalero muy pagado de sí mismo. —Aunque, al pensar un poco en sus palabras, rectificó—: Bueno, más bien… un agente muy pagado de sí mismo.

—Exagente —la corrigió.

Amanda alzó la cabeza de nuevo y lo miró con interés.

—¿Por qué exagente? ¿Te echaron?

—Me fui yo.

—¿Qué ocurrió para que dejases tu trabajo?

—Que me enamoré —comentó besándola en los labios.

Amanda respondió al beso con pasión y enredó sus manos alrededor de su cuello. Al separarse, se humedeció los labios.

—No tendrías que haberlo hecho por mí.

—También lo hice por mí. Necesitaba un cambio de aires.

—Entonces, ¿ya no me vas a hacer un striptease vestido con tu uniforme? —bromeó ella logrando que Oliver soltase una carcajada y la abrazase más fuerte.

—Tú y tu obsesión por los uniformes.

—Si lo llevases tú, me daría igual incluso que te vistieses de Mickey

Mouse.

—¿En serio te lo montarías con Mickey Mouse? —la interrogó con sorna.

—¡Oliver! —Amanda se carcajeó y le mordió el cuello a modo de juego—. Tonto.

—Soy tu tonto.

—Sí.

—Y tú mi señorita descreída y mandona.

—Y te encanta que sea así.

—Me pone muy caliente cuando te pones chula y difícil —le susurró con ardor.

—Pues, estás de enhorabuena, porque casi siempre soy así.

Los dos estallaron en carcajadas y se besaron locos de deseo. Oliver se separó un poco de ella y la besó en la frente.

—Le he pedido a tu hermano que me permitiese quedarme con el puesto de capataz.

—¿De verdad ha hecho eso? —Alzó las cejas, asombrada.

—Quiero quedarme aquí, Amanda, contigo. No voy a volver. Mi vida está donde estés tú.

—Te amo, Oliver, y viviría contigo aquí mismo, en esta casita, arriba de un pino.

Oliver sonrió.

—Quizás, aquí no, pero… este pequeño bosque alejado de la casa principal… tampoco sería un mal lugar para construir nuestra casa.

—¿Te gustaría? —preguntó ella emocionada—. ¿Vivir aquí en *El árbol*?

—Bueno, estaría bien. Aquí nos conocimos y aquí, en este bosque… nos enamoramos. —Le acarició la mejilla y la besó fugazmente—. Pero es la propiedad de tu hermano, no nuestra.

—Alberto no viene a este bosque nunca. No le importaría.

—Mi amor, no me sentiría cómodo, tu hermano ya ha hecho bastante por nosotros.

—¿Y si se la compramos?

—¿Nosotros? ¿Comprarle este trozo de tierra? —dijo él al tiempo que se le iluminaba el rostro—. ¿Querrá desprenderse de su bosque?

—No creo que tenga demasiadas objeciones. Me tendrá cerca, que es lo que siempre quiso y… si se resiste… puedo ser muy pesada, ya me conoces. Tengo mis trucos, los he ido afinando durante treinta y un años.

Oliver rompió a reír ante sus palabras. Amaba a esa mujer, era divertida, romántica, sensual y única. Tenía tanta suerte…

Sus ojos se desviaron hacia el otro extremo de la estancia y vio los cajones del escritorio tirados en el suelo, junto al diario. Frunció el ceño, pues Amanda le tenía un cariño especial a todas las posesiones

de la hija del antiguo terrateniente.

—¿Qué ha pasado con eso?

—Terminé el diario.

Oliver resopló.

—Y por lo que veo… no acaba muy bien.

—No sé cómo acaba. —Torció el gesto—. Las últimas palabras de Inés son que iba a confesarle la verdad a su padre. Después de eso… nada.

—¿Y crees que es porque algo malo le sucedió?

—Estoy casi segura. No hay ni rastro de ella en el desván: ni fotos, ni posesiones, ¡nada! Solo esta casa en el árbol y un diario inacabado que parece llevarla a una situación peligrosa. —Miró a su chico con un nudo en el estómago—. Siento que la vida fue cruel para Inés y Dembo. Y yo… no sé, me afecta, Oliver. Es como si fuese de mi familia. He vivido con ella sus miedos, sus alegrías, tengo la sensación de que la conozco. Es… raro.

—Aunque no queramos, siempre sufren las personas que menos lo merecen, mi amor.

—¡Es tan injusto!

Oliver la abrazó y la besó en el cuello. Amanda parecía realmente afectada por el destino de aquella chica. No le gustaba verla triste, la amaba y quería que en su vida solo existiese la felicidad.

—Quizás ella no pudo conseguir una vida con el jornalero al que quería, pero… nosotros sí lo haremos —dijo con intensidad, agarrándola por la mandíbula—. Te voy a amar tanto que creerás vivir en un sueño, seremos dichosos y tendremos muchas historias que contarles a nuestros hijos. —La besó con pasión y la abrazó—. Eres lo mejor que tengo y te prometo que te lo demostraré cada día, y a cada hora. Te quiero, Amanda Robles.

Ella resopló, pues sus latidos se aceleraban por la emoción. No podía creer que aquello estuviese ocurriendo. Lo besó, y no le hicieron falta palabras para responder a su declaración de amor, porque con esa unión de sus labios quedó demostrado. Después de todos los problemas y los inconvenientes, su romance había sobrevivido y se alzaba victorioso, más fuerte que nunca. Tenía a Oliver y tenía su amor incondicional.

Epílogo

Amaneció un día espléndido. Parecía irreal que hubiese estado diluviando las últimas cuatro jornadas, pues el sol brillaba con mucha fuerza, sin apenas nubes que lo acompañasen en el cielo. Sin embargo, no podía ser de otra forma, era una fecha muy especial para todos los habitantes de *El árbol*, los cuales llevaban despiertos desde muy temprano.

Se celebraba una boda. La de Alberto y Fayna. Tal y como los novios quisieron, la fiesta se organizó, de principio a fin, en la plantación. No quisieron grandes lujos, restaurantes elegantes, ni una ceremonia solemne. Deseaban unir sus vidas junto a su familia, de forma discreta y sin demasiada pompa.

Decoraron el jardín con banderas y guirnaldas, pusieron dos largas mesas, vestidas con preciosos manteles blancos y centros de flores frescas. Invitaron a familiares, amigos, jornaleros y a la madre de Oliver, a la cual Alberto se empeñó en conocer y en darle la bienvenida a la familia.

La ceremonia fue breve y muy bonita. Los novios irradiaban felicidad y amor, cosa que emocionó a casi todos los asistentes. Alberto solo tenía ojos para Fayna, hacía lo que fuese por verla sonreír, y sus atenciones lograron que la novia luciera todavía más resplandeciente, enfundada en su sencillo vestido blanco de seda.

Amanda, que observaba la ceremonia junto a Oliver, no pudo evitar derramar alguna que otra lágrima. Sin embargo, era tan feliz… Su hermano había encontrado a la mujer perfecta para él, y ella había conseguido a ese maravilloso hombre que la cogía de la mano y la abrazaba para darle apoyo, aun sabiendo que lloraba de pura alegría.

Desde que se reconciliaron, siete meses atrás, su vida juntos no había podido ser más plena y maravillosa. Oliver aprendía, en compañía de Antonio, el oficio de capataz, hasta que este decidiese que había llegado la hora de su jubilación. Amanda seguía al frente de la tienda de antigüedades, sorprendiéndose día tras día de la buena acogida que había tenido entre las personas que vivían en Vallehermoso y los turistas que visitaban la isla.

Por las noches, y hasta que su nueva casa en la parcela del bosque,

que le compraron a Alberto, estuviese terminada, Oliver y ella se quedaban en casa de su hermano.

Les encantaba pasear juntos por su terreno. Admirar la nueva construcción y pasar las horas muertas en la pequeña casa sobre el pino. Les pertenecía, aquella casita de madera era suya, y todos los recuerdos vividos en ella permanecerían entre esas cuatro paredes.

Su amor aumentaba día a día. Al principio, les pareció increíble que esos sentimientos creciesen tanto, pues nunca esperaron sentir nada parecido por el otro. No obstante, ahora que sabían lo que significaba compartir sus vidas con la persona a la que adoraban, no podían, ni querían imaginar su mundo sin el otro.

Después de la ceremonia se celebró el banquete, dispuesto por la empresa de catering con la que siempre contaba Alberto para las fiestas que organizaba para premiar a sus trabajadores. Sentados todos juntos, reían y charlaban como una verdadera familia. Y es que, quizás todos los asistentes no compartían la misma sangre, no obstante, se sentían como tal. Junto a los novios, se encontraban sentados Amanda y Oliver, Inma, que llevaba en brazos a su pequeño de casi un año de edad, Antonio, Dolores y la madre de Oliver, que reía junto a todos, y sonreía feliz al conocer por fin a esa maravillosa gente de la que tanto hablaba su hijo.

Amanda miró a su hermano, que conversaba con Antonio sobre trabajo, y se levantó de su asiento, llamando la atención de los demás, golpeando su copa con el tenedor.

—Me gustaría dedicarle unas palabras a mi hermano. —Todos guardaron silencio y ella se aclaró la garganta. Sonrió y lo miró a los ojos—. Alberto, nunca te he dado las gracias de corazón por todo lo que has hecho por mí, desde que murió papá. De hecho, tú has sido un padre para mí. Me has criado, has trabajado para que no me faltase nada, me has dado amor, caprichos y la mejor vida que hubiese podido desear. —Los ojos de Alberto se volvieron vidriosos mientras escuchaba a su hermana—. Me siento orgullosa de tenerte como hermano y no puedo estar más feliz de que ese vínculo nos una. Eres leal, bueno, amigo de tus amigos, familiar y responsable. Vas a ser un marido fantástico y sé que has elegido a la mujer perfecta para ti, y a una buena hermana para mí. Os quiero. —Fayna se llevó las manos al pecho y le sonrió con cariño. Amanda cogió su copa y la levantó hacia el cielo—. ¡Por los novios!

—¡Por los novios! —corearon todos los presentes.

Alberto y Fayna se levantaron para abrazar a Amanda, agradeciéndole sus palabras. Inma, que estaba a su lado, se limpió una lágrima y besó la tierna mejilla de su bebé, que balbuceaba y hacía gorgoritos, logrando que todos los presentes sonriesen. La amiga de Amanda se miró su reloj de muñeca y tragó saliva antes de hablar.

—Alberto. —Cuando la atención de él se centró en ella, prosiguió—: Voy a dormir a Gorka, quizás no vuelva. Si es así… ha sido una boda preciosa.

—¡Quédate! —exclamó Amanda—. El pequeñín todavía no parece tener sueño.

—Déjala —saltó de inmediato su hermano alzando una ceja—. Que duerma a su hijo, si es eso lo que de verdad pretende.

—¿A qué te refieres? —preguntó Amanda confusa, viendo cómo Inma cambiaba su expresión.

—¿Se lo digo yo, o lo haces tú, Inma? —Alberto sonrió con picardía y se abrazó a su esposa.

—No… no tengo nada que contar —mintió ella.

—Inma se está viendo con un hombre —soltó el dueño de *El árbol* sin dejar de sonreír.

Amanda abrió la boca, sin poder creérselo, y fijó sus ojos en su amiga.

—¿Es eso verdad?

—Sí —resopló poniendo los ojos en blanco. Se cruzó de brazos—. Muchas gracias, Alberto.

—Somos una familia, aquí no hay secretos —se carcajeó.

—¡No me lo puedo creer, no me lo puedo llegar a creer! —exclamó Amanda tan alucinada como nunca—. ¡Somos amigas, trabajamos juntas en la tienda y no me has dicho ni mu!

—Es que todavía no es serio, nos estamos conociendo —le explicó.

—¿Quién es?

—El médico que asistió mi parto.

—¿Lo conoces desde que tuviste al niño y no me has dicho nada?

—Te lo digo ahora, ¿te vale con eso?

—¡No! ¡Ya puedes empezar a soltar por esa boquita!

Inma resopló y asintió sabiendo que no podría escapar sin hablar de ello. Conocía demasiado bien a Amanda como para hacerse ilusiones.

—Se llama Ignacio, es ginecólogo, divorciado y llevamos viéndonos casi seis meses.

—¡Y te parecerá bonito! —dijo Amanda todavía sin poder encajar la noticia.

—Inma —la llamó Alberto—. ¿Por qué en vez de irte tú, no le dices a él que venga? Así podemos conocerlo.

—¡Es lo mínimo que debes hacer, mala amiga! —añadió Amanda con una débil sonrisa en los labios. La abrazó, pues se alegraba por ella y la besó en la mejilla.

Inma rio y dejó que Amanda la espachurrase.

—Vale, voy a avisarle, vuelvo enseguida. —Se levantó de la silla, con su niño en brazos y comenzó a caminar. No obstante, antes de perderlos de vista, sonrió con malicia—. Y… como ha dicho Alberto

que aquí no hay secretos… yo también quiero que os fijéis en algo—. Todos se quedaron callados, esperando a que prosiguiese—. ¿Os habéis fijado que Dolores se ha quitado el luto?

La totalidad de las miradas se posaron en la anciana, que se quedó helada a punto de comerse un canapé. Dejó la comida sobre la mesa y fulminó a Inma frunciendo el ceño.

—Vieja, ¿qué ha pasado con tu ropa? —preguntó Alberto, extrañado.

Dolores puso los ojos en blanco y se comió finalmente el canapé antes de hablar.

—Sé aceptar la derrota cuando pierdo una apuesta. —Le guiñó un ojo a Amanda y miró de nuevo a Alberto—. Tienes una buena hermana y yo estaba equivocada.

Todos los de la mesa rieron y brindaron. La velada pasó volando y cuando se quisieron dar cuenta, la noche les sorprendió. La mayoría de los asistentes al enlace se retiraron. En la mesa solo quedaron los novios, Amanda y Oliver, que no dejaban de prodigarse besos y caricias, e Inma y su médico, que había resultado un hombre muy simpático y gracioso.

Oliver besó a su chica en los labios y juntó sus frentes con amor.

—Tengo unas ganas de tenerte solita para mí…

—Pues, vámonos —susurró besándolo con sensualidad—. Es tarde y la boda ha acabado. No creo que a Alberto le moleste que nos retiremos.

Como si hubiese escuchado su nombre, su hermano, el cual rodeaba a su recién estrenada esposa por los hombros, llamó la atención de Amanda:

—Oye, ¿entonces en la tienda todo bien?

—Genial, está siendo todo un éxito, Inma y yo estamos restaurando muebles todo lo rápido que podemos porque nos los quitan de las manos —comentó risueña.

—¿Cómo conseguís más muebles para arreglar?

—A veces los traen a la tienda los mismos clientes para deshacerse de ellos, y los compramos a un precio bajo. Y otras los cogemos de la calle. No te puedes imaginar la de tesoros que tira la gente.

Alberto se llevó una mano al mentón y se quedó pensativo.

—Pues, cuando te interese género nuevo, puedo darte.

—No, los del desván están demasiado viejos, necesitarían mucho trabajo, ya los ojeé con atención. Pero gracias de todas formas.

—No me refiero a esos —aclaró él—. Decía los muebles que hay en la casa de los trabajadores.

Amanda puso los ojos en blanco y resopló.

—Alberto, ¿en serio? ¿Quieres que me lleve los muebles de los trabajadores?

—No, te decía los que hay apilados en la buhardilla.
—¿La casa de los trabajadores tiene buhardilla? ¿Por qué?
—Porque cuando la construyeron, no lo hicieron para los jornaleros. Cuando llegué a *El árbol*, había dos casas señoriales
El mundo se paró para Amanda. ¿Dos casas señoriales en la plantación? Su respiración se aceleró y tuvo que calmarse un poco para poder entender bien la historia.
—Había dos casas, vale —repitió con toda la calma de la que fue capaz—. Entonces, ¿dónde estaba la antigua casa de los trabajadores? Porque sé que había una. —Lo leyó en el diario de Inés, y Dembo vivió en ella.
—Casi totalmente derruida —le informó su hermano—. Utilicé la segunda casa para acomodar a mis empleados, así ahorraba dinero y tiempo; solo tuve que mover los muebles originales a la buhardilla.
Amanda y Oliver se miraron con los ojos muy abiertos y ella se tapó la boca con las manos, visiblemente emocionada.
—¡Inés!
—Creo que sí, mi amor —añadió él de acuerdo con su conclusión.
—¡Vamos!
Dejaron la mesa, y a los últimos asistentes sin darles explicaciones, y corrieron cogidos de la mano hacia la casa de los trabajadores, la cual, según Alberto, no fue construida para ese fin. Amanda estaba nerviosa y excitada a la vez. Sin soltarse de la mano de Oliver subieron por las escaleras que llevaban a la última planta de aquella construcción. Mientras lo hacían, no dejaba de pensar en esa chica de mil novecientos tres, con la que sentía una unión especial y por la que se había preocupado tanto. ¿Estarían en lo cierto sus suposiciones? ¿Sería la casa de Inés? ¿Habría podido vivir feliz con Dembo?
Cuando abrieron la puerta, toda ella temblaba. Oliver la abrazó y agarró su cara para que lo mirase a los ojos.
—Amanda, tranquila. —Le besó con suavidad y suspiró—. No quiero que te lleves una decepción si este desván no contiene lo que esperas.
—No te preocupes, mi amor, estaré bien —le aseguró.
Asintieron los dos y abrieron la puerta juntos. Cuando entraron al viejo desván, el olor a polvo los rodeó. Al igual que en la casa de su hermano, los muebles estaban cubiertos por sábanas, para preservarlos del paso del tiempo.
Sin poder evitar que sus piernas temblasen y su corazón golpease contra su pecho, Amanda destapó uno de los muebles. Era una vitrina de cristal y madera, preciosa y delicada, en perfecto estado. Continuó descubriendo muebles, todos de una finura y un gusto exquisito, no obstante, cuando descubrió otro de los muebles, dos caras sonrientes en un retrato la saludaron.

—¡Dios mío! —exclamó ella al fijarse con más detalle. En el cuadro se encontraba una pareja joven. Él, alto y de piel oscura, de rostro calmado y ojos color café, tan expresivos que parecía que podrías ser capaz de desnudar su alma. A su lado, una joven morena, con el pelo recogido en un moño, cuerpo curvilíneo y vestido abullonado. Su piel era nívea, delicada, y sus facciones de una hermosura casi divina. Amanda comenzó a llorar y acarició la imagen de esa mujer como si un gran peso hubiese desaparecido de su espalda—. Inés. Tú eres Inés. —Tragó saliva y se limpió las lágrimas de las mejillas. Sonrió mirando a la pareja y rio entre lágrimas—. Hola, Inés, soy Amanda. Tú no me conoces, pero… tengo la sensación de que yo a ti sí. —Sorbió por la nariz y otra lágrima cayó por su mejilla—. Me alegro de corazón por ti. Merecíais ser felices juntos. Te prometo que guardaré tu diario y no dejaré que tu historia se pierda en el tiempo. —Acarició de nuevo el rostro bello y sonriente de la joven—. Gracias, Inés, gracias por enseñarme que cuando una persona lucha por lo que quiere, acaba lográndolo. Espero que vuestra vida juntos fuese tan feliz como lo parecéis en este retrato.

—Amanda —la llamó Oliver a su espalda. Cuando ella giró, lo encontró junto a otro retrato y, en su mano, un libro—. Otro diario.

Ella lo cogió y lo apretó contra su pecho. Cuando se fijó en el retrato, rio feliz. En él había tres niños de piel morena que sonreían sentados sobre las piernas de su madre, mientras que Dembo apoyaba una mano en el hombre de ella.

—Tuvieron tres hijos. —Se abrazó a Oliver y lo besó, emocionada por aquel descubrimiento—. Lo lograron, Oliver, consiguieron ser felices.

Él la apretó contra su cuerpo y asintió.

—Si fueron tan felices como lo soy yo a tu lado, entonces tuvieron una vida plena.

—Te quiero —añadió ella tan alegre que pensó que explotaría—. Nosotros también lo seremos. Estoy segura, porque cada vez que te miro sé que eres tú el hombre adecuado para mí. Mi corazón me lo dice, me lo demuestra con cada latido.

—Con el latido que nos hizo eternos, mi amor —susurró él contra su boca.

Se besaron con intensidad y pegaron sus cuerpos contra el del otro. Se necesitaban, se querían y pasarían toda una vida demostrándoselo.

—Somos eternos —asintió ella sonriente. Cogió a Oliver de la mano y abandonaron el trastero. Se dirigieron hacia la gran casa, donde, acostados en su cama, se demostraron que el amor que se profesaban era tan intenso y bonito como el que más.

9 de diciembre de 1908

Querido diario:

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me aventuré a escribir. Sé que todavía quedaba lugar en el otro cuaderno para proseguir con mi historia, sin embargo, quería separar aquella etapa tan triste de mi vida y no mezclarla con este cuento de hadas en el que estoy viviendo en este momento.

El amor que nos profesábamos Dembo y yo logró triunfar sobre todo lo demás. Creo que todavía veo la cara de padre cuando llegué a casa cogida de su mano. Los gritos pudieron escucharse a kilómetros de distancia. No obstante, dejé el miedo atrás y le confesé, a él y a madre, que escuchaba a su lado, que estaba enamorada de aquel jornalero, que esperaba un hijo suyo y que la boda con Pedro Rivera jamás se llevaría a cabo. Como era de esperar, padre amenazó con encerrarme y expulsar a Dembo, quiso echarlo de casa, sin embargo, no lo permití. Si lo echaba a él, me iría yo también y jamás llegarían a conocer a su nieto.

Cuando todo parecía a punto de romperse, madre medió entre nosotros. Creo que jamás seré capaz de agradecerle a Nuestro Señor que la hiciese ponerse de nuestro lado. Apoyó nuestro amor y avisó a padre de que, si él no lo hacía, se quedaría sin hija, pero sin mujer también.

Tras el ultimátum, la actitud de padre se volvió más relajada. No del todo, porque pasó más de cinco meses sin dirigirme la palabra, pues la cancelación de la boda le había costado sus buenas relaciones con mi antiguo prometido. No obstante, el nacimiento de mi primer hijo logró que todo volviese a la normalidad.

Nos construyó una casa frente a la suya, pues no quiso que separásemos al niño de él. Con madre, solo había tenido niñas, así que, saber que había un heredero varón lo hizo sentirse tan feliz como nunca.

Dembo y yo nos casamos unos días después de confesárselo a mi familia. Y mientras nuestra casa estuvo en construcción, pasábamos las noches en la casita del árbol.

Todavía solemos ir a visitarla de vez en cuando, tomamos té y disfrutamos del suave aroma a manzanilla que deja por la estancia. Esa casa nos recuerda nuestros primeros encuentros, la primera vez en la que fundimos nuestros cuerpos en uno solo, cuando reíamos y fantaseábamos con poder envejecer juntos. Esa pequeña casa es especial.

Mi diario querido, quizás no pueda ser tan constante como antes, y escriba poco en tus páginas, pero quiero que entiendas que ahora tengo una familia que me necesita, un marido al que adoro y unos niños por los que daría mi vida.

Finalmente triunfó el amor. Tengo la suerte de poder vivir con mi alma gemela, esa que encontré de casualidad, paseando con padre por la

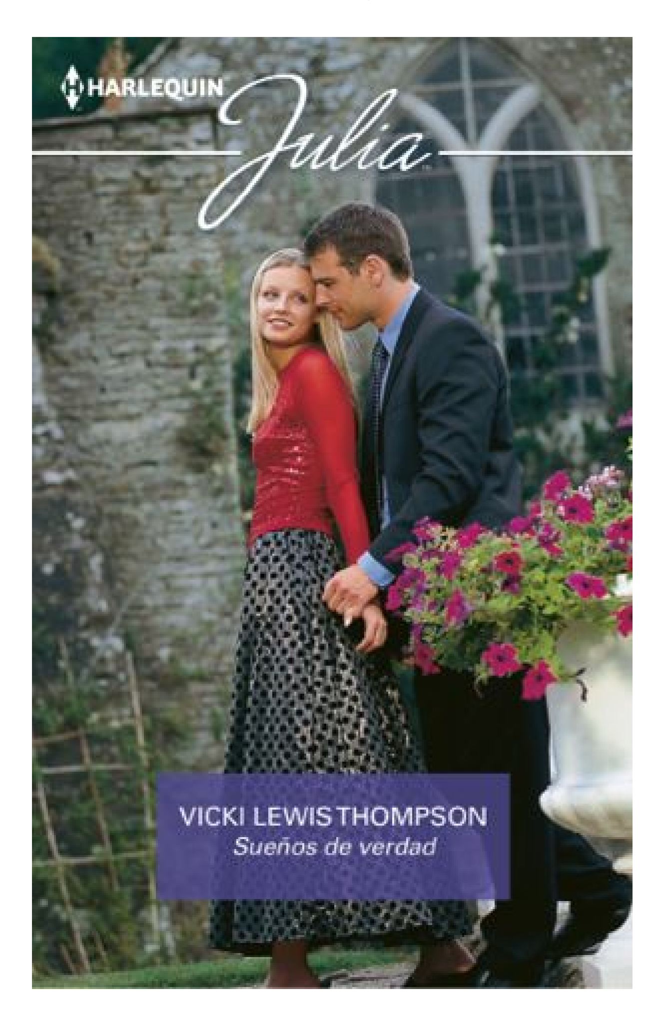
plantación. Tengo a ese hombre con el que siempre soñé, el que me hace sentir amada y respetada, y ese con el cual acabaré mis días en este mundo.

Solo espero que disculpes mis demoras y sepas que tú, querido diario, has sido de gran ayuda cuando no tenía a quién contarle mis problemas. Mi silencioso amigo, gracias por dejarme escribir en ti y ser tan buen confidente.

Siempre tuya,

Inés

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 P�ginas

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

C�mpralo y empieza a leer


Donna Sterling
Sola con
un extraño
elit

C�mpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
INTENSE
ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

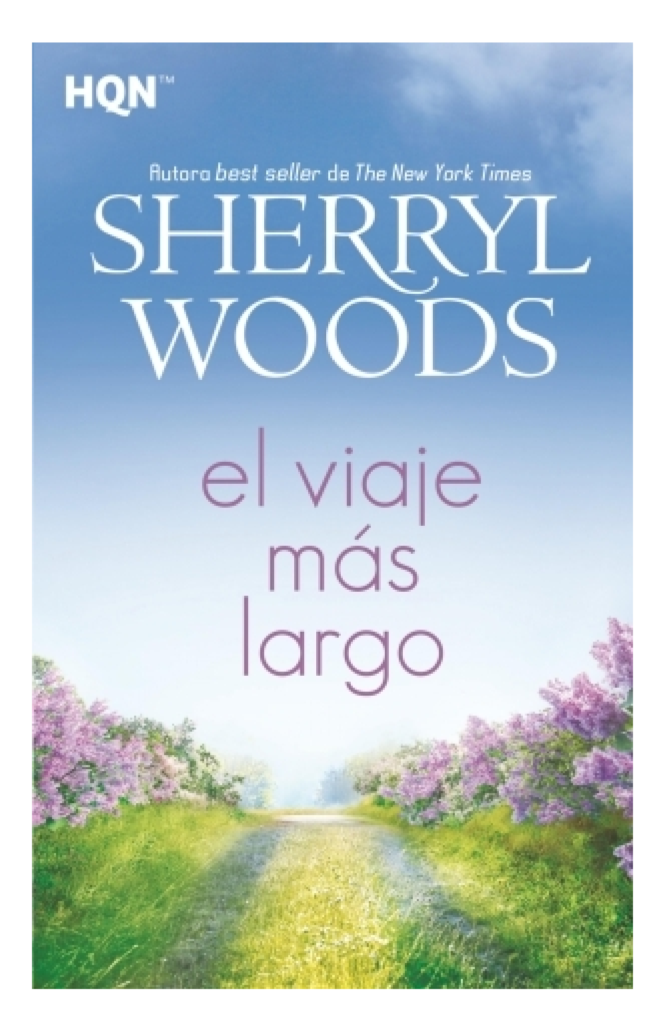
9788413075150

224 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

C�mpralo y empieza a leer


HQN™
Autora best seller de The New York Times
SHERRYL
WOODS
el viaje
más
largo

El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 P�ginas

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

C�mpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca™
Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993
160 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

C�mpralo y empieza a leer